Alemania y la extrema derecha, 1945-2004

Ferran Gallego

De Auschwitz a Berlín



DEBOLSILLO

Alemania y la extrema derecha, 1945-2004

Ferran Gallego

De Auschwitz a Berlín



Índice

De Auschwitz a Berlín

Ferran Gallego

DEBOLS!LLO

www.megustaleer.com

Para Carmen,

a su debido tiempo

Es donde mi tristeza se transforma en países, en los que todo estalla de floras de riquezas, en las que me sumerjo con las venas abiertas para llenar mi espalda de tatuajes eternos.

JUAN EDUARDO CIRLOT,

Elegía sumeria

PRÓLOGO

Entre Auschwitz y Berlín

El título de este libro puede sugerir un trayecto geográfico si se toma en su sentido literal; *De Auschwitz a Berlín* puede ser el «corto viaje sentimental» del que nos habló Italo Svevo, pero sabemos que no fue corto y tal vez ni siquiera, en sentido estricto, sentimental. En su sentido metafórico, que es el que en realidad cuenta muchas veces, se trató de un largo viaje para ir en busca de *otra* Razón. No de la Razón exactamente, en una vía de recuperación de algo extraviado en la pesadilla del nazismo. Auschwitz no fue el resultado de la irracionalidad en su sentido más divulgado de improvisación, de espasmo, de movimiento reflejo o de orgía de las emociones. Fue el producto de una forma determinada de comprender una organización social que incluía, como mecanismo de legitimación, de advertencia y de consolidación, todo aquello que Auschwitz, más como concepto que como lugar, significaba. La superación radical de los principios en que se basa la democracia y su sustitución por un comunitarismo radical que establecía las líneas de demarcación entre quienes pertenecían a la comunidad y quienes eran ajenos a ella. Y, de igual manera, quienes merecían compartir los beneficios sociales y afectivos de

una pertenencia y quienes eran sepultados en su vulnerabilidad desarraigada, camino de la exclusión y del exterminio.

En un texto anterior, que puede tomarse como antecesor de esta reflexión sobre la Alemania del siglo XX y su relación con el fascismo, el título sugería, más que el viaje sentimental sveviano, el «viaje al fin de la noche» de Céline. *De Munich a Auschwitz*[1] planteaba, precisamente, la aterradora lógica social, que dinamizaba el proceso de la primera posguerra mundial en Alemania y que la llevaba, en un camino que se inició simbólica y realmente en la capital de Baviera, hacia la destilación absoluta de las relaciones de poder que se establecen en un campo de trabajo y de aniquilación. Se trataba de comprender, entonces, cómo una sociedad que había recibido con alborozo el fin de la guerra y la llegada de la democracia había sido doblegada en sus preferencias ideológicas, degradada y expulsada de sus esperanzas, para acabar siguiendo una utopía alternativa que le ofreciera el reinado absoluto de una comunidad racial a la que todo le estaba permitido. Espero haber conseguido el objetivo que me planteaba en aquel ensayo: superar la barrera narcótica del horror y la náusea, para comprender la complejidad de un proceso que, sin dejar de plantear la radical deshumanización que convertía las relaciones sociales en meros usos biológicos de supremacía de especie, permitiendo situar la plenitud del proyecto en su doble carácter de congruencia con una época y de esperanza de un futuro en el que la libertad e inclusión de unos pasaba, necesariamente a ojos de los *Volksgenossen*, por la exclusión y esclavitud de los otros. En el que el cumplimiento del destino nacional pasaba por entender que el mundo se hallaba, para decirlo en términos que habrían

agradado a Heidegger, en «estado de disponibilidad» para seres superiores, completamente libres, adiestrados en la técnica y dispuestos a imponerse a la naturaleza aunque partieran de una supuesta obediencia a sus leyes.

Se trata, ahora, de examinar un viaje de vuelta. Cuando se publique este libro, hará casi exactamente sesenta años de las últimas ejecuciones realizadas en Auschwitz y del abandono del campo ante la llegada de las tropas soviéticas. Mas no se trata solamente de acompañar a los fugitivos desde esa zona de dominio absoluto hacia la última batalla del Tercer Reich en la capital del imperio racial. Lo que pretende este trabajo es mostrar la forma en que se supera Auschwitz; la forma en que se discute su posibilidad, en que es posible construir una trama de complicidades sociales que haga improbable que Auschwitz sea el resultado de una opción cultural, de una determinada lectura del poder del hombre moderno. No se trata de remontar el curso del río, sino de desviar su cauce y de modificar los materiales que arrastra la corriente. Es un ensayo acerca de la reconstrucción de la identidad alemana sobre la base de la democracia, la cohesión social y el crecimiento económico; elementos que permitieron desguazar los restos de nostalgia que pudieran quedar en algunas zonas de la población, ya que indicaban que el nazismo había llevado a una catástrofe sufrida por los mismos que lo ensalzaron, y no solo por quienes fueron víctimas necesarias del bienestar de los miembros de la comunidad. Y, en esta reflexión sobre Alemania, necesariamente tenía que situarse la manera en que la cultura antidemocrática ha tratado de sobrevivir, primero, y de resurgir, más adelante, aprovechando en los primeros momentos la propia desmoralización en que había caído una sociedad que había

practicado la violencia impunemente, que había considerado que los seres humanos podían tener una vida sin significado, superflua, prescindible. Aprovechando, además, los excesos de los vencedores, la torpeza de la desnazificación, lo suficientemente airada para provocar, lo suficientemente ineficaz para dejar áreas de dominio social en manos de los antiguos cómplices de asesinatos en masa.

Unos esfuerzos que resultaron baldíos por el compromiso de una nueva clase dirigente que logró consolidar una democracia estable, integradora, que ha podido atajar la tormentosa forma de sentirse verdaderamente alemán que, desde el romanticismo y desde las opciones autoritarias de finales del siglo XIX, impidieron que llegara a consolidarse la mezcla de libertades y progreso social que constituyen la confianza de los ciudadanos en el sistema en que viven. La primera parte del texto indica la frustración de la extrema derecha enfrentada a condiciones muy distintas de las que debilitaron a la República de Weimar y acabaron hiriéndola de muerte. Sin embargo, la segunda parte de este ensayo indica, usurpando el título de una película de Werner Herzog, la forma en que la antigua extrema derecha puede aprovechar las nuevas condiciones de deslegitimación de la política y de inquietud social que ha provocado la posmodernidad. Precisamente cuando el viaje concluye en Berlín, después de haber hecho una dilatada parada en Bonn, la capacidad de integración del sistema empieza a mostrar fallas similares a las que se producen en otros países por el efecto del surgimiento de un paisaje social propicio a un nuevo nacional-populismo.

En este sentido, *De Auschwitz a Berlín* es, también, la continuación de otro ensayo que dediqué a la dinámica político-cultural de dos democracias

europeas y de su relación con la extrema derecha, neofascista primero, nacional-populista después.[2] La reflexión de aquel texto puede servir como contrapunto comparativo, mientras que la de *De Munich a Auschwitz* puede resultar un preámbulo adecuado para averiguar de dónde se parte para construir la nueva Alemania, así como para entender la relación compleja entre resonancias y nuevas melodías que se agitan en la atmósfera de la extrema derecha.

Como en el caso de los dos libros citados, no he querido realizar un estudio de la extrema derecha sin más, ni diseccionar el nuevo populismo o el viejo neonazismo de los años cincuenta. Creo que para comprender este hecho contamos, al margen de lo que la ciencia política y la sociología han acumulado en los últimos veinte años de intenso trabajo sobre los nuevos movimientos antidemocráticos en Europa, con algunos ensayos que, en nuestro propio país, tienen una innegable dignidad y agudeza de análisis, como los de José Luis Rodríguez Jiménez o los de Xavier Casals i Messeguer. En todo caso, quisiera señalar que lo que me interesa fundamentalmente es analizar un espacio cultural —más que estrictamente institucional—, constituido por las condiciones materiales de existencia, los vehículos de representación y las fórmulas administrativas, con lo que es la percepción valorativa de las permanencias y los cambios en estos aspectos. Creo que este examen del tejido social del que proceden las sucesivas pruebas de la extrema derecha para hacerse con un lugar en el sol es lo que permite comprender un aspecto básico de su existencia. Obviamente, sin el análisis de las motivaciones de voto, las coincidencias ideológicas y los valores ofrecidos, tal examen resultaría también insuficiente. Pero insisto en

la labor realizada en este campo por otros historiadores, que harían este trabajo superfluo por reiterativo. No he sido ajeno, como no podía ser de otra forma, a tener en cuenta la oferta política y cultural realizada por la extrema derecha, para comprender su expansión y sus limitaciones en la Alemania de la posguerra, aunque me parece oportuno insistir en que este no es un trabajo acerca de ella aisladamente, sino que es una reflexión sobre la historia de Alemania en su relación con las tendencias antidemocráticas que han lastrado su imagen y su identidad nacional durante todo el siglo pasado. Espero que el fragmento de Juan Eduardo Cirlot que encabeza este libro haya podido entenderse como el símbolo de una relación afectiva con una cultura.

En la redacción del presente volumen, como ha ocurrido con los anteriores, he contraído deudas intelectuales, que empiezan con personas a quienes no conozco más que a través de sus libros. Lo haré de una forma más extensa de lo que suele ser habitual porque, como decía Borges, otros podían vanagloriarse de lo que habían escrito, mientras que él prefería hacerlo de lo que había leído. Y, como dijo Bobbio refiriéndose a Leone Ginzburg, a veces una vida se justifica por las personas que se han podido conocer. Reitero mi profunda deuda intelectual con Tim Mason, Detlev Peukert, Martin Broszat, Ian Kershaw y Hans Mommsem, sin cuya lectura nunca habría acertado a introducirme por el camino que creo más correcto para comprender qué fue el nazismo. Lo hago, también, con Jean Améry, Paul Celan o Primo Levi que, desde puntos de vista muy diversos, me han permitido compartir su experiencia con la calidad íntima del universo concentracionario y, por tanto, la comprensión de aquello en lo que

consistió y en lo que culminó la utopía nazi, sacando a la luz qué valores de fondo encierra la cultura antidemocrática que se ha presentado, a lo largo del siglo XX, con coartadas de integración social distintas. En este sentido, mi deuda con Walter Benjamin no ha hecho más que crecer, a costa de mis insuficiencias para acertar a descubrir la profundidad de sus intuiciones sobre el lugar de la estética en el fascismo. Como no ha dejado de hacerlo mi gratitud a Adorno, Horkheimer, Herf o Bauman por señalarme la relación entre fascismo y modernidad. Ambos aspectos han sido centrales para comprender las diversas formas que la perversión del proyecto ilustrado nos ofrece, no solo en la experiencia del fascismo clásico, sino en la del nacional-populismo contemporáneo. En lo que se refiere al tema central de este libro, acuso recibo de las sugerencias intelectuales que han venido realizando, desde la aparición misma de las nuevas manifestaciones del nacional-populismo, Hans-Georg Betz, Roger Griffin, Marco Tarchi, Pierre-André Taguieff, Pascal Perrineau o Nonna Mayer, entre tantos otros. En el caso de Betz, sus reflexiones acerca de la relación entre la posmodernidad y la nueva extrema derecha en Alemania, como las que han realizado Patrick Moreau o Peter Merkl a la hora de analizar los problemas de la identidad del nuevo nacionalismo alemán en diferentes fases de su desarrollo, han resultado inapreciables.

Esta referencia a los autores conocidos a través de textos, no puede obviar a aquellas personas próximas, cuyos comentarios sobre el nuevo nacional-populismo y su relación con el viejo fascismo me han ayudado más de lo que ellos mismos pueden suponer. En el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad Autónoma de

Barcelona, he hallado el apoyo especial de miembros del equipo de investigación en el que estoy integrado, ARTICCLE, dedicado al estudio de la extrema derecha en Europa y América Latina, en especial los doctores Francisco Morente y Alejandro Andreassi, que dedican sus actuales investigaciones al nazismo alemán. Un lúcido conocedor del nacionalismo, poseedor de la abrumadora erudición que ha podido mostrar en su reciente estudio sobre la idea de imperialismo en los orígenes del catalanismo político, Enric Ucelay da Cal, siempre ha sido una fuente de referencias eruditas y desafío intelectual. Fuera del Departamento, quiero hacer constar mi agradecimiento intelectual y personal a la doctora Mariciό Janué por la importancia que sus trabajos sobre la Alemania contemporánea han tenido en mi propio aprendizaje. Y, claro está, a Xavier Casals, que se empeñó en trabajar sobre este tema cuando a casi nadie le interesaba y que es uno de sus más destacados especialistas en nuestro país, aunque las farsantes estructuras académicas en que nos desenvolvemos no se lo hayan pagado de la forma en que se lo merece.

Como hice en otra ocasión, quiero agradecer algo que no suele hacerse: la forma en que los buenos libreros nos ayudan. En este caso, Joan-Pere Escrig, tan dispuesto a hacer sus «barridos» por internet para proporcionarme literatura, así como todo el personal de la librería La Central de Barcelona. Generosidad que debo hacer extensiva a Maite López, que proporciona su inteligente profesionalidad a Alibri y a sus clientes. Para terminar: como siempre, desde hace ya veinticinco años, mi esfuerzo personal habría resultado insuficiente de no ser por el apoyo de mi esposa, Carmen Bas.

Barcelona, 16 de octubre de 2004

PRIMERA PARTE

LOS HOMBRES QUE MIRARON PASAR LOS TRENES (1945-1972)

1. EL PAN DE LOS PRIMEROS AÑOS.

OCUPACIÓN Y RECONSTRUCCIÓN, 1945-1953

En el libro que dediqué a la extrema derecha francesa e italiana en la posguerra,[1] el capítulo dedicado a Italia comenzaba describiendo la última escena de *Roma, città aperta.* Don Pietro, un sacerdote que colabora con la Resistencia, es ejecutado por un oficial de las SS. A la pasmosa brutalidad de las escenas previas, que incluyen las torturas en los locales de la Gestapo, sigue ese final esperanzador, en el que la muerte de don Pietro adquiere la impresión dactilar de una redención, reflejada en el paisaje que yace tras el escenario del crimen. El final anuncia el nuevo principio que se despliega sobre Roma, obstinada y erguida sobre el saqueo anímico del *ventennio,* sobre las matanzas postreras de un fascismo en retirada, sobre un envilecimiento que ha puesto a prueba la consistencia moral de los ciudadanos. Los muchachos que han tratado de impedir la ejecución regresan a su hogar, enturbiados por una apresurada madurez, encarnando la promesa del futuro, mientras al fondo se despliega la voluntariosa corpulencia de la Ciudad Eterna.

Por tanto, cuando nos acercamos a la Alemania que ha terminado su agonía, que ha combatido «hasta el amargo final»; cuando llegamos al sombrío despertar de un Reich milenario que solo ha conseguido resistir

doce años, seis de ellos en guerra, ¿por qué no volver a la privilegiada forma de mirar de Rossellini? Para él mismo, que rueda *Germania anno zero* dos años más tarde de haber filmado *Roma*, *città aperta*, la película tiene la sustancia de una compensación, como si las imágenes de compasión nos quisieran recordar, poco después de la tragedia filmada en Italia, que los alemanes también sufren la injusticia de una situación de la que no son siempre los responsables ni, menos aún, los beneficiarios. De esta forma, su obra parece querer esquivar el riesgo de los arquetipos en que se fundamenta el pensamiento y la propaganda de la extrema derecha, pero también una parte nada pequeña de la psicología de los vencedores. La elección del título sugiere un nuevo comienzo, pero también la ausencia de tiempo, de orientaciones fijadas a una memoria reconocible o a una previsión existencial. En *Germania anno zero* el escenario intemporal de Roma ha sido sustituido por la atmósfera de un presente vigoroso, cuya perpetuidad está lejos de una fortaleza moral ajena a las circunstancias, y a mucha distancia del trágico sentimiento posmoderno, que no soporta la dramatización argumental del recuerdo y las intenciones.[2] Se trata de un presente en el que la tenacidad es el refugio contra el remordimiento y contra el miedo al futuro, mucho más que el alegre olvido o la despreocupación por el mañana. Las ruinas ofrecen la imagen de una falsa permanencia, de un estancamiento imaginario, de una edad que simula ser irrevocable. Los escombros aturden un paisaje en desmayo, como si la ciudad se hubiera arrojado de bruces a la tierra deshecha. Los edificios rotos hacen de las zonas habitadas un esbozo, un apunte del natural que capta la

obscenidad de un mundo precario, aunque no provisional, como si se limitara a mostrar impúdicamente los resortes íntimos de la existencia.

En ese paisaje arbitrario, deshumanizado, tan accidental como los gestos elementales de una formación rocosa, el joven Edmund intenta sobrevivir con su familia. Con su hermano, escondido para evitar las represalias de los vencedores; con su hermana, que trata de acercarse a ellos para ampararse en las ásperas normas de la ley del deseo; con un padre enfermo, que medita obstinadamente sobre la perplejidad de la catástrofe. Por las calles deambulan adultos precoces y viejos innecesarios. Los niños aprenden a robar, y las mujeres escarban en los cascotes; para unos y otros, el hambre agudiza el ingenio del mercado negro. Junto a un mundo que ya es solo el decorado de la caída de los dioses, el antiguo maestro proclama ante Edmund la supervivencia de los más fuertes, la dureza del reto y la grandeza de la miseria que golpea al pueblo alemán. Como el discurso de Hitler, que suena en un tocadiscos para seducir a los turistas de uniforme, las palabras del profesor parecen ser de la misma sustancia que las ruinas donde se pronuncian. El polvo al polvo, la ceniza a la ceniza. Edmund, que habita su adolescencia sin vivirla, matará a su padre —esa carga inútil, ese sufrimiento que no desea seguir contemplando— sin las argucias de la premeditación y sin la sombría resignación del sentimiento de culpa. Su acto carece de la responsabilidad de las decisiones, tiene el rigor tranquilo de los actos de la naturaleza. Es el gesto que, más tarde, le llevará a arrojarse al vacío, con la voluntad de quien camina en la única dirección posible, con la fuerza inexpresiva de una costumbre. La escena del suicidio de Edmund puede sumarse a la ejecución de don Pietro en *Roma, città*

aperta, para pautar dos de las escenas que justifican el prestigio de un género. Rossellini no necesita más que de su piedad y su genio narrativo para que la sencillez del relato tenga esa fuerza moral sin caer en el moralismo, de la misma forma que la astucia de su sensibilidad le evita los riesgos de la sensiblería. La vida y la muerte de Edmund llenan todavía la penumbra de cualquier sala de cine sin estridencia y sin artificio, con la capacidad narrativa de quien solo aspira a mostrar, seleccionando una historia entre las muchas que transcurren, automáticas, indiferentes, desesperadas, entre las ruinas envilecidas de la Alemania en reposo.

Los relojes en hora

> *Let us take the air, in a tobacco trance*,
> *admire the monuments*,
> *discuss the late events*,
> *correct our watches by the public clocks*.
> *Then sit for half an hour and drink our bocks*.

T. S. ELIOT
«Portrait of a Lady»

Ni Francia ni Italia viven ese espacio vacío que se expresa en la nulidad del Año Cero. Francia ha conseguido convencer a casi todo el mundo —empezando por ella misma— del carácter ajeno de la catástrofe. La negativa

de De Gaulle a aceptar la derrota de 1940 ha permitido deslegitimar en la historia y en la política, en la tradición cultural y en la estrategia de la reconstrucción republicana, la imagen de una Francia colaboracionista, entregada al mito nazi de un Nuevo Orden europeo, en el que el régimen de Vichy representa, más que la independencia de un Estado francés, la vinculación con los objetivos antidemocráticos de la Alemania hitleriana. El *No* gaullista servirá como la referencia simbólica de una resistencia inicial; ponerse en movimiento antes de que sea evidente que el Tercer Reich ha perdido la guerra permitirá a Francia formar parte de las potencias vencedoras a través de su autoliberación. Italia ha podido construir un sistema democrático que nace con la guerra civil, los gobiernos de unidad antifascista y el Comité de Liberación Nacional. Ciertamente, las contradicciones del cambio de régimen, al que las potencias antifascistas no aceptan en igualdad de condiciones tras la caída de Mussolini, prolongan la situación ambigua de los italianos. El lento ascenso por la espina dorsal de la península desde el desembarco de 1943 va afirmándose en la paciente evolución de la política, que se ajusta a los acontecimientos militares poniendo las semillas de la etapa constituyente. Así, se produce el acuerdo entre todos los partidos democráticos, la formación de un catolicismo de masas de carácter antifascista y la *svolta* en el Partido Comunista propiciada por Togliatti, que puso de relieve la necesidad de un gobierno de unidad nacional sin exclusiones para consolidar la liberación y evitar que Italia caiga en un caos que sirva de coartada para impedir su continuidad como país unido e independiente.

Ninguna de estas conductas puede ofrecer solvencia a una Alemania contra la que se hace finalmente la guerra. Los encuentros de las grandes potencias, para preparar las condiciones que deben seguir al conflicto, centran su atención en la que parece haberse convertido en la patria del fascismo y en el origen de la guerra mundial. La nazificación del fascismo a través del conflicto de 1939-1945 construye una representación útil para los simpatizantes y para los adversarios. La apertura de los campos de exterminio mostrará la barbarie del régimen hitleriano. Basta con tener en cuenta la imposibilidad de separar a los aliados angloamericanos de los soviéticos, mirada con simpatía por los propios dirigentes del Partido Nazi en los últimos meses de la guerra, para saber que el destino de Alemania no podía ser el que se concedió a Italia o el que, en el otro extremo del mundo, se dará a Japón. La guerra contra el fascismo parece haberse ajustado a la propia utopía nazi; hacía del régimen hitleriano la síntesis o la realización completa de esta opción antidemocrática que tuvo su trayectoria más dilatada en Italia, pero su aplicación más despiadada, radical y congruente con el paradigma de la modernidad perversa en la Alemania de la esclavitud y el exterminio industrializados. A los escenarios de la lucha y los asesinatos en masa, se suman las condiciones diplomáticas del final de la guerra. Francia se ha instalado junto a las potencias vencedoras. Italia puso en pie un gobierno antifascista que, incluso durante el conflicto, ha podido obtener la condición de la cobeligerancia. En Alemania, el desastre ha llevado a la desertización institucional. No hay un régimen con el que negociar una paz, y la farsa que trata de mantener el almirante Dönitz se desmantela en quince días.

Para los vencedores, el significado del Año Cero se aplica a la ausencia de Alemania, a una especie de defunción cuyo futuro solo tiene previsiones negativas: la rendición sin condiciones, la voluntad de castigo, la seguridad de que nunca podrá repetirse el movimiento hitleriano. Las distintas aproximaciones a esta negación inicial, cuya diversidad se complicará con la evolución de la posguerra, se realizarán sobre ese país destituido, convertido en un mero territorio sobre el que planea una angustiosa memoria colectiva. A fin de poder ser compartido, ese recuerdo necesita la construcción de un espacio: la intimidad crea una relación estrictamente personal, de análisis de la propia trayectoria. Para establecer una memoria colectiva, se necesitan lugares de conmemoración. El recuerdo es un ritual donde la gente se identifica colectivamente, y esa esfera pública necesita materializarse en objetos, incluso puede convertir en un símbolo eficaz lo invisible o lo destruido, como sucede con quienes rezan a un dios invisible a partir de pequeños indicios de su existencia.

Maurice Halbwachs, en sus ensayos acerca de los *loci memoriae* clásicos, subraya la forma en que el espíritu va en busca de un lugar donde *expresarse*. La muerte de Halbwachs en Buchenwald, un verdadero espacio para la memoria posterior, añade una verificación dolorosa a una reflexión convertida en experiencia radical. Halbwachs insiste en la necesidad de encontrar la calidad material que permanece como huella de los instantes pasados y que permite el reconocimiento, la conmemoración, el acto mismo de revivir.[3] Permite, a fin de cuentas, el recuerdo en su sentido social. ¿No viajamos recorriendo los centros comerciales donde intentamos adquirir un *souvenir*? Nuestra memoria no nos basta, y tenemos que disponer de ese

objeto que nos traslada al momento de los hechos, como lo hacen las fotografías o las cintas grabadas. Sobre esa Alemania que Rossellini ha retratado, se dispersan los lugares de la memoria, abatidos, agonizantes, duraderos. Un célebre texto alemán hablará de *la hora de las mujeres*, que recorren las ruinas y sacan adelante a familias diezmadas, sin hombres jóvenes, muertos o prisioneros. Peter Reichel, en una aproximación inspirada y minuciosa, nos hace recorrer ciertos territorios: Munich, la capital del movimiento, donde el propio Eisenhower hace volar los «templos de honor» que presidían las manifestaciones conmemorativas del *putsch*; Nuremberg, la ciudad de los grandes congresos, donde la naturaleza parece encargarse más de la destrucción que las propias autoridades, con la tenacidad de una hierba que desfigura los espacios petrificados. En uno y otro caso, las cosas cambiarán con los años, cuando se trate de rescatar esa memoria en un ambiente más tranquilizado, como ocurre con las exposiciones de Munich en 1993 o los esfuerzos de los empresarios de Nuremberg para aprovechar las zonas que Speer había dejado a medio construir.[4]

La referencia de las ruinas tiene otro sentido, que es visual y lo trasciende: en sus lecturas en la Universidad de Zurich, W. G. Sebald explica la distancia entre los datos y los sentimientos. Los bombardeos aliados han atacado 131 ciudades, y han destruido totalmente muchas de ellas. Además de los seiscientos mil muertos, tres millones y medio de casas son arrasadas. En Colonia hay 31,1 metros cúbicos de escombros por persona; en Dresde, 42,8. Sebald añade que eso no significa nada inmediatamente. Un dato no es un significado, a menos que podamos

entender qué era lo que esos siete millones y medio de personas sin hogar sentían. No parecen tener interés en decirlo. Alfred Döblin, como lo indica el mismo Sebald, recorre su retorno del exilio asombrado por el silencio de las víctimas: «La gente caminaba entre las ruinas como si no hubiera ocurrido nada y la ciudad hubiera sido siempre igual».[5] El poder estupefaciente del sufrimiento ha superado el umbral gracias a su duración: no se trata de un terremoto, de una catástrofe natural que tiene la piadosa frecuencia de la velocidad. Los bombardeos han durado años, se han reiterado, se han normalizado. La destrucción física de las ciudades, de los lugares de la memoria, parece haber querido arrebatar al país no tanto su fuerza productiva —solo el 21 por ciento de las fábricas de la zona occidental están afectadas—, como la profundidad de sus emociones. La desmoralización que se busca, el derrotismo, la negativa a resistir, la aceptación de la superioridad del enemigo, es un instrumento persuasivo de propaganda que consigue su objetivo de una forma oblicua, perversa. Lejos de provocar la irritación contra el régimen, levanta el recelo contra los adversarios, sin fortalecer la solidaridad con el nazismo. La carencia de moral es un acierto, si lo que se buscaba no era el entusiasmo antifascista, sino algo más grave que la resignación, aunque se le parezca: la indiferencia.[6]

Esa actitud difícilmente conduce a la solidaridad, incluso a la resistencia de los nostálgicos, que podría desagradarnos pero que contendría un elemento de interés por el compatriota. El escenario de una destrucción masiva provoca sentimientos individualistas y la irrupción de un mercado negro con el que los alemanes harán frente al peor invierno de su historia

tras la guerra, que no es el primero, sino el segundo. Precisamente el grado de desesperación y de contacto con una hambruna generalizada es lo que conduce, en 1947, a acelerar las ayudas económicas y a establecer una coordinación para la reconstrucción, depositada en manos de los nuevos cuadros políticos alemanes. La carencia de solidaridad se expresa en la actitud ante los recién llegados de las zonas orientales, la población que ha huido en condiciones dramáticas de Polonia o de Prusia Oriental; ha arribado a sus lugares de destino sin disponer más que de lo puesto, ha perdido sus equipajes por el camino. Rainer Schulze nos ha aproximado a este drama colectivo, partiendo del examen de minuciosos trabajos de campo. A las grandes cifras, que indican la magnitud del problema, deben sumarse las percepciones que se tienen del mismo, tanto por el número de gente desplazada como por la manera distinta en que se ve a esa población, a veces con criterios que tienen que ver con elementos dudosamente democráticos —por ejemplo, la «pureza racial» de los inmigrantes que residían en Polonia—, o con la propia experiencia de sufrimiento durante el conflicto —cuando se examina uno de los casos mejor documentados, referidos a una zona rural de Baja Sajonia que apenas sufrió destrucciones —. Los datos generales aturden por sus dimensiones: el censo de septiembre de 1950 indicaba la existencia de 9,6 millones de refugiados, distribuidos de forma muy irregular, aunque con especial densidad en la zona de ocupación norteamericana, dada la posición francesa de negarse a aceptarlos en su territorio de gobierno. Si, en cifras absolutas, los casi dos millones de personas en Baviera o una cifra algo inferior en Baja Sajonia eran abrumadores, en términos relativos las cosas son todavía más

preocupantes: una tercera parte de los habitantes de Schleswig-Holstein son desplazados, el 27 por ciento de Baja Sajonia y el 21 por ciento de Baviera, mientras las cifras en Hamburgo, Bremen o Renania del Norte-Palatinado quedan en la zona del 10 por ciento o algo por debajo de este porcentaje.

A ello hay que añadir un elemento que define con mayor precisión, con mayor cercanía, los datos que convierten una realidad en un problema, un episodio en un conflicto. Pues, en algunas zonas, la mitad o la mayor parte de los habitantes son desplazados, como ocurre en el *Landkreis* de Celle: la población total aumentó en un 70 por ciento, pero algunos pueblos de esta comarca de menos de 60.000 habitantes se vieron obligados a recibir a más desplazados que los habitantes que residían en el vecindario, algo que ocurría en el 10 por ciento del *Landkreis*. Las protestas que han quedado documentadas en esta zona se refieren a las quejas de los campesinos, que estaban acostumbrados a un modo de vida muy tradicional comparado con la conducta de quienes podían proceder de ciudades del Este; estos no estaban en absoluto preparados para realizar labores agrícolas, colaborar de una forma eficaz en su propio mantenimiento o adaptar sus costumbres de forma que resultaran más familiares a los residentes, algo que acabó por despertar irritación en ambas partes. Como el mismo Schulze señala, las afirmaciones realizadas por algunos desplazados permiten pensar que solamente la devastación provocada por el nazismo impidió que se convirtieran en una bolsa de resentimiento que adquiriera una identidad radical, opuesta a la del resto de los ciudadanos. Una situación muy diferente de la que han podido detectar L. Niethammer y A. von Plato al estudiar el caso de la cuenca del Ruhr, en la que, según afirman los autores

tras la realización de un exhaustivo trabajo de historia oral: «todo el mundo —tanto los habitantes ya establecidos como los recién llegados— tuvo que integrarse a un tiempo nuevo, con nuevas demandas y normas, con nuevas evaluaciones políticas y nuevas esferas sociales. En este sentido, la integración de los refugiados es un caso extremo de desarrollo general». Sin embargo, para Schulze, la integración en las zonas rurales se produjo con numerosos conflictos iniciales; las personas irrumpían en una continuidad, de manera que esos cambios conflictivos ayudaron a diseñar el carácter de la sociedad alemana de una forma que no se habría producido sin la modernización, provocada por ese conflicto.[7] En ese espacio de desmoralización, ¿cómo sorprendernos por un desinterés que parece extrañar a los ocupantes? Cuando el Instituto de Demoscopia pregunta a los alemanes occidentales cuál es su opinión acerca de la Ley Básica que constituirá el fundamento legal de su independencia política, solamente el 21 por ciento de los interrogados responde que está muy interesado —las mujeres solo en una proporción del 12 por ciento—, y un 40 por ciento de quienes responden —casi la mitad del total de las mujeres entrevistadas— dicen que ese tema no les interesa en absoluto. Tras la celebración de las primeras elecciones al Bundestag, solamente el 7 por ciento de los entrevistados es capaz de indicar cuál es el principal partido del país. Casi el 40 por ciento responde erróneamente o dice, sencillamente, que no lo sabe.[8] Richard Stöss, uno de los especialistas más respetados en esta cuestión, nos habla de un paisaje propicio a la nostalgia y al apoyo —algo inerte, difícil de definir, una *Stimmung* atmosférica, un humor ambiental— a la extrema derecha en el espacio estricto de la RFA, un estado emocional que se apoya

en datos muy precisos: a comienzos de los años cincuenta, hay ocho millones de desplazados en Alemania Occidental, unos seis millones de víctimas de bombardeos, dos millones y medio de viudas de guerra, un millón y medio de mutilados, dos millones de hombres que regresan por fin de los campos de prisioneros, un millón y medio de desempleados, dos millones de empleados que han sido expulsados por su militancia nazi.[9] No es, por tanto, una situación que despierte entusiasmo. Y, en las condiciones en que se realiza la Ocupación, ni siquiera esperanza.[10]

El protagonismo adquirido por Alemania en la guerra le concede un papel de especial relevancia en la propaganda y en las intenciones de los vencedores, cuyas primeras aproximaciones se expresan con un sustantivo y un gentilicio: *el problema alemán*. Las reflexiones de los intelectuales interceptan los acuerdos de la diplomacia. Para propagandistas como Vansittart, que recoge sus charlas en la BBC en un texto cargado de prejuicios contra el carácter del pueblo alemán, *Black record*, no estamos más que ante el resultado lógico de una cuestión genética y cultural. En las reflexiones de quienes, desde fuera, se enfrentan al nazismo como lo que realmente se ha vencido, lo que tenemos es una criatura engendrada en un espacio propicio, heredera y potenciadora de los elementos más nocivos de su ascendencia. Es posible que el contenido de las expresiones de Vansittart sea demasiado combativo para ser tomado en serio, pero el germanismo francés despliega ciertos análisis que no pueden tomarse como un prejuicio exaltado en los tiempos de guerra. Hombres como Edmond Vermeil, uno de los expertos en cultura alemana más respetados de Francia, hablará de una desviación que se origina en Lutero en la que se mezcla el heroísmo de una

élite y el servilismo de las masas. Albert Béguin, que sustituirá a Mousnier en la dirección de *Esprit*, es capaz de sostener un doble lenguaje que está provocado más por el desconcierto de la época que por una falta de autoridad moral: si, por un lado, sostiene la necesidad de un encuentro que supere la tragedia bélica y el horror compartido del nazismo, por otro sugiere la existencia de un temperamento nacional obsesionado por las abstracciones y la obediencia, que reducen los espacios de la moral y de las decisiones. Henri Berr se referirá a las escenas penitenciales de la Edad Media, al gusto por lo macabro en las autoflagelaciones que acompañan a las epidemias, para establecer el principio de una forma de ser. No solo los hombres —digámoslo a la francesa— «de espíritu». También los psiquiatras acaban aplicando a los alemanes los métodos que el nazismo ha utilizado para legitimar sus acciones racistas, como lo hace el Joint Committee on Post War Planning, que analiza el nazismo como una patología mental.[11] Si a algunos intelectuales relacionados con la Escuela de Frankfurt, como Ernst Bloch, el nazismo les parece dotado de la calidez utópica y comunitaria de la que carece el liberalismo, otros autores refugiados en Estados Unidos, como Fromm, pasarán al estudio de la personalidad autoritaria sin descender o elevarse —depende del punto de vista— a esa visión desde *El principio esperanza* diseñado por Bloch. Hasta nuestros días, el *Sonderweg* alemán ha ido produciendo una larga retahíla de evocaciones del pasado alemán, de muy distinta sagacidad y validez histórica. El trabajo de Blackbourn y Eley, *The Peculiarities of German History*, podría haber puesto fin a un debate iniciado fuera del territorio específico de la historia social, al establecer la normalidad de la burguesía

alemana en el siglo XIX, en especial comparada con la modélica Gran Bretaña.[12] Sin embargo, la resonancia de los análisis centrados en las ideas, las costumbres compartidas y la cultura de masas han resistido lo suficiente como para regresar en forma de un apoyo subalterno a estudios tan meritorios como los de Browning o Mayer.[13] Aun cuando, en este caso, se trata de estudiar un problema al que nos enfrentaremos: el de la colaboración con el nazismo —en términos políticos y sociales, incluidas las políticas genocidas—, la culpa —en términos psicológicos y culturales — y la responsabilidad —en términos jurídicos—. En la literatura que se interroga sobre la catástrofe alemana, el tema va más allá; tiene un especial interés en detectar problemas que no ponen en primer lugar los campos de exterminio, sino la derrota y el hundimiento de la moral nacional. En el interior de Alemania, la reflexión de los intelectuales, si exceptuamos libros pioneros como el de Eugen Kogon, se preocupa en mayor medida por detectar esa larga decadencia alemana que acabará en el nazismo. Y, en ese análisis, especialmente cuando lo realizan quienes llegarán más lejos —caso de Ritter o Meinecke—, las simpatías pueden encontrarse del lado de las élites desbordadas por el populismo nazi. La búsqueda de la otra Alemania no siempre encuentra en su camino a los demócratas, sino a los conservadores que habrían evitado la catástrofe sin entregar el poder a las masas. Resulta curioso observar que ese mismo sentimiento se adueña de amplios sectores de la población, que compra textos de esta orientación.[14] Para muchos alemanes que, fuera del interés por un futuro custodiado por los ocupantes, se interesan por lo que ha ocurrido, las reticencias ante la democracia provocan la creación de una forma conservadora de

antifascismo que tendrá su expresión política en el aislamiento de la socialdemocracia hasta los años sesenta.

Lo que se encuentra ante nosotros en el ámbito de lo cultural y social es, por tanto, esa curiosa mezcla de apatía individualista en lo que hacía referencia al presente y al futuro, y una morbosa actividad intelectual por comprender el desastre de 1945. En la medida en que las ilusiones de superioridad racial y militar alemana habían permitido la cohesión comunitaria durante el Tercer Reich, su derrumbe tuvo que compensarse mediante la adjudicación de responsabilidades históricas, que en buena parte se orientaban a marcar la decadencia de una civilización en manos de la demagogia nazi. El prestigio de intelectuales como Thomas Mann, Meinecke o Gustav Stolper fue precisando una crítica que, procedente de los ambientes conservadores, liberales o católicos, permitían convertir los excesos de la democracia en demagogia, difuminar el poder del pueblo en una amorfa voluntad de las masas o denunciar la pérdida de referencias morales de un romanticismo que medía la suficiencia de la emotividad rechazando los engranajes de la *Aufklärung*. De esta forma, se constituyó una visión del «fracaso» de la Alemania profunda, cuya equivalencia podía ser el comunitarismo cristiano o el elitismo liberal-conservador, pero nunca la revuelta contra esas manifestaciones a través del nacionalismo racial o del socialismo marxista. La interpretación del nazismo como barbarie, realizada dentro y fuera de Alemania, permitió considerar la existencia de una cultura vencida ya antes de 1933, cuya validez se encontraba en los valores de la burguesía agredidos desde los dos extremos citados. Esta interpretación de la trayectoria alemana podía normalizarse, más que en una

opción académica sobre la naturaleza del fascismo, en una visión social extensa que acabaría refiriéndose a una identidad a recuperar y señalaría los límites culturales de la República Federal.

Para las potencias vencedoras, de lo que se trataba era de decidir cómo afrontar el futuro de Alemania. Las decisiones que se tomaron en los encuentros entre soviéticos, estadounidenses y británicos en Teherán, Yalta y Potsdam correspondían a la situación concreta en que se encontraba el acuerdo de base entre los aliados circunstanciales. Por tanto, difícilmente podía inspirar la reconstrucción del país a largo plazo, teniendo en cuenta que existían diferencias ideológicas y de interés de Estado que pronto iban a salir a la luz. En agosto de 1945, cuando se hacen públicos los acuerdos de Potsdam, lo que parece más importante señalar es la voluntad de impedir que el nazismo vuelva a reproducirse. De igual forma, las decisiones prácticas tomadas por los aliados, de la que puede ser un buen ejemplo la de los dirigentes estadounidenses en la directiva JCS 1067, es la de tratar a Alemania como a un país vencido, no como a un país liberado, una potencia a la que no solo hay que ocupar, sino también castigar. Tal actitud implica la búsqueda de culpas individuales en un marco de responsabilidad colectiva; el pueblo alemán en su conjunto tendrá que demostrar su inocencia o su grado de implicación con el régimen derrotado. Dándose por supuesto un apoyo de las masas al régimen caído, para evitar que este regrese se iniciará un proceso que combinará la desnazificación y la reeducación, a lo que se añadirá, al principio, la propuesta de evitar el crecimiento de la industria alemana a más de la mitad de su potencial anterior a 1938. La dureza de las condiciones iniciales tendrá que modificarse por motivos internos y

externos; entre ellos está la imposibilidad práctica de llevar adelante un proceso de desnazificación en los términos radicales en que deseaba hacerse, y también las dificultades de un planteamiento que mezcla una afirmación del principio de «responsabilidad colectiva» y, para aplicar las medidas punitivas correspondientes, tiene que establecer con el régimen una multitud de relaciones que no se adaptan fácilmente a las rudimentarias categorías que fijaban los documentos oficiales. En especial, porque las circunstancias del pueblo alemán habían ido variando con la evolución misma del Tercer Reich. Por poner un ejemplo revelador, ¿cómo podría medirse la actitud de Konrad Adenauer, primer canciller de Alemania Occidental, que será perseguido tras el golpe de los generales en julio de 1944, pero que en 1932 ha prestado su apoyo a Von Papen y ha llegado a defender la inclusión de los nazis en el gobierno de Weimar? ¿Cómo considerar la posición del primer presidente de la República Federal, Theodor Heuss, que votó la Ley de Plenos Poderes de Hitler en 1933?

Por tanto, esa delimitación estricta de las responsabilidades no contempla una realidad compleja, móvil, en la que las posiciones han ido variando a la luz —o la sombra— de los acontecimientos. Se encuentran, claro está, las posiciones extremas, con una claridad que las hace excepcionales: el máximo líder de la socialdemocracia en la posguerra, Kurt Schumacher, ha pasado once años en campos de concentración, y su salud nunca se repondrá de esa experiencia; morirá antes de cumplir los sesenta años. En el otro extremo, pueden encontrarse los procesados en los juicios de Nuremberg, empezando por el gran proceso que se cierra en octubre de 1946. En el resto de la sociedad alemana, en la mayor parte de los casos, la

culpa, la responsabilidad, la complicidad, encuentran su lugar y su tiempo en personas y circunstancias prolongadas en un período de crisis de civilización. Las dictaduras de larga duración contienen una abundancia de zonas grises que no permiten la cómoda fijación de fronteras entre colaboradores fanáticos y resueltos resistentes. Ello facilitaría la tarea del historiador, pero desfiguraría una realidad cuyos matices son indispensables, si quiere llegar a comprenderse. No se trata solo de inyectar a los hechos una complejidad que pueda satisfacer al erudito, sino de dotarlos del significado que los haga verdaderamente comprensibles y que atienda a la multitud de factores que constituyen un proceso histórico. En este caso, frente a la afirmación de una «responsabilidad colectiva» se encuentran las diversas motivaciones de una actitud ante el régimen que no ha contemplado la resistencia de masas. En algunos casos, el terror ha servido para desalentar cualquier oposición. Y, curiosamente, las delaciones que aseguran el trabajo de la Gestapo permiten a los denunciantes presentarse ante las autoridades con un certificado de buena conducta comunitaria, aparecer ante los verdugos como auténticos *Volksgenossen*. El miedo favorece la complicidad, pero no la explica completamente. Encontramos la necesidad de atender a un ritmo, a un proceso histórico preciso, marcado por circunstancias que no pueden fijarse como se hace demasiadas veces. ¿Puede verse de la misma forma al militante de 1925, doctrinario de un pequeño grupo radical, posiblemente miembro de un grupo de choque patriótico y antisemita en los primeros años de Weimar, que a una persona que vota al NSDAP en 1932, atenazado por el desvarío moral de la crisis económica y el desmantelamiento de las instituciones

democráticas? ¿Puede considerarse idéntica la actitud de esa misma persona y la de quien, sin apoyar directamente al partido antes de la caída de la República, acepta la esperanza de una «renovación nacional», que la política económica y social de Hitler parece corroborar, que ofrece el fin del desempleo, una neutralización demagógica de la lucha de clases, el fin de las constantes crisis gubernamentales y el regreso de Alemania a una posición de poder en el concierto de las potencias? Claro está que quien no desea dejarse engañar puede reaccionar inmediatamente, y los ejemplos del exilio, las advertencias de los intelectuales, el espectáculo de la represión, la publicidad de los campos de trabajo, la reclusión de los disidentes y cualquier otra forma de exclusión son algo demasiado visible para ofrecer una visión risueña del nuevo régimen. La cuestión es comprender cómo se acepta una situación de corrupción de la política que solo puede entenderse en el marco de una pérdida de confianza en las virtudes de una sociedad abierta y la potencia del discurso comunitario del nazismo, que ha actuado con la imagen de una fuerza inclusiva de la misma forma que hoy es recordado, fundamentalmente, por los rasgos de su exclusión.

Ambas cuestiones se complementan en la experiencia de la población alemana: el alejamiento de los «ajenos a la comunidad» verifica la pertenencia a la misma de quienes han sido condenados a las terribles condiciones de los últimos meses de la República. La sensación de recuperar la autoestima tras la pérdida de trabajo, la proletarización, la soledad en que se vive la quiebra de los servicios sociales, la marginación y la falta de valor de cada uno de los ciudadanos, permite comprender la forma en que los que son reintegrados a la comunidad pueden encontrar una

justificación al proceso de exclusión, en la medida en que tal segregación se ve como necesaria para asegurar su reintegración al *Volk.* Por perverso que sea este proceso, constituye una alternativa de cohesión social, un paradigma de comunidad sin más conflicto que el que deriva de la observación de quienes son extraños, de quienes merecen ser recluidos en el exterior, de quienes acechan más allá de las fronteras raciales, naturales, de la comunidad. Nada de ello parece moralmente justificable, cuando la propia inclusión tiene que complementarse con la exclusión ajena; cuando la extranjería de los demás es la base perceptible de la propia ciudadanía; cuando la esclavitud de lo defectuoso se convierte en el certificado de salud propio. Pero tal condena moral tiene que establecer un juicio histórico que nos permita comprender la inmensa zona de diversos tipos de convivencia con el régimen, poco favorables a una sumaria tesis de «responsabilidad colectiva», diseñadora de un campo homogéneo de relación con el sistema destruido. Las distintas experiencias personales en la etapa prehitleriana desarrollan maneras diferentes de afrontar el Tercer Reich; nunca puede distinguirse con claridad una zona de entusiasmo doctrinario y una zona de resistencia heroica. Por el contrario, la abundancia de situaciones, la multitud de motivaciones para establecer complicidades atenuadas —que no exigen ni siquiera la militancia, pero sin las que el régimen no hubiera podido sobrevivir tanto tiempo y en condiciones a veces adversas—, exige un análisis más cauteloso, que tenga en cuenta la facilidad con que se desenvuelve una normalización democrática del país en términos que no sean los de un inmenso cinismo colectivo. Las personas que niegan una base electoral potente a los nostálgicos del Tercer Reich son las mismas que

han permanecido leales al sistema derrotado, pero que tienen en su haber la experiencia atroz de la guerra y la pérdida de prestigio de Hitler y del nazismo a partir de 1944, cuando el mito del *Führer* se desmorona.[15] Esta corta memoria, que ha permitido que el régimen se establezca ya que ha deteriorado el recuerdo de la democracia de Weimar sometida a la crisis económica de los años treinta, puede ahora utilizarse para recriminar al Tercer Reich su carácter, en la medida en que representa un fracaso más que una recompensa social, una seguridad afectiva entre gentes castigadas por las fracturas sociales y la pérdida de estatus. La consolidación de un régimen democrático en la RFA solamente puede entenderse si se utilizan los mismos recursos con los que consideramos la adhesión diversa al régimen hitleriano, pues de otro modo todo resultaría un inmenso fraude, un ejercicio de simulación que habría acabado por encontrar mecanismos de expresión electoral en la fuerza de una extrema derecha que reivindicara el pasado nazi.

¿Implica ello negar la amplitud del consenso logrado por el nazismo y, por tanto, la responsabilidad de la población alemana en su supervivencia? De ninguna manera. Implica, más bien, tratar de acercarse a una sociedad sin simplificarla, sin petrificarla en aquel momento de la historia del nazismo que nos convenga. Tal matización, lejos de reducir la responsabilidad, la coloca en un contexto en el que esta llega a adquirir mayor corpulencia. Conocida es la expresión benjaminiana de la estetización de la política a manos del fascismo. Si se entiende por ello la simple modernidad de los recursos de propaganda, la eficacia de los nuevos mecanismos de comunicación de masas, la ornamentación monumental y la

atmósfera agobiante de las concentraciones de entusiastas *Volksgenossen*, solamente habremos penetrado en lo más superficial de la afirmación de Benjamin. Pues, de hecho, se trata de entender como estética la apariencia, la visibilidad del proceso comunitario, la escenificación permanente, la percepción de la forma en que la voluntad de ese Yo colectivo que es la *Volksgemeinschaft* llega a poder expresarse, a manifestarse. Por tanto, la sustitución de la política por la estética no se refiere a la fascinación de los uniformes, al vigor de los gallardetes, al atractivo de los himnos. Los rituales no son simples hechos propagandísticos, sino maneras de llegar a relacionarse sensorialmente con una comunidad que deja de ser imaginaria para sintetizarse en una metáfora, en un espectáculo, en la abstracción de un símbolo. La mezcla de lo que corporalmente puede experimentarse, participando en un acto de masas, y la impresión de formar parte de algo mucho mayor, que se expresa simbólicamente en esa manifestación, constituye la posibilidad de asistir a la actuación de la comunidad en marcha. La posibilidad de usar los términos propios del lenguaje teatral o cinematográfico no es casual, en la medida en que esa ocupación estética del lugar de la política supone una aproximación emocional al sentimiento de pertenencia, una vibración de conjunto en la que cada uno puede trasladar el discurso de la comunidad unitaria a su propia individualidad.

Si, como mecanismo de inclusión, los recursos estéticos sustituyen a una política entendida como ámbito de argumentación y conflicto, para comprenderla como la rotunda afirmación permanente de la nación étnica, del *Volk*, la estética despliega esos mismos recursos sobre los criterios de exclusión. La expulsión de la comunidad se hace visible en los juicios que

clasifican a los ciudadanos en dignos o indignos de reproducirse, en las sentencias públicas que condenan a la esterilización, en los decretos que arrebatan derechos de ciudadanía, en las *razzias* destinadas a recluir a los «asociales» en lugares apartados a aquellos donde vive la comunidad. La ausencia de quienes han sido deportados pasa a considerarse una limpieza del escenario, una operación higiénica que extermina el material defectuoso y amenazador. Tiene los rasgos especulares de una inversión, ya que la esclavitud de los demás parece convertirse en garantía y confirmación de la libertad de quienes son los verdaderos ciudadanos. Los campos de concentración tienen una finalidad productiva, pero también agotan en su propia existencia su sentido, en la medida en que su fabricación, su «estar ahí» pasa a ser advertencia para los disidentes, resignación para los pasivos receptores de los cambios políticos y entusiasta verificación de superioridad para quienes creen en el proceso de renovación nacional iniciado por Hitler. De igual modo, la vida en el campo, ya sea de trabajo o de exterminio, se organiza con criterios científicos de producción —incluso para la producción de la muerte—, pero también con la asunción de su importancia simbólica, en la medida en que diseñan un espacio de libertad absoluta de los señores y de completa enajenación de sus víctimas.

Tales apreciaciones van dirigidas a ser poco indulgentes con la responsabilidad, pero tampoco pretenden simplificar los mecanismos que le permitieron tener eficacia. Los diversos grados de adhesión al régimen, que sin duda fue multitudinaria, no pueden separarse del engaño, de las frustraciones previas, de la forma perversa en que se presentan las esperanzas de redención en tiempos de desintegración social. Tras la

experiencia de Auschwitz, nos puede resultar difícil mantener ese equilibrio, que se resolvería cómodamente con una declaración de ignorancia general, con un enloquecimiento pasajero o con el auténtico carácter de un pueblo redimido con un baño de sangre y un lento proceso de reeducación. Pero los ciudadanos alemanes de los años treinta no tenían la experiencia de Auschwitz; estaban en una espiral que los conduciría de un modo espantosamente lógico hasta ella, pero no habían visto el final.[16] Ni habían creído, como es obvio, en la catástrofe nacional, en el hundimiento que se avecinaba para todos. Ello no sirve para exculparlos o para absolverlos, según se quiera utilizar un lenguaje jurídico o religioso. Pero contiene los ingredientes necesarios para comprender la naturaleza del fascismo, una de cuyas características es el discurso populista y la adhesión de las masas, que permite la neutralización de las tradiciones democráticas.

Junto a esas dificultades internas, que hacen difícil actuar aunque se disponga de los mecanismos adecuados, ya que la justicia puede estar condicionada por un alud de cartas de recomendación, por la ocultación de los apellidos, el desplazamiento geográfico a larga distancia, la destrucción de documentos, todas ellas circunstancias que pueden dar la impresión de una *justicia a medias*; junto a los problemas técnicos de un sistema penal que encuentra ante sí una tarea inédita, se encuentran los elementos externos a todo lo que se refiere a la experiencia del Tercer Reich. La modificación de las relaciones entre los vencedores, el proceso de separación de Alemania en dos, la búsqueda de un aliado seguro para Occidente que cubra las zonas de ocupación anglo-franco-americana, por ejemplo, pasan a tener relevancia en el proceso de desnazificación, en

especial en lo que se refiere a la continuación de los castigos y, por simple inversión de las causas y los efectos, en la concepción misma de la responsabilidad colectiva. El ritmo en el que la guerra fría va desplazando la línea de fractura fundamental en la situación geopolítica europea es un elemento sin el que no puede entenderse —más allá de lo que suceda con el carácter mismo de las distintas opciones de defensa de los dos sistemas en litigio— la manera en que se considera el «problema alemán»; especialmente cuando, sea cual sea el pasado de cada uno de los ciudadanos que habitan en la zona occidental, lo importante es su condición de freno al expansionismo soviético, de materia prima cuyas actitudes ideológicas y cuyas habilidades técnicas no pueden despreciarse. No se trataba solo —aunque este elemento resultara cada vez más evidente— de algo tan obvio como la imposibilidad de una reconstrucción del país en la que se prescindiera totalmente de quienes tuvieran un pasado turbio, que hubieran sido funcionarios del régimen caído, empresarios, médicos, ingenieros, policías que hubieran puesto sus conocimientos a disposición del Tercer Reich, que se hubieran doblegado a la exigencia de las muestras de adhesión a Hitler o que hubieran sentido simpatía por el régimen.

Para la población alemana en su conjunto, según los mismos ocupantes, el sufrimiento de la posguerra no procedía de las condiciones materiales propias de la catástrofe militar, de unas «condiciones objetivas» por las que todo el mundo estuviera sufriendo tras la espantosa matanza y la violencia sin límites que había destruido la moral y el bienestar cotidiano. Lejos de ello, la población tendió a pensar que procedía de la incompetencia de algunas autoridades, a la que se sumaba la malevolencia de otras; ambas

condiciones creaban padecimientos que solo sufrían los alemanes y que se podían haber evitado con una administración más eficaz y que no buscara la revancha política sobre los vencidos. Para personas como los futuros dirigentes de la República Federal, de lo que se trataba era de permitir que los alemanes empezaran a gobernarse cuanto antes, que fueran vistos como víctimas del nazismo y de la guerra, y no como cómplices que llevaran el estigma del Tercer Reich y de la catástrofe mundial provocada por este. El esfuerzo realizado por los dirigentes que se harían cargo de la gestión del país en los primeros veinte años de independencia —democristianos y liberales, fundamentalmente—, iba encaminado a afirmar que lo importante era una demostración de confianza en la capacidad de los alemanes de volver a hacerse cargo de su destino, y mostrar al mundo que el nazismo no había sido la forma natural y necesaria de expresar su carácter.[17] A ello podría sumarse lo que Tauber ha indicado en el que sigue siendo uno de los mejores estudios sobre el nacionalismo alemán en la inmediata posguerra: a la hora de considerar la adhesión al nazismo la responsabilidad se establecía de forma que no distinguía entre los elementos jurídicos y los morales, el juicio se movía en una ambigüedad que desequilibraba su carácter y lo empujaba hacia la arbitrariedad. Es obvio que, en lo que atañe a la experiencia nazi, ambos ámbitos, el jurídico y el moral, resultan difícilmente separables: la magnitud del crimen no se conforma con la atmósfera esterilizada de la Justicia y busca el ámbito más cálido de una indignación que desea rescatar la dignidad de las víctimas más que explicar un proceso de exclusión, deshumanización y exterminio. Pero, al mismo tiempo, las actitudes de los nuevos gobernantes contaminaban las acciones

de depuración de responsabilidades y de establecimiento de la condena adecuada ya que atenuaban los castigos en función de las necesidades de la reconstrucción, de la obtención de cuadros cualificados, de la lucha contra el nuevo adversario soviético, aspectos todos ellos que restaban credibilidad a la pureza de las acciones judiciales. Además, su eficacia dependía de elementos como los recursos de los acusados, que podían disponer de abogados con prestigio y habilidad suficientes para conseguir más benevolencia, o cuyas dotes de persuasión convencían al tribunal de la inocencia de los acusados o de su responsabilidad atenuada, algo que estaban lejos de obtener los «pequeños nazis» sin dinero, sin contactos sociales, sin facilidad de expresión, a los que se cargaba con una responsabilidad mayor de la que tenían quienes realmente la habían ejercido durante el Tercer Reich.[18]

Las actividades iniciales de los ocupantes no han sido, por otro lado, coherentes. La diferencia que podía esperarse entre la conducta de aquellos países ocupados por el Tercer Reich, que habían sufrido las represalias del nazismo en su propia población, y los que se habían librado de ella no es, necesariamente, la línea fundamental de división, aunque sea una de las variables a tener en cuenta, a la hora de considerar las acciones de represalia tomadas por soviéticos y franceses. Sorprende, en este sentido, la dureza de las directivas de Eisenhower, incluso antes de que acabe el conflicto, y la conducta de los oficiales canadienses, que llega a ser más violenta que la de los británicos en la represión de la escasa resistencia llevada a cabo por el movimiento *Werwolf*. De hecho, después de la guerra, sus posibilidades eran escasas por diversos motivos, entre los que se hallaba el propio

planteamiento del grupo. Las unidades de apoyo irregular habían sido formadas con el nombramiento de un inspector especial de Defensa por Heinrich Himmler, el general de las SS Hans Pützmann, en septiembre de 1944. Tales fuerzas, siguiendo la tradición prusiana del ejército alemán, nunca se vieron como una alternativa a la Wehrmacht y, ni siquiera, a la labor de las Waffen-SS; también quedaron fuera del control del Organismo Central de Seguridad (RSHA). Es posible que, para algunos dirigentes del Partido Nazi, como el propio Goebbels, estos cuerpos de carácter irregular fueran como una tropa «popular», lo que estaría más en consonancia con su idea de la Guerra Total y, sobre todo, con su visión del nacionalsocialismo como algo que poco tenía que ver con el conservadurismo de los oficiales del ejército. De hecho, el término *Werwolf* se había popularizado en los años que siguieron a la Gran Guerra, cuando tuvo un éxito especial la novela de Hermann Löss ambientada en las luchas de religión del siglo XVII, que llevaba por título *Der Werhwolf*. La novela fue muy apreciada en los ambientes *völkisch,* aunque su autor, fallecido antes de la Gran Guerra, nada tuviera que ver con ellos. El término dio nombre a una organización de contrarrevolucionarios dirigida por Peter von Heydebreck, y el uso inmediato de la palabra, tras eliminar la letra *h* referida a «defensa», se ha relacionado con una alusión a la licantropía, que tendría sentido en la influencia de las leyendas góticas en la mitología nazi. Esta discrepancia sobre qué uso dar a estas fuerzas durante la guerra se corresponde bastante bien con el carácter poliárquico del régimen nazi, en el que cada autoridad trataba de guardar celosamente su espacio de poder. Sin embargo, el resultado fue que a la organización, definitivamente conocida con el nuevo

nombre de *Werwolf*, nunca se le adjudicaron más que pequeñas tareas de sabotaje. Entre otras cosas, porque preparar un movimiento de resistencia implicaba, por sí mismo, la aceptación de la derrota. Cuando esta se produjo, su actividad fue insignificante, menos atribuible en muchos casos a una tarea coordinada que a la mera resistencia aislada de jóvenes de las organizaciones del partido, que muchas veces actuaban en defensa de su familia o sus poblaciones contra los abusos de las tropas invasoras.[19]

Debe tenerse en cuenta que, hasta los cambios de percepción que se producirían a finales de la década, la actitud del jefe de las tropas aliadas y del Comando Supremo del Ejército Expedicionario (SHAEF) fue la de emprender, más que una lucha contra el nazismo, una lucha contra la Alemania que lo había propiciado, contra el carácter de un pueblo especialmente inclinado hacia formas antidemocráticas de organización, y cuyo apoyo al Tercer Reich tenía menos que ver con la crisis general de la democracia en Europa que con una larga trayectoria de la cultura política germana. Por ello, las directivas que afectaban solamente a las tropas estadounidenses, como la célebre 1067, o los textos utilizados por los oficiales, en especial el *Handbook for Military Government in Germany* planteaban la ocupación del territorio con una extraordinaria dureza. Que un texto repartido entre los soldados estadounidenses se refiriera a desconfiar de los vecinos: «sin importar cuán amables, limpios, rubios y amantes de la música parezcan, ni cuán bella e inocentemente ejecuten sus danzas regionales en la plaza del pueblo», e hiciera especial referencia a no fiarse de niños que han sido envenenados por la propaganda nazi, refleja la forma en que las tropas concebían sus tareas de liberación: más en términos del

higiénico desguace de una actitud generalizada que en buscar la complicidad de quienes podían recibirlos como liberadores.[20]

El temor de Eisenhower al surgimiento de una lucha armada en el país —que explica, por ejemplo, la desviación de sus tropas hacia el sur, para evitar la formación de un área de resistencia en las zonas montañosas de Baviera— puede explicar, junto a los pactos diplomáticos con la URSS, la forma en que la zona prusiana se abandonó al Ejército Rojo, en la batalla de Berlín, tan decisiva por sus aspectos estratégicos y políticos posteriores. Sin embargo, Perry Biddiscombe ha mostrado brillantemente hasta qué punto era imposible que este cuerpo resultara una amenaza real, más allá del conflicto de competencias entre autoridades del Reich al que antes hacíamos mención. Como ha señalado el historiador británico, cabe destacar que la resistencia resultaba imposible por el propio derrumbamiento del prestigio del régimen; la obstinada defensa de sus principios no tenía ningún sentido debido a la erosión del mito de Hitler, que siempre se había basado en los éxitos de su política.[21] A ello podrían sumarse la escasa devoción a un mantenimiento de la actividad armada por los jerarcas del Reich, el agotamiento de la población alemana por la devastación de la guerra y la lucha por la supervivencia cotidiana. El único factor que podría haber utilizado, el de defender a la nación —al margen de la ideología— frente a los invasores, estaba desacreditado precisamente porque el Tercer Reich había identificado el país con el nazismo, lo que hizo que el responsable de la guerra fuera el régimen caído. No hay duda de que esta identificación evitó que las actitudes de rechazo ante la conducta de los aliados pudiera derivar en la tentación de desear la vuelta del

hitlerismo, dado que la población alemana atribuía sus sufrimientos, si no al régimen en el conjunto de su trayectoria, sí a su actuación en los últimos tiempos.[22]

Y el trato sufrido por los vencidos, no solo a manos de las tropas soviéticas, que podían ver en la guerra una venganza por las crueldades del conflicto racial que había desencadenado el Tercer Reich, sino a manos de unidades procedentes de países que nunca habían sufrido la invasión germana, resultó lamentable y peligroso para la creación de una conciencia democrática en el pueblo alemán. En este caso, la experiencia de la violación añadía otros aspectos a los que pueden suponerse en un abuso de este tipo. El principal de ellos era el carácter público que un Estado racial había adjudicado a las relaciones sexuales, con lo que junto al ritual vejatorio de una violación, que se comete sobre todo para satisfacer un apetito personal relacionado con el poder y la violencia física, hallamos la imposición de una agresión que se ejerce, y que el pueblo interpreta, como parte del castigo que recae sobre una población vencida. Pero, además, esta población ha sido educada en la creencia de su superioridad racial sobre quienes están violentando su cuerpo: son *Untermenschen* que «bestializan» aún más, a ojos de una población racista, para la que los eslavos apenas son seres humanos, la pavorosa liturgia de la violación. Las enfermedades transmitidas o los embarazos provocados en una población que ha asumido criterios de salud racial tan estrictos en los últimos doce años, agrava la forma en que se percibe la desdicha, además de acentuar la visión de mujeres desprotegidas que pueden ser violadas porque quienes deberían haberlas defendido han muerto o están prisioneros. Tal operación se repite

en la zona occidental, con el uso de tropas coloniales por los franceses, cuyas operaciones de violación se cometen con este mismo criterio racista.[23]

En los campos de Remangen o Sinzig, cerca del Rin, donde se hacinaban unos 300.000 prisioneros —solo en manos de los estadounidenses había más de 100.000 aún a fines de año—, morían un centenar de presos a causa del frío y de una nutrición insuficiente. El alcalde de Colonia, Konrad Adenauer, trasladó una queja al cónsul general, Franz Rudolph von Weiss, junto con la reseña de las atrocidades cometidas contra la población civil en forma de pillaje y violaciones. Las quejas de Adenauer encontraron una respuesta airada por parte de las autoridades británicas cuando el comandante militar de Renania del Norte, el general británico John Barraclough, destituyó a Adenauer tras acusarle de no haber sabido orientar de forma adecuada la reconstrucción de su área de responsabilidad, aunque la destitución tuvo más que ver con los contactos multilaterales que establecía el dirigente católico.[24] Un biógrafo de Adenauer recuerda la forma en que se humilló al alcalde de Colonia cuando, tras haber tratado de ampliar sus contactos con los ocupantes, a fin de aliviar la suerte sufrida por sus compatriotas, un general británico lo destituyó sin que ni siquiera se le permitiera tomar asiento.[25] Poco antes de que se produjera este acontecimiento, el propio dirigente democristiano había tenido la ocasión de manifestar al gobernador estadounidense de Colonia, el teniente coronel Patterson, que la población alemana recibía una ración inferior a la que él mismo había obtenido cuando le detuvieron en los cuarteles de la Gestapo, y que el empeño en requisar carbón y no

distribuirlo entre la población antes del invierno conduciría a numerosas muertes por hipotermia. Podrían extenderse hasta el infinito las noticias del trato que se daba a la población ocupada, con el que se deseaba recordar su total implicación con el nazismo y que expresaba que la derrota no la había producido el régimen, sino el país. Algo que permitía los excesos en la misma medida en que sentaba las deplorables bases de la reeducación. La actitud que tomaron los ocupantes llegaba a vulnerar claramente los acuerdos de La Haya de 1907, en la medida en que toleraban atentados contra la propiedad privada y represalias contra la población civil por actos aislados de sabotaje; algo que podía identificarse con la voluntad de imponer la disciplina a la población por medio del terror. Por ejemplo, la 4.ª División Acorazada canadiense, comandada por el general Chris Vokes, destruyó viviendas como represalia porque un pueblo había dado cobijo a algunos saboteadores o porque se había llevado a cabo un atentado contra oficiales de su unidad en las proximidades, como ocurrió en Mittelsen, Sogel o Wilhelmshaven. En el caso de las tropas francesas —y, en especial, de su comandante, el mariscal Lattre de Tassigny—, la actitud podía derivar de aspectos tan distintos y convergentes como la amargura por la rápida derrota de 1940, copiar lo que los alemanes habían hecho para controlar la resistencia de la población francesa y afirmar la seguridad de sus tropas o el exceso de estas, que llegaban a doblar la proporción de las de otros países ocupantes con respecto a la población civil.[26] A esta actitud podría sumarse la torpe gestión de otros asuntos cruciales, como la atención a los mutilados e inválidos de guerra, que los excombatientes podían comparar con amargura con las condiciones de respeto que habían inspirado en las

autoridades republicanas de Weimar, así como el grado de cobertura de sus necesidades que se había alcanzado en aquel momento. La intención de los ocupantes occidentales fue la de no alimentar el orgullo de haber participado en el conflicto bélico mediante recompensas a quienes habían sufrido algún trauma físico; creían que, de esta forma, combatían las tendencias militaristas de la sociedad alemana. El resultado de esta desprotección fue el contrario: no solo actuaba sobre seres que habían quedado en condiciones difíciles y humillantes, sino que incrementó el valor que se adjudicaba a su situación. Era, por tanto, una medida injusta, que vulneraba la dignidad de personas que se veían obligadas a vivir en condiciones inferiores a las de sus conciudadanos porque tenían minusvalías provocadas por la guerra. Además, era una medida de nefastas consecuencias ideológicas, ya que provocaba más rencor por el orgullo del ocupante, por su arbitrariedad e ineficiencia, al tiempo que implicaba un mayor reconocimiento a la tarea de los excombatientes, una base de solidaridad instalada, forzosamente, fuera de los límites de una cultura democrática.[27]

Más allá de estas operaciones de represalia, la propia lógica de la desnazificación se basaba en la idea de una conquista que no tenía un carácter puramente militar, sino que pretendía establecer, por una parte, los elementos de una cultura democrática que debía ser rescatada de las profundidades de la conciencia alemana —según los más benevolentes—, o impuesta para modificar las tendencias naturales del pueblo —según los más radicales—. Por otra parte, se trataba de combinar una adecuada reconstrucción de la gobernabilidad del país, contando con sus sectores más

experimentados, y de castigar de forma ejemplar a los culpables de haber simpatizado, en grados diversos —aunque no fácilmente clasificables— con el nazismo. La elaboración de un listado según el tipo de relación con el régimen revela esa fijación de la que antes hablaba, artificial y siempre peligrosa para quienes no han sido cuadros activos del partido o resistentes: los *Hauptschuldige* o culpables de mayor rango; los *Belastete* o comprometidos; los *Minderbelastete* o comprometidos a medias; los *Mitläufer* o seguidores; los *Entlastete* o libres de culpa. Mientras la represión soviética será importante —por ejemplo, el 80 por ciento de los maestros de la Alemania Oriental en 1951 era nuevo—, en la zona occidental irá suavizándose paulatinamente y, sobre todo, se dejará en manos de autoridades alemanas, como refleja la creación de más de quinientos tribunales especiales a comienzos de 1946 o como sucede con la norma que va convirtiendo a los *Belastete* en simples *Mitläufer*.[28] El célebre «cuestionario» de 131 preguntas repartido a todos los adultos varones, que debe servir para establecer la responsabilidad individual de todos los alemanes, da lugar a una documentación difícilmente manejable desde el punto de vista técnico y político. Cuando los ocupantes desmantelaron sus oficinas de desnazificación, la imposibilidad de llevar adelante un plan adecuado de represalias quedó en evidencia. A finales de 1946 se había detenido a unas 180.000 personas, a la mitad de las cuales se liberó por falta de pruebas. En 1950, de un total de 3,6 millones de casos examinados, solamente se incriminó a 175.000 personas, 150.000 de ellas como «criminales menores», y solo 1.667 como criminales con una gran responsabilidad. Menos de setecientas personas fueron condenadas a muerte

en la zona occidental. La operación había creado una inmensa sensación de malestar, de persecución generalizada que resultaba más dura cuanto menor era la capacidad del inculpado de disponer de relaciones sociales que lo libraran de la situación. La «culpa colectiva» que trataba de volcarse sobre los alemanes se convirtió en un reflejo colectivo de autodefensa: si la mayor parte de las personas a las que se preguntó sí estaban de acuerdo con las sentencias que se habían pronunciado contra los altos jerarcas del régimen, la opinión acerca de lo que sucedía en los pequeños procesos era muy distinta. Si los alemanes podían estar dispuestos a tolerar psicológicamente una responsabilidad moral conjunta, lo estaban menos a aceptar responsabilidades jurídicas individuales. En 1952, casi el sesenta por ciento de los alemanes aprobaba que los ex miembros del NSDAP dispusieran de las mismas oportunidades de trabajo que cualquier otro ciudadano.

El proceso de desnazificación no punitivo se llevó adelante utilizando los recursos de la cultura de masas, como el cine, al que la población alemana se había acostumbrado en la etapa de «educación popular» de Goebbels. Tal propaganda se realizaba por dos vías complementarias. Una era aprovechar el desmantelamiento de la industria del cine alemán para que las productoras, especialmente las poderosas agencias estadounidenses —Universal, Warner Brothers, RFO, United Artists, Twentieth Century Fox, Metro-Goldwyn-Mayer, Paramount—, proyectaran obras de ficción que difundieran los valores de la sociedad liberal entre la población; se aprobaron 32 títulos hasta finales de 1946, entre los que había películas tan diversas como *El halcón maltés*, *Las campanas de Santa María* o *Sospecha*. Junto a estas proyecciones se organizó el pase de documentales

especialmente orientados a denunciar los campos de exterminio, como los célebres *KZ* o *Los molinos de la muerte*. Muy pronto, las autoridades encargadas de esta actividad, dirigida por la División de Información Civil (ICD), recibieron informes poco favorables, en los que destacaban el cansancio del público ante un cine poco familiar que les hacía añorar la calidad de las películas de entretenimiento difundidas en la etapa del Tercer Reich, o la incredulidad por las informaciones del genocidio. En alguna ocasión, como ocurrió con una muchacha de dieciséis años que aconsejó a las autoridades: «en la siguiente emisión de propaganda, consulten con el doctor Goebbels», la respuesta popular rozó un fino sarcasmo. No es de extrañar que la propia ICD entregara la reorganización de la producción alemana propia a un exiliado, Erich Pommer, cuyas tareas se vieron obstaculizadas por la Asociación Exterior de Productores (MPEA), que había esperado disfrutar de un nuevo mercado para sus productos. La actitud de las autoridades salvó la posición de Pommer, favorable a dar prioridad a un cine que tuviera éxito antes que a satisfacer los estrechos intereses de la industria estadounidense. Algo a lo que debía sumarse lo que estaba ocurriendo en la zona soviética, donde se había reinstalado una poderosa industria cinematográfica, que incluyó obras maestras como la de Wolfgang Saudte, *Los asesinos entre nosotros*, resultado de los inútiles esfuerzos del director por realizar su obra en la zona occidental.[29] Esta apertura no significa, como tendremos ocasión de ver en el caso del escándalo de *La pecadora* (1951), que la nueva industria estuviera a salvo de la censura de la poderosa opinión conservadora de los alemanes occidentales. En todo caso, los documentales fueron vistos por millones de

espectadores con una actitud diversa que no solo procedía de una cuestión ideológica, sino del sufrimiento padecido durante el conflicto, que podía relativizar la condena de los crímenes y convertirlos en parte de un dolor también experimentado. Las películas y el reparto de nuevos libros escolares por las tres potencias ocupantes estaban destinados a crear un estado de ánimo que permitiera asumir una responsabilidad. Es menos seguro, sin embargo, que ello bastara para adquirir una conciencia democrática. La reeducación se planteaba como una operación de propaganda contra el Tercer Reich, una justificación de la victoria y de la injusticia de la causa defendida por los alemanes, pero no llegaba a construir un espacio simbólico de defensa de la democracia, cuya interpretación variaba según quiénes fueran los administradores extranjeros y según los diversos grados de antinazismo de la sociedad alemana. Los intentos de reconstruir la vida cultural previa al nazismo fueron especialmente intensos en la vieja capital del Reich, mientras que en la zona occidental se manifestaba un interés más acusado por los temas políticos. Por ello, el Berlín de los años iniciales de la posguerra asistió a un florecimiento de actividades artísticas impulsadas por las distintas administraciones.

Resulta especialmente significativa la actitud primera del grupo de dirigentes soviéticos que se hizo cargo de este tema, dirigido por personalidades venidas de Leningrado, conocedoras de la lengua y la tradición cultural alemanas, que intentaron hallar un sustrato democrático procedente de la Ilustración y culminado en la Revolución de 1848, anegado luego en los regímenes conservadores que precedieron al nazismo.

Operaciones como la Liga Cultural para la Renovación Democrática de Alemania (*Kulturbund für die demokratische Erneuerung Deutschlands*) expresaban ya en julio de 1945 este planteamiento de reconstrucción en términos de «cultura antifascista» originada en la dinámica de los Frentes Populares. La *Kulturbund*, que deseaba reproducir los éxitos de la Cámara de Cultura del Reich, fue confiada al poeta comunista Johannes Becher, y llegó a tener cien mil adheridos en 1947, la mitad de ellos en la zona occidental, salvo en la francesa, donde estaba prohibida. Lógicamente, las opciones culturales de los ocupantes fueron tan diversas como sus gobiernos, algo que indicaba hasta qué punto era importante llevar a cabo esa tarea de reconstrucción. En el caso estadounidense, la autoridad máxima de militares preocupados fundamentalmente por la gestión económica y la institucionalización de órganos representativos podía contrastar con la actitud de los primeros responsables de la renovación cultural en el Berlín soviético. Sin embargo, el entusiasmo inicial que podía corresponder a la esperanza de una reconstrucción alemana bajo la hegemonía de un antifascismo socialista proporcionará la excusa para que la política cultural se oriente en un sentido más sectario, como sucederá con la creación del *Volksbühne*, que va acompañada de la marginación del principal representante del teatro popular de preguerra, Siegfried Nestriepke, poco dado a la obediencia de las consignas estéticas de 1946. Al año siguiente, la *Kulturbund* será prohibida en la zona occidental, en uno de los episodios de la guerra fría cultural más significativos de la época.[30] El debate que podía producirse en ese mismo momento en Francia acerca del compromiso de la creación, adquiere un tono muy distinto en la ex capital del Reich, donde lo

que se dirime es la posibilidad de una reconstrucción institucional unificada, en cuyos flancos ondea un debate acerca de la tradición cultural alemana que debe relacionarse, al mismo tiempo, con las perspectivas de la democratización, la recuperación de un espíritu devastado por el nazismo y la función que el país desempeñaba en el corazón mismo de la Guerra Fría.

Un puñado de imágenes rotas

What are the roots that clutch, what branches grow
out of this stony rubbish? Soon of man,
you cannot say, or guess, for you know only
a heap of broken images, where the sun beats.

T. S. ELIOT
«The Burial of the Deads»

Los problemas que debían afrontarse para proceder a la normalización del país tenían su causa principal, una vez asumida la liquidación del nazismo, en las distintas opciones que planteaban los vencedores y que, poco a poco, fueron resolviéndose en una alternativa: la propuesta de Stalin de una Alemania unida y neutral, o el establecimiento de dos regímenes diferenciados por las zonas previas de ocupación, soviética u occidental. Esa cuestión principal, que apareció con toda su crudeza en el invierno de 1946-1947, fue representándose en distintos escenarios, que incluían la

presentación de orientaciones económicas, el proceso de institucionalización y la exclusión progresiva de los soviéticos de los acuerdos que se llevaban a cabo en Occidente, ampliados a Bélgica, Holanda y Luxemburgo. En la zona oriental se llevó adelante un proceso de expropiación que afectó a casi dos mil empresas, así como una reforma agraria que liquidó las posesiones de los *Junker*. Al mismo tiempo, se procedía a la unificación de socialdemócratas y comunistas en el Partido Socialista Unificado (SED), algo que las bases socialistas rechazaron masivamente tal como se demostraría en las primeras elecciones celebradas en la zona oriental, en las que los socialdemócratas consiguieron doblar el porcentaje del partido unificado. Esta circunstancia sirvió para endurecer la actitud de las autoridades soviéticas, pero también para presionar en la zona occidental en la dirección opuesta a todos los sectores de la opinión pública interna además de, naturalmente, a los administradores aliados. Entre el otoño de 1945 y la primavera de 1947, fueron constituyéndose parlamentos regionales de acuerdo con el permiso concedido a diversos partidos para organizarse, una autorización que debía proceder necesariamente de los ocupantes. El tejido de organizaciones políticas fue estructurándose rápidamente en la zona occidental, con el permiso otorgado a comunistas, socialdemócratas, liberales y democristianos para que crearan sus formaciones, al mismo tiempo que se concedía una licencia a algunas asociaciones, que tuvieron una implantación regional por su propia vocación ideológica —caso del Partido Bávaro— o por la realidad de su implantación —caso del Partido Alemán, de la Asociación por la

Reconstrucción Económica (WAV) o del Partido de la Derecha Alemana (DRP).

La creación de partidos no devolvía las condiciones anteriores al nazismo, como si la república destruida en 1933 volviera a establecerse sobre unas bases idénticas. Los orígenes del nuevo régimen se basaban en una derrota de naturaleza distinta y, sobre todo, eran el resultado de una organización sometida a una fuerte presión extranjera directa, a la que se sumaba la tensión de la guerra fría. El que debía ser el gran partido de la primera etapa de la República Federal, la Unión Demócrata Cristiana —Unión Social Cristiana en Baviera—, se había constituido como una inteligente alternativa a la división confesional, que fue uno de los principales *cleavages* en la historia alemana desde la primera unificación. La división entre protestantes y católicos pasó a convertirse en una división entre partidos laicos o el gran partido cristiano. Pero, sobre todo, el mérito fundamental de la CDU-CSU —y la desgracia para los socialdemócratas— fue su fuerza de atracción sobre el conjunto de la opinión moderada alemana, incluido el voto de algunos grupos nacionalistas que fueron cayendo en la zona de influencia del partido democristiano. La orientación decidida a ocupar la totalidad del espacio del centro y de la derecha fue impuesta poco a poco por el que fue elegido líder del partido a comienzos de 1946, el ex alcalde de Colonia, Konrad Adenauer. Depuesto de su cargo municipal, el anciano dirigente católico pareció haber llegado al final de su carrera cuando se retiró a su residencia privada. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Adenauer se inspiró en los textos de León XIII y de Pío XI para crear el marco ideológico de un movimiento popular cristiano que,

en el caso concreto de Alemania, superaría el error de separar a protestantes y católicos —como había hecho el viejo Zentrum—; se presentó como un partido inspirado por la política social de la Iglesia más que como un espacio de sociabilidad y representación electoral tutelado por la jerarquía vaticanista. A comienzos de 1946, acabados de cumplir los setenta años, el infatigable Adenauer consiguió ser nombrado dirigente máximo de la nueva CDU, tras conseguir el apoyo de algunos dirigentes del ala izquierda como el sindicalista Karl Arnold, futuro alcalde de Düsseldorf, a cambio de eliminar a quienes plantearan una vía de acuerdo con el Partido Socialdemócrata. Era este el caso de los «cristianos sociales» radicados en Berlín, como Jakob Kaiser, al que hubiera complacido una reconstrucción basada en la unidad de los dos grandes partidos, pero cuyas posiciones quedaron debilitadas por la intensa campaña local realizada por Adenauer, por las reticencias ante el poder de los prusianos —plasmado en la división territorial del antiguo reino, mal vista por los socialdemócratas— y por la derrota democristiana en las elecciones municipales berlinesas. Adenauer pudo convencer de sus posiciones, muy alejadas de las que había seguido la Democracia Cristiana italiana o francesa. Mientras en estos dos países se había salido del fascismo y se había iniciado la reconstrucción a través de un acuerdo entre democristianos, socialistas y comunistas, Adenauer se opuso a cualquier acuerdo con la socialdemocracia y, desde luego, a entente alguna con el KPD. Algunos autores se han referido a las dificultades que planteaba el doctrinarismo de Kurt Schumacher en aquel momento. Es dudoso que esta fuera la causa fundamental de una falta de acuerdo en el momento de la reconstrucción, si tenemos en cuenta las políticas de unidad

nacional realizadas en Francia e Italia, que incluían a los partidos comunistas. El elemento decisivo fue el ritmo de institucionalización del país, que estableció las primeras elecciones generales cuando se había producido el estallido de la Guerra Fría, algo que situó a Adenauer en una posición similar al «aglutinante centrista» de De Gasperi, pero alejado de las posiciones de la IV República francesa. Por otro lado, el doctrinarismo de Schumacher no evitaba la posición ferozmente anticomunista del SPD, exasperada por el intento de absorción de su partido en la zona oriental. La fuerza principal de Adenauer para imponerse a sus adversarios no fue solo esa lucidez para advertir que la coalición democristiana tenía el deber de cubrir el espacio social de los sectores medios, sino que la CDU-CSU había de ser el camino a través del cual ingresaran en la vía democrática parlamentaria quienes no lo habrían hecho nunca, en caso de que la democracia cristiana hubiera intensificado su discurso obrerista o hubiera planteado la unidad gubernamental con la socialdemocracia.[31] Aun cuando Adenauer aspirara en alguna ocasión a la formación de un solo gran partido de la derecha y para ello estableciera contactos con los futuros dirigentes del Partido Liberal (FDP), su actitud fue desplazándose a una fórmula de coalición que permitiera la coexistencia de las dos culturas —cristiano-social y liberal—; para ello estableció una distinción básica con aquellos sectores de su propio partido más abiertos a una colaboración con la socialdemocracia: no creer que la doctrina social de la Democracia Cristiana partiera del colectivismo, sino de una idea de comunidad que reposara en la validez inicial y final del individuo. En esta línea, sus concesiones a los sectores del sindicalismo cristiano procedían de su

necesidad de hacerse con el poder en el partido, pero también de marcar una línea de separación con la socialdemocracia que aprovechara las actitudes más vacilantes de esta. Las concesiones realizadas en términos de cohesión social serían lenta y cuidadosamente matizadas por la aplicación de un programa que tenía más que ver con las reflexiones de la «economía social de mercado» propiciada por el bávaro Ludwig Erhard que por la supuesta convergencia entre socialismo y cristianismo que se propugnaba desde algunos sectores de la CDU y, sobre todo, desde los núcleos berlineses. El otro factor que permitió a Adenauer adueñarse de la situación fue anular la ventaja que podían tener sus adversarios de la antigua capital por las posiciones fuertemente antiprusianas del catolicismo político del Oeste. Sin llegar nunca a las actitudes prácticamente confederales de sus compañeros de Baviera, el federalismo de Adenauer salía al paso de lo que él mismo señaló como la necesidad de combatir el nacionalismo alemán levantado desde Prusia, algo que implicaba debilitarlo a través de desgajarle territorios occidentales, y que hallaba un útil recurso en denunciar como un riesgo para la democracia la posición del SPD de Schumacher. La defensa que este hacía de la prioridad de la unificación y la reticencia ante la pérdida del poder constitucional central eran instrumentos que permitían actuar a Adenauer en dos direcciones: crecer sobre el desapego frente al viejo dominio de Prusia en la población de los *Länder* del Oeste, y presentar la necesidad de un reforzamiento de una república asentada en sus alianzas occidentales —especialmente la económica y la militar—, tras la cual podría presentarse una verdadera batalla por la unificación. Para Adenauer, hacerlo antes resultaba una ingenuidad que solamente serviría para

alimentar la frustración de los alemanes recordándoles su derrota y su división, que impediría la entrada en una nueva fase de la historia y que supondría la imposibilidad de ganarse la confianza de sus aliados occidentales frente a la Unión Soviética, que solamente entendía el lenguaje de la fuerza.

En efecto, dadas las condiciones excepcionales de una etapa constituyente tras la catástrofe de 1945, la división de Alemania en dos se completaba con la negativa a un gobierno de unidad en la zona occidental; se elegía la agrupación de los sectores conservadores consolidada por su oposición a la socialdemocracia. La actitud de Adenauer solamente podía tener éxito en condiciones propicias, que nunca dieran la impresión de aislamiento, sino de apertura hacia otra parte y que hicieran del ámbito democristiano el territorio en torno al cual se constituyera una mayoría de gobierno, antes de que los pequeños partidos pudieran ir desapareciendo en favor de la CDU-CSU. Esa apertura cabalgaba simultáneamente sobre dos monturas: la decisión de aceptar la división alemana y la necesidad de incorporar la zona occidental a la lógica política de la construcción europea. El primer elemento permitía a Adenauer coincidir con los aliados en su negativa a aceptar la unidad en la neutralidad propuesta por los soviéticos, ya que se prefería una división que reforzara el bloque occidental con la solidaridad de las zonas de ocupación anglo-franco-americanas. Si, para las potencias occidentales, esta estrategia tenía el valor infinito de proporcionar una voz *alemana* favorable a la división —hasta el punto que Schumacher pudo referirse a Adenauer como «el canciller de los ocupantes»—, para Adenauer suponía algo más que la negación de la geopolítica soviética: se

trataba, además, de debilitar electoralmente a la izquierda, cuyos bastiones se encontraban en zonas como Berlín, Sajonia y Turingia, además de en la cuenca del Ruhr. La solidaridad con Occidente se convertía, de esta forma, en una vía para que la CDU-CSU pudiera obtener un apoyo electoral mayoritario a pesar de su reciente formación, frente a una organización tan antigua y bregada como el SPD, que disponía de un líder carismático y un ejemplo vivo del sacrificio frente al fascismo como Schumacher. El discurso de la unidad en la neutralidad solamente podía verse como la aceptación de ser un país de soberanía limitada y, en todo caso, secundario, destinado a ejercer de aliviadero en una zona indefinida culturalmente. Adenauer deseaba la plena incorporación al mundo occidental aunque ello implicara la amputación de una parte de la nación alemana. La unidad se realizaba, por tanto, con los otros occidentales, no con los otros alemanes, a la espera de que las circunstancias permitieran avanzar en ambos frentes a la vez: es decir, cuando se produjera la caída de los regímenes socialistas. El orden de prioridades se situaba donde más convenía a las potencias occidentales, pero también donde más interesaba a la posición política del centro derecha alemán. La obtención de un criterio de legitimidad para la separación de Alemania fue uno de los grandes triunfos políticos de Adenauer, que habría de ratificarse abrumadoramente en los resultados electorales de los años cincuenta. El dirigente democristiano hizo de su partido el defensor de una política de integración en la Europa democrática que suponía la renuncia a la unidad deseada por los soviéticos a cambio de la pérdida de una posición internacional que incluyera un elemento clave de soberanía: la participación en los organismos económicos europeos y en las

responsabilidades de la defensa. Sin estos dos elementos, la conversión de Alemania en una potencia y, por tanto, la revancha por la derrota de 1945 era una quimera.

Siendo esta la posición de la derecha, la actitud de Kurt Schumacher y de la socialdemocracia ponía dificultades a la misma formulación de la República Federal y a la renuncia a un Estado donde se estableciera un principio de unidad que los regionalistas nunca aceptarían. En este sentido, la posición del SPD iba en contra de elementos tan diversos que resultaba imposible que llegara a hacerse con una base social adecuada. Continuaba presentándose como un partido de clase, de orientación marxista, aun cuando su estrategia ya se hubiera decantado hacia otras posiciones en los años de la República de Weimar, cuando su política de alianzas se orientó hacia los partidos de la clase media y no hacia las otras fuerzas obreras, en especial los comunistas. Esta percepción del SPD como un grupo maximalista, en las condiciones de ocupación soviética —es decir, con la legitimidad del socialismo—, impedían la penetración de la socialdemocracia en amplias capas populares, aun cuando Schumacher no perdiera la ocasión de denunciar al KPD y al bloque satelizado por la URSS. Para buena parte de los alemanes que, años más tarde, llegarán a depositar su confianza en una socialdemocracia rectificada, el SPD parece más el instrumento político de los sindicatos, un *lobby* al servicio de un sector de la sociedad, que un partido nacional, de integración, propiamente dicho. En este sentido, la dualidad popular y conservadora de la CDU-CSU y sus aspiraciones a representar a todos los alemanes, haciendo profesión de fe de su respeto a la cohesión social, permitía a los democristianos obtener

una primera ventaja. Por otro lado, resultaba más tranquilizador un partido que estuviera bien visto por las potencias occidentales, cuando buena parte de la opinión pública alemana creía en el riesgo de un enfrentamiento bélico entre los dos bloques; la neutralidad era una utopía peligrosa: Alemania podía ser el escenario territorial del conflicto, y debía disponer de una política exterior que la acercara a las potencias demoliberales. Por otro lado, a medida que se iba constituyendo un «patriotismo» occidental basado en el crecimiento económico, la cohesión social y el contramodelo oriental, las expectativas de un partido «de la unidad alemana» resultaban un tanto caprichosas, anticuadas, fijadas no solo en un acto de reivindicación del pasado, sino en una ceguera ante las tareas del porvenir, entre las que se encontraba un argumento realista. La obtención de la unidad alemana solamente podría resultar de la mutación del bloque soviético, y esta habría de llegar por el desgaste o por la amenaza de la fuerza. En todas las líneas de actuación, por tanto, las posiciones de Schumacher quedaban fuera de audiencia. Resulta curioso que el currículo antifascista del dirigente socialdemócrata acabara siendo un aislante, más que un conductor de la electricidad electoral. Adenauer, a pesar de su edad, podía aparecer como un hombre de futuro en la medida en que hacía de puente entre las dos Alemanias interrumpidas por el Tercer Reich: era visto como alguien que permitía el reingreso en la política y la normalidad social de quienes habían sido seducidos por el nazismo. El antiguo resistente Schumacher, en cambio, aparecía como un elemento sectario, que se dirigía a los alemanes vencidos por el fascismo en un intento de revisar ese pasado, no para olvidarse de él e ingresar en el futuro de una democracia sin buscar

responsabilidades, sino porque se sospechaba que en el poder los socialdemócratas orientarían todos sus esfuerzos a restaurar las condiciones clausuradas de Weimar y a continuar la persecución de quienes habían colaborado con el régimen anterior, con lo que se impedía una normalización del país.

La aceptación de la lógica de la construcción europea significaba, a partir de finales de 1946, encabezar un proyecto económico que renunciara a cualquier tentación nacionalizadora e intervencionista y adquiriera el contorno de las reflexiones sobre cohesión social de un liberalismo matizado llevadas adelante por Ludwig Erhard. A finales de 1946, el secretario de Estado de Truman, Byrnes, había realizado unas declaraciones a los empresarios alemanes que suavizaban notablemente las afirmaciones hechas por las autoridades de ocupación hasta aquel momento. El deseo de que Alemania pudiera recuperar su impulso económico hacía que se retirara una opción centrada, hasta hacía poco, en las represalias o en las limitaciones del crecimiento industrial del país. Mientras los soviéticos procedían a la institucionalización de la zona oriental al mismo tiempo que se realizaba una política de expropiaciones sistemáticas, los ocupantes de la zona occidental realizaron el mismo proceso, pero en un sentido distinto. La unión de las zonas británica y estadounidense de administración se acompañó de la creación de un Consejo Económico constituido por representantes de los *Länder*, que habrían de diseñar una política de acuerdo con las orientaciones del Plan Marshall. En junio de 1948, coincidiendo con el momento de mayor crudeza del enfrentamiento entre los dos bloques, se procedió a la creación de una nueva moneda, el deutsches mark. El bloqueo

de Berlín por los soviéticos, que en buena parte trataba de evitar el carácter que iba adquiriendo la unificación de la zona occidental, acabó precipitando y legitimando los acontecimientos. Las condiciones económicas creadas por las nuevas circunstancias agravaron de forma momentánea las condiciones de vida de los alemanes con menos recursos, aunque pudieran ayudar a situar las bases de un despegue posterior, casi inmediato. En una sociedad acostumbrada a un sentido de comunidad radical, educada en la idea de la cooperación y el antiindividualismo, los valores sobre los cuales se gestionaba esta crisis, aceptándola como un nuevo esquema de convivencia de carácter liberal, pudo sumarse al resto de descontentos por la derrota, la desnazificación y la tardanza en la devolución de la soberanía, para crear la impresión de que se vulneraba un sentido de la democracia que no se basaba en el individualismo, como habría de aceptarse en los mecanismos de cohesión social contemplados tanto por el socialcristianismo como por la socialdemocracia. Sin embargo, junto a los aspectos estrictamente económicos, la reforma monetaria suponía la verificación de la separación de Alemania en dos y el fin de los planes de reunificación, que estaban en la misma línea de reflexión de las potencias occidentales y, en especial, de Estados Unidos, cuando la Unión Soviética planteaba, como lo hacía el nacionalismo alemán o el SPD, el carácter irrenunciable de una negociación inmediata por la reunificación. Esta coincidencia entre las condiciones en que se estaba desarrollando el escenario de la guerra fría y la posición política de Adenauer fue la que le concedió ventaja sobre sus rivales, dentro del propio proyecto democristiano o en los otros partidos, en especial la socialdemocracia. La aceptación de la división alemana se contempló en

términos de una integración en el campo occidental, en un discurso que hacía muy difícil sostener las posiciones de sus adversarios, en especial por los procesos que se vivían en la zona de ocupación soviética. Adenauer no renunciaba a la unidad —y no podía hacerlo, si no quería perder el apoyo de buena parte de su electorado actual o futuro—, pero se sentía bastante cómodo estableciendo su régimen en el tejido social y cultural de la zona occidental. El proceso de institucionalización y de reconstrucción económica con la ayuda del Plan Marshall parecía otorgar una plusvalía de credibilidad a la elección de campo.

El 1 de septiembre de 1948 se reunió por vez primera el Consejo Parlamentario alemán, constituido por delegados de los parlamentos regionales; se dedicó a la redacción de una Ley Fundamental alemana que debería funcionar como norma básica del Estado constituido por las zonas de ocupación occidental. Formado por 65 representantes, se había otorgado a los democristianos y socialdemócratas el mismo número de miembros —27—, mientras el resto se distribuía entre liberales, comunistas, el agonizante Zentrum y el Partido Alemán. Los debates fueron especialmente ásperos en temas como el federalismo, el modelo económico y la educación, aspectos que reflejaban con bastante nitidez lo que preocupaba a aquel sector de la sociedad alemana que prestaba atención a los trabajos de la comisión. Con todo, así como en Francia la IV República había nacido debilitada por un rechazo inicial a la Constitución seguida de una aceptación precaria, la redacción de una Ley Básica que inspirara el funcionamiento de la nueva República Federal obtuvo una aceptación considerable, a pesar del desprestigio que podía causar la interferencia de

las potencias aliadas y la oposición del Parlamento bávaro a aprobarla en primera instancia. De hecho, la urgencia de los dirigentes políticos del país para dotarse de una soberanía legitimada pudo vencer obstáculos que podían haberse hecho insalvables o que podían haber constituido apoyos tibios al modelo constitucional, algo que podía haber ocurrido mediante simples mayorías articuladas por las dinámicas de derecha e izquierda en el campo económico, o por la división entre partidos laicos y el partido democristiano en la cuestión educativa. El 8 de mayo de 1949, cuando se cumplía el cuarto aniversario de la rendición alemana, el Consejo aprobaba el texto que sería refrendado por los parlamentos regionales en las dos semanas siguientes.[32] La celebración de elecciones en agosto de 1949 dio a la coalición democristiana una victoria muy ajustada, en el marco de una participación inferior al 80 por ciento del censo: la CDU-CSU obtuvo el 31 por ciento de los votos, solo dos puntos por encima de la socialdemocracia. Los liberales iniciaron su andadura de tercer partido con el 12 por ciento de sufragios, mientras los comunistas lograban retener aún a casi un 6 por ciento de los electores, y los pequeños partidos se beneficiaban de la inexistencia de la cláusula del mínimo del 5 por ciento para acceder al primer Bundestag. Debe subrayarse que este resultado mostraba la forma en que la coalición democristiana, si bien había logrado alcanzar el primer lugar, estaba lejos de haberse convertido en el aglutinador directo del voto del centro derecha alemán. Para que la formación pudiera ser un aglutinante indirecto, Adenauer desoyó los consejos para constituir un gobierno de Gran Coalición —que, por otro lado, Schumacher decidió rechazar antes de que se le ofreciera—; prefirió constituir una mayoría parlamentaria capaz de

ir ganando la voluntad de los pequeños partidos destinados a desaparecer, incluido el FDP liberal. Considerando que, de los 402 diputados electos, el bloque democristiano solo contaba con 139 frente a los 131 socialistas, la tarea no era fácil ni tenía por qué resultar un éxito, algo en lo que confiaban los socialdemócratas para el siguiente ciclo electoral. Adenauer debía poner bajo el paraguas democristiano a unas fuerzas dispersas que incluían a los conservadores nacionalistas del Partido Alemán, a los regionalistas del Partido Bávaro y a los católicos del Zentrum, mientras quedaba un sector vinculado a la «oposición nacional», formado por el Partido de la Derecha o la Unión para la Reconstrucción Económica, en cuya fractura también confiaba el nuevo canciller.

La proclamación de la República Federal alemana en mayo y el éxito electoral democristiano y conservador en agosto certificaban el acierto de una política y exigían la profundización en la misma dirección. La energía y la claridad de objetivos de Adenauer poco tenían que ver con una edad tal vez más atenta a las vacilaciones. La calma del personaje era el resultado de su carácter, no un signo de flaqueza. Era, además, esa calma bajo la que se oculta una resolución mucho más acentuada que la que brota en temperamentos extrovertidos y víctimas de los impactos emocionales. En el primer debate en el Bundestag, Adenauer dio pruebas sobradas de ese talante, mientras Schumacher hacía todo lo contrario. Los socialdemócratas cayeron en la trampa de una defensa del patriotismo alemán que no excluía la condena del nazismo, pero que iba acompañada de la denuncia del comunismo en unos términos que parecía incluir a otras tradiciones de la izquierda. Los socialdemócratas no podían centrar su discurso en un

patriotismo de unificación que podía deslegitimar la propia Ley Básica aprobada, pero no consiguieron hacer creíble la acusación lanzada contra Adenauer de que se había entregado a los intereses de las potencias ocupantes. En los años que siguieron, la socialdemocracia entraría en una etapa de crisis de identidad, agravada por la pérdida de un dirigente tan carismático como Schumacher en 1952.[33] La capacidad de Adenauer de aislar al SPD obtuvo no solo frutos electorales, sino que le dio una coherencia que contrastaba con el doble discurso socialdemócrata, mal adaptado aún a la aceptación del reformismo y a la renuncia a ser el partido de la clase obrera. Por otro lado, el valor añadido de ser el canciller de la etapa constituyente concedió a su partido la validez de una legitimación de origen, que se incrementó con la integración de Alemania en los organismos internacionales en una posición digna, y con un ritmo de crecimiento acelerado que se identificaría con la «economía social de mercado» propuesta por el responsable económico democristiano, Ludwig Erhard.

El crecimiento económico alemán, que soportaría el pesado término de «milagro económico» (*Wirtschaftswunder*), luego tan extendido a otros procesos de crecimiento, se estableció ya con la reforma monetaria de 1948; a pesar de algunas consecuencias indeseables a corto plazo, como la pérdida de poder adquisitivo, que llevaron a una huelga general en noviembre, tuvo el efecto de ir liquidando el mercado negro y de poner en marcha la confianza de los consumidores y los inversores. Con la ayuda estadounidense, el impulso generado por el estallido de la guerra de Corea en 1950 y la afluencia de millones de trabajadores que ampliaron la oferta de mano de obra y de demanda de mercancías, las condiciones del despegue

pudieron aprovechar también la escasa vulneración de la maquinaria productiva alemana, muy poco afectada por la devastación física de los bombardeos. En el momento en que el país pudo aprovechar la totalidad de sus recursos —algo que implicaba acuerdos diplomáticos delicados con Francia—, Alemania fue normalizando su posición como potencia económica que se presentaba como garantía de contención de la Europa oriental, y que exigía que se le otorgara el estatuto de país vinculado a las potencias vencedoras occidentales. De esta forma, la tarea básica de Adenauer, la que le daría el prestigio más duradero en su país, fue romper la dialéctica de conquistadores y conquistados para plantear la que correspondía a la de las necesidades mutuas de la guerra fría: el bloque occidental o la zona de dominación soviética. El gobierno de Adenauer impulsó una lectura específica dentro de esta primera gran opción: la construcción de un ámbito propio europeo, que pudiera hacer contrapeso de Estados Unidos, en el que la República Federal podría obtener un peso mayor por la necesidad que crearía en sus interlocutores continentales. La insistencia del dirigente democristiano en la posibilidad de un rearme alemán en el seno de la Unión Europea de Defensa iba en este sentido, aunque las reticencias francesas provocaron el rechazo de la propuesta en 1954. Los recelos no procedían solamente de Francia, sino de la propia opinión pública alemana, que inició una movilización importante en favor del mantenimiento del desarme, no tanto por considerarlo una pérdida de soberanía como porque representaba la afirmación de un principio.

Esta actitud, que llevó a una crisis de gobierno tras la dimisión del ministro del Interior, Gustav Heinemann, no impidió que la estrategia de

hacer de Alemania una parte del sistema defensivo occidental fuera una prioridad absoluta para Adenauer, aunque ello implicara dejar aún más patente su renuncia a cualquier posibilidad de unificación, como la que volvió a proponer Stalin en 1952. No solo en cuanto al rearme, sino en la inclusión de Alemania en el área nuclear, la posición de Adenauer fue intransigente; para él esta actitud era una forma de devolver al país su verdadera soberanía y, en efecto, fue recompensada en 1955 con la coincidencia de la entrada en la OTAN y la liquidación de la ocupación. En el campo de la integración económica, los avances realizados con Robert Schuman y Jean Monnet para la constitución de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero pondrían las bases para ese proceso de integración del occidente europeo que Adenauer vinculaba al futuro de su país como potencia capaz de superar la derrota de 1945. La normalización exterior fue estableciéndose con acuerdos como el que permitió la designación de un ministro de Asuntos Exteriores, puesto que hasta aquel momento el propio canciller había ejercido ese cargo. Los esfuerzos durante los primeros cuatro años de su gestión permitieron a Adenauer presentarse a las elecciones de 1953 pidiendo tiempo para completar un proceso constituyente, mientras los socialdemócratas llegaban afectados por la pérdida de su dirigente más apreciado. Esa situación despertó la oposición abierta del SPD y, en especial, del ala más nacionalista dirigida por Kurt Schumacher, para la que Adenauer estaba renunciando al objetivo de la reunificación a causa de los intereses del conservadurismo alemán y de la estrategia de la guerra fría. Pero, además, se creó una fuerte oposición en el seno de la coalición gubernamental, en la que se formó un núcleo de oposición al canciller, que

le recordaba que el país se había dotado de una estructura parlamentaria que no contemplaba los poderes *de facto* que se estaba atribuyendo Adenauer. Las cosas llegaron al punto de provocar la derrota del gabinete en el Bundestag, por la ausencia de diputados liberales, democristianos, socialcristianos y de los pequeños grupos de la derecha que integraban la coalición de gobierno.[34] Sin embargo, Adenauer salvó la situación en las siguientes elecciones. Estas se celebraron, además, tras el impacto de los acontecimientos de junio en Berlín, que mostraron a una población enfurecida por la suerte de la democracia en la zona oriental. Los hechos de junio vinieron a confirmar las opiniones de Adenauer, según las cuales había una frontera espiritual y no solo diplomática entre las dos Alemanias, que únicamente se traspasaría con el hundimiento de un bloque y la afirmación de los valores occidentales. La mecánica electoral, modificada para establecer un porcentaje nacional mínimo del 5 por ciento de los votos —antes funcionaba este criterio a escala de un solo *Land*—, venía a romper la competencia que pudiera establecerse desde algún partido de implantación exclusivamente regional que pudiera competir con la Democracia Cristiana, y señalaba a los demás que solo podrían ingresar en el Bundestag tras la aceptación de la CDU-CSU de retirarse de algunos distritos uninominales, como se haría con el Partido Alemán. Los resultados de 1953 comenzaron a marcar el paisaje parlamentario que viviría el país durante las siguientes legislaturas: el bloque democristiano consiguió superar el 45 por ciento de los votos, mientras se producía el estancamiento del SPD, el descenso de los liberales y el hundimiento de los comunistas. La única sorpresa desagradable para Adenauer fue que la Liga de los

Refugiados (*Bund der Heimatvetrieben und Entrechteten*), que llegó a los 27 diputados, pudo formar grupo parlamentario. La respuesta de Adenauer fue tan inteligente como inmediata: en lugar de permitir que el BHE quedara aislado y se convirtiera en una reserva de votos de la extrema derecha, dio paso a dos de sus representantes en el gobierno, a pesar de su pasado nazi: Waldemar Kraft, que había sido presidente de la Sociedad de Agricultura del Reich entre 1940 y 1945, y Theodor Oberländer, miembro del NSDAP desde 1934 y consejero del gobierno para asuntos del Este entre 1940 y 1944. Las constantes declaraciones de Adenauer de superar el pasado tenían en gestos como este el poder sobre la conciencia de muchos alemanes, para los que el régimen democristiano permitía, al mismo tiempo, normalizar las cosas en la política exterior y romper las barreras que pudieran erigirse entre los ciudadanos por los diversos grados de complicidad con el Tercer Reich. Fueran cuales fueran las simpatías de Adenauer, sus intenciones de monopolizar un espacio político estaban claras.

El águila envejecida

Because I do not hope to turn again
because I do not hope
because I do not hope to turn
desiring this man's gift and that man's scope
I no longer strive to strive toward such things

(why should the aged eagle stretch its wings?)
Why should I mourn
The vanished power of the usual reign?

T. S. ELIOT
«Ash Wednesday»

Para la extrema derecha alemana, la forma en que se planteaba la *Vergangenheitsbewältigung*, expresión que indica la dominación y, al tiempo, la superación del pasado, suponía perder un espacio esencial de crecimiento, que se vería aún más afectado por la solución de los problemas de los refugiados, por la interrupción del proceso de desnazificación y por el crecimiento económico. La extrema derecha iba perdiendo tanto los espacios simbólicos de reconocimiento como los producidos por el descontento social que hubiera podido proporcionarle apoyo electoral. Sus inicios no habían sido demasiado malos; de hecho, podían haber sido preocupantes y consolidar, a la manera italiana, un espacio en la dinámica política de la república basado en el rechazo de la legitimidad del régimen. Las elecciones de 1949 habían proporcionado a distintos partidos nacional-conservadores, que se movían en la ambigüedad de una crítica a la ocupación, la reivindicación de la dignidad del pasado alemán, las quejas contra la depuración y la exigencia de la unidad nacional. Su dispersión era pareja al caos institucional en que se hallaba el país, y los ritmos de constitución de formaciones políticas tuvo un carácter local que solo con el

tiempo llegó a tener cierta homogeneidad política y geográfica. En conjunto, las primeras elecciones dieron un apoyo que rondaba el 10 por ciento de los sufragios en favor de pequeños partidos con planteamientos de extrema derecha, ya fuera en términos muy genéricos —como el discurso nacionalista pangermánico—, ya fuera en términos de intereses corporativos, como los que pedían el voto para candidatos defensores de los derechos de los refugiados. Esos dos millones y medio de votos suponían el territorio en el que la derecha alemana podía recuperar un espacio peligroso, capaz de constituirse como zona permanente de oposición nacional.[35]

En una de las mejores y más recientes monografías dedicadas al Partido Alemán del Reich (DRP), Oliver Swinski indica que existía una base potencial cercana a los diez millones de simpatizantes para una reorganización política de la extrema derecha, entre quienes debían contarse: «los ex activistas del nacionalsocialismo, como ex miembros del Partido, ex altos funcionarios, ex miembros de las SA y las SS. A ellos podrían sumarse los funcionarios que habían sido apartados de sus puestos por el proceso de desnazificación … [y] las víctimas de desplazamientos y bombardeos».[36] Esa extensa «zona de adhesión» espontánea había de pasar la criba de unas condiciones políticas adecuadas, que no eran las más propicias, comenzando por las dificultades para obtener el permiso de las autoridades ocupantes para organizarse, así como el desmembramiento del territorio, repartido entre los vencedores, que impedía los contactos entre los antiguos nazis. Por otro lado, la dureza inicial del proceso de desnazificación no permitió que en la fase crucial de 1945-1949 pudiera tensarse una malla de relaciones indispensable para crear una tendencia

nacionalista. Como es lógico, la posición de los ocupantes podía ser relativamente benevolente con quienes defendían las posiciones más moderadas, heredadas del Partido Nacional Popular del período de Weimar, con sus actitudes reaccionarias en lo social y en lo político, más que con la ambigüedad «revolucionaria» que podía plantearse en los núcleos más orientados hacia el recuerdo del nazismo, aunque pudieran hacer la crítica a los errores de la guerra. Por ello, en los primeros cuatro años de reconstrucción, previos a la formación de la República Federal y los comicios iniciales realizados en el verano de 1949, la hegemonía de la tendencia nacionalista cayó del lado de los sectores menos radicales. Lo que disipaba las posibilidades de aplicar el modelo del Movimiento Social Italiano, que había agrupado al conjunto de la extrema derecha mussoliniana en un solo partido, era la profunda dispersión de la extrema derecha alemana, algo que tuvo bastante mayor impacto que el otro factor que suele considerarse el principal: el rechazo de la sociedad a la experiencia del Tercer Reich. La consigna misina de «no restaurar ni renegar» podía haberse impuesto perfectamente en el marco alemán, ya que reunía a una franja muy amplia de la opinión pública para la que la experiencia hitleriana no debía repetirse, pero no era enteramente reprobable.

Diversas encuestas realizadas por institutos de opinión aliados y por las mismas autoridades alemanas después de la constitución de la RFA, nos ayudan a encontrar un espacio potencial para el apoyo a una extrema derecha que, tras despojarse de la parafernalia nazi, pudiera reivindicar la legitimidad cultural que podía tener aquel régimen para quienes, hasta 1945,

le habían dado un apoyo considerable. Si es cierto que el desprestigio de la derrota y las penalidades que la acompañaron fueron irrevocables, los ciudadanos alemanes continuaban manteniendo una adhesión de baja intensidad a los principios constitutivos del Tercer Reich, en especial por el deterioro de la experiencia de Weimar en sus últimos años y los logros sociales con los que el sistema nazi había obtenido un grado de adhesión que había aumentado con la sensación de fuerza que había manifestado en sus relaciones con el extranjero. La crisis de este último factor desarboló buena parte del edificio e impidió que una simple operación nostálgica reconstruyera un movimiento que había fracasado en lo que había proclamado como su principal objetivo: el triunfo en un episodio bélico. Aun así, determinados prejuicios raciales, tendencias antidemocráticas, fascinaciones caudillistas y recuerdos de una «solidaridad nacional» que contrastaba con el feroz individualismo de la posguerra, podían inspirar cierto grado de vinculación afectiva, que no se expresaba directamente en el voto, pero podía actuar como una reserva mental capaz de movilizarse en el futuro. Los estudios llevados a cabo por la Oficina del Gobierno Militar de Estados Unidos (OMGUS) en los dos años posteriores a la guerra, señalaban que la mitad de la población alemana creía que el nazismo había sido una buena idea mal construida. Estudios similares realizados antes de la proclamación de la RFA mostraban que una tercera parte de los alemanes consideraba que los judíos no podían tener los mismos derechos que los demás ciudadanos; una tercera parte creía necesario, también, cerrar los periódicos que criticaran al gobierno; casi una quinta parte consideraba que un dictador era un buen recurso para gobernar un país, y más de la mitad

consideraban que existían razas inferiores y superiores.[37] En 1946, el 37 por ciento de las personas interrogadas por las autoridades estadounidenses indicaban que las prácticas del exterminio habían sido necesarias para mantener la seguridad de la nación.[38] En 1955, cuando la extrema derecha se alejaba del Bundestag y la Democracia Cristiana estaba a punto de conseguir su triunfo más arrollador en las urnas, el 48 por ciento de los alemanes occidentales consideraba que Hitler habría sido uno de los mayores estadistas de Alemania, de no haber sido por el desastre de la guerra, lo cual no aclara si el rechazo se refiere a la guerra en sí o a la derrota.[39] Sin embargo, en 1954, solo un 15 por ciento de los alemanes afirmaban que, de encontrarse en la situación de 1933, habrían votado por Hitler.

Aun cuando la cifra podía resultar un alivio comparada con la anterior, lo curioso es cuántos de esos irreductibles estaban dando su voto a partidos que no se presentaban como nacionalistas o de extrema derecha. Claro está que la pregunta planteaba lo que se habría hecho en 1933 y no en las elecciones al Bundestag de 1953, un elemento de ficción que no se había dado en los casos italiano o francés. Así, lo que resultaba legítimo en el período de entreguerras no tenía por qué repetirse exactamente en las condiciones de los años cincuenta. El votante de cualquiera de los partidos que recogía ese 15 por ciento de posibles simpatizantes de una cancillería en manos de Hitler podía argumentar que su respuesta solo se refería a una situación pasada, que no tenía por qué indicar una disposición a votar a un partido cuya opción política se basara en los principios del nazismo. De hecho, la experiencia de la derrota había sido tan devastadora que significó,

en la conciencia de los alemanes, mucho más que una deslegitimación temporal, y derivó en el planteamiento de una apuesta que llevó a profundas desdichas, aunque su funcionamiento inicial no fuera reprobable y sus intenciones se alejaran de las tendencias nihilistas cuya imagen podía reflejarse en Auschwitz. Un estudio del Instituto de Frankfurt para la Investigación Social indicaba que, en 1950-1951, un 37 por ciento de la población tenía actitudes antisemitas muy extremas, mientras que un 25 por ciento tenía actitudes antisemitas moderadas. El Instituto de Demoscopia fundado por el gobierno federal realizó una encuesta aún más detallada en los años inmediatos a la proclamación del nuevo régimen, a fin de detectar la frecuencia de elementos de antisemitismo en la sociedad alemana. Los resultados eran estremecedores, aunque comprensibles tras haber vivido doce años de régimen racial y una intensa propaganda en el mismo sentido durante la República de Weimar. Según el Instituto, los *propios* interrogados no ocultaban que se consideraban profundamente antisemitas en un 10 por ciento de los casos, que tenían un rechazo emocional en un 13 por ciento y una «reserva» en un 15 por ciento. Estos datos eran de 1949; en 1952 habían empeorado las cosas: el nivel de las dos primeras actitudes había aumentado hasta el 32 por ciento; la reserva hasta el 18, y la «tolerancia» había disminuido del 41 al 23 por ciento.[40]

Estas posiciones, que mezclaban la valoración del régimen pasado sin creer en su posible actualización —lo que explica las diferencias porcentuales entre la simpatía por Hitler y la decisión de votarlo—, podían haberse convertido en la base de la constitución de un movimiento de extrema derecha que tuviera, como criterio originario, una defensa de la

legitimidad del régimen anterior —es decir, de ilegitimidad del siguiente—, a lo que se añadirían los valores autoritarios, racistas y antisemitas que se convertirían en factores de refuerzo de la benevolencia ante el pasado. La diferencia entre considerar que la barbarie era parte esencial del sistema nazi o, simplemente, aceptar sus errores en el marco de la crisis general de los años treinta, podía añadirse a la tarea de reivindicación del honor de los alemanes en la guerra, teniendo en cuenta que las atrocidades cometidas eran el resultado de la lógica de una contienda. De esta forma, podemos considerar la diferencia entre el apoyo a la condena en Nuremberg de los máximos responsables del Tercer Reich —tres cuartas partes de los alemanes occidentales, según informes de la OMGUS de 1946—, y el impulso favorable a la concesión de amnistía que sigue a 1949. Según encuestas realizadas a comienzos de los años setenta, el 60 por ciento de la población alemana occidental creía que debía dejarse atrás el pasado e interrumpir cualquier tipo de persecución judicial contra los responsables de crímenes en la época del nazismo.[41] La existencia de esta presión social compleja, en la que se mezclaban los deseos de superar el régimen nazi —y en especial los efectos de la derrota— con un apoyo a la política occidentalista de Adenauer, que aplazaba la unidad alemana en nombre del anticomunismo, podía evitar que la extrema derecha se constituyera en un ámbito consolidado de presión política directa, organizada y con representación en el Parlamento, en lugar de convertirse en un estado de ánimo transversal, que podía ser representado por distintas fórmulas políticas y, en cualquier caso, que podía ser colonizado por la fuerza magnética democristiana. Desde su primer discurso en el Parlamento como

nuevo canciller, cuando Adenauer se refirió, entre los aplausos de los diputados de su partido —a los que se unieron los liberales y los de las diversas formaciones conservadoras—, a la necesidad de dejar atrás el pasado (*Vergangenes vergangen zu lassen*), el jefe del primer gobierno de la RFA había marcado unas reglas de juego con respecto a la normalización cultural del país que lo consolidaban como dirigente de un bloque nacional, al tiempo que restaba posibilidades a los sectores más reivindicativos de la oposición nacionalista. Las medidas tomadas en favor de la amnistía del 31 de diciembre de 1949, que permitía eludir el castigo a quienes habían mentido en los cuestionarios sobre la militancia nazi, se unieron a una lectura del artículo 131 de la Constitución, en 1951, que permitió el cobro de pensiones o el reingreso en la Administración de los funcionarios purgados. Las reticencias a enfrentarse al crecimiento del Partido Socialista del Reich —de cuyo carácter neonazi hablaremos enseguida— llegaron a provocar la desesperación de un ministro del Interior tan conservador como Robert Lehr, que solo pudo convencer a Adenauer de la necesidad de disolver el partido cuando los éxitos electorales de los neonazis en 1951 pusieron en peligro la política de constitución de un gran *Bürgerblock* por parte del canciller.[42]

Esta forma de afrontar el pasado hubiera hecho precisa la consolidación de la extrema derecha en forma de Oposición Nacional. Lo impidió la estrategia del gobierno, que al tiempo abordó cuestiones indispensables para asumir los horrores de los campos de exterminio como aceptar el pago de indemnizaciones al Estado de Israel. Esta actitud centrista le permitía ganar a quienes podían aceptar los logros del régimen caído, pero iban haciéndose

cargo de la magnitud de los crímenes cometidos. No fue la misma, en cambio, la posición que adoptó frente a la barbarie nazi en el Este. Los excombatientes podían convertirse en objetivo de una socialización nacionalista que expresara dos elementos que no siempre funcionaban a la misma velocidad de transmisión: por un lado, a medida que las condiciones de la guerra fría acentuaban el perfil del adversario comunista, podía reivindicarse la guerra esencial del Tercer Reich frente al bolchevismo, haciendo del régimen nazi una avanzadilla de la causa de la cultura occidental. En las condiciones diplomáticas del momento, cuando Adenauer había aceptado hacer de la RFA una parte del bloque del Oeste en lugar de considerar prioritaria la unificación alemana, tal equivalencia entre la existencia misma de la nueva república y las condiciones de un conflicto radical de civilizaciones podía relacionarse con una versión benévola del esfuerzo de guerra más aciago de los alemanes. Si a ello añadimos las noticias acerca de los esfuerzos realizados por el propio Goebbels para conseguir firmar una paz por separado con los angloamericanos —algo a lo que Hitler no se opuso; solo expresó su escepticismo por el éxito de la misión—, parecía claro que un sector de la opinión pública alemana podía considerar que la guerra con la URSS había sido un episodio del que su país, lejos de avergonzarse, debía tener el orgullo de considerarlo una anticipación. El otro aspecto de la reflexión es el que se refería a la profesionalidad de los oficiales del ejército, que se habían limitado a cumplir con su deber, sin interferir en los horrores de un exterminio realizado exclusivamente por los cuadros de las SS. El esfuerzo por salvar a la Wehrmacht del deshonor —algo que iba mucho más allá de un tema

corporativo, para indicar la abolición de otro criterio de valoración de la experiencia del nazismo— se sumó a la organización de los ex miembros de las Waffen-SS, organización de combatientes técnicamente distinta de los servicios de seguridad que se encargaban de las tareas de vigilancia y matanza en los campos de concentración. Las investigaciones realizadas en los últimos diez años[43] han mostrado la falacia de ese argumento, ya que indican la participación de oficiales del ejército en operaciones de represalia y colaboración con el exterminio. La actitud del ejército profesional en el frente oriental tuvo poco que ver con las condiciones en que se desarrolló la guerra en Occidente. Y, al hacer de la lucha en la URSS la verdadera guerra de Alemania en los años cuarenta, el carácter genocida del régimen y del conflicto ha quedado aún más patente. En las condiciones de la inmediata posguerra, sin embargo, las intenciones gubernamentales de hacerse con la dirección de un estado de opinión, las propias inclinaciones ideológicas de miembros del gobierno y del Parlamento, las necesidades de una parte de la población afectada por la pérdida de empleo y el insulto lanzado contra toda una profesión coincidieron para considerar las cosas de otra forma, en especial cuando todas las informaciones parecían certificar la buena conducta de los oficiales sometidos a un trato vejatorio por los vencedores, algo que incluía la ejecución de los máximos jefes de la Wehrmacht tras el primer proceso de Nuremberg.

La extrema derecha pudo considerar la trama de organizaciones de excombatientes como un espacio natural de crecimiento, en especial por las características de la derrota alemana y las implicaciones de la guerra fría. La creencia de que los militares se habían limitado a cumplir con su deber

profesional era una extraña afirmación, cuando lo que se pretendía era crear una red que fuera mucho más allá de las reivindicaciones corporativas de los excombatientes, para tomar posición en temas de la política alemana del momento. La esperanza misma de que este sector se convirtiera en una base de apoyo electoral señalaba la malévola intención de las afirmaciones acerca de la neutralidad profesional de los oficiales y soldados, al esperar de ellos que adoptaran posiciones nacionalistas. Precisamente el debate en torno al rearme alemán, la complicidad con Occidente y el apoyo al gobierno de Adenauer fue minando la consolidación de un sector muy amplio, que habría podido llegar a convertirse en un extraordinario grupo de presión, a la manera de las asociaciones de excombatientes que siguieron a la Gran Guerra.[44] No obstante, esta diferencia precisaba la actitud de los excombatientes en todos los países, donde tal condición no llegó a constituir un espacio de sociabilidad considerable gracias a las mismas condiciones de individualización y de consolidación política que se produjeron en los años cincuenta. Las asociaciones militares alemanas, que se iniciaron con la constitución de la Liga de Soldados (DSB) en 1951, se planteaban obtener recursos para hacer frente a la legislación sobre el artículo 131 de la Constitución, que había acabado por convertirse en una verdadera amnistía. Los esfuerzos para crear asociaciones de carácter más radical, que se enfrentaron al occidentalismo de Adenauer y pudieron plantear la competencia electoral con el bloque democristiano, fueron estériles por las querellas internas y el impulso dado por el gobierno a formaciones rivales. Los intentos de Gert Spindler por consolidar una Liga de Soldados Alemanes (VDS) cuyo mando se entregó al general Johannes Friessner,

fracasaron por la forma en que los sectores más radicalizados impusieron un discurso contrario al tipo de rearme que defendía Adenauer, más próximo a una neutralidad armada. El gobierno acabó por impulsar una asociación más amplia en noviembre de 1951, que incluía a ex prisioneros y mutilados, tras una asamblea celebrada en Goslar; sus actividades se redujeron a aspectos puramente asistenciales, además de proporcionar apoyo a la política exterior del gobierno. La esperanza puesta en una organización formada por los casi 250.000 supervivientes de las Waffen-SS*,* se concretó en la constitución de la HIAG —siglas correspondientes a la asociación de apoyo mutuo de ex miembros de las Waffen-SS—*,* aunque la capacidad de reunirlos no alcanzó más que a un pequeño porcentaje de quienes habían integrado sus filas, no superior al 10 por ciento. En las condiciones de comienzos de los años cincuenta, la mayor parte de los combatientes compartían la postura de la sociedad en la que vivían, y temían que una Oposición Nacional vertebrada por ex miembros de las Waffen-SS actuara como un obstáculo para su integración en la sociedad y para la normalización del país. El encuentro entre la voluntad hegemónica del bloque democristiano y las necesidades de los excombatientes hizo imposible que la extrema derecha contara con este sector para consolidar un espacio de antagonismo. Como muchos ciudadanos de la RFA cuya opinión ha podido estudiarse a través de los estudios del Instituto de Demoscopia, los ex miembros del ejército o de las unidades especiales no consideraban los valores con que combatieron en el ejército hitleriano como algo que pudiera tener continuidad en el tiempo, en forma de una militancia fuera del área del *Bürgerblock*, una situación que solo acabaría beneficiando a la izquierda socialdemócrata.[45]

La organización de partidos políticos de tendencias de extrema derecha durante el período de ocupación estuvo sujeta, como los demás partidos, a la autorización de las potencias ocupantes. Esta cláusula desapareció en 1949 con la fundación de la RFA y la elección de un gobierno alemán, aunque se mantuvo siempre la posibilidad de ejercer sobre los partidos el veto que derivaba de los principios mismos de la Ley Básica, en especial el artículo 21.2, que se refería a la prohibición de que una formación política pudiera atentar contra la legalidad vigente, algo que venía a excluir a los partidos que no reconocieran la legitimidad del nuevo régimen. La defensa de la unidad alemana, que podía expresarse abiertamente —y, de hecho, se hacía con matices distintos desde todas las facciones políticas—, no era aceptable como consecuencia de una negativa a aceptar la legitimidad de la nueva república y, menos aún, su legalidad. Tales condiciones de vigilancia —que fueron decisivas en el célebre caso del Partido Socialista del Reich— se sumaron a la situación de devastación de la representación política de la extrema derecha que había supuesto el Tercer Reich. El problema no era, como ocurría en los otros dos países que hemos visto, el establecimiento de una continuidad orgánica que reprodujera una sola tradición ideológica. La verdadera cuestión era la manera en que el fascismo había sintetizado todas las versiones de la derecha en una sola expresión política, donde el nacionalismo conservador y el nacionalismo «socialista» se mezclaban con diversas manifestaciones menores de los movimientos juveniles, de las asociaciones de excombatientes, de las fuerzas paramilitares, de asociaciones profesionales, etc. La voluntad de la extrema derecha alemana tras la derrota del nazismo fue, como en los otros casos, reconstruir ese

espacio nacional, aunque para ello debieran aceptar su pluralidad, dado que las condiciones de la posguerra impedían una estrategia de fusión como la que se llevó a cabo en Italia o Alemania durante los años veinte y treinta. Algunos estudiosos de la extrema derecha alemana de la posguerra, como Richard Stöss, se han referido al deseo de construir el Frente de Harzburg —la experiencia de movilización conjunta de 1929 que incluía a nacional-conservadores y a nacionalsocialistas— como única forma de establecer orgánicamente el espacio de una Oposición Nacional.

El obstáculo principal para la realización de esta línea derivaba de la propia pluralidad que decía defenderse. Una cosa era comprender que solo con el respeto a las diversas expresiones del nacionalismo podría constituirse una plataforma capaz de atraer las facetas del movimiento que se habían reunido en la revolución nacional hitleriana. Algo bien distinto era soportar los problemas para hacer convivir, en una situación que no era la del poder, sino la de una progresiva marginación, posiciones ideológicas muy distintas, como las que enfrentaban a conservadores radicales y «socialistas nacionales», o las que enfrentaban a los partidarios de una política occidentalista con los defensores de la autonomía alemana frente a los dos bloques constituidos en la guerra fría. A estas dificultades se sumaba el asedio constante del *Bürgerblock* encabezado por la Democracia Cristiana, que alimentaba un campo de atracción de fuerzas al que era difícil ofrecer resistencia, en especial cuando las normas electorales iban limitando las posibilidades de acceso a las instituciones y fomentando el voto útil contra la alternativa socialdemócrata. Estas dificultades se acompañaron de factores aún más decisivos. El principal de ellos fue el

referido a la identidad nacional alemana, cuya defensa no podía hacerse en el ámbito de un discurso nacionalista como el que se había proclamado antes de la guerra. En la misma medida en que este factor podía dar cohesión a algunos fragmentos sociales progresivamente laminados, tenía grandes dificultades para abrirse paso en un escenario donde la afirmación nacionalista radical estaba sometida al desprestigio de la derrota de un régimen cuya principal característica había sido el principio comunitarista antidemocrático.[46] La existencia de un ámbito nacional-conservador gubernamental, dirigido por el bloque democristiano, al que se sumaron grupos como el Partido Alemán (DP) y los vestigios del Zentrum, así como movimientos regionalistas como la Asociación para la Reconstrucción Económica o el Partido Bávaro, pudo actuar como elemento de integración de un sector de la opinión pública reticente ante los aspectos más progresistas del parlamentarismo, dándoles las garantías de la estabilidad y los beneficios de la participación en el gobierno. Al ir centrando el rasgo diferencial de su oposición en el elemento nacionalista autoritario, aunque se presentara bajo la forma de una «democracia alemana», el sector de la Derecha Nacional —tal como se llamó el grupo parlamentario formado por representantes del Partido de la Derecha (DRP) y del Partido Nacional Demócrata (NDP) en 1949— no pudo constituir un polo imaginativo, capaz de romper el deseo de seguridad, orden y alianza con las potencias occidentales que parecía garantizar la amplia mayoría parlamentaria que seguía a Adenauer. Ni el viejo nacionalismo que podía identificarse con las posiciones conservadoras del Partido Nacional Popular Alemán (DNVP) de los años de Weimar, ni el nacionalismo de «tercera vía» constituido por los

sectores neofascistas más ortodoxos pudieron ser un rival atractivo para una ciudadanía castigada por la experiencia de la guerra y la humillación de la derrota y la ocupación.

Si la identidad nacional radical no podía ya fortificar el recinto inicial donde pudiera constituirse una bolsa de apoyo social y de negociación con el poder, tampoco podían hacerlo las condiciones sociales de la posguerra o las franjas de refugiados que procedían de las zonas orientales. Ciertamente, en un primer momento, las condiciones de supervivencia se hicieron tan angustiosas como para alcanzar los límites de un estallido social a finales de 1948. Sin embargo, esa protesta fue canalizada en mayor medida por los sectores de izquierda y, sobre todo, perdió una base real de actuación cuando empezó a producirse el despegue económico a partir de 1949. Por otro lado, las diversas agrupaciones de refugiados, que concentraron su presencia en el norte del país, prefirieron constituirse como un grupo de presión dentro de la esfera gubernamental y dejar muy claro que representaban solamente a los afectados: por tanto, la organización del BHE actuó como un competidor más que como un complemento de la extrema derecha; ofrecía una vía de canalización de la protesta de quienes deseaban solucionar sus condiciones de existencia en la nueva república, mientras la extrema derecha nacionalista continuaba exigiendo, fuera de toda posibilidad a corto o medio plazo, la instalación de los refugiados en sus lugares de origen a través de la unidad alemana. La actuación como un «partido de interés» a la manera de las organizaciones que habían existido en la época de Weimar, permitió al BHE obtener ventajas tan sustanciales como obtener dos ministros en la segunda legislatura iniciada en 1953,

aunque ello suponía que los millones de expulsados de la zona oriental dejaban de ser una masa crítica para articular un movimiento de protesta. La creencia de que el discurso nacionalista radical permitiría ganarse a un segmento social tan reprimido por la dinámica de la posguerra no tuvo en cuenta que, para este sector, las soluciones inmediatas que proporcionaba su capacidad de presión en un tema concreto era más atractivo que la inclusión de esta tragedia colectiva en un ámbito de asuntos más generales, que permitiera ganar la simpatía de otros sectores de la sociedad sintetizando todos los problemas con la propaganda nacionalista. El valor simbólico del discurso de la identidad entraba en contradicción con la necesidad de resolver situaciones dolorosas: era más el planteamiento de un problema que el marco de sus soluciones. Por último, la forma en que fue atenuándose la desnazificación retiró el apoyo que obtuvieron los diversos sectores de la extrema derecha en un primer momento. Que el propio gobierno de Adenauer fuera capaz de ofrecer una solución a los problemas que podía generar un movimiento de resistencia nacionalista, arrebatando las condiciones sociales que pudieran dar legitimidad al movimiento, explica sobradamente el fracaso de la movilización del nacional-populismo de extrema derecha a partir de 1949, aun cuando las primeras elecciones pudieran haber proporcionado algunas esperanzas a los dirigentes de los grupos que se presentaban.

Hubo, ciertamente, un nacimiento

There was a Birth, certainly,
we have evidence and no doubt. I had seen birth and death,
but han thought they were different; this Birth was
hard and bitter agony for us, like Death, our death.
We returned to our places, these Kingdoms,
but no longer at ease here, in the old dispensation,
with an alien people clutching their gods.
I should be glad of another death.

T. S. ELIOT
«Journey of the Magi»

La estrategia de progresiva fusión de una gran derecha nacional empezó a manifestar su debilidad en el mismo inicio de la institucionalización republicana. En Baviera, el ex diputado de la CSU August Haussleiter creó una Comunidad Alemana (DG) cuya posición política se presentaba en términos neutralistas, priorizando la unificación y buscando obtener el apoyo de diversas ligas de refugiados que se iban agrupando en el conjunto del país. La constitución del BHE a comienzos de 1950 frustró las posibilidades de cimentar la campaña nacionalista en esa base de crecimiento. Partiendo de su fundación en el norte —Schleswig-Holstein y Baja Sajonia—, donde era mayor el porcentaje de personas desplazadas, la Liga fue capaz de ir ganando el apoyo de las asociaciones regionales que habían prestado atención a las propuestas de Haussleiter en el sudoeste, y

llegó a poner en peligro la propia posición del partido en la zona inicial de Baviera. La ocupación del terreno sobre el que esperaba construir un frente nacionalista con el apoyo de las masas llevó a Haussleiter a tener que pactar alianzas electorales con el BHE que le permitieran sobrevivir, aunque estos acuerdos acabaron rompiéndose cuando, tras las elecciones federales de 1953, los dirigentes de la Liga de Refugiados fueron convencidos por Adenauer para formar parte del gobierno, algo que era congruente con su negativa a sacrificar las necesidades inmediatas de sus representados por el objetivo impracticable de la reunificación, que habría implicado un nuevo desplazamiento de los exiliados. Resulta significativo que este esfuerzo, como el que se producía en otras zonas de la joven república, tuviera una dimensión regional, basada en la lealtad a los grupos constituidos al calor de las autorizaciones de las potencias ocupantes. El discurso nacionalista se mezclaba, así, con un federalismo práctico que acabó creando una dinámica regionalista en movimientos que deseaban legitimarse por el nacionalismo. Buena prueba de ello es que una de las organizaciones en las que se confiaba para constituir el fundamento de una derecha nacional, el Partido Alemán, tenía sólidas raíces en la tradición diferencialista de la Baja Sajonia; aun cuando sus resultados en 1949 no habían sido desdeñables en Bremen o Hamburgo, su verdadero bastión fue el *Land* donde obtuvo casi el 18 por ciento de los votos y buena parte del millón de sufragios con que alimentó su representación en el primer Parlamento.[47]

La fragmentación territorial que enturbió el discurso nacionalista de la extrema derecha se agravó por la imposibilidad de soportar el efecto combinado de sus querellas ideológicas internas, los procesos de

ilegalización y la forma implacable con que Adenauer llevó adelante su política de unificación del *Bürgerblock.* En lo que se refiere a esta última cuestión, las ofertas realizadas a liberales y al DP para constituir un ámbito de colaboración, que fueron escuchadas por el Partido Alemán antes de conocer su potencia electoral, fueron rápidamente desdeñadas en favor de una colaboración con el gobierno. Esta formación conservadora pasó a ser una celosa guardiana de su propio espacio; confiaba en que las diversas formaciones de la extrema derecha no podrían arrebatarle ni su poder de representación ni su capacidad de negociación con el bloque democristiano, dos factores que se nutrían mutuamente. Considerándolo en perspectiva, la actitud del grupo de Helmut Hellwege fue decisiva para impedir que la extrema derecha alemana consiguiera situarse, según el modelo político italiano, con un área de representación influyente desde el primer momento. El Partido Alemán había sido sondeado por los nacionaldemócratas de Hesse y los miembros del DRP de Baja Sajonia para llegar a constituir un solo partido antes de las primeras elecciones federales, pero el DP consideró necesario esperar al resultado de las mismas para concretar los acuerdos. De hecho, estaba jugando con dos barajas —como pronto se apresuraron a denunciar los nacionalistas—, a la espera de que su actitud de simpatía por las víctimas de la desnazificación le diera réditos electorales, al tiempo que su apertura a los cantos de sirena de un Adenauer con una mayoría relativa lo hiciera indispensable para gobernar y, por tanto, objeto de interesantes beneficios de las arcas públicas. De haber seguido las cosas así indefinidamente, el Partido Alemán podría ser juzgado como el autor de una hábil estrategia de contención y clientelismo, pero el que de verdad estaba

aprovechándose de las circunstancias era Adenauer, que en 1957 podría prescindir del ala nacionalista para obligarlos a integrarse en alguna de las fuerzas mayores de la coalición, liberales o democristianos. En este sentido, la misión del DP fue conseguir un lugar en la cumbre para sus dirigentes, a cambio de destruir las posibilidades de arraigo de un partido de la derecha nacionalista justamente en el momento en que se estaba configurando el sistema de partidos en el país.[48]

Por su lado, el FDP sufrió audaces intentos de penetración en la zona de Baja Sajonia, Hesse y Baden-Württemberg. El ejemplo más claro es el llamado «caso Naumann», para referirse a la acción de este dirigente liberal, procedente del nazismo y que en su propia correspondencia manifestó la voluntad de ir creando un campo «independiente», «libre» en el sentido de ser ajeno a las condiciones impuestas por los vencedores, para crear un espacio legal de agrupación de los sectores que irían vertebrando un área de opinión bajo la protección de siglas inocuas. La detección de esta estrategia permitió a la dirección nacional del partido orientarlo de nuevo a la posición que necesitaba ocupar: ser el representante de los medios empresariales y de una franja de clase media independiente opuesta a las veleidades comunitaristas que pudieran darse en el bloque democristiano. La defensa de esa posición se haría a veces en condiciones de conflicto con el partido dominante —como la salida del gobierno y la escisión liberal de 1956—, pero acabaría por aceptar una postura de representación de intereses sociales en una posición subordinada a uno de los dos grandes partidos. En los primeros quince años de la república, a escala federal, eso solamente podía implicar el apoyo a la coalición democristiana.

El fracaso de la extrema derecha para atraer a los partidos moderados del área liberal y conservadora tuvo otra faceta que actuó simultáneamente como causa y efecto de esa imposibilidad de constitución de un polo que unificara al importante sector de electores que no se había inclinado por la democracia cristiana en 1949. La formación de mayor peso constituida de acuerdo con la autorización de los ocupantes fue el resultado de la fusión entre el Partido Conservador (DKP) y el Partido de la Reconstrucción Alemana (DAP), que dividían sus fuerzas entre Renania-Westfalia y Baja Sajonia. El resultado de la fusión recibió el nombre común de DKP-DRP —las últimas siglas correspondían a las del Partido Alemán de la Derecha—. En las elecciones de 1949, el grupo solo fue capaz de lograr una representación significativa procedente de estos dos *Länder* y, en especial, del de Baja Sajonia, que fue convirtiéndose en la zona de expansión más importante del nacionalismo extremista. En distritos especialmente «tocados» por el nacionalsocialismo clásico, como Gifhorn, Wilhelmshaven, Salzgitten, Hameln o Emden, el partido consiguió resultados superiores al 20 por ciento de los votos, que en Gifhorn llegaron al 30,7 por ciento.[49] La continuidad entre las tendencias de la época de Weimar y la nueva situación se expresaba en esta importancia del voto más identificado con la experiencia del nazismo en la región, donde el antiguo NSDAP ya había tenido una de sus bases de impulso electoral más considerable en los años treinta. Sin embargo, la obtención de casi medio millón de votos en las primeras elecciones, que permitieron la entrada de cinco diputados en el Bundestag quedó rápidamente frustrada por la ruptura del partido, al enfrentarse quienes confiaban en ser aceptados en el gobierno

de coalición —en especial los sectores procedentes del DRP, sobre todo los cuadros de mayor astucia estratégica, como Von Thadden, que tenía menos de treinta años de edad y estaba destinado a ser el autor de la fusión de toda la extrema derecha en los años sesenta— y aquellos que apostaban por distanciarse de la legitimidad misma de la república y proclamaban su lealtad al «socialismo nacional». En este caso, al contrario de lo que podía suceder en Italia, resultó imposible mantener la unidad orgánica entre quienes planteaban una identidad vinculada a la nostalgia del Tercer Reich y quienes deseaban abrirse a las opciones de una apertura a la derecha más acentuada por parte de Adenauer. Lo que yo mismo señalé para el caso italiano en el libro que precedió a este resulta interesante como un elemento de comparación estratégica sugerente y clarificador. Como se vio allí, el Movimiento Social consiguió hacerse muy rápidamente después de la instauración de la república con un área permanente, reconocida por todos los sectores neofascistas, aun cuando tal reconocimiento no implicara una absoluta identificación de propuestas políticas o, para decirlo en un sentido más auténtico, culturales. En el MSI podían convivir quienes procedían de la experiencia del último fascismo republicano de Saló y quienes deseaban adquirir una identidad contra el régimen instaurado en 1945-1946 mediante una adhesión a las características más modernas del fascismo del *ventennio*. Para decirlo en los términos en que la tradición y el proyecto traman los hilos de una estrategia, en Italia se pudo reinstaurar, dentro de un pequeño partido de creyentes con pocas opciones clientelares una identidad plural, mestiza, integradora, que avanzaba sobre dos cuestiones complementarias: el autorreconocimiento en los valores del fascismo y la aceptación de un

cambio de época radical que había de exigir el compromiso. Para la mayor parte del MSI no se trataba solo de una aceptación, sino de una convicción: el fascismo había sido, a sus ojos, un régimen de coalición entre diversas facetas de la derecha, que incluía el nacionalismo autoritario que llegó a instalarse tras el golpe de Estado de 1926, y la cara subversiva del Santo Sepulcro de Milán, en los primeros fascios de 1919. De esta forma, el MSI pudo alimentarse en la doble fuente de una identidad que le permitía sobrevivir en el polo excluido del nuevo régimen, pero siempre teniendo una estrategia de salida del aislamiento; tendían a proponer la creación de una Gran Derecha en la que los misinos serían —tanto los «revolucionarios» como los nacional-conservadores— uno de los factores con los que liberales o democristianos habrían de pactar. Esta unanimidad, siempre matizada, siempre tensa, fue la que permitió al MSI disponer de su larga trayectoria italiana hasta los años noventa y aprovechar la crisis de las instituciones para ponerse en estado de disponibilidad, en forma de Alianza Nacional, para constituir una gran coalición con Bossi y Berlusconi en 1994 y en 2001.

Las circunstancias no eran las mismas en Alemania y, por consiguiente, no podemos hablar de un simple problema de estrategia, sino de las condiciones particulares en que se movían las cosas en Alemania. A diferencia de Italia, Alemania iba camino de su división en dos estados, algo que no había podido realizarse mediante la consolidación del reino de Nápoles, como habría deseado un sector de la extrema derecha italiana, y que habría hecho de este un núcleo de hegemonía social incontestable. Para el nacionalismo alemán, la derrota —que había parecido, sobre todo, la

derrota de Alemania y no del conjunto de las potencias fascistas—, pasaba a identificarse con todo lo contrario a lo conseguido por el Tercer Reich, que había sido ir ampliando las fronteras hasta situar dentro del imperio al conjunto del *Volk.* No se trataba, pues, de una simple restauración del nacionalsocialismo, sino de una reivindicación que conectaba con las viejas ideas pangermanistas a las que el nazismo había dado realidad en los años treinta. La tensión entre los elementos de identidad y de compromiso no pudieron realizarse en un ambiente donde las condiciones de establecimiento del nuevo régimen eran tan distintas, y en un lugar donde el discurso nacionalista soportaba la tensión del apoyo a Occidente o la reunificación del Reich. La vinculación de la unificación con la propia demanda de la URSS colocaba a los nacionalistas alemanes en una situación incómoda, ya que coincidía con lo que demandaba la izquierda germana y una de las potencias ocupantes, precisamente aquella que representaba la inversión de los valores defendidos por los nacional-conservadores. Esta paradoja, resultado de las condiciones de la guerra fría, correspondía a la función especial que desempeñaba Alemania —como lo hacía Austria— en el marco de la *Mitteleuropa,* área en la que chocaban los dos sistemas de organización social alternativos y en riesgo de confrontación. Y ese problema de extrañas coincidencias se agravaba para la extrema derecha, que parecía conseguir un solo espacio de encuentro que fuera capaz de ir presionando a la derecha democristiana o liberal a través de un nacionalismo legitimado. La exclusión de la extrema derecha alemana fue mucho más dura de lo que fue el Movimiento Social en Italia, en la medida en que el objetivo fundamental de la CDU y el FDP era integrar en

sus respectivas organizaciones a la totalidad de la derecha y desertizar cualquier espacio que pudiera abrirse en el ámbito nacionalista, mientras que en Italia la creación de un área neofascista visible era la garantía para que la Democracia Cristiana pudiera presentar un semblante centrista.[50] En este sentido, la estrategia democristiana determinaba las posibilidades de acción de la Oposición Nacional con su voluntad de exterminarla, ya fuera mediante los recursos más violentos, como la ilegalización, ya fuera mediante la compra de sus votos y la inclusión de sus representantes en áreas de gobierno, con la esperanza de diluirlos, como sucedería con el Partido Alemán o la Liga de Refugiados.

Los sectores nacionalistas moderados no solo realizaban un discurso poco propicio a las tentaciones «revolucionarias» del ala neonazi del partido, sino que se sentían incómodos en la elección de fórmulas verbales que mitigaban el discurso anticomunista al resaltar la oposición a una alianza con las potencias occidentales. Los esfuerzos que realizaban los núcleos más moderados del DRP, como el propio Von Thadden, para expresar que la unidad alemana no podría mantener una verdadera independencia fuera del apoyo económico y militar del Oeste, eran respondidos con una posición de principio por los radicales que planteaban la actualización de su discurso anticomunista sin continuar combatiendo las condiciones políticas de la democracia parlamentaria.[51] En el campo de la extrema derecha nacionalista, tal posición era un aviso del realismo de sus dirigentes, cuya estrategia no podía basarse en la negación de las condiciones geopolíticas mantenidas tras el conflicto, que en absoluto dependían de lo que pudieran decidir los alemanes occidentales. Se trataba,

además, de la composición propia del fascismo como coalición, que en el período anterior a la guerra había visto cómo se subordinaban las posiciones más moderadas a las representadas por aquellos sectores antidemocráticos dispuestos a apoyar a Hitler aunque el NSDAP contuviera elementos radicales que pudieran disgustarles. Tras la derrota del nazismo, la hegemonía en el ámbito nacionalista se había invertido, ya que las nuevas condiciones propiciaban que la actitud mejor recibida fuera, a medio y largo plazo, la que provocara menos fracturas. En los años treinta, en una sociedad atravesada por los desastres de la crisis económica y el impacto del desempleo, la democracia había perdido legitimidad; se la había otorgado a las salidas de carácter autoritario, fuera por la vía del comunismo o por la del nacionalsocialismo. La vía reformista, en cambio, fue imponiéndose después de la guerra, y no solo por las condiciones de ilegalización que podían amenazar a quienes desearan reinstalar el Tercer Reich, sino por la actitud de una población que, muy rápidamente, fue abandonando cualquier tendencia radical para llevar al terreno de la expresión política lo que ya era una experiencia social: la renovación del pacto, del crecimiento económico basado en la cohesión, la pacificación, el lento ajuste de las condiciones de los desplazados y la consolidación de la República Federal. El triunfo de los moderados llevaba a aislar a los más radicales en el seno de la disputa de la extrema derecha, pero llevaba también a aislar a la extrema derecha en los debates que tuviera el conjunto del conservadurismo alemán.

La querella entre moderados y radicales de la Oposición Nacional acabaría provocando la aparición de un nuevo grupo, fundado poco después

de que varios dirigentes del DRP encabezados por Fritz Dorls, Gerhard Krüge y Otto Ernst Remmer fueran expulsados, acontecimiento seguido por el abandono del partido por algunos de los principales dirigentes del ala radical del DRP, Wolfgang Falck, Helmut Hillebrecht, Bernhardt Gericke, Gerhard Heinze, August Kinke y el conde Wolf Westarp. Inmediatamente, como podía esperarse de un sector que había estado organizándose como facción, los disidentes constituyeron un grupo rival, al que dieron el sonoro y provocativo nombre de Partido Socialista del Reich (SRP). Sorprendentemente, los escindidos consiguieron un área de influencia que habría de reducir a su partido de origen a una situación sombría, al borde de la desaparición. Quienes se quedaron en el DRP trataron de presentar una imagen algo más radical y se fusionaron con el Partido Nacional Demócrata (NDP): en enero de 1950, Herwart Miessner y Walter Kniggendorf, por parte del DRP, y Karl Schäffer, dirigente del Partido Nacional Demócrata, decidieron el acuerdo de fusión, que sería ratificado en el congreso de Kassel del DRP, unos días más tarde,[52] asentado en el sudoeste y adoptado, con las mismas siglas, el nombre de Partido Alemán del Reich.

El grupo escindido mostró un dinamismo que hacía estallar la prudencia y la falta de definiciones claras de su vieja organización. Tal vez ese mismo descaro les permitió ganarse la simpatía de una generación formada en la crisis de Weimar y en el ambiente del Tercer Reich —como ocurría con los fundadores del grupo, nacidos a partir de 1905—, algo que se incrementó con un abierto rechazo de las condiciones de fundación del nuevo régimen, impuesto por los vencedores, así como una defensa de un *Volksstaat* cuyo embrión frustrado se encontraba en el nazismo. Aun cuando los cuadros del

SRP se apresuraron a distanciarse de los «excesos» del régimen, que había traicionado algunas cláusulas esenciales del «socialismo alemán» —como los campos de exterminio, la orientación básicamente racista y la pérdida de libertades individuales bajo el sistema hitleriano—, proclamaron su lealtad a la función histórica realizada por el Tercer Reich, que puso las semillas para una regeneración de una cultura en crisis. Además de estas afirmaciones ideológicas que marcaban una clara línea de separación entre una tradición democrática alemana y los usos parlamentarios foráneos, expresados en la misma fundamentación jurídica de la RFA, el SRP abrió sus puertas a los antiguos militantes del NSDAP o a figuras que habían tenido una función tan relevante como el general Remmer, jefe del batallón de protección personal del *Führer*, que había dislocado el golpe de 1944 en Berlín. La presencia de Otto Remmer en los mítines del SRP, en los que el ex general de las SS no se recataba en afirmar la voluntad de constituir un movimiento formado de acuerdo con el espíritu de la «comunidad de combate» de la Segunda Guerra Mundial, en la que el nazismo había estado en el lado justo, luchando contra el comunismo, resultaba especialmente molesta para quienes trataban de señalar una diferencia entre la tradición conservadora prusiana y el nazismo, pero el Partido Socialista del Reich estaba dispuesto a jugar precisamente esa carta en una apuesta contraria a la derecha nacionalista. Por otro lado, como ha señalado quien ha estudiado los inicios de la extrema derecha alemana de una forma más minuciosa, los dirigentes del nuevo partido podían identificarse, en su misma trayectoria personal, con lo que había sucedido con una parte considerable de la población alemana, para la que la guerra, la derrota y la ocupación habían

supuesto la pérdida de sus carreras, el descenso en su posición social, el deterioro de su prestigio personal y la entrada en la marginalidad. El rencor que se producía por estas situaciones en amplias capas de la población alemana previas al bálsamo del «milagro económico» podía hacer que los nuevos dirigentes no fueran identificados solo por sus posiciones ideológicas, sino por este descenso en la escala social que habían sufrido.[53]

Antes del episodio nacionaldemócrata de los años sesenta, ninguna otra fuerza fue capaz de mostrar la capacidad de seducción obtenida por el SRP, aunque quedara reducida a algunas zonas del país, en especial el bastión de Baja Sajonia. El SRP se organizó rápidamente como un partido de masas, con asociaciones específicas teóricamente independientes, dedicadas a reunir a jóvenes, mujeres y grupos de auxilio a los presos. Gracias a la constitución de un movimiento de activistas, que incluía formaciones de combate, el SRP llegó a las elecciones regionales de 1951 en condiciones de lograr un resultado importante, aun cuando la opinión pública, alarmada por su capacidad de convocatoria y por la forma en que había devastado las organizaciones de la extrema derecha, temía que los electores le proporcionaran un apoyo mayor. En los comicios del mes de mayo para el Parlamento del *Land*, el SRP consiguió 367.000 votos, equivalentes a un 11 por ciento de los votantes. Solo la competencia del BHE, que se hizo con medio millón de sufragios, impidió que su éxito fuera mayor. El resultado global se agravaba si se consideraban algunos éxitos de distrito, pues el SRP había conseguido rebasar la barrera del 25 por ciento de los votos en nueve circunscripciones, y sus únicos resultados escasos se habían producido en los bastiones socialistas de Hannover y Osnabrück. En los

meses siguientes, el SRP alcanzaría cotas apreciables en Bremen y Baden-Württemberg, que se reiterarían en diversas elecciones parciales celebradas en el norte del país. El voto radical menguó las fuerzas de toda el área de derecha, empezando por el DRP, pero afectando de forma muy intensa a franjas de electores del DP y de la propia CDU, en lo que podía verse como el comienzo de un proceso totalmente opuesto al marcado por la estrategia de la Gran Derecha. El SRP arrancaba los votos conservadores estableciendo un campo de utilidad distinta, gracias a la pérdida de perfil de los otros grupos nacionalistas, entregados a la fagocitación democristiana. Haciendo llamamientos a la constitución de una *Frontsgemeinschaft* que constituía la verdadera moral de la nueva Alemania; planteando un discurso social que podía atraer a quienes aún no se habían beneficiado del crecimiento económico que se acababa de iniciar; hincando su influencia en los sectores más recelosos por la apertura al Oeste y más sensibles a la prioridad absoluta de la unidad alemana; sabiendo entonar una melodía ávidamente escuchada por quienes esperaban una emotiva reivindicación de la dignidad del combate en la última guerra, el SRP parecía legitimar con sus éxitos la congruencia entre los valores nacionalistas y el populismo. En mayor medida que una simple reinstalación del fascismo, el SRP planteaba una democracia plebiscitaria, de autoridad potente, en la que la «responsabilidad» de los jefes políticos se combinara con la expresión cotidiana de la voluntad popular. Un esquema bonapartista, hostil a los principios de la democracia liberal, próximo a las inspiraciones de la revolución conservadora de los años veinte. El voto del SRP no respondía a una base social definida, sino a esa opción ideológica que podía reunir

situaciones personales de muy distinto carácter. Podía votarse en lugares en los que había un número apreciable de refugiados, pero también donde estos no tenían una presencia firme. Podía obtener buenos resultados donde existía mayor tasa de desempleo, pero tampoco podía establecerse una relación rígida de protesta social. Lo que nos encontramos es, más bien, con la expresión de un voto de identidad que adquiere una potencia momentánea, en los momentos iniciales de la vuelta a casa de los prisioneros, de la obtención de sus derechos políticos, de la conciencia de que la república comienza a caminar mientras un espacio cultural desea expresarse en unos términos de protesta que podrán engullir rápidamente las fuerzas del sistema. La fuerza de una tradición política pasaba a expresarse en la potencia del discurso, que era capaz de penetrar en sectores diversos de la población de una forma transversal, llevado por el impulso mismo de su voluntad de síntesis. No en vano, la influencia del Partido Socialista del Reich calcaba la que en su momento había tenido el propio NSDAP, en lugares como Wolfsburg, la ciudad cuyos habitantes se relacionaban de una u otra forma con la fabricación del Volkswagen y que se había constituido de forma artificiosa, al ritmo del levantamiento de la *Volksgemeinschaft.* Las razones de que ese tipo de expresión política no se mantuviera tiene que ver, más que con el abandono de unos determinados valores comunitarios, con su realización por otra vía, gracias al milagro económico que se vivió en los años decisivos de construcción de las instituciones y que dejó escaso espacio para que la identidad cultural pudiera mezclarse con una oposición a las condiciones de vida de las clases populares. En este sentido, la reconstrucción adquiere una verdadera experimentación colectiva y pierde

su simple sentido restaurador para provocar un desplazamiento de preferencias políticas.

La preocupación por la propaganda del SRP —y, cómo no, por la forma en que su influencia arrebataba votos a los sectores de la derecha conservadora más integrada— acabó llevando a la apertura de una investigación a finales de 1951, que acabaría en la sentencia de disolución del partido por vulneración de la Ley Fundamental, en octubre de 1952.[54] Los dirigentes del SRP se habían adelantado a esa decisión de tan dilatada factura, infiltrándose en otros partidos —en especial la DG— y creando una red de agrupaciones de electores «independientes» que hubieron de ser sistemáticamente ilegalizadas, poco antes de que pudieran presentarse en la competición de 1953. La disolución del Partido Socialista del Reich no benefició, como podía haberse esperado, al exhausto DRP. Los motivos de que no hubiera una traslación automática de votos son complejos, porque deben atender a dos dinámicas simultáneas: las que se refieren a la del campo específico de la extrema derecha y las que indican la relación entre esta y el conjunto del espacio conservador. Durante los meses que separan los triunfos locales del SRP y las elecciones generales de 1953, el DRP trató de llegar a algún acuerdo electoral que permitiera orientar al conjunto del electorado hacia la consolidación de un campo que, en el tanteo de 1949, solamente había logrado establecer una representación aislada de seis diputados, que se fragmentó en diversas sensibilidades, sin llegar a hacer frente común con partidos muy próximos, como el DP o el WAV. Considerando los resultados obtenidos en 1949, sin embargo, que hacían del DRP una fuerza que había que tener en cuenta en zonas de ocupación

británica, la posición de Von Thadden y sus compañeros tuvo la arrogancia suficiente para creer que el resto de los pequeños grupos diseminados en Baviera o en el Oeste acudirían a entregarse al partido más organizado. Y que este, a su vez, habría de llegar a un acuerdo posterior con el Partido Alemán. Las cosas fueron menos propicias de lo que el DRP suponía: los reiterados encuentros celebrados para obtener la constitución de un movimiento unitario que incorporara una coalición formada por los grupos de Haussleiter —la Comunidad Alemana—, el Bloque Alemán de Meissner, la Asociación para la Reconstrucción Económica de Löritz, el NDP de Leuchtgens, el DRP de Von Thadden y otros pequeños partidos, algunos solo existentes en el papel, concluyeron en la reunión de Heidelberg en septiembre de 1952, sin resultado.

Finalmente, se constituyeron alianzas locales que impidieron la visibilidad de una *Nationalesammlung* que pudiera presentar a los electorales la imagen de un espacio que dejara atrás las querellas personalistas y la confusión ideológica para ofrecer una mínima sensación de capacidad de negociación y de seriedad. Incluso para el analista posterior, resulta difícil hacerse una idea precisa de cuál era la oferta lanzada a los electores desde la Oposición Nacional. Si la propuesta del SRP había sido muy clara y, a escala regional, lo fue en su momento la que presentaba la WAV o el mismo DRP en Baja Sajonia, las cosas se modificaron en los meses siguientes a las primeras elecciones regionales y generales cuando, a partir de 1949, se tuvo que ir consolidando el espacio adecuado para preparar las instituciones representativas de una opinión pública a la que se presentaba la consolidación de la república. Por el

contrario, el grupo parlamentario del DRP había estallado en los primeros meses de su entrada en el Parlamento, algo a lo que se había sumado la penosa impresión proporcionada por sus miembros, cuya juventud y escasa preparación contrastaban con la aureola de respetabilidad y seguridad que deseaban conseguir los electores después de un período de sufrimiento. Que desde un sector nacional-conservador se tratara de ganar una clientela electoral estable a través de desórdenes parlamentarios, *boutades* o simple ineficacia, como la que demostraba la representación parlamentaria de la «Derecha Nacional», resultaba un contrasentido, ya que provocaba la reacción adversa de quienes deberían haber sido sus votantes más seguros. Era difícil que la simple denuncia de la legitimidad de las instituciones salidas de la derrota o la agitación por el honor de los alemanes en el combate acabado en 1945 pudiera sostenerse frente a las soluciones ante los problemas del día a día que se ofrecían desde las posiciones claramente conservadoras e incluso autoritarias de un Konrad Adenauer, cuyo flanco nacionalista estaba cubierto por el Partido Alemán. Frente a lo que era una propuesta de modelo de sociedad que iba adquiriendo adhesiones en el seno de la base social de la derecha, la pretendida «Oposición Nacional» no conseguía ofrecer los elementos básicos de un espacio tranquilizador: la visibilidad de un movimiento que dejara a un lado las querellas personalistas, y la posesión de un proyecto nacional en el que pudieran reconocerse las aspiraciones reales, en contacto con la experiencia cotidiana, de una parte de la ciudadanía.

El DRP, que creía que iba a obtener una representación parlamentaria asegurada por su influencia en Baja Sajonia y SchleswigHolstein y

disputaría sus votos al DP, al FDP y a la CDU, como había hecho el Partido Socialista del Reich dos años atrás, acentuó en la campaña sus rasgos occidentalistas y su moderación hasta el punto de perder su verdadera identidad; dejó el campo libre para que los votantes pudieran ir a depositar su voto, a medida que se consolidaba el régimen de Adenauer, utilizando las papeletas de los partidos gubernamentales, cuyas campañas —especialmente las del DP— eran muy similares a las que promovía el propio DRP. Las llamadas de los dirigentes del DRP a la defensa solidaria de los valores de Occidente apenas podían distinguirse de la campaña que hacía la coalición gobernante, y el empeño puesto en separarse del SRP para adquirir un espacio intermedio había acabado por desconcertar a los votantes, algo que no pudo superarse colocando figuras identificadas con el Tercer Reich en las listas o incluyendo a antiguos miembros del SRP, posiciones que tan solo podían llevar a una mayor confusión, cuando la estrategia básica del partido era evitar la ilegalización que pendía sobre su cabeza y romper con el radicalismo de los neonazis. En el momento de hacer concesiones al pragmatismo, los electores prefirieron otorgar su voto a un bloque que garantizaba el aislamiento de la socialdemocracia, la lucha contra el comunismo, la integración en los organismos occidentales, al tiempo que iba avanzando en la normalización de la vida social alemana mediante los procesos o las promesas de amnistía. Durante algunos meses, el DRP trató de conseguir un espacio unitario de las fuerzas nacionalistas moderadas, sin conseguir otra cosa que proporcionar a la opinión pública un escenario de pactos efímeros y rivalidades personales. En 1953, la cláusula del 5 por ciento a escala federal dio un golpe definitivo a esta opción, al

impedir que la fuerza de un partido en un *Land* resultara suficiente para asegurar una representación parlamentaria. Los posibles votantes del DRP quedaron condicionados por el riesgo de que todo lo que este pudiera ofrecer en Baja Sajonia se perdiera al no conseguir un resultado parecido en el conjunto del país, un hecho determinado por la lenta homogeneización del campo nacionalista en la Alemania Federal. La presentación de listas del BHE en todo el país y la resistencia del moderado DP acabaron de decidir la suerte de las candidaturas del Partido Alemán del Reich. Los 296.000 votos obtenidos apenas pasaban del 1 por ciento, y en la misma Baja Sajonia solamente se había conseguido un 3,5. El desastre tenía un carácter psicológico que conviene matizar, si se tiene en cuenta la presencia del DRP en zonas como Baviera o Renania-Palatinado, lo que indicaba una fuerza subterránea, un mínimo de apoyo endurecido que podría poner las bases de una lenta reconstrucción a la espera de tiempos mejores. No obstante, tras la oleada que había impulsado el SRP, el desastre implicaba algo más que una caída. Por un lado, determinaba una expulsión de las instituciones que sería muy difícil reparar. Ello precisaría de una lenta tarea de definición del espacio de la extrema derecha en los siguientes años, a fin de romper un paisaje de fragmentación ingobernable, y de constituir un área diferenciada con recursos para negociar con el poder y ser visible por el conjunto de la población. En segundo lugar, las elecciones de 1953 establecían un final de etapa, al verificar que los votos que se habían depositado en favor de una tendencia claramente antidemocrática como la del SRP, no tenían demasiados problemas en instalarse en el área de los partidos del sistema solo unos meses más tarde, en lugar de buscar cobijo en otras áreas

excluidas. Después del estruendo de una primera etapa esperanzadora, la extrema derecha entraba en una fase de silencio laborioso, que la mayor parte de los espectadores confundieron con la aniquilación.[55] Tras la aventura del SRP, las condiciones del DRP podían ser las de haber conseguido liquidar a los partidarios del radicalismo social, quienes habían hecho el ridículo yendo por la senda de Haussleiter. Pero el propio grupo de Baja Sajonia había visto cómo su organización se desguazaba en el proceso de ruptura con los neonazis, sin que a ello pudiera oponerse una actitud más coherente, más próxima a la moderación y a la correlación de fuerzas existente. El año 1953 selló el final de una etapa, que habría de quedar en condiciones de oscuridad durante el resto de la década, cuando las primeras elecciones parecían haber propiciado un modelo a la italiana, que haría convivir a socialdemócratas y democristianos con un sector importante que deseaba continuar reconociéndose en una identidad nacionalista, aun cuando no fuera exactamente en una reedición del NSDAP.[56]

2. LEJOS DE LA TROPA.

LA EXTREMA DERECHA EN UNA SOCIEDAD SIN RIESGOS, 1953-1963

Uno de los carteles electorales de la CDU en las legislativas de 1953 mostraba un conjunto de líneas paralelas que, por el efecto de la perspectiva, acababan confluyendo en dos ojos atónitos, agobiados bajo el peso de una gorra militar con el emblema de la hoz y el martillo. La consigna traducía la advertencia minuciosamente dibujada según la estética publicitaria de la época: «¡Todos los caminos del marxismo llevan a Moscú!» (*Alle Wege des Marxismus führen nach Moskau*!), aterrador destino del que solo podía extraerse una consecuencia, tan implacable como el desenlace de un silogismo: «por tanto, CDU» (*Darum CDU*). Seis años más tarde, cuando la socialdemocracia había sufrido una derrota aplastante, tras obtener la mayoría absoluta la coalición democristiana, una caricatura colocaba al presidente del SPD, Erich Ollenhauer, arrojando el rostro de Marx al basurero de la Historia. Una forma de sintetizar las decisiones del congreso de Bad Godesberg que parecía responder, si no a las demandas de la derecha en el cartel de 1953, sí a la conciencia de la sociedad que había ido marginando a los socialistas del gobierno de la república. La

socialdemocracia alemana se normalizaba diez años después del establecimiento del nuevo régimen, y adquiría una ciudadanía que tenía que aceptar las reglas del juego establecidas por el grupo de Adenauer. Si todas las formas de marxismo llevaban a Moscú, Karl Marx había dejado de delimitar la doctrina política del SPD, y el partido de la clase obrera pasaba a buscar una legitimidad de partido nacional y popular que trató en vano de combinar con la inspiración marxista en los años de Weimar.[1]

Tal vez el problema no era que la alternativa a la CDU llevara a Moscú, sino que esos caminos condujeran a Berlín. Lo que sucede a partir de 1953 es una verdadera fundación de la República Federal, que supera los términos legales de los acuerdos de soberanía de 1955 para encaramarse en las condiciones emotivas de una aceptación de ciudadanía diferenciada. En los años que siguen a las segundas elecciones generales alemanas, en efecto, con la hegemonía de la coalición democristiana sólidamente declarada en las urnas, se adquiere un patriotismo que se identifica con las condiciones sociales de la Alemania Occidental. La forma de vida en la RFA se convierte en el contenido de una opción política fundamental, que pasa a constituir una nación normalizada en términos más cotidianos, experimentales, profundamente personalizados, de lo que podía hacer el texto de la Ley Básica de 1949. El crecimiento económico, el consumo de masas, la cultura del entretenimiento, la tendencia al vacío moral provocado por el ansia de olvidar, la lenta restauración del orgullo de ser alemán —occidental— se acompañan de cierta compasión por los otros alemanes. Mientras la retórica oficial continúa refiriéndose a la unidad, convertida en un mito temporal cada vez más parecido a los relojes blandos de Dalí, los

Ossis pueden sufrir el desprecio de no constituir una verdadera parte de la cultura europea y pertenecer a un ámbito fronterizo con las hordas asiáticas. Lo que algunos han llamado la «visión carolingia» de Adenauer, más preocupado por la inserción del Occidente alemán en su espacio de pertenencia cultural, acaba prendiendo en el corazón del alemán medio. El ciudadano de los años cincuenta, el hombre corriente del crecimiento, el bienestar y el orden, adquiere los rasgos del súbdito, ese *Untertan* cuya caligrafía moral destella en la novela de Heinrich Mann. La versión cinematográfica dirigida por Wolfgang Staudte en la zona oriental tardará seis años en estrenarse en la RFA, y provocará un hondo disgusto en el público, al que se ha privado de más de diez minutos de película cortados por las autoridades. La superación de la provisionalidad de la separación se realiza con un sentimiento progresivo de hostilidad hacia el régimen oriental que tiene la doble ventaja de estimular un nuevo patriotismo basado en el modelo de desarrollo más que en la mística nacionalista y la reivindicación de los territorios del Reich. Cuando Adenauer se dirige a la dirección de su partido en 1958 y señala que: «En 1948-1949 todos veíamos que la Ley Básica funcionaría durante un tiempo limitado. De eso hace ya casi diez años. Ahora vemos que es muy poco realista creer que la cuestión de la reunificación se resolverá sin una relajación general de las tensiones del mundo»,[2] no hace más que convertir en declaración de principios lo que la sociedad alemana está experimentando emocionalmente. La renuncia al pasado tiene una curiosa forma de hacer converger, en interés del bloque gobernante, el proceso de desnazificación, la aceptación de un modelo de

desarrollo y una hostilidad profunda contra el comunismo que acaba contaminando al conjunto de la izquierda.

La calma en las profundidades

und wenn die reissende Zeit mir
Zu gewaltig das Haupt ergreift und die Noth und das Irrsaal
Unter Sterblichen mir mein sterblich Leben erschüt tert,
Lass der Stille mich dann in deiner Tiefe gedenken.

(y si el tiempo, viajero alborotándose,
golpea con demasiada fuerza mi cabeza; si la necesidad y la miseria
de los mortales agitan mi existencia mortal,
déjame pensar en la calma que sumerges en tus profundidades.)

F. HÖLDERLIN
«Der Archipelagus»

El éxito de Adenauer en las elecciones de 1953 se completa de forma espectacular cuatro años más tarde, cuando la CDU-CSU alcanza por primera vez la mayoría absoluta de los votos. Los motivos de esa capacidad de aglutinación parecen obvios, aunque no tan resistentes como podía

pensarse. En términos estrictamente políticos, los alemanes han premiado a una formación que identifican con una mezcla a la que no están demasiado acostumbrados: el desarrollo económico, la estabilidad social y la democracia. Desde la Gran Guerra, las circunstancias han actuado en favor de algunas de estas cuestiones, pero nunca se han unificado todas ellas en un solo proyecto de país. Que el mérito se adjudicara a Adenauer solo dependía de la habilidad del canciller, pero también de la torpeza de algunos de sus aliados. El Partido Liberal fue castigado despiadadamente por haber roto con el gobierno en 1956 y haber puesto en peligro algo que los ciudadanos valoraban por encima de todo: la cohesión gubernamental. En el mismo orden de cosas, la postura de los pequeños partidos que habían formado coalición con la CDU-CSU resultaba cada vez menos segura. El BHE había podido instalarse en áreas de responsabilidad con una base electoral cuya misma lógica no haría más que ir erosionando. Presentándose como defensor de quienes querían una inserción de los alemanes desplazados en Occidente, la rápida solución de este problema iba dejando al grupo sin perfil, desmantelando su apoyo y entregando su futuro a quien dirigía el desarrollo económico que permitía tal integración. La política de actuar como un grupo de presión occidental más que como una parte de la plataforma nacionalista que reivindicaba la unidad alemana como prioridad política había sido una de las causas de su éxito a expensas de la extrema derecha, como ya se ha indicado en el capítulo anterior. Sin embargo, la reducción de una población inmigrante asentada en zonas rurales y la aparición de una generación de hijos de exiliados que se habían formado en las zonas urbanas de la RFA proporcionaba la misma integración que

arrebataba su razón de ser al movimiento. Cuando los dirigentes del BHE se dieron cuenta de ello, precisamente en vísperas de las elecciones de 1957, revisaron su propaganda en una línea más nacionalista y reprocharon a Adenauer que tuviera una posición demasiado transigente con la suerte de quienes deseaban regresar a sus zonas de origen: la campaña se orientó en favor de los sectores castigados por el proceso de modernización, como la clase media rural, algo que se concretaba en los carteles que se distribuyeron en las pequeñas poblaciones, donde se podía ver el lujo que se vivía en las grandes ciudades. La pérdida de un espacio propio y el intento de convertirse en un movimiento de las víctimas de la modernización podía tener sentido en una fase recesiva y, en cualquier caso, tras crear una plataforma con la totalidad de los sectores nacionalpopulistas, pero nunca desde la fuerza exclusiva de un grupo de presión. El resultado fue que no se rebasó la barrera del 5 por ciento y el grupo se convirtió en una fuerza extraparlamentaria, con lo que entregaba buena parte de sus recursos humanos al partido del canciller. De igual manera, el Partido Alemán, en el que Adenauer había visto un sobrio apoyo conservador, salió del espacio regionalista y de gestos autoritarios marginales que la CDU-CSU estaba dispuesta a tolerar. Aprovechando la preocupación que se había creado en los medios empresariales por la ruptura del FDP con el gobierno, el DP acarició la idea de ocupar un espacio nacional de tercera fuerza que defendiera los intereses de los propietarios frente a los excesos de la política fiscal, el poder de los sindicatos y la amenaza socialdemócrata, añadiéndole un tono de autoritarismo que podía seducir a una franja del electorado nada desdeñable. Por irritante que resultara esta opción para Adenauer, el

pequeño partido fue capaz de mantener una representación parlamentaria de 17 diputados, aun cuando su futuro fuera evaporándose precisamente a partir de ese momento, al calor de la mayoría absoluta del bloque democristiano, que rompía la capacidad de negociación del pequeño partido conservador.[3]

Al margen de estos factores meramente parlamentarios, el éxito espectacular de la CDU-CSU obedeció a lo que podía considerarse una opción de «sistema», más que de partido, que hacía de la coalición democristiana la fuerza identificada con el régimen político del país. Más allá de lo que esto supusiera en términos de representación en el Bundestag o de ocupación del palacio presidencial, lo que se formaba era una percepción mayoritaria de un canciller cuya fuerza política estaba dando forma a un orden institucional del que dependía el bienestar de los ciudadanos, la posición de la RFA en el mundo, la defensa de las libertades políticas y la capacidad de pasar página con respecto a la experiencia atroz del Tercer Reich. Este poder constituyente imaginario permitió que pudiera hablarse de la «era Adenauer» en términos de una aceptación cultural masiva, que iba más allá del simple apoyo electoral. Difícilmente podía quebrantarse desde posiciones nacionalistas de extrema derecha lo que parecía, precisamente, un proceso destinado a superar la postración del país. En su revisión del pasado, la voluntad de dejar atrás el sentimiento de culpa y los procesos de responsabilidades constituían un solo gesto, con una cara moral y otra jurídica. Tras la amnistía de 1949, los sectores más sensibles a las demandas sociales para poner fin a la desnazificación acabaron logrando la aprobación de una nueva amnistía, en el verano de 1954. La posición del

propio Adenauer podía ser recelosa, por temor a que esta prisa por resolver las responsabilidades de menor grado entorpeciera el ingreso de Alemania en el ámbito de las potencias occidentales. Pero el ala derecha del FDP se había convertido en una plataforma para hacer frente a la cuestión, y el canciller necesitaba el apoyo de los liberales; además, sabía que los procesos de investigación judicial mantenían una atmósfera de inseguridad y enfrentamiento interno poco favorable a su política de creación de una nueva nación. Los sectores más favorables a la amnistía la consiguieron tras casi dos años de esfuerzo, y solo a cambio de un arreglo de compensación económica con el Estado de Israel. Pero la señal lanzada al país en 1954 parecía colocar la normalización de Alemania también en este ámbito indispensable.[4]

La puesta en orden del país se cumplía con los acuerdos internacionales que devolvían la soberanía en 1955 y permitían la inmediata colaboración de la república en la alianza militar occidental. La firma de los acuerdos de Roma en 1957 completaba esta línea seguida con una insistencia obstinada por Adenauer, empeñado en desplazar hacia Bonn el verdadero centro de gravedad moral alemán, mientras Berlín quedaba como un espacio simbólico de la ilegitimidad de la República Democrática, que ni siquiera podía disponer de una verdadera capital liberada de las fuerzas de ocupación. Adenauer tenía que mantener el pulso firme cuando las condiciones anunciaban cambios en la zona oriental, cuya resignación ante la división alemana y el rearme de la RFA no se contemplaba aún como unos años más tarde. Por el contrario, las presiones neutralistas habían de continuar, agudizarse e intentar abrir flancos en las muy diversas

percepciones de los problemas diplomáticos que podían tener en Francia con De Gaulle, en Gran Bretaña con Macmillan o en Estados Unidos con Kennedy. En cualquier caso, la defensa de esa fijación internacional se aceptó por el éxito de la política económica diseñada por Ludwig Erhard, que proporcionó a Alemania las condiciones de un crecimiento espectacular cuyas ventajas marcaban otro factor de superioridad sobre el modelo oriental. Esa nacionalización a través del bienestar introdujo un cambio de modelo de vida que, a medio plazo, causaría tensiones sociales graves —en especial a mediados de los años sesenta—, al haber acelerado los ritmos de concentración empresarial y de urbanización que podían afectar a los pequeños propietarios, muy vulnerables ante cualquier signo de recesión. Algo que venía a sumarse a un cambio de cultura, al avance del consumismo, a la desconfianza ante el conflicto social, a la aceptación de la pérdida de valores tradicionales, que podrían generar la crítica desde sectores distintos de la opinión alemana, como veremos enseguida. El crecimiento económico, que dobló la renta nacional en una década, seguía ritmos medios anuales de casi el 8 por ciento de crecimiento del PIB entre 1950 y 1960, a lo que se sumaría más de un 4 por ciento anual obtenido en los trece años siguientes. Este modelo pudo beneficiarse de algunos factores coyunturales como la guerra de Corea, pero se vio alimentado a medio plazo por la oferta de grandes cantidades de mano de obra, algo que abarató los costos laborales y permitió la reconstrucción de los grandes consorcios industriales. Aun cuando el modelo de «economía social de mercado» podía crear diferencias de renta muy notables, el ritmo de crecimiento era tan alto que no generaba situaciones de marginalidad o bolsas de desempleo.

El efecto psicológico era más poderoso, ya que permitía a los alemanes comparar sus condiciones de vida con lo que habían experimentado solo diez años atrás. Esa certificación personal del crecimiento tenía una función legitimadora que ninguna crítica podía erosionar, por preocupantes que pudieran resultar algunas concesiones a la desigualdad social o a la rectificación de derechos laborales como los que se habían tenido en los años de Weimar. Las condiciones del *Wirtschaftswunder* no se han librado de un debate realizado a partir de los años ochenta acerca de las relaciones entre crecimiento económico y modernización social.[5] Alemania pudo crecer gracias a su reinserción en el mercado mundial, pero también lo hizo cambiando la estructura de sus exportaciones, que, al llegar los años sesenta, eran en más del 80 por ciento de productos industriales. Es obvio que la ayuda del Plan Marshall resultó indispensable —lo cual implicaba la integración de la nueva república en la zona occidental y la renuncia a las veleidades unificadoras en que aún se detenían los objetivos de la socialdemocracia—, así como los ajustes monetarios y la liberación de las exportaciones aún controladas y restringidas por las potencias vencedoras. La afluencia de millones de refugiados de la zona oriental proporcionó, por otro lado, una mano de obra especializada, que podía hacer que la economía alemana fuera competitiva en términos de la calidad del producto y no en términos del costo de la producción, al contrario de lo que sucedería en los años finales del siglo, cuando el modelo del «milagro económico» iría a la quiebra. El crecimiento se debió, por tanto, a una ventaja comparativa que no derivaba de la depauperación progresiva de la mano de obra, sino de la calidad del *output* colocado en el mercado, cuyo prestigio podía competir

con otros productos similares fabricados en el extranjero. La *Vorsprung durch Tehnik* (ventaja a través de la técnica) recogía una larga herencia de un eficaz discurso productivo, que había permitido la creación de imperios industriales como los vinculados a la industria química o metalúrgica, y que ahora podían abarcar la gama del automóvil —BMW— o los electrodomésticos —Siemens—. El mercado interior no habría podido soportar una carga tan importante de la oferta, y Alemania solamente pudo crecer sobre la seguridad de esta demanda externa que confiaba en la calidad de su producción. Como han demostrado los investigadores más solventes de este período, el «modelo alemán» se basó en una cautelosa protección de la ciencia y el conocimiento aplicados a una nueva racionalización industrial, cuyas raíces pueden hallarse en la frustrada experiencia de la República de Weimar, cuando la primera modernización se estrelló contra los factores coyunturales adversos.[6] Pero, además, pudo hacerlo con una cultura del pacto social, que estableció una verdadera renuncia a los conflictos huelguísticos —por las dificultades legales de llevarlos adelante—, a cambio de la desaparición del desempleo y de una participación del sindicalismo en la dirección de las grandes empresas —*Mitbestimmung*—. La unificación de los trabajadores en una sola fuerza sindical, la DGB, permitió debilitar la capacidad de politización de los problemas laborales que podía tener la socialdemocracia, aun cuando esta dispusiera de una mayoría de los cuadros dirigentes del sindicato. La CDU-CSU insistió en una política social que era posible por el alto índice de crecimiento, sin dejarse arrebatar el monopolio de estas cuestiones por la izquierda y subrayando la existencia de un pensamiento socialcristiano

específico, cuya validez se mostraba en la capacidad de combinar el mercado con la justicia social. Solo la modificación de las posiciones ideológicas del SPD en 1959 permitiría a la socialdemocracia adquirir credibilidad ante amplios sectores de la ciudadanía, a costa de perder el apoyo que le usurpó la extrema izquierda desde mediados de los años sesenta.

La mentalidad alemana no se libró del todo, en los años del crecimiento, del recuerdo de las desdichas de la etapa anterior. Y no solo de la guerra, sino de las que se habían experimentado en la República de Weimar, de manera que el Tercer Reich podía aparecer, peligrosamente, como una fase en la que se combinaba el sentimiento de pertenencia a una comunidad popular y una etapa de superación de las crisis económicas padecidas por la primera democracia alemana. Consideremos, por ejemplo, que, hasta comienzos de los años sesenta, más del 40 por ciento de los alemanes pensaban que una guerra era probable o posible; ese sentimiento pudo incrementarse en situaciones como las de 1953 con los desórdenes de Berlín, o en 1956, con la crisis de Suez. La costumbre de acumular recursos en las despensas caseras o la de advertir que, ante el primer signo de recesión, debería recurrirse a la retirada de fondos de los bancos, muestran el miedo al futuro que atenaza a la población alemana en plena etapa de crecimiento. Este es un factor que puede explicar la extrema sensibilidad del electorado al cambio de circunstancias coyunturales a mediados de los sesenta, y que propició el incremento espectacular de votos ultraderechistas. Lo que podemos entender plenamente como una «sociedad de consumo» extenderá sus hábitos fundamentales en la segunda mitad de los años

cincuenta, casi en la década siguiente, cuando se superan los gastos domésticos dedicados a bienes imprescindibles, y cuando se pasa a la compra a plazos de electrodomésticos, en especial la nevera, que en 1955 solamente estaba presente en un 10 por ciento de los hogares alemanes. De esta forma, se crea una mentalidad de confianza en el futuro y en la posibilidad de satisfacer los deseos, que permite el recurso al crédito no solo como la única forma de adquirir productos caros, sino como la expresión de la confianza en poder devolver lo que se ha pedido prestado. En este sentido, el optimismo de la sociedad alemana va estrechamente vinculado al arrollador triunfo electoral de Adenauer en 1957, cuando la CDU-CSU obtuvo la mayoría absoluta de los sufragios, y anuló cualquier competencia a la derecha de la coalición.[7]

Ello no significa que no se produjeran críticas conservadoras al riesgo de una sociedad cuyos valores podían verse contaminados por una atomización del ciudadano como consumidor; la denuncia de la sociedad de consumo no procedía solamente de la izquierda, sino que podía adquirir vigor en determinadas acusaciones pronunciadas desde una concepción moralizante de la pérdida del sentido de la austeridad y un exceso de confianza en el ocio y la comodidad. Algo a lo que podría sumarse la crítica a que la modernización fuera acompañada por algunas pérdidas de vigor de los valores familiares. Un ejemplo muy claro de esta actitud puede presentarse en la polémica que se levantó en torno a la película *Die Sünderin* (*La pecadora*), de Willi Forst, estrenada en 1951, y que provocó un áspero debate en la opinión pública, movilizada por los sectores más conservadores del cristianismo germano. La película, vista por más de seis

millones de espectadores, se convirtió en una de las más taquilleras de la época, provocó un gran escándalo en quienes veían reflejarse en ella una cuestión que, a lo largo de los años que siguieron a la guerra, llegó a obsesionar a una parte de la población: la pérdida de valor del hombre en el hogar y los problemas de adaptación de la mujer al asumir tareas de dirección de la economía doméstica. Obviamente, los hombres que habían regresado del frente y de los campos de prisioneros traían consigo una visión desmoralizada de la vida, al tiempo que las mujeres habían tenido que ir acostumbrándose a cargar con unas responsabilidades que rompían los moldes heredados, tanto de la Alemania nazi como de la tradición católica o protestante. Cabe considerar que el éxito y la capacidad simbólica de esta película residen en este aspecto crucial, que contempla la modernización en una esfera clave, en el momento justo en el que se inicia el camino de superación del pasado. La película narra la historia de Marina (Hildegart Knef): su familia es destruida por su oposición al régimen nazi, pero la respuesta de las mujeres ante la adversidad no es la protección de la estructura familiar, sino su degradación total, incluidas las relaciones incestuosas de Marina y su hermano. Después de la guerra, Marina recurre a la prostitución y vive lujosamente en Munich. Conoce a un pintor pobre, Alexander (Gustav Fröhlich), que padece una enfermedad que está dejándole ciego, y cuyo costoso tratamiento empujará de nuevo a Marina a la búsqueda de clientes dispuestos a pagar por sus relaciones sexuales. La imposibilidad de la curación llevará a Alexander a los límites de la locura, y Marina acabará por provocar la muerte de ambos, precisamente en la escena con la que comienza el film. Los comentarios de la prensa católica se

refirieron a la sórdida idealización de la prostitución, que al mostrar la vida lujosa de la protagonista podía engañar a muchas mujeres alemanas, aunque este aspecto —que contenía una innegable veracidad—, no era el que preocupaba más intensamente a los partidarios de una censura cristiana, sino el síntoma que expresaba, como puede deducirse de las críticas paralelas a la contemporánea *Arroz amargo*, cuya exhibición fue denunciada a las autoridades bávaras por la presentación del nuevo tipo de mujer, joven, desvergonzada y sin inhibiciones, que podía encarnarse en Silvana Mangano.[8] A lo largo de la década, el cine «socialmente correcto» fue impulsado a la misma velocidad y por la misma vía en la que circulaban las mayorías gubernamentales, celosas de que el proceso de modernización fuera acompañado de la cautela en la defensa de la moral, algo que Christopher Klessmann ha llamado «modernización bajo vigilancia conservadora».[9] Esta necesidad de control dio lugar a la promoción de un determinado tipo de cine, como el que partía de la tradición pastoral de los *Heimatfilmen*, un espectáculo provinciano que, además de ser promovido por los núcleos conservadores, se correspondía bastante bien a la comedia estadounidense por su *happy end*, su ambiente cordial, su sentimentalismo superficial y su vistosa disponibilidad como entretenimiento. Películas como *Grün ist die Heide* (*Verde es el prado*) o *Am Brunnen vor dem Tore* (*Junto a la fuente, ante el portal*), protagonizadas por Sonja Ziemann, hacían de contrapeso a la labor de *La pecadora,* tanto en su idealización de la vida de los campesinos refugiados en el Oeste como en la función dominante del hombre en las relaciones amorosas. A la misma atmósfera podemos atribuir la acusación lanzada contra las adolescentes *fans* de Elvis

Presley, calificadas por *Der Spiegel* en 1956 de participantes en una «histeria orgiástica», una actitud que iniciaría un prolongado debate sobre la identidad de la mujer alemana en una civilización en riesgo de decadencia, sin evitar siquiera las referencias racistas con que podía comentarse el éxito de Bill Haley *Rock around the clock.* Sin que esto sea de extrañar, la cultura oficial de la RDA aprovechó la circunstancia para presentar a su juventud femenina como un sano contrapunto a la actitud de las jóvenes de la República Federal.[10]

La sociedad, en cambio, vivía tensiones propias de la modernización, lo que explica la angustia por parte de los medios de formación de los valores públicos por tenerla bajo control; aunque incluso estas posiciones tuvieran que asumir la necesidad de fundamentar la cohesión de la nueva república en un modelo de crecimiento que implicaba un nuevo tipo de consumidor y, por tanto, un nuevo estilo de ciudadanía. Veremos en el siguiente apartado la forma en que esta nueva identidad será atacada por quienes desean que Alemania contemple de cara su pasado reciente. Sin embargo, es importante para los propósitos de este ensayo indicar la forma en que la opinión conservadora podía ir abandonando las características de una identidad fijada en el viejo nacionalismo para adquirir las de una suave inclinación ante las ventajas comparativas de una sociedad individualizada que deseaba mantener algunos controles morales de acuerdo con el carácter confesional de sus dirigentes —un impulso que aún actuaba como una forma de socialización potente en Alemania, y que se presentaba como una alternativa comunitaria al nacionalsocialismo—, pero que debía rendirse a la evidencia del carácter privado del acto de consumir, de una ostentación

que rompía con los moldes de austeridad del protestantismo guillermino y weimeriano, y de un prestigio social adquirido por la propiedad visible. La movilidad social se relaciona, por ejemplo, con la adquisición del automóvil, que en 1960 tenía un parque de cuatro millones de unidades, algo que se acentuaba por la dificultad de obtener una vivienda en los crecientes núcleos urbanos. Como demuestra la investigación realizada por Axel Schildt y Arnold Sywottek para su seminario en la Universidad de Hamburgo, «"reconstrucción" y "modernización" en la RFA de los años cincuenta», el proceso de crecimiento real se produjo muy a finales de la década, aun cuando la percepción fuera la de una oleada de crecimiento que partía de la reforma monetaria de 1948. Para estos autores, cabría hablar más de una «sociedad de trabajo» que de una «sociedad de consumo», ya que había escasez de tiempo libre —por la búsqueda de un segundo empleo — y la mujer se incorporó al mercado laboral para poder mantener los gastos requeridos por las nuevas oportunidades de compra. A ello debería sumarse el propio reconocimiento del ministro Erhard sobre la necesidad de asegurar un primer cinturón de consumo que, a pesar de las desigualdades iniciales, procurara la plataforma para impulsar el ascenso del conjunto de la sociedad desde comienzos de la siguiente década.[11] El valor cultural del crecimiento dependía, en buena medida, de que se experimentara como una fractura con los años de padecimiento de la guerra y la inmediata posguerra, de la misma forma que el prestigio del régimen nazi se había basado en su comparación con las dificultades de los últimos tiempos de Weimar. El juego de percepciones sociales no puede hacerse sin una base material, pero la estabilidad política se acompañaba, por primera vez desde el fin de la

Gran Guerra, con el establecimiento de unas instituciones democráticas. El modelo alemán se había asentado de forma que reducía cualquier posibilidad de que el nacionalismo reclamara su porción de memoria y esperanza. La nueva identidad en marcha impedía la nostalgia y rompía el horizonte de la utopía nazi. Pero también creaba una identidad occidental con una imagen de la República Democrática empobrecida, con sus ciudadanos incapacitados para alcanzar los niveles de bienestar proporcionados por las condiciones del milagro económico occidental. Como ha estudiado Sigrid M. Schnek, ese espejo que devolvía la imagen deforme de lo que podía haber sido Alemania sin el crecimiento económico actuó como un vehículo de cohesión social específico, algo que en ningún otro lugar podía suceder, como si dos estados que habían constituido la misma nación realizaran su experimento social paralelo, contemporáneamente, creando sus mecanismos simbólicos, sus factores de adhesión y rechazo. La identidad de la República Federal, lejos de ser la identidad alemana en el viejo sentido, pasaba a relacionarse con la dualidad de libertades y crecimiento, algo que cerraría el paso a la extrema derecha de una forma que no pudo hacerse en Italia o Francia.[12]

Palabras para quienes sufren en la patria

Vieles für euch auch, die im Vaterlande besorgt sind,
denen der heilige Dank lächelnd die Flüchtinge bringt,
Landesleute! für euch, indessen wiegte der See mich,

und der Ruderer sass ruhig und lobte die Fahrt.

(Muchas [palabras] también, [he dicho] para aquellos que sufren en la patria:
¡por la gracia divina, se os devuelve alegremente al fugitivo, compatriotas!
Por vosotros, cuando la barca me mecía
y el barquero se sentaba tranquilamente, y cantaba el viaje.)

F. HÖLDERLIN
«Heimkunft and die Verwandten»

La normalización acompañada de la expansión económica —y, en buena medida, posibilitada por ella— se ha considerado habitualmente como una época de conformismo intelectual, en la que reinaba una especie de estupor provocado por la fractura del nazismo que había obturado buena parte de los filtros morales a través de los que se planteaba una etapa de crecimiento, que permitía matizar sus costos y la penalización de los menos afortunados. Suponía, sobre todo, el establecimiento de una cultura de masas que esperaba asistir a una alegría de vivir relacionada con la seguridad, la reconstrucción material tras la catástrofe y la progresiva superación de la tragedia del nazismo.[13] Para sectores muy diversos, sin embargo, esta exaltación de la vida confortable suponía una conquista de la mediocridad espiritual, acompañada de la pérdida de valores comunitarios que habían

formado tradiciones muy consolidadas en Alemania, como la cristiana o la socialista. Este fenómeno, como se ha visto, no era exclusivo de Alemania, pero en este país adquiría contornos poco tranquilizadores, al esquivar constantemente la sombra de una democratización cultural relativa, de un recelo ante las críticas a la autoridad o del prestigio de los actos de gobierno por el mero hecho de serlos. Preocupaba la reaparición del hombre «normalizado» más que «normal», sumiso más que obediente, con mayor recelo que prudencia; el famoso *Spiesser* o provinciano «hombre de la calle», que siente una fascinación enfermiza por la burocracia, las jerarquías y todo lo que tiene la rancia estirpe de la norma administrativa clara, capaz de separar quirúrgicamente el orden y la anarquía, y liberarle de la carga de los juicios morales. Se trataba, claro está, de una exageración de los observadores, demasiado dispuestos a buscar los perfiles de una caricatura del prusiano medio que pudiera devolverles el adecuado prejuicio del ser *alemán.* La mezcla de autoritarismo y consumismo que se observa en los años cincuenta es una actitud bastante generalizada cuando una promoción social se vincula a los valores de la burguesía, entre los que se encuentra un acentuado temor a los conflictos, a la disidencia organizada, al desorden público e incluso a la crítica contra el sistema existente. La cohesión nacional de la RFA —como se ha indicado al hablar del difícil proceso de desnazificación— se había basado, junto con el éxito económico, en la creación de un concepto de «culpabilidad colectiva», que consistía en no homenajear a las víctimas individuales de la lucha contra el nazismo y construir una «comunidad de memoria» en la que el conjunto del pueblo alemán pasaba por un proceso uniforme de penalización y de absolución,

que no distinguía de forma adecuada las actitudes durante el nazismo. En este sentido, la formación de una cultura democrática se realizó bajo una presión considerable, cuando los dirigentes políticos de la primera década republicana tuvieron que enfrentarse a una reeducación por la vía de una falsificación. La pregunta de hasta qué punto esta manipulación de un trauma colectivo pudo generar una sociedad con un recuerdo latente encontraría respuesta en vísperas de la unificación, en torno al célebre «debate de los historiadores». Pero se mantuvo, además, como una zona celosamente escondida en la conciencia alemana, que trataba ansiosamente de obtener su condición de país «normal»; para ello integraba a los que habían colaborado con el nazismo como si fueran gentes desorientadas, sin responsabilidad moral, a las que solo había que reconducir por el camino adecuado. La carga de cinismo que en muchas trayectorias individuales pudo traer consigo esta ausencia de enfrentamiento con los resultados de las propias opciones halló escasos espacios de reproche en círculos críticos, que precisamente trataban de construir una identidad democrática por la vía de hacer frente al propio pasado común.[14]

Una parte notable de la élite cultural alemana quiso y pudo ver en este impacto de individualismo, inclinación ante el poder y alborozo ante el progreso material un preocupante retroceso moral que no permitía enfrentarse adecuadamente a las grandes preguntas formuladas por el nazismo y su caída. Lo que podía crear en círculos de intelectuales alemanes una posición crítica ante la atmósfera social de su país era, más que el compromiso político directo que se ha visto en la literatura francesa o en el cine italiano, salvar de la devastación del nazismo valores que podían

haberse sepultado bajo sus mismas ruinas. Una experiencia tan notable como la del Grupo 47 muestra las difíciles circunstancias del país, cuando los escritores intentan descubrir de nuevo una identidad alemana capaz de hacer frente al pasado y comprender los defectos de una sociedad que se cree incólume. El uso del propio idioma es un acto de reivindicación de la dignidad diferenciada de la tradición democrática del país y, sobre todo, de las posibilidades de una verdadera reconstrucción moral, en un ambiente de hostilidad general contra la cultura alemana y en unas circunstancias en las que el ámbito de expresión está trágicamente dividido en dos Estados diferenciados. Quienes se reúnen en torno al editor Hans Werner Richter conocen las proporciones de la catástrofe, pero se enfrentan al medio en el que viven porque creen que el vigor está utilizándose solo como una legitimación del nuevo poder y no como una forma de constituir una energía democrática profunda. Una parte de la obra de estos autores irá destinada a denunciar la mecánica de una existencia carente de espiritualidad, como es el caso de Günter Erich, que en su libro *Botschaften des Regens* (*Mensajes de la lluvia*, 1955) urgía a la búsqueda de ese territorio cancelado por el prestigio de la riqueza material y la eficiencia técnica: «Haced lo inútil, cantad las canciones que no se esperan de vuestra boca. / Sed incómodos, sed arena y no aceite en el engranaje del mundo». Este rechazo del simple valor de cambio de los actos personales volvía a aparecer en otra de las grandes autoras del momento, Marie-Luise Kaschnitz, que en *Zukunftmusik* (*Música del futuro*, 1950) proclamaba la validez de una «voz eterna» por encima del sonido de los artilugios productivos, afanosos en su contabilidad: «No habla de máquinas, / ni del

aumento de las cosechas / ni del espacio de carga obtenido en los barcos. / Dice: encuentro, y dignidad de los hombres, y libertad; / dice: esperanza. Y amor, la palabra más dulce». El esfuerzo de ruptura con una situación donde se valora una promoción carnicera, dispuesta a valorar a los seres humanos por su afán económico, encuentra una respuesta atroz en la poesía de Paul Celan. En efecto, en los mismos años en que Erich y Kaschnitz escriben su disgusto por esa pérdida de vigor moral, el escritor de origen rumano, el perpetuo superviviente de una matanza que ha aniquilado a su familia, publicará un conjunto de poemas, *Mohn und Gedächtnis* (*Amapola y recuerdo,* 1952), entre los que se halla su majestuoso «Toddesfuge», la expresión lírica de mayor potencia que ha tratado de poner letra al exterminio; una letra que cabalga en un ritmo extraño, reiterativo, que gana significado en el estallido de intermitencias, frases metálicas, fogonazos en la noche de Auschwitz. En el poema de Celan, una pieza que basta para eternizar el conjunto de la obra de un escritor, el asesino grita a sus víctimas: «la muerte es un maestro de Alemania, / tocad más sombríamente los violines, luego subiréis como humo en el aire, / luego tendréis una fosa en las nubes». Convertido en un verdadero poema-manifiesto a pesar de la oscuridad de su estructura —que convierte su traducción en un perpetuo reto con resultados diversos—, el texto de Celan tiene la textura de desgarro propia del ambiente que desea comunicar. La falta de una estructura narrativa clara, que oriente al lector a través de una dirección en la que nunca se sienta perdido se sustituye por la voluntad de crear un caos relativo, en el que la realidad presenta indicios, escenas reconocibles que no constituyen un argumento coherente, sino simples enfoques aislados,

complejas resonancias, rumores que suenan al espectador amenazadoramente. En buena medida, la tradición expresionista —y, en especial la obra realizada por Trakl con recursos parecidos— ayuda a Celan, buen conocedor de la tradición poética alemana, a construir sobre la base de la imagen y la metáfora mucho menos que sobre la exhortación indignada o la amable narración. En este sentido, su escritura tiene un hermetismo que no vale la pena tratar de traducir, sino valorar en su misma fuerza imaginativa, en su sabor ácido a destrucción, a carencia de sentido de las cosas, a gratuidad del sufrimiento, expresado en la forma poética de mayor especificidad: la metáfora.

El pasado cae como una cortina de lluvia que intercepta una visión benévola del mundo en el que la gente trata de aferrarse a una seguridad olvidadiza. Heinrich Böll gana con una narración breve uno de los primeros premios del Grupo 47, pero se impondrá en el panorama literario universal con obras que traen esa experiencia y la arrojan al presente: en *Haus ohne Hüter* (*Casa sin amo*, 1954) o *Billard um halbzehn* (*Billar a las nueve y media*, 1959), la trama se establece sobre resonancias directas de la guerra, como la orfandad o la constante reconstrucción de una iglesia encargada a generaciones sucesivas de arquitectos desde la época guillermina. En cambio, en su obra más celebrada, *Ansichten eines Clowns* (*Opiniones de un payaso*, 1963), Hans Schnier es un cómico que ha ido perdiendo fama, consumido por el alcohol y el fracaso matrimonial. En el espacio asfixiante de la habitación de un hotel barato, adonde ha ido a parar tras bajar todos los peldaños de la escala profesional, Schnier hace llamadas telefónicas, manteniendo una distancia física de los personajes que se encuentran a

mucha distancia, al otro lado del hilo, pero también al otro lado de una conciencia ética. El payaso lúcido, cuyo fracaso procede de la imposibilidad de creer en la frívola alegría del entorno milagroso de los cincuenta, denuncia los embustes que se parapetan bajo la apariencia de un orden respetable. Sus *Ansichten* fuerzan las zonas de seguridad emocional bajo las que se oculta el pasado vergonzoso y la hipocresía de su madre, que envió a la muerte a la hermana de Schnier durante la guerra y ahora aparece como un ejemplo de solidaridad con quienes sufren; de las parroquias que le han proporcionado espectáculos, de su ex esposa entregada a la vida conformista y mediocre de un marido respetuoso con las reglas del juego. El payaso se convierte en el espectador privilegiado en la medida en que es el actor, el espectáculo mismo. Nadie espera de él más que la realización de un acto cómico, algo que lo presente como un ser ocioso, que pasa desapercibido, un margen amable colocado junto al milagro económico y la interesada amnesia social. Sin embargo, el sufrimiento personal de Schnier no se lo permite; su fracaso profesional está vinculado a la ruptura de su matrimonio. En una sociedad en la que se valora el éxito y la posición, su mujer le ha abandonado precisamente porque ha dejado de ser alguien importante, celador de públicos extasiados, dominador del arte de la escena. En la vida del personaje se descubre la intimidad de un sistema que no quiere recordar y que, además, es implacable con quienes no triunfan. Böll acaba la narración con una escena en la que Schnier canta en la calle una canción en favor de Juan XXIII, algo que no hace más que incrementar la incomodidad de este autor gigantesco, cuyas fuertes convicciones religiosas

solo sirven para poner en dificultades a un gobierno que dice inspirarse en los mismos principios.

A finales de la década de los cincuenta, *Die Blechtrommel* (*El tambor de hojalata,* 1959) de Günter Grass permitirá leer una historia de la Alemania del siglo XX a través de la saga familiar de Oskar Matzerath, una despiadada sátira cuyo protagonista mantiene su fuerza de observación permaneciendo al margen del mundo de los adultos, y siendo de esta forma un testigo ajeno cuya mirada devuelve a los alemanes una realidad sobre cuyo conocimiento tienen que establecer su madurez colectiva. El pequeño que no desea crecer adquiere las dimensiones del payaso de Böll: se convierte en un espectador que se niega a ser parte de los actores obedientes, de la masa que acude disciplinadamente a la llamada de su tiempo. La crónica de esta gran novela nos permite atravesar, con los ojos de Matzerath, la historia de Alemania contemplada por un niño que no tiene ingenuidad e inocencia, sino una malévola acritud hacia la torpeza de sus conciudadanos. Son ellos los que se convierten en especímenes en un continuo estado de inmadurez, en niños manejados por los nazis, en adolescentes amaestrados por la fascinación de un régimen que los conduce alegremente a la catástrofe.

El tercer gran narrador de la Alemania del «milagro económico», Martin Walser, iniciará en 1960, con *Halbzeit* (*Media parte*), la trilogía protagonizada por Anselm Kristlein, una actualización del *Untertan* de Mann adaptado a las circunstancias de la época de Adenauer, sin más horizonte que cumplir con el éxito individual y sin más ambición que ser una parte de esa gran marea de crecimiento productivo que fascina a sus

compatriotas. En 1961, el Grupo de Dortmund tomará el relevo de la tarea realizada por Hans Werner Richter y sus compañeros, en la reivindicación de una literatura social, menos atenta a los temas generacionales planteados por los autores de los cincuenta y más preocupada por los efectos indeseables de un desarrollo que empieza a mostrar sus heridas. Los autores del Grupo 47 permanecerán muy activos en la creación literaria y en la opinión política. En 1972, Böll recibirá el premio Nobel de Literatura, en un reconocimiento internacional que no será muy aplaudido por el conservadurismo alemán, como tampoco será demasiado bien recibida la entrega del mismo galardón a Günter Grass después de que este haya manifestado su oposición a la unidad alemana. En el caso de Martin Walser, la orientación de este inconformista hacia el Partido Comunista Alemán (DKP), que ha vuelto a ser legalizado a mediados de los años sesenta, llegará a desconcertar a sus propios compañeros de grupo. Lo que se produce a partir de los años sesenta no es, por tanto, la desaparición del grupo, sino la proliferación de actitudes estéticas poco conformistas, que se orientan a detectar otros ámbitos de la realidad. Como veremos, en los setenta serán los partidarios del realismo social de Dortmund quienes deban enfrentarse a la competencia de una literatura o de un cine más atento a los problemas individuales en lo que se denominará la «nueva subjetividad». Si Grass, Walser o Böll siguen marcando las reglas de una lucha contra el olvido, las nuevas corrientes se enfrentan, por simples motivos generacionales, a denunciar las circunstancias en que viven quienes no han experimentado el nazismo y la forma en que ha sido borrado de la memoria colectiva de los alemanes.

Al lado del trabajo de estos autores, que intentan volver a comprender el mundo en el mismo idioma en que se han destruido sus valores morales esenciales, el cine alemán tendrá mayores problemas para desarrollar un ámbito propio en el que matizar el entusiasmo de los cincuenta. La UFA carece de la fuerza necesaria para impulsar un nuevo cine alemán, y el exilio de los viejos directores —solo compensado con el tardío regreso de Fritz Lang— se une a la ruptura de las dos Alemanias y a los problemas de desnazificación, lo que impide la emergencia de una escuela tan poderosa como el neorrealismo italiano. Estos problemas crean la imagen de una presencia silenciosa, que se limita a imitar los modelos de cine musical, folclórico o de entretenimiento que procede de una tradición propia —como ocurre con el cine de *Heimat,* heredero directo de la lírica de montaña de la primera Leni Riefenstahl— y se refuerza con la influencia de Hollywood. Como ya hemos visto, el dominio de este medio de comunicación se convierte en un factor crítico del debate cultural alemán, en la medida en que se descubre su capacidad de transmitir valores a un público al que nunca llegarán las propuestas intelectuales de la escritura. El escándalo de *La pecadora* y la reivindicación de un cine de entretenimiento que recupere los valores de la masculinidad y de la tradición tiene que enfrentarse, en los primeros años, a la labor desarrollada por los ocupantes, que tiene un sentido ideológico, pero también un interés comercial.

Para un sector notable de la ciudadanía, permanece el recuerdo de un cine de calidad, que no se doblegaba ante las leyes del mercado, sino que era capaz de orientar el gusto de un público amplio, antes de que la llegada del nazismo rompiera una tradición iniciada por genios como Murnau o

Pabst. El recuerdo de esta tradición conducirá a la expansión de una red de cineclubs que celebran festivales reducidos a comienzos de la década de los cincuenta, y tratan de conectar con el cine francés e italiano. De hecho, ha sido la zona ocupada por Francia —y, en especial, la tarea de Albert Tanguy, responsable de la distribución del cine francés en Baden— la que ha hecho posible restablecer esta conexión con una complicidad, que busca encontrar de nuevo el gusto por el cine europeo, como indican las constantes referencias al ejemplo de René Clair o Roberto Rossellini que pueden rastrearse a comienzos de los años cincuenta. Ello no se hace sin dificultades: por ejemplo, la que supone estrenar *Roma, città aperta*, o la que implica la presión a la que se somete al festival de Cannes de 1955 hasta que se consigue que Alain Resnais retire *Noche y Niebla* del certamen.[15] El cine alemán, que es capaz de colocar unas doscientas producciones por año a finales de los cincuenta, ha tenido el valor de producir interesantes reflexiones sobre el regreso de los soldados al hogar, como *Und über uns der Himmel* (*Sobre nosotros el cielo*, 1947), de Josef von Baky, o *In jenen Tagen* (*En aquellos días*, 1947), de Helmut Käutner. Sin embargo, la película de mayor calidad de ese período —y el primer largometraje que se filma en Alemania— se realiza en la zona oriental, de la mano del realizador de más talento de comienzos de los cincuenta, Wolfgang Staudte, que contará con el apoyo de la empresa estatal DEFA para llevar adelante *Die Mörder sind unter uns* (*Los asesinos están entre nosotros*, 1946). La película trata una cuestión incómoda: la impunidad de los responsables de matanzas, que regresan a la vida cotidiana en la posguerra, convertidos en honestos ciudadanos respetados por sus vecinos.

La experiencia resultaba dolorosa para el propio Staudte, que había trabajado en el cine nazi, pero golpeaba tan duramente la conciencia de los colaboradores que el guión tuvo que ser suavizado por los soviéticos para evitar que el protagonista, un médico traumatizado por la experiencia de una matanza en el frente oriental, asesinara al ex oficial nazi convertido en honorable empresario. Las aproximaciones a la guerra se realizan de una forma sinuosa, que no excluyen ni siquiera la veneración por el combate de los buenos alemanes, que nada tienen que ver con los nazis. A este respecto, el éxito de una película de calidad, como *Die Brücke* (*El puente*, 1959), de Bernhard Wicki, puede desnudar las miserias de una resistencia inútil, cuando narra el sacrificio de unos niños a los que se ordena defender un puente sin ningún interés militar en los momentos más cercanos a la derrota. Pero también puede señalar la existencia de una distancia entre el nazismo y la población alemana convenientemente ensanchada según las necesidades psicológicas de los espectadores. En un ámbito de menor impacto internacional, lejos de los escenarios de un conflicto que la sociedad alemana trata de filtrar en su memoria, el equivalente al realismo puede encontrarse en directores como Rolf Thiele, Gerd Oswald o Georg Tressler, hábiles retratistas del mundo de la calle, de la sociedad paralela a la opulencia que parece cubrir como una espesa capa de nieve la totalidad del paisaje alemán. Bajo ella, los realizadores muestran a quienes tratan de sobrevivir, a veces sin lograrlo, como es el caso de *Das Mädchen Rosemarie* (*La chica Rosemarie*, 1958), cuyo argumento, basado en un hecho real —el asesinato de una prostituta—, permite a Thiele atisbar en las bodegas de la hipocresía social donde fermentan unos valores colectivos

falseados. Coincidiendo con el final de la era Adenauer, en 1962, la reunión de cineastas de Oberhausen planteará la crítica a las fórmulas narrativas del cine de la década anterior y propiciará el nacimiento de una verdadera escuela nacional en los años sesenta y setenta.[16]

El *Wirtschaftwunder* de los cincuenta se acompaña, así, del empeño de un grupo de críticos de la cultura entregados a denunciar las zonas oscuras de la sociedad, la cara oculta de la historia alemana.[17] Se han propuesto aquí, como meros apuntes circunstanciales, escollos que matizan la velocidad del cambio, peñascos envueltos por una marea casi unánime de fervor por la dirección tomada. Junto a la sociedad opulenta, la cultura señala las resistencias que, en otros lugares, se expresan en la forma de una expansión del voto contra el sistema. De forma abrumadora, esta resistencia política difiere de lo que proponen los intelectuales y se somete a la intransigencia del juego parlamentario bipolar. En otros ámbitos, el mismo desaliento conduce a utilizar distintas vías de rechazo cultural —el nacionalismo, el tradicionalismo, la identidad puesta a prueba, la veneración del pasado caído— que se expresarán en la supervivencia de la extrema derecha, que camina a tientas en su propia penumbra, al margen del territorio luminoso de la democracia hegemónica. El deterioro del régimen de Adenauer, sin embargo, comienza a proporcionar algunas oportunidades, en la medida en que el viejo canciller ha impedido la consolidación de un espacio propio a estos sectores donde no habita el olvido, pero donde tampoco quiere crecer la nostalgia. Unos sectores que quieren dignificar el pasado del Tercer Reich para hacer de él una parte aceptable de la historia alemana, rechazable en sus excesos, positivo en algunas de sus acciones, en

ningún caso un episodio de culpa colectiva. Abatidos por las condiciones de la construcción de la república y por la unificación del centro derecha propuesta por el bloque democristiano, los segmentos más vigorosos del nacional populismo alemán de extrema derecha se mantendrán a la espera de la erosión del régimen.

Y esta empezará a producirse poco después de la victoria electoral de 1957, cuando Adenauer tenga que hacer frente a las presiones de los soviéticos para proceder al desalojo de Berlín, que puede interpretarse como una nueva estrategia en favor de la unidad de una Alemania neutral. Iniciada en 1958 y concluida con la construcción del muro en 1961, la ofensiva de Kruschev encontrará vacilaciones en un De Gaulle recién llegado a la presidencia de la nueva república francesa y deseoso de apartar a los alemanes de un verdadero protagonismo en la defensa de la Europa occidental. A esta ofensiva exterior, que parece arrojar a las tinieblas toda la obra de su vida, Adenauer tiene que sumar los problemas en su propio partido, donde comienzan a oírse voces favorables a establecer su sucesión: el canciller tiene más de ochenta años, y la oposición está procediendo a un proceso de rejuvenecimiento de sus cuadros que llevará a una verdadera refundación del FDP, en manos de un líder como Mende, que pertenece a su sector más conservador, pero comprendiendo la necesidad de una transformación. Lo que rompe la paciencia de los dirigentes democristianos es la actitud del canciller en 1961, cuando tarda días en ir a Berlín a solidarizarse con quienes observan, aturdidos, la construcción del muro, en el mismo momento en que Willy Brandt se ha apresurado a dirigirse a unos ciudadanos que están entusiasmados. La imagen de un líder socialista

vigoroso, joven, preocupado por los derechos de todos los alemanes, contrasta con lo que muchos interpretan como indiferencia más que como la falta de reflejos de un anciano. Ello puede corresponder a la preocupación que se desata en los círculos conservadores y liberales cuando el Partido Socialdemócrata inicia un camino de reconversión, tras la gestión de Kurt Schumacher hasta 1952, y comienza a revisar sus posiciones en temas de política internacional, especialmente tras haber sufrido la abrumadora derrota de 1953. Es cierto que, para fortuna de la coalición gobernante, las actitudes del SPD distan de ser coherentes: algunos de sus líderes hacen declaraciones que confunden a los ciudadanos, como las reticencias ante el rearme expresadas por Carlo Schmid o la oposición al armamento nuclear que, aún en 1957, es capaz de imponer el responsable de temas de seguridad del partido, Fritz Erler. Sin embargo, las cosas empiezan a cambiar al final de la década, cuando la socialdemocracia ha sufrido la arrolladora mayoría absoluta de la CDU-CSU y confirma, finalmente, la necesidad de realizar un examen crítico del fondo de sus propuestas para la sociedad, que habrá de desembocar en el Congreso de Bad Godesberg, en 1959. La llegada al aparato del partido de una nueva generación, a la que pertenecen personalidades como Brandt, Schmidt o Karl Schiller, permitirá preparar el estado de ánimo de este grupo de representación social, al tiempo que diversas reflexiones sobre la relación entre el liberalismo y la socialdemocracia actualizarán el pensamiento del partido que, tradicionalmente, había sido el espejo del movimiento socialista europeo, aunque no había podido aprovechar la caída del fascismo para instalarse en los aledaños del poder. La resistencia de los sectores marxistas ortodoxos,

dirigidos por Wolfgang Abendroth y Ossip Flechtheim —representantes de un maximalismo que habría mantenido a la socialdemocracia al margen de cualquier compromiso con el sistema, en una extraña tierra de nadie equidistante del modelo soviético y del occidental—, fue vencida por la insurrección de los pragmáticos, que no estaban dispuestos a continuar haciendo de la socialdemocracia una opción testimonial, destinada a presionar a los gobiernos conservadores a través de los instrumentos de movilización social y de los sindicatos unificados. El hecho de que el programa de Bad Godesberg, en el que afirmaba la superación del marxismo, fuera aprobado por 324 votos contra 16, indica hasta qué punto la frustración se había adueñado de los cuadros del partido, que podían haber mantenido tales premisas ideológicas cuando no les obstaculizaban el acceso al poder, como en los años veinte o treinta, pero que no deseaban que dicha ortodoxia los mantuviera en un permanente estado de vigilia gubernamental. Con razón, por tanto, la inquietud de los sectores democristianos se basaba en la modernización de la socialdemocracia, que la convertía en competidora no solo por sus propias fuerzas, sino por su capacidad de llegar a acuerdos con el Partido Liberal. El ejemplo de lo sucedido en 1961 en el muro de Berlín solamente confirmaba un estado de ánimo que estaba ya envenenando los pasillos del poder desde las elecciones de 1957.

Por otro lado, en algunos círculos democristianos encabezados por Erhard cundió la alarma cuando el canciller presentó su candidatura a la presidencia de la RFA para tratar de instalar un estilo de gestión semejante al de la V República francesa. No era de extrañar que así fuera. Para el

conjunto de los sectores más duros del conservadurismo populista europeo, el ejemplo de De Gaulle iba mucho más allá de un episodio de la crisis política francesa. De hecho, las concesiones realizadas por el general en 1945, cuando formó un gobierno de unidad nacional, se habían truncado al año siguiente, cuando su impaciencia ante los partidos le llevó a un breve exilio y a la constitución de un movimiento nacional populista de amplio espectro, conservador, social, paternalista y autoritario. Aun cuando aquel *Réassemblement du Peuple Français* fracasara en su intento de llegar al gobierno, la guerra de Argelia y el desacuerdo fundamental entre los pilares de la IV República —en especial el exilio del poderoso Partido Comunista — habían conducido a un callejón sin salida. La entrega al poder tras un verdadero golpe de Estado, que De Gaulle orientaría según sus intereses, era una rectificación de la república que permitía prescindir de las concesiones realizadas a la izquierda en los delicados momentos de la derrota del fascismo. De forma semejante, en Italia, a comienzos de los años sesenta, se planteó la posibilidad de un giro a la derecha que incluyera al Movimiento Social Italiano en el área de gobierno, bajo la jefatura del gabinete del democristiano Ferdinando Tambroni. Aunque ello pudo impedirse gracias a una movilización popular que echó por tierra las esperanzas neofascistas y abrió paso a la coalición entre democristianos y socialistas, en contra de la opinión de la derecha católica, el peligro de una modificación de las condiciones de 1945 había estado presente en Italia. El modelo a seguir era el de la V República en el que las instituciones representativas se mantenían, pero se realizaba un giro hacia el autoritarismo y la revisión del pacto social, que no afectaba tanto a las

concesiones hechas sino al espacio de negociación que se toleraba a los sindicatos y a los partidos de la izquierda. Obtenida la mayoría electoral en 1957 y revalidada en 1961 —aunque con un descenso importante de votos —, podía esperarse que Adenauer no fuera inmune a aquella oleada que, partiendo de Francia, podía empujar la década de los sesenta a la construcción de un modelo autoritario mejor enhebrado.

Cuando llegaron las noticias de que Adenauer había estado examinando las posibilidades legales que permitía la Ley Básica para dar margen de maniobra al presidente, el veredicto sobre el final de su carrera política ya se había pronunciado. En 1961, poco después de los acontecimientos de Berlín, las elecciones provocaron una caída del voto de la coalición democristiana que contrastaba con el éxito de los liberales y el crecimiento de los socialistas. La desaparición del DP impidió a la CDU-CSU jugar la carta de factor aglutinador del *Bürgerblock*, en especial cuando el FDP hizo su campaña explícitamente en contra del canciller, aunque a favor de otra coalición. En estas condiciones, la candidatura de Adenauer a la cancillería solo sería aceptada por el FDP con la condición de que fuera su último mandado y que, a poder ser, expirase antes de llegar a las siguientes elecciones, previstas para 1965. El escándalo de *Der Spiegel*, cuando se produjo una intervención policial abusiva contra periodistas que habían informado sobre la baja calidad del armamento convencional alemán, llevó a la caída del primer canciller de la nueva Alemania. Poco antes de su dimisión, que se producirá en abril de 1963, Adenauer pondrá las bases para un gran acuerdo francoalemán: el desfile militar conjunto y la gran misa en la catedral de Reims de julio de 1962 parecen culminar y despedir, en una

liturgia tan carolingia como sus proyectos, los objetivos de normalización europea y alemana que deseaba el ex alcalde de Colonia.

Una larga espera

Den allein ja
bin ich und niemand nimmt mir von der Stirne den Traum?
Kommt und reicht, ihr Lieben, die Hand! das möge genug seyn,
aber die grössere Lust sparen dem Enkel wir auf.

(¿Estoy solo, y nadie puede quitarme el sueño de la frente?
¡Venid y dadme la mano, amados! Que sea fuerte el saludo,
pero guardemos la mayor alegría para los nietos que vendrán.)

F. HÖLDERLIN
«Stuttgart»

La caída del régimen de Adenauer fue acogida con esperanza en la extrema derecha; creía que este episodio ayudaría a acabar con la capacidad absorbente de la CDU-CSU en los años fundacionales de la república. De entre todos los grupos formados en la inmediata posguerra, el único que podía impulsar la creación de un espacio para la derecha nacionalista era el

DRP, aunque sus posibilidades en 1953 parecieran haberse evaporado, ya que no fue capaz de integrar la base electoral del SRP. Los apenas 300.000 sufragios del grupo no solo parecían insuficientes, sino que contrastaban con la competición del DP y del BHE, capaces de negociar su colaboración con el gobierno y aparecer como la verdadera derecha nacional-conservadora. En la campaña de 1953, el DRP se había dirigido a los electores con un listado de consignas que apenas establecía diferencias con lo que los votantes podían esperar obtener en otras zonas con mayor capacidad de gratificación. El programa electoral se había referido a la independencia, a la soberanía, a la paz entre los pueblos de Europa y al futuro de una coordinación entre ellos. A esos lugares comunes se unían, como factores diferenciadores, la afirmación del derecho a las fronteras del viejo Reich y a la resurrección de la «comunidad popular» —*Volksgemeinschaft*—, una palabra con la que se pretendía plantear la superación de los conflictos sociales en una atmósfera de solidaridad espiritual. Tales criterios no resultaban suficientes, pues incluso los sectores socialcristianos podían referirse a una *Volksgemeinschaft* que propiciara el fin de la lucha de clases, mientras la aspiración a recuperar la vieja unidad perdida se había convertido en un elemento simbólico común, pero no en un objetivo práctico que decidiera el voto en un sentido u otro. Precisamente que nadie estuviera en contra de la unidad alemana impedía hallar en esta propuesta el espacio de una identidad, y hacía de ella una zona compartida que toleraba diferencias de método.

Los pésimos resultados del DRP fueron compensados en los años siguientes con la progresiva laminación de los sectores de competencia. El

milagro desarrollista dejaba poco terreno para un descontento apreciable de los «pequeños» que pudiera fortalecer algún tipo de protesta populista. El propio carácter del régimen, duro en sus afirmaciones anticomunistas, intransigente en su denuncia de la RDA, garantía del control del poder sindical, cercenaba los espacios de crecimiento de la extrema derecha, reducida a aquellos sectores infatigables cuya oposición al régimen procedía de cuestiones de principio más que de experiencias sociales compartidas. Por ello, para los sectores más lúcidos del DRP, encabezados por el ex diputado de Baja Sajonia Adolf von Thadden, las posibilidades del partido estaban en proporcionar a grupos con fuerza parlamentaria, pero más volátiles en su militancia, una cohesión de la derecha nacional —*Nationalsammlung*—, en la que poco a poco irían imponiéndose las actitudes del partido con un perfil más claro. Los objetivos de este sector planteaban reunir un gran movimiento que sumara al FDP, al DP, al BHE y al DRP, sin perder su capacidad de influir sobre núcleos del «nacionalismo revolucionario» como el que dirigía Arthur Haussleiter a través de su Comunidad Alemana. En poco tiempo, las posibilidades de hacerse con una influencia en el Partido Liberal se frustraron, cuando el grupo procedió a una limpieza de los elementos más proclives a una alianza con la derecha nacionalista. Sin embargo, en los años inmediatos a las elecciones de 1957 se asistió a la desintegración del Partido Alemán y, en especial, de la Liga de Refugiados. Mientras este grupo había quedado al margen de las instituciones centrales, e iba perdiendo afiliación a la misma velocidad a la que crecía el Producto Interior Bruto y descendía el desempleo, el Partido Alemán veía cómo sus cuadros huían a cobijarse en la coalición

democristiana. Para desesperación de los máximos responsables del partido, que estaban a favor de su continuidad, la política de distanciamiento de la CDU-CSU obtuvo como respuesta el abandono de numerosos diputados a comienzos de la década siguiente. Ante la posibilidad de unas elecciones generales desastrosas que no permitieran superar el umbral del 5 por ciento ni obtener los tres puestos exigidos en ningún distrito uninominal, el DP y la BHE constituyeron un efímero Partido de Todos los Alemanes (GDP), que fracasó estrepitosamente en las legislativas federales de 1961.

Las cosas no habían ido mucho mejor para el DRP, aunque el pequeño partido del Reich tenía la ventaja de contar con una militancia más endurecida, acostumbrada a la soledad de los corredores de fondo, a no vivir de las ayudas gubernamentales y a tejer con paciencia una trama organizativa bien asentada en los territorios. A finales de los años cincuenta, el DRP disponía de nueve federaciones regionales, 167 organizaciones de distrito y unos 6.000 militantes. A ello se añadían organizaciones sectoriales, como la DRP-Jugendorganisation, la Liga de Estudiantes Nacionalistas (BNS), la Organización de Mujeres y la Convención de Campesinos del DRP (Sowinski). Esta paciencia organizativa se veía compensada, de vez en cuando, con algunos éxitos electorales, como los que permitieron obtener diputados en el Parlamento regional de Baja Sajonia en 1955 —antes de introducirse en este la cláusula del 5 por ciento — y poder rebasar esa barrera en Renania-Westfalia en 1959, aprovechando la protesta de los viticultores. Tales éxitos servían para ofrecer señales de vida y evitar la desmoralización; también aseguraban cierta continuidad en el partido fundado en 1946, refundado en 1950 y que había sobrevivido a la

ilegalización de sus hermanos escindidos en 1952. El DRP debía presentar, al mismo tiempo, una tendencia a la continuidad y otra a la ruptura; una apariencia de lealtad a los orígenes y una flexibilidad para adaptarse a circunstancias nuevas. Esa duplicidad era necesaria para ganar dos tipos de electores diferenciados, que eran ambos indispensables para hacerse con un espacio propio. La cohesión originaria permitía la diferenciación con respecto a una derecha democristiana o liberal dispuesta a deglutir todo lo que tuviera un aspecto similar. La capacidad de adaptarse a las nuevas circunstancias permitía evitar la suerte del BHE o del DP y adquirir una legitimidad que no procedía solo de la actitud ante la fundación de la república, sino que verificaba la oposición en las circunstancias sociales y políticas que se sufrían en el presente, que eran vividas como experiencias personales. En los congresos celebrados en 1958 y 1959, la línea occidentalista y moderada de Von Thadden no había podido imponerse a una estrategia radical que evitaba esa duplicidad, y se sumergió en una tercera vía que creía poder aprovechar el prestigio del neutralismo. La función crucial de las actitudes en política internacional derivaba de la identificación de este tema con las condiciones de vida en la república, cuando la población podía entender que su existencia como país, con un modelo de sociedad determinado, podía decidirse en una mesa de negociaciones extraña. Debilitar el frente occidental mediante arrogantes afirmaciones de independencia y neutralismo solo podía conducir a hacer el juego a quienes lo deseaban desde posiciones muy distintas. De hecho, las diferencias ideológicas entre los dos sectores eran menos pronunciadas. Los supuestos moderados del DRP solo lo eran por estrategia, para obtener la

gran *Nationalsammlung*, un objetivo que exigía apaciguar ciertas veleidades antisistémicas, en favor de una posición más próxima a una rectificación autoritaria de la república, que fue alentada de forma considerable por los acontecimientos de 1958 en Francia. Por el contrario, los dirigentes del sector radical, liderados por Heinrich Kunstmann, creían que cualquier concesión en las exigencias de neutralidad y reunificación los situaría en la misma línea de acción que había llevado el gobierno y, por consiguiente, caerían en la trampa de la satelización que había sufrido el DP. Los éxitos del SRP a comienzos de la década podían hacer pensar que ese perfil diferenciado era una garantía de éxito en lugar del camino del aislamiento, y solo procedían a su ocultación para evitar la actuación de la corte de Karlsruhe.

Uno de los principales estudiosos de este grupo ha señalado, con razón, que el DRP no era un partido de programa —de hecho, no dispone de ninguno hasta 1958—, sino un partido de «convicción» —*Gesinnungspartei* —, en el que la cohesión política se organiza en torno a una serie de mitos básicos, mucho más que bordando minuciosamente algunas soluciones a problemas concretos. Los elementos de cohesión simbólica eran compartidos por todos los sectores de la organización, fuera cual fuera la opción estratégica que se tomara después. Tales factores de identidad precedían a las decisiones propiamente políticas, referidas a las alianzas, a los compromisos, a la relación con el conjunto de la derecha. Para un militante del DRP resultaba previo a todo ello un elemento como la *Verharmlosung* —suavización— de la historia del Tercer Reich, una actitud que se distinguía de la mera *Verherrlichung* —exaltación— acrítica de aquel

régimen, pero también del rechazo que concedía una identidad específica al resto de las fuerzas políticas alemanas y establecía el consenso antifascista o, cuanto menos, posfascista. En cierto sentido, la consigna de «no reivindicar ni renegar» que había permitido establecer un lazo de solidaridad mínimo entre los diversos militantes del Movimiento Social Italiano podía repetirse aquí, y permitir que militaran juntos aquellos sectores que procedían del nacionalsocialismo combatiente, rupturista, legitimista, y quienes se sentían herederos de una derecha radical que había pactado con el movimiento hitleriano por tratarse de la fuerza mejor organizada en los años treinta para cohesionar la lucha por la comunidad nacional y contra la democracia. El régimen puede presentarse como una etapa más que como una opción, aunque no se trata de una simple operación historicista de reconocimiento de sus méritos pasados, sino de la coincidencia que podía haber con algunos de los valores del nazismo, aunque sin identificarse totalmente con él. En cierto sentido, era participar de la idea de la Revolución Nacional, que hegemonizó el NSDAP, sin considerar que esta renovación del *Volk* tuviera que identificarse con los márgenes más estrechos del Partido Nazi, sino con un movimiento amplio, en el que el nacionalsocialismo constituía una parte, dominante entonces, subordinada ahora. Al régimen anterior se asimilaban los elementos de orden, disciplina social, progreso, igualdad de oportunidades, potencia alemana, cohesión comunitaria, identificación y control de los adversarios esenciales de Alemania.

La tradicional división hecha entre «nuevo» y «viejo» nacionalismo, para distinguir entre el nacionalismo conservador de Von Thadden y los

sectores nacional-revolucionarios procede de un prejuicio sobre la naturaleza misma del fascismo de entreguerras y se basa en una falsa apreciación del carácter complementario de ambas opciones. El supuesto «nuevo nacionalismo» no es más que una de las facetas de la ideología fascista, la de aspecto más rebelde, radical, antisistémica, a la misma distancia del capitalismo y del socialismo marxista: la presencia de esa corriente en el fascismo no agota el proyecto, sino que le da un rasgo de su pluralidad en el período de crisis de los años veinte-cuarenta. De igual manera, ya se ha visto que el régimen fascista se basaba en una síntesis entre estos aspectos y los que convenían a un sector nacional-conservador, que acepta el liderazgo de elementos más radicales en los momentos de fractura amplia que preceden a la Segunda Guerra Mundial. En los años cincuenta, el nacionalismo alemán trataba de reunir esas dos alas en un solo vuelo coherente, aunque otorgaba esta vez mayor influencia a la herencia más tradicionalista, aquella que hacía especial hincapié en el anticomunismo, la demanda de autoridad y los rasgos de identidad nacional excluyente. Von Thadden y sus compañeros sabían —como lo sabía Almirante, como lo sabe Le Pen—, que la sociedad no estaba dispuesta a aceptar uno de los elementos del fascismo que sí pudo considerar conveniente en años de desesperación: el nihilismo, el factor destructivo del orden institucional, la disposición a romper con lo existente y construir un nuevo espacio de convivencia sobre las cenizas de lo anterior. Ese proceso exigía un ritmo revolucionario que la sociedad de la posguerra no estaba dispuesta a adoptar, aunque pudiera estar atenta a los principios de una rectificación de la democracia hacia una tendencia más autoritaria, hacia el

control de la sociedad desde el Estado y a la cancelación de los conflictos sociales mediante una mezcla de la utopía de la *Volksgemeinschaft* y la mano dura frente a los inspiradores de la lucha de clases. El pasado pasa, en estas condiciones, a tener una función que va más allá de los elementos de reivindicación o de amnistía, para desempeñar una identificación simbólica eficaz, que hace referencia a factores positivos para los ciudadanos. El DRP podía plantear factores ideológicos que ni siquiera eran exclusivos tomados de uno en uno, aunque sí lo eran al constituirse en un conjunto coherente y depender los unos de los otros. Por ejemplo, la primacía del anticomunismo en el discurso de la extrema derecha a mediados de los años cincuenta no podía achacarse precisamente a una originalidad ultraderechista, aunque la tradición antibolchevique del fascismo podía presentar al DRP como un partido que era anticomunista de otra forma, sin alinearse en los elementos de oposición a esta corriente política de la derecha liberal o democristiana, y mucho menos de la socialdemocracia. El anticomunismo de la extrema derecha era tan esencial como el que podemos detectar en el FDP o la CDU, pero su currículo tiene otra entidad. En la medida en que el DRP se presenta como un partido que es adversario del anticomunismo pero también del liberalismo, sin caer en las ilusiones de la democracia parlamentaria, su actitud tiene una calidad ideológica distinta. Lo que subleva del comunismo a los militantes de la extrema derecha no es la crítica al parlamentarismo, sino la alternativa que se ofrece, en cuanto al rechazo de la homogeneidad nacional, a determinados valores morales, a concepciones del origen de la autoridad y a la interpretación conflictiva de las relaciones de clase. De esta forma, el DRP presenta ante la sociedad un «verdadero anticomunismo»

que va mucho más allá del rechazo del episodio bolchevique, para señalar que los orígenes del movimiento comunista se encuentran en las mismas raíces igualitarias y universalistas del liberalismo, en la antropología de los derechos del hombre, en la proclamación de la equivalencia de los individuos, en el rechazo a la mitología comunitarista. Ofreciendo una solución radical a los problemas que conducen al comunismo y resolviendo los defectos de la sociedad liberal, la ultraderecha parece adquirir una identidad de superación del orden establecido desde los orígenes mismos de la democracia moderna, de la que ha surgido la alternativa revolucionaria. Naturalmente, esta extrema derecha tenía que despojarse de todos los factores totalitarios alternativos que ofreció en la etapa del fascismo clásico, pero no renunció a matizar la afirmación de un concepto de la democracia que la hacía ajena a los partidos del sistema, para poder adquirir un perfil propio que permitiera ganar a los excombatientes de 1933 a 1945 y, al mismo tiempo, delimitar su carácter ante un electorado nuevo. Sin poder ofrecer una fractura social, que los alemanes de 1953 no estaban dispuestos a considerar —a diferencia de lo que había ocurrido en los años de entreguerras—, la extrema derecha podía indicar la primogenitura de su anticomunismo, convirtiéndola en algo mucho más profundo que una cuestión de política exterior y mucho más rotunda que una crítica al totalitarismo. Es cierto que la primera cuestión era fundamental, pero en la medida en que el partido subrayaba su carácter nacionalista alemán y, por tanto, podía denunciar el dominio de una parte de la nación por el imperialismo soviético. Por consiguiente, sus apreciaciones sobre la diplomacia estaban subordinadas a elementos ideológicos precisos y no a

consideraciones de oportunidad táctica. Es cierto, además, que se podía criticar el tipo de alternativa a la democracia presentada por un régimen dictatorial distinto del que emanaba del populismo fascista, para recluirse en la dictadura del proletariado. El nacionalismo actuaba, de esta forma, como un elemento totalizador que permitía la crítica al comunismo tanto desde el punto de vista de las condiciones geopolíticas alemanas como desde la propia concepción de una comunidad carente de conflictos internos.

Otros factores podían marcar este carácter de principios que podían compartirse por otros alemanes, pero que solo podían adjudicarse a la extrema derecha de acuerdo con los motivos profundos que conducían a realizar determinadas afirmaciones que otros pudieran considerar acertadas. Por ejemplo, la reticencia ante el catolicismo, tan propia de la tradición nazi, partía de la política racial del régimen anterior, pero también de determinada visión de la soberanía de la Iglesia protestante frente a la sumisión del catolicismo a un poder externo. Puesto que el luteranismo era un factor muy potente en la inspiración del carácter alemán, las posiciones anticatólicas podían disponer de elementos duros, poco compartidos por la sociedad, como la defensa de determinadas medidas que había que aplicar a la población «defectuosa» en un régimen racista, pero podía obtener la simpatía de ciudadanos que siempre se habían opuesto a la presencia de un actor foráneo en la política alemana, hasta el punto de que la cuestión religiosa había sido uno de los *cleavages* fundamentales en la historia del país y continuó siéndolo hasta la secularización cultural generalizada de las tres últimas décadas del siglo. Por otro lado, el catolicismo presentaba la

dualidad de una dependencia con respecto a un monarca extranjero y una defensa de la universalidad de los seres humanos poco compatible con las actitudes nacionalistas más radicales. Solamente en aquellos países en los que la identidad de la derecha radical se había identificado con la defensa de los privilegios del catolicismo, como era el caso de España, se podía producir un híbrido que parecía una contradicción en los términos, como el «nacional-catolicismo». Puesto que el partido dominante en Alemania era la CDU-CSU que, en buena medida, hacía muy visible el peso del catolicismo de Renania o de Baviera, la crítica en esta zona de la cultura política resultaba fundamental, y los intentos de aproximación al Partido Liberal deseaban recuperar la simpatía que el nazismo clásico había obtenido en los protestantes más conservadores, agrupados en los viejos DNVP o DVP durante la República de Weimar. Por consiguiente, las afirmaciones críticas con el catolicismo podían inspirarse en aquello que más gustaba tanto a los radicales que rozaban el paganismo como a quienes continuaban una tradición luterana opuesta a la implantación de la Iglesia romana en amplias zonas del país. En la medida en que todo ello podía sintetizarse de forma pragmática con la denuncia del gobierno democristiano, la capacidad de síntesis de este neoluteranismo no resultaba anacrónica en los años cincuenta como podría serlo en las décadas posteriores a la revuelta del 68.

El discurso se completaba, de forma muy confusa, con la defensa de las formas «naturales» de la representación social, que habían de combatir una democracia parlamentaria que se alejaba de la experiencia real de los ciudadanos, para establecer dos esferas que tenían escasa relación. Como siempre hizo el fascismo, la nueva extrema derecha denunciaba esa

«extrañeza» de la democracia parlamentaria: no solo como un régimen carente de autoridad, sino de «autenticidad», un artefacto alejado de la realidad social «vivida» por los ciudadanos concretos. La crítica a la democracia se apoyaba, como es lógico en este tipo de discurso, en una cuestión de procedimientos, pero que en realidad quería ir al fondo del asunto para denunciar el carácter mismo de los derechos idénticos de los ciudadanos. La solución corporativa de los años treinta se presentaba ahora como un elemento de rectificación, un factor complementario que podía dar más verosimilitud a la democracia y acercarla a su «verdadera» condición. Sin embargo, de lo que se trataba era de negar el carácter conflictivo de la comunidad, la diversidad radical de intereses y la organización de la sociedad de acuerdo con ellos. La utopía del fascismo como proyecto de sociedad que no necesita canalizar sus conflictos, sino solamente verificar las bases de la exclusión radical, desembocaba en una propuesta de «realización» plena de la democracia a través de los mecanismos de representación de la comunidad «manifestándose» en la política, pero sin «crearla». Esta es, sin duda, una distinción fundamental para comprender la mentalidad de la extrema derecha, en la medida en que cree que las divisiones internas de la comunidad son ilegítimas, inventadas, fabricadas por enemigos de la fortaleza de la nación que deben ser identificados y excluidos. La única dialéctica existente es la que establece un «dentro» o «fuera» de la comunidad, nunca la que se formula en términos de una aceptación del carácter conflictivo de la sociedad moderna y de la necesidad de hallar los canales para que tales conflictos se resuelvan de una forma democrática, en la que se reconoce el derecho a la diferencia interna. La

extrema derecha basa su discurso, por el contrario, en el reconocimiento y exaltación de la diferencia externa, que no puede canalizarse más que a través del cierre de filas, de la homogeneidad de la comunidad y del descubrimiento de la identidad del pueblo que indican quién no forma parte de él. La democracia plebiscitaria, de corte bonapartista, se suma a los principios de antisemitismo y xenofobia con una poderosa capacidad significativa que procede de su íntima coherencia, no de su simple superposición.

De lo que se trata —y ahí se encuentra el punto de contacto entre la identidad y la *Nationalsammlung*— es de que una parte cada vez más importante de ciudadanos interpreten sus problemas a través de esa secuencia de elementos míticos. Algo que solamente podrá realizarse cuando las condiciones de cohesión social ofrecidas por el régimen empiecen a mostrar puntos de ruptura. Para el DRP se trataba de construir ese espacio diferenciado creando una coherencia psicológica entre los puntos de oposición al sistema. Pero este método solamente podía funcionar si, al mismo tiempo, se tenía la sagacidad de no ofrecer una catástrofe como alternativa, un desorden completo que acabara con el orden social, un *Zusammenbruch* que alejara a las personas que buscaban, precisamente, la seguridad, y que podían haber dejado de encontrarla por las fracturas creadas en la modernización social.[18]

Cuando estaba produciéndose la decadencia del sistema creado por Adenauer, Von Thadden y sus compañeros del ala más pragmática del DRP decidieron pasar a la ofensiva, vistas las posibilidades que ofrecía el panorama político alemán y su segura frustración si continuaba la línea

propicia al aislamiento. En 1961, tras el nuevo fracaso en las elecciones generales, el grupo de Von Thadden culminó la adquisición de un control progresivo del partido que había afectado a la prensa y a las organizaciones sectoriales: consiguió el nombramiento del ex diputado como nuevo presidente del partido. Inmediatamente, Kunstmann y sus seguidores se marcharon de la organización para constituir un Partido Alemán de la Libertad (DFP) que cayó en la grupusculización. Los tiempos estaban maduros para que, tras pasar una temporada sin más éxitos que algunas experiencias locales y sin más impulso que su propia persistencia, la extrema derecha nacionalista comenzara a obtener cierta audiencia, en la medida en que desaparecían los principales obstáculos para su desarrollo: el rechazo a una operación basada en la simple nostalgia, la plenitud del desarrollo económico, la existencia de partidos competitivos y la fuerza de persuasión social del bloque democristiano. No es pura casualidad que la retirada de todos estos factores coincida con otro elemento que debía tenerse a mano: un estratega capaz de mezclar con habilidad los factores de resistencia nacional y de atención a los nuevos problemas. Un líder que, como Von Thadden, no pudiera ser desautorizado con los términos elementales del «neonazismo», sino que pudiera proclamar la existencia de un vacío a la derecha. Con Von Thadden al frente, la línea de la *Nationalsammlung* empezó a dar sus frutos: presentó candidatos propios en las listas de los restos del BHE y del DP en Bremen y en Baden-Württemberg. Lo único que faltaba era convertir una práctica de coalición electoral y una complicidad social profunda en una formación política de nuevo cuño, en la que unos y otros pudieran concebir lo que no había

podido llevarse a cabo en los años de constitución de la república. El 28 de noviembre de 1964, en Hannover, representantes del DRP, del DP y del BHE constituían el Partido Nacionaldemócrata de Alemania (NPD). Para demostrar hasta qué punto Von Thadden estaba dispuesto a hacer concesiones, la presidencia de la nueva organización recayó en Fritz Thielen, dirigente del Partido Alemán. Muy pronto, el NPD procedería al primer gran asalto a la república que se produjo desde una extrema derecha con una base electoral propia.

3. ASEDIO PREVENTIVO, 1963-1972

La crisis de los años sesenta y la unidad de la Oposición Nacional

La caída del canciller Adenauer puso fin a una era en un sentido más profundo que el que se refiere a los índices de crecimiento o al dominio de un determinado partido político. En realidad, fue el cambio de época lo que condujo a sellar el final del mandato de un personaje que se identificaba con la fundación de la república y la reconstrucción alemana, pero que, por ello mismo, difícilmente se veía como la imagen del futuro. Los alemanes habían superado el tiempo en que la estabilidad política y el bienestar podían verse amenazados. La continuidad de la expansión, la reiteración de los gobiernos democristianos, la progresiva integración en Occidente y la distancia progresiva de la experiencia nazi iban moldeando una normalidad democrática, una seguridad que ponía a los ciudadanos a salvo. Los democristianos no podían continuar enarbolando un mensaje basado en la seguridad, puesto que esta se había alcanzado ya. El desdén por experiencias nuevas, fácilmente acusadas de aventureras, el miedo a los cambios, la búsqueda de la quietud cultural, el afán por mantener las cosas como estaban, para evitar cualquier recaída a ámbitos de riesgo tan

cercanos, fueron perdiendo poder de persuasión a causa de su misma realidad. De la misma forma que la Liga de los Refugiados perdió eficacia propagandística a medida que se producía la integración de las víctimas de los desplazamientos demográficos, la lógica de la era Adenauer se desmoronó cuando sus rasgos estuvieron totalmente definidos. A partir de 1963, cuando Ludwig Erhard asumió la dirección del país, estaba claro que la década de los sesenta imponía una forma de aproximarse a los problemas que necesitaba unos motivos ideológicos distintos.

Se trataba, claro está, de la llegada de una generación que no había vivido la guerra, cuyas emociones y cuyos recuerdos no procedían de las experiencias del Tercer Reich, del entusiasmo de los primeros compases de la guerra o de la desolación de la derrota. Pero este recambio generacional, que no tiene aún la capacidad de alterar por sí solo los espacios culturales del país, es tan importante como el cambio de actitud de una generación que se formó en otras condiciones. En los años cincuenta, millones de alemanes, que en la adolescencia vivieron las crisis sociales y las esperanzas rupturistas de Weimar, y que en la juventud se enfrentaron a las grandes opciones morales impuestas por el nazismo, llegaron a la madurez después de pasar por una etapa de seguridad. Vivían una realidad en la que había oferta de trabajo y bienes de consumo, una defensa frente a la amenaza de una disgregación del país por motivos diplomáticos, la posesión de una identidad tenue, confortable, desdramatizada, de ciudadanía, y la existencia de gobiernos cuya duración y coherencia parecían confirmar la solidez de una sociedad tranquila. La obtención de ese puñado de circunstancias que se resume en la sensación de vivir a salvo, de estar por encima de

contingencias radicales, es un mérito que se concede a los gobernantes, pero a cambio de exigirles que abran nuevos caminos, una vez se ha descansado en ese recinto de seguridad. Cuando suele destacarse el elemento de ruptura producido en los años sesenta, las reflexiones se dirigen hacia la aparición de la protesta de la extrema izquierda o el resurgimiento de la extrema derecha como factores que caracterizan esta etapa de la RFA. Ciertamente, ni siquiera en el título de este apartado se ha evitado la palabra crisis, aunque en un sentido menos aparatoso del que suele considerarse. Crisis como gozne entre dos tiempos, como zona de flexión cultural que permite la continuidad del régimen a través de la superación de ciertos esquemas institucionales y sociales. Tampoco el crecimiento del NPD puede presentarse como la expansión de un territorio antisistémico; corresponde más bien a la configuración de un ámbito de protesta que quiere corregir, pero no cancelar, las características del régimen. Cabe señalar, además, que la protesta se hace más vehemente desde la propia seguridad de situaciones irrevocables en lo que se refiere a niveles de desarrollo y recursos representativos. Algo que significa que el enfrentamiento al bloque gobernante se hace en el sentido de exigir garantías contra la destrucción del orden institucional, el hundimiento de una normalidad que, en todo caso, ha sido agredida por algunos aspectos recesivos en el empleo o la producción. La paradoja del movimiento de protesta de la extrema derecha es que, para ser aceptada, tiene que certificar la salud del nuevo régimen, en lugar de plantear abiertamente su aniquilación. ¿De qué otra forma podría entenderse la rápida pérdida de base electoral del NPD, la fácil reconversión

de sus votantes, el veloz conformismo reinstalado en las urnas tras el fogonazo del período 1966-1969?

La interrupción de la seguridad

Ma con dolor sottentra
il pensier del presente, un van desio
del passato, ancor tristo, è il dire: io fui.

(Mas con dolor se infiltra
pensar en el presente, un vano deseo
del pasado aún triste, y el decir: yo fui.)

G. LEOPARDI
«Le ricordanze»

Hemos afirmado como tesis fundamental de este examen de la extrema derecha en la fase posterior a la Segunda Guerra Mundial que, lejos de preservar espacios de identidad radical, impermeable, donde el carácter ajeno al sistema puede mostrarse irreductible, lo que se hace es, precisamente, aquello que el fascismo de los años de entreguerras supo plantear: el equilibrio entre su identidad y la formación de un campo de

instrucciones culturales. El mayor éxito del NPD, que suele presentarse en términos de una «segunda oleada» neonazi dispuesta a repetir experiencias del pasado, muestra la insolvencia de este planteamiento. La incapacidad de la extrema derecha alemana en los años anteriores se ha debido a la imposibilidad de llevar adelante la única estrategia de integración posible, consistente en llamar a constituir un espacio de la derecha nacional capaz de promover una rectificación política presionando sobre la derecha democristiana o liberal. Tal imposibilidad ha sido el resultado de los méritos del bloque de los partidos en el poder, que absorbían el oxígeno necesario para que la extrema derecha pudiera respirar y entablar un diálogo con el conjunto de las fuerzas conservadoras. Esa competencia impidió la consolidación de un ámbito propio, de forma muy distinta de lo que sucedió en Italia en los mismos años, donde el MSI sí pudo mantener un punto de referencia para construir una alternativa, pero nunca constituirse en lugar exclusivo al que fuera acudiendo masivamente la ciudadanía. La búsqueda de la coalición social fue interceptada en el caso alemán por los sectores de la extrema derecha que solo en los años sesenta cambiarían de actitud, como el DP o el BHE, algo que indica que, de haberlo hecho con anterioridad, la formación de una oposición nacional podía haberse manifestado en los años cincuenta. Acostumbrados a ver el surgimiento del NPD en términos de una crisis coyuntural del régimen, no solemos fijarnos en que esa breve circunstancia propició la unidad de la extrema derecha nacional-populista, que agrupó partidos que, solo diez años atrás, habían tenido responsabilidades gubernamentales bajo el cielo protector de la CDU-CSU. Los partidos que prefirieron mantener una estrategia rupturista,

sin llegar a entender el necesario lugar de encuentro que debía definir la derecha nacional, fueron reducidos a la marginación, tanto en el aspecto electoral como en el ideológico.

El cambio de condiciones sociales y políticas de la posguerra hacía imposible una opción nacional-populista tal como funcionó el bloque histórico del fascismo de entreguerras. Los elementos nihilistas, destructivos, dispuestos a priorizar la carga utópica del fascismo, solo podrían actuar de forma residual, sin una base de masas, que quedaba excluida por la capacidad integradora del capitalismo de la posguerra y la moderación política de los partidos de la izquierda —circunstancia, esta última, que correspondía a la lectura hecha, desde el socialismo, de esa misma atenuación de los conflictos y la progresiva legitimación del sistema —. El anticomunismo, que podía tener un papel central en la vertebración de las fuerzas de la derecha radical, otorgando al fascismo una función defensiva militante, se veía menos como una amenaza interna que como una realidad de la política de bloques, cuya versión militar correspondía a los instrumentos de defensa internacional constituidos en el inicio de la guerra fría. El uso de la violencia, que había otorgado al fascismo una función determinante en la formación de la coalición nacional-populista de los años veinte y treinta, solo podía verse ahora como la acción de unos exaltados que no actuaban como una defensa social preventiva, sino que ayudaban a la creación de un desagradable estado de confusión, amenazando a aquellos mismos ciudadanos que debían ganarse a la causa de la oposición nacional. En cambio, los partidarios de una estrategia de inserción de la extrema derecha en el sistema creían posible que se produjera una contaminación

ideológica del conjunto de la derecha —a través de la normalización de valores como la identidad nacional excluyente, el autoritarismo populista, la defensa del «sentido común» del pequeño propietario o empleado, el rechazo del parlamentarismo— que fuera «leyendo» los problemas sociales a través del prisma de lo que, más adelante, se denominó en Francia la «preferencia nacional». Por otro lado, a esa capacidad de inserción cultural debería corresponder una fuerza electoral o la amenaza de tenerla, de manera que, por temor a que la extrema derecha obtuviera un grado de aceptación electoral peligroso en un sistema de competencia izquierda/derecha muy ajustado, los partidos de la derecha conservadora tendieran a aceptar un poder de negociación más como una forma de prevenir el voto de estos grupos radicales que como el resultado de su fuerza real. Para que estas opciones profilácticas pudieran llevarse adelante, debía existir la prueba de su capacidad de atraer a votantes, un elemento que pasaría a determinar, a partir de entonces, la conducta del conjunto de la derecha. Lo que Eva Kolinsky ha denominado un «cogobierno» que incluye implícitamente a los sectores de la extrema derecha, por la vía de condicionar la estrategia de democristianos o liberales —e incluso, en determinados aspectos, de la socialdemocracia—, clarifica las condiciones de una cultura política en la que la extrema derecha tiene una representación social y poder de negociación que va más allá de sus votos obtenidos, para basarse en su recuerdo o en sus expectativas.

La sustitución de Adenauer por Erhard podía entenderse como una apertura de la coalición democristiana hacia los liberales, con la que repudiaba el apoyo de sectores nacional-conservadores con los que el viejo

canciller había protegido el flanco derecho de su mayoría parlamentaria. Para el bloque gobernante, la dimisión de Adenauer se atribuía a algunos elementos de política interior —como las ambiciones «gaullistas» del ex alcalde de Colonia— y a factores de carácter internacional —como la preferencia por una alianza con Francia y Gran Bretaña frente a la posición más atlantista del sector encabezado por Erhard y los liberales—. El nuevo canciller parecía mostrar, de esta forma, la imagen de una continuidad en el modelo económico que había gestionado con tanta eficacia, al tiempo que se rompían algunos esquemas intangibles del pensamiento de su predecesor. Esta asunción de un cambio de ritmo y de orientación en el gobierno del país fue apreciada por los electores, que en 1965 volvieron a otorgar a la coalición democristiana un apoyo considerable, con lo que le permitieron recuperarse de las pérdidas sufridas en las elecciones al Bundestag en 1961. Con todo, los únicos perdedores de esos comicios fueron los liberales —grandes beneficiarios del retroceso de Adenauer en las elecciones anteriores—, mientras otorgaban a la socialdemocracia una peligrosa proximidad a la barrera psicológica del 40 por ciento. Los veinte puntos de distancia entre ambos partidos en 1957 se habían reducido a poco más de seis en 1965. Gracias a un proceso de renovación interna muy áspero, que había orientado la cultura de la socialdemocracia hacia un encuentro con la complejidad social de los años sesenta, el SPD había adquirido un carácter de partido popular capaz de ganarse a sectores de una clase media abundante, en los que antes solo los democristianos, los liberales y los diversos grupos conservadores habían conseguido mantener su influencia. La composición del SPD había variado como la propia estructura de la sociedad alemana, y

había abierto las puertas del partido a sectores profesionales en una proporción creciente. A comienzos de la década de los sesenta, el 55,7 por ciento de los militantes socialdemócratas eran obreros, mientras que solo un 21,2 por ciento eran empleados o funcionarios; a finales de la década, el porcentaje había pasado a ser del 39,6 y del 33,6 por ciento respectivamente.[1] Esa apertura hacia un espacio social que se creía seguro fue acompañada de un cambio en el liderazgo del partido, con la llegada del carismático Willy Brandt a la presidencia del SPD en 1963, y el acceso del pragmático Helmut Schmidt a la presidencia del grupo parlamentario en 1966. La amenaza que sufría la coalición democristiana por la izquierda se completó, ya en 1965, por el crecimiento del NPD, aún en forma tímida, con la obtención de un 2 por ciento de los votos que, en las condiciones de aproximación de resultados de democristianos y socialdemócratas, pasaban a tener una importancia crucial. En un terreno importante para la dinámica del país y también para los objetivos integracionistas de la extrema derecha, se estaba produciendo otra transformación: la pérdida de base electoral del FDP, que sufría una verdadera crisis de identidad y pasaba de sus actitudes más conservadoras y nacionalistas, asentadas en su importante voto protestante rural, a posiciones de apertura a las inquietudes de los sectores profesionales urbanos, más inclinados a una polivalencia del voto liberal, dispuesto a negociar coaliciones hacia uno u otro lado del espectro político. Por ello, los sectores críticos con Erich Mende, dirigente del partido más inclinado a una colaboración con la CDU-CSU y a una versión más conservadora del espacio liberal, presionaron con eficacia para un desplazamiento del liberalismo hacia la izquierda o, por lo menos, hacia un

terreno de mayor autonomía y capacidad negociadora. Aunque todo ello culminaría en el congreso del partido en 1968 y el ascenso de Walter Scheel a la dirección del FDP, en 1966 tuvo la fuerza suficiente para romper la alianza con Ludwig Erhard y, enarbolando la excusa de desacuerdos sobre la forma de hacer frente a la recesión que se iba anunciando, provocar la dimisión del canciller.

La formación de un nuevo gobierno implicaba, por la responsabilidad misma que podía adjudicarse a la caída del anterior, una negociación con la socialdemocracia. Lo que podía haber resultado impensable diez años atrás, cuando el proyecto democristiano se fundamentaba, en buena medida, en el aislamiento de los socialistas, en su reclusión en un estado de oposición permanente y en inculcarles la aureola de una imposible alternativa de poder, pasó a ser la mejor salida a las circunstancias en que se encontraba el país en la segunda mitad de la década; con ello se completaba el proceso de consolidación de la república que había iniciado el relevo de Adenauer. El primer factor de cambio que estaba viviéndose afectaba a la interrupción del crecimiento económico, algo que resultaba decisivo para la legitimidad del régimen. La manera de enfocar la incipiente recesión había sido el motivo de la ruptura entre liberales y democristianos, y ahora era necesario para la CDU-CSU incluir a los socialistas en la responsabilidad gubernamental, a fin de hacerles compartir los costos de las medidas que pudieran tomarse. Para la socialdemocracia, aceptar esa carga suponía un riesgo de erosión, pero ese peligro se compensaba sobradamente por el acceso a un ámbito de poder que se les había vedado desde la caída del gobierno Müller en 1930. La consecución de un perfil gubernamental otorgaba al SPD un valor

añadido superior a las pérdidas que pudieran derivarse de su solidaridad con las cláusulas de emergencia. Las críticas que pudieran realizarse en la izquierda socialdemócrata, de la mano de intelectuales como Wolfgang Abendroth o la organización estudiantil, se solucionaron con expedientes administrativos que depuraron a la organización y completaron el giro realizado en Bad Godesberg. Más adelante, los documentos aprobados en el Congreso de 1970 y orientados por el ala del partido más cercana al pragmatismo de Schmidt, permitirían cerrar el círculo de reconversión realizado a partir de 1959, uno de cuyos requisitos indispensables se encontraba en la asunción de tareas de gobierno. El éxito de esta actitud se reflejaría en un crecimiento de la militancia del 20 por ciento en la primera mitad de la década de los setenta.[2]

La asunción de la cartera de economía por el socialdemócrata Karl Schiller y el poder real de que dispuso para realizar cambios parecían atestiguar el acierto de la dirección socialista de haber aceptado el peligro de quemarse en la gestión de la crisis. En buena medida, esta se correspondía con un proceso inflacionario general en Europa, derivado de la gran capacidad de consumo de los años anteriores, que se enfrentó a determinadas fallas estructurales alemanas. Una de ellas era el peso del crecimiento de las exportaciones, que se vio interrumpido por la recesión internacional y la fortaleza de la moneda alemana. Otra era el gasto social con que se habían evitado conflictos en sectores atrasados como la minería del carbón o la pequeña agricultura. La concesión de subvenciones a través de los Planes Verdes anuales tendía a acabar con las propiedades inferiores a diez hectáreas —aproximadamente un millón de explotaciones— en favor

de las que estuvieran dispuestas a modernizarse y hacer frente a las exigencias del Mercado Común. El retroceso de la participación del sector agrícola en el Producto Interior Bruto —el 5 por ciento en 1970—, muestra la magnitud del problema que afrontaba el gobierno; este no podía evitar el descontento de un sector acostumbrado a las subvenciones y que recelaba de una sociedad progresivamente urbanizada que acabara olvidándose de sus problemas. Desde el punto de vista de la conflictividad social o de la instrumentalización extremista, la posición de estos sectores protegidos resultaba especialmente delicada, y solamente podría resolverse con un cambio de modelo que fuera acompañado de una rápida expansión, que pudiera acoger a quienes fueran desplazados por la modernización. El fortalecimiento de la extrema derecha era, en ese aspecto, un riesgo fácilmente detectable: en el mismo proceso de configuración del gobierno de coalición, el NPD había conseguido entrar en los parlamentos regionales de Hesse y Baviera; en ambos casos superó el 7 por ciento de los sufragios. Aun cuando la relación entre los problemas o temores del campesinado y el voto nacionaldemócrata no es directa —el crecimiento del NPD había comenzado en Hamburgo en las elecciones regionales de marzo—, puede considerarse que todo el imaginario colectivo que acompañaba la defensa del pequeño propietario rural tenía un posible efecto en el crecimiento de la derecha nacionalista. El problema de la competitividad económica de algunos sectores fue acompañado por una crisis en la oferta de empleo, que se agravó con la caída de la producción industrial: los 105.000 parados de agosto de 1966 se convirtieron en 371.000 en diciembre, y en casi 675.000 en febrero de 1967. Los empleados a tiempo parcial, menos de 20.000 en

octubre de 1966, llegaron a rebasar los 343.000 en febrero de 1967.[3] La caída del empleo podía provocar la agitación de la extrema izquierda, pero podía leerse también de acuerdo con las fórmulas de la derecha radical, especialmente si tenemos en cuenta la presencia de más de un millón de trabajadores extranjeros en enero de 1967. La mano de obra extranjera había llegado a doblar en 1966 la existente a comienzos de la década; entre junio de 1966 y enero de 1967, es decir, en el momento culminante de la crisis descendió en casi 300.000 personas. Sin embargo, ese descenso era menos importante, para una propaganda en defensa de los trabajadores alemanes hecha desde la extrema derecha, que la existencia de una bolsa de inmigrantes tan amplia en el momento en que se producía la primera gran caída de la oferta de empleo desde comienzos de los cincuenta. El ministro Schiller llevó adelante una política de ajuste que incluía la llamada «acción concertada» entre sindicatos, empresarios y Administración, algo que evitó el endurecimiento de los conflictos y evitó lo que podía haber sido un «otoño caliente» alemán. Esa actitud conciliatoria, en la que se disponía de un sindicato que disfrutaba de una tasa de afiliación superior al 30 por ciento de la mano de obra, dio legitimidad a las tareas del gobierno y permitió que la recuperación no disparara la inflación, lo que habría impedido el impulso posterior de la economía germana. Por otro lado, la participación de la CDU-CSU en el gobierno permitió que los sectores empresariales tuvieran menos reticencias para seguir el programa de recuperación, con lo que se evitó un freno de la inversión como el que se produjo en otras zonas de Europa, cuando las demandas ante la inflación se resolvieron en términos puramente salariales.

El segundo problema que había aconsejado la formación de una Gran Coalición era el cambio en la percepción de la división alemana a partir de comienzos de la década. Los acontecimientos de 1961, que culminaron con la construcción del muro de Berlín, mostraron la fragilidad de la posición del no reconocimiento de la RDA por Bonn, que dependía de la actitud que tuviera el resto de las potencias occidentales para afrontar con realismo este problema. La doctrina Hallstein establecía la ruptura de relaciones con cualquier gobierno que reconociera a la República Democrática, pero esta posición resultaba cada vez más insostenible, en la medida en que impedía a la comunidad internacional la normalización diplomática y obligaba a una elección que afectaba a la soberanía de los gobiernos, a los que se habían ido sumando los numerosos estados procedentes del proceso de descolonización. La intransigencia en la cuestión berlinesa podía ser un factor aceptable por el conjunto de la población alemana. Pero, a medida que avanzaban los sesenta, la negativa a aceptar una realidad política como la Alemania Oriental ponía en peligro la identidad misma de la República Federal, ya que mantenía la situación en un estado de provisionalidad cuya utilidad inicial había caducado. En el seno de la socialdemocracia, las actitudes más resueltas al realismo político en este tema se abrieron paso a costa de las reticencias expresadas en voz muy alta especialmente por el ala bávara de la coalición democristiana, y su dirigente perpetuo, Franz-Joseph Strauss. Willy Brandt, ministro de Asuntos Exteriores de la Gran Coalición, parecía estar en las mejores condiciones para afrontar el problema, gracias al prestigio adquirido durante su etapa de alcalde de Berlín Occidental. Hacer recaer la *Ostpolitik* sobre las espaldas socialdemócratas permitía a la

Gran Coalición representar el doble juego de una apertura y una reticencia, del pragmatismo y de los principios. Era una forma hábil de preservar los dos flancos, de avanzar de acuerdo con la corriente de los tiempos y con las exigencias de una opinión pública que deseaba la normalización también en este terreno, aun cuando se mantuviera una actitud rígida de aspiración a la reunificación como principio. De hecho, la posición favorable a un encuentro con el bloque oriental —que, necesariamente, suponía la solución del conflicto de las dos Alemanias—, ya había sido objeto de la política exterior del ministro de Asuntos Exteriores de Erhard, el liberal Gerhard Schröder, pero el problema solamente pudo afrontarse por el SPD y, de hecho, por el entorno de Willy Brandt, muy influido por las posiciones de Egon Bahr y su doctrina del *Wandel durch Annäherung* —cambio a través de la aproximación— expuesta en una conferencia en 1963. La doctrina Bahr señalaba la imposibilidad de resolver el conflicto solo a través de una presión del bloque occidental, que ni era tan homogéneo sobre ese punto ni haría mella en la actitud del bloque soviético. Los avances hechos en la afirmación de una línea distinta —que empezaba por el lenguaje, al reconocer la existencia de «la otra Alemania»— se vieron interrumpidos por el impacto de la invasión de Checoslovaquia en 1968; la situación se tensó todavía más con los acontecimientos de Vietnam y la victoria de Nixon sobre Hubert Humphrey en noviembre del mismo año, lo que hacía temer un recrudecimiento de la guerra fría, dada la trayectoria del dirigente republicano. Más adelante se vio que ni una ni otra circunstancia habían influido en el proceso de encuentro entre las dos Alemanias, pues Nixon inició, tras el fracaso de la expansión de la guerra a Camboya, una política

de compromisos con China y la URSS. La doctrina de la soberanía limitada de Brezhnev, por su parte, no tenía intenciones de carácter ofensivo, sino de preservación de los espacios ganados en la posguerra. Con todo, estas circunstancias —a las que se sumó una progresiva resistencia del bloque democristiano, preocupado por el crecimiento espectacular del voto de la extrema derecha— aplazaron la solución del conflicto interalemán hasta la llegada a la cancillería de la socialdemocracia, en 1969.

La recesión y el cambio de ritmo cultural que se había instalado en la sociedad alemana en los años sesenta estimuló la apertura de las actitudes sociales, la receptividad a las críticas, en la misma medida en que provocó un fortalecimiento de la reacción nacional-conservadora. Los años sesenta aceleraron un proceso de modernización que creó expectativas esperanzadoras, pero también dio fuerza al radicalismo nacionalista, al anticomunismo, a la defensa de la autoridad puesta en peligro por las movilizaciones estudiantiles y a la preservación de los valores morales cuestionados por las tendencias culturales menos complacientes. El manifiesto de Oberhausen por un nuevo cine alemán, en 1962, fue seguido, a cierta distancia en el tiempo, por la difusión de obras de nuevos realizadores, muy influidos por la *nouvelle vague* francesa y dispuestos a iniciar el camino del realismo crítico que habían anunciado obras como las de Staudte o Thiele en los cincuenta. El éxito de Alexander Kluge en el Festival de Venecia en 1968 con *Die Artisten in der Zirkuskuppel: ratlos* (*Los artistas bajo la carpa: perplejos*) parecía encontrar el reconocimiento internacional a esta nueva ola de realizadores. En 1966, Völker Schlöndorf, especializado en la exquisita adaptación al cine de obras literarias, filmó

Der junge Törless (El joven Törless), basada en la novela de Robert Musil. La crítica a los rituales de masculinidad y violencia, expresada por esta novela que observaba al imperio austrohúngaro de comienzos de siglo, fue realizada e interpretada como una denuncia genérica del militarismo y el autoritarismo, de defensa del individuo frente a la rigidez de las instituciones y los valores jerarquizantes, justamente cuando avanzaba un poderoso movimiento social en el mismo sentido. En esa misma línea de denuncia de los mecanismos de dominación realizó Peter Fleischmann *Jagdseszenen aus Niederbayern* (*Escenas de caza en Baviera*, 1969), en la que reiteraba un asunto —el de la crítica a la humillación personal producida en las relaciones entre individuos como una forma oblicua de denuncia de un sistema basado en el ejercicio del poder de unos seres humanos sobre otros— que habría de alcanzar una fuerza estremecedora en *Die bitteren Tränen der Petra von Kant* (*Las amargas lágrimas de Petra von Kant*, 1972), del joven Rainer Werner Fassbinder, en la que cuenta la historia de una mujer madura llevada a conmovedores extremos de destrucción emocional por una joven amante sin escrúpulos. Werner Stipetic, más conocido como Werner Herzog, realizaría en 1972 la reflexión sobre los mecanismos del poder en *Aguirre, der Zorn Gottes* (*Aguirre o la cólera de Dios*, 1972), la historia de un conquistador español en busca de El Dorado, y plasmaría una reivindicación de la inocencia del individuo frente a los mecanismos del control social en la adaptación de la novela *Kaspar Hauser*, de Jakob Wassermann, a la que puso el expresivo título de *Jeder für sich und Gott gegen alle* (*Cada uno para sí y Dios contra todos*, 1975), la historia de un adolescente que ha permanecido aislado durante su

infancia y que habrá de adaptarse a las convenciones de quienes le acogen, enfrentando el vigor de su limpia ingenuidad con la implacable dureza de la corrección social.

Esta irrupción de la crítica cultural como espectáculo de masas, a través de la creación de una nueva escuela de cine alemana, encuentra continuidad en la obra literaria ya iniciada con la generación de los cincuenta. Martin Walser, Günter Grass o Heinrich Böll, maestros de la narración de la década del *Wirtschaftswunder*, mantendrán su pulso irónico en unos casos, apesadumbrado en otros. Escandalizado por el endurecimiento de la vida política alemana, cuando se producen los episodios más amargos del conflicto estudiantil —la muerte del universitario Ohnesorg, el atentado contra Dutschke—, Böll escribirá *Die verlorene Ehre der Katharina Blum* (*El honor perdido de Katarina Blum*), que se publica en 1974 y se convertirá en uno de los testimonios clásicos sobre el poder incontrolable de la prensa. En los años más duros de esa misma década, cuando la lucha social se ha pervertido en el auge del terrorismo, Böll llegará a plantear su preocupación ante una sociedad que puede fundamentar su seguridad en el miedo, en *Fursorgliche Belagerung* (*Asedio preventivo,* 1979), a través del retrato del empresario Fritz Tolm, que no quiere renunciar a los principios humanistas en que ha fundamentado su existencia por la dialéctica de la violencia. Martin Walser continuará su trilogía sobre Anselm Klieger en *Der Einhorn* (*El unicornio*), 1966 y *Der Sturz* (*La caída*), 1973, un examen de los problemas de identidad del individuo que intenta adaptarse a un medio exigente con el éxito y acaba perdiendo su lugar, sus objetivos e, irónicamente, su promoción social. Ese interrogatorio sobre la libertad y la

realización del individuo inspirará la obra de Alfred Andersch, en especial en *Efraim*, publicada en 1967. La obra de Grass seguirá planteando el encuentro de Alemania con su pasado, pero en *Örtlich betäub* (*Anestesia local*, 1969), se acercará al movimiento estudiantil del 68 para denunciar, junto a las posiciones del poder, los rasgos quiméricos de un movimiento donde se han podido frustrar las esperanzas de apertura de una generación.

La sociedad alemana despierta, por tanto, al propio empuje al que la socialdemocracia la había invitado para superar los esquemas conservadores y obtener la legitimidad de una renovación política reclamada por la ciudadanía. Sin embargo, esta necesidad de impulso crítico del que hace gala el SPD para poder alcanzar las áreas de gobierno, dando la impresión de que con ello se responde a una demanda social, no conseguirá evitar el desbordamiento por su izquierda, a través de la propia Liga de Estudiantes Socialistas (SDS) que había estado vinculada a la socialdemocracia, y que será sacrificada por el partido como parte de su camino de Damasco hacia la moderación. Coincidiendo el pacto con la CDU-CSU con el momento de mayor impulso de la crítica izquierdista al sistema, Alemania vivirá la expansión de un poderoso movimiento que se califica a sí mismo de Oposición Extraparlamentaria (*Ausserparlamentarische Opposition,* APO), que ni siquiera el recién legalizado Partido Comunista Alemán (DKP) consigue canalizar; su militancia se orientaría hacia una crítica de la sociedad autoritaria, de la mano de intelectuales influidos por los estudios sobre la dominación social de la Escuela de Frankfurt: Rudy Dutschke y Hans-Jürgen Krahl. El primero será víctima de un atentado ultraderechista que menguará decisivamente su actividad y provocará su muerte unos años

más tarde. Krahl, autor de uno de los textos más reveladores del movimiento, *Konstitution und Klassenkampf*, publicado póstumamente en 1971, morirá en un accidente de tráfico en 1969. El movimiento alcanzará su mayor impacto en 1967-1968, pero irá disminuyendo en la etapa de gobierno de coalición entre socialdemócratas y liberales. Uno de los aspectos en que la inspiración de la obra de la Escuela de Frankfurt será más importante —y que no permitirá el encuentro entre trabajadores industriales y estudiantes—, es el desplazamiento del análisis del capitalismo del espacio clásico de las relaciones económicas a las nuevas reflexiones sobre la dominación social, la alienación y el poder.

En la tradición de la izquierda radical alemana, podía considerarse un examen del fascismo muy depurado, alejado de la simple identificación con la «catástrofe» inexplicable que presentaron los sectores conservadores, pero también alejada de los criterios simplistas de hacer del fascismo un instrumento dictatorial de explotación de los trabajadores a manos del capitalismo. Los análisis de la Escuela de Frankfurt habían seguido las lúcidas reflexiones de Benjamin sobre el «escenario» de la «representación» social, en el que la política era sustituida por una estética del poder. Como ya se ha hecho referencia a la manera en que debemos evitar confundir la complejidad de esa formulación con el simple atractivo de la escenografía nazi, no hace falta volver a insistir aquí en qué se entiende por la aproximación estética a la realidad. Deberá insistirse, con todo, en que esa reflexión de Benjamin no puede referirse solamente al fascismo, sino que pueden extraerse todas sus consecuencias cuando se considera su relación con los mecanismos de comprensión de la forma en que las relaciones

sociales se nos presentan, organizadas en escenarios que pasan a sintetizar complejas relaciones de dominación. Antes se hacía referencia a la intuición benjaminiana acerca de la apariencia o manifestación visual de la esencia del sistema, de modo que las formas de obtener una cohesión social necesitan de estas mismas representaciones simbólicas para poder reducir a un espacio abarcable por los sentidos lo que nunca podremos ver, y que nunca podrá conmovernos en una experiencia emotiva de afinidad o de rechazo. Tal elemento nos sugiere que las concentraciones fascistas y los campos de concentración pasan a ser las experiencias en las que la comunidad imaginaria toma cuerpo. Esa nación nunca distinguible, nunca sentida, no perceptible directamente, sino siempre imaginada como abstracción, debe concretarse en esa especie de resumen argumental que puede ser la participación en un Congreso de Nuremberg o el conocimiento de la existencia de los asociales, de los ajenos a la comunidad, puestos a buen recaudo en un campo de trabajo o en el preámbulo de un exterminio. Tales experiencias son complementarias, como lo son la inclusión y la exclusión: el proceso de obtención de una identidad necesita saber qué personas forman parte de aquello que soy y cuáles están al margen.

La obtención de esta conciencia se realiza a través de una experiencia sensorial, emotiva: el tipo de conocimiento superior que provoca la experiencia estética, según algunos autores de finales del siglo XIX y comienzos del XX, y que recuperan las corrientes de la posmodernidad. La vibración estética, el gozo o la náusea, nos proporcionan un conocimiento, una obtención de valores que constituyen una conciencia: no es un mecanismo argumentativo, racionalista, pero tiene la eficacia de pulsar las

emociones, de la misma manera que la contemplación de una obra de arte utiliza vías de conocimiento propias, distintas de las del pensamiento crítico. No se trata solamente de hacerse una opinión tras asistir a un espectáculo que nos influye con sus valores —por ejemplo, la actitud que podríamos adoptar frente a la pena de muerte en función de haber visto una película que trate este tema y nos haya provocado determinado impacto emocional—. Se trata de llegar al conocimiento de qué son las cosas en el fondo —y, en este caso, de qué es la comunidad nacional— mediante los mismos mecanismos que nos conducen al pálpito del placer, la exaltación, la alegría por haber visto la autenticidad de algo vivido con los sentidos, experimentado, comunicado desde la naturaleza íntima del ser a través de los recursos de una obra de arte. En buena medida, la crítica al racionalismo de finales del siglo XIX se basó en esta nueva valoración de los elementos intuitivos, de las emociones como forma de conocimiento, no solo como impulso para la acción. Todo un sistema de crítica a las presunciones de la razón que se fundamentaban en los avances acerca de sus límites, cuando Freud, Nietzsche o Bergson lo señalaron y la cultura europea desarrolló un escepticismo de gran capacidad de divulgación en todas las áreas de conocimiento.

Lo que nos ha servido para identificar ese poder de la estética en el fascismo debería resultarnos útil para considerar la crítica al racionalismo como ideología que se produce en el 68 y que tendrá su máxima expansión en el posmodernismo, donde procederá a dar prestigio a movimientos que han defendido el valor de factores de carga fundamentalmente emotiva para conocer nuestro lugar en la comunidad y para proporcionarnos energía para

actuar de acuerdo con un sentido de extrañeza con respecto al sistema o de pertenencia a una identidad alternativa. Puede considerarse, en esta trayectoria del marxismo alemán de los años de entreguerras, la función que desarrolló el pensamiento de Ernst Bloch —tan íntimamente relacionado con el de Benjamin— a la hora de pensar en la capacidad de adhesión de la utopía nazi, cuando el teórico comunista hablaba del «marxismo frío» y del «marxismo cálido» en su obra fundamental, *El principio esperanza* [trad. cast., Aguilar, Madrid, 1980]. En la crítica que la Nueva Izquierda realizará a la sociedad de consumo se encuentra el mismo repertorio que el fascismo ha utilizado para captar voluntades: se critica la «sociedad de consumo» desde el punto de vista de sus elementos espectaculares, y hace de algunos factores de la misma —el automóvil, el televisor, las relaciones de autoridad en el aula— elementos visuales de la intimidad del Ser de esta sociedad, una expresión de la dominación íntima y la carencia de libertad que la constituye. La insistencia en estos factores, más que en los que se refieren a las formas de explotación tradicional, se suma a elementos que tienen que ver con la crítica a nuevas formas de explotación del trabajo —por ejemplo, el poder dentro de la organización del trabajo frente a la lucha por el aumento salarial—. Sin embargo, la atención que reclaman las manifestaciones directas de la ausencia de libertad o, lo que es lo mismo, las claras expresiones de una dominación camuflada de libertad de elección, sería una prueba de la actualización de esa importancia de los escenarios de poder. Por poner un ejemplo que tiene que ver con la deslegitimación del sistema: lo que nos encontramos en la crítica del 68 alemán es la denuncia de un consumo que, presentándose como ejercicio de amplia libertad, es un

modelo de clara explotación, en la medida en que falsifica la libertad verdadera porque obliga a adquirir determinada posición social mediante la compra incesante de productos que no son indispensables para la existencia, pero para cuya obtención se sacrifica el ocio, las horas de diversión y de formación de los trabajadores. Si la identidad ciudadana de los alemanes occidentales se basa en esa capacidad acelerada de compra, facilitada por los mecanismos de adquisición de mercancías a plazos, de endeudamiento para poder consumir; si el bienestar del consumidor se asocia a ser un ciudadano libre, la carga de profundidad lanzada contra los recursos de legitimidad del régimen tiene una fuerza tremenda, ya que facilita que se haga visible, en ese escenario especial que es el acto de comprar a plazos, una forma de entrega a un mercado que ata a los ciudadanos a una obligación de trabajar más para obtener ese aparente bienestar. Este se basa en que la ostentación —es decir, el gasto suntuario, evidente, visible por los demás— es un espectáculo en el que se resumen las condiciones del Ser de la sociedad, la forma en que se manifiesta, de una manera muy sintética, una extensa realidad que no sería asimilable a través de los sentidos si no se representara a través de una vinculación social que, aunque de dominio, adopta una apariencia de libertad. De la misma forma que, en los años treinta, la relación de dominio en un campo de concentración se traducía visualmente como libertad absoluta del amo sobre el esclavo.

En un campo de fuerzas en el que los aspectos productivistas habían sido sustituidos por los análisis de la mecánica del poder, de la alienación, de la identificación de la normalidad y la servidumbre, las reflexiones realizadas en Alemania estaban singularmente preparadas. No en vano,

algunos autores liberales han podido indicar el peso de la cultura antihumanista llegada de Alemania en el 68 francés, al demostrar la herencia nietzscheana, freudiana y heideggeriana en la defensa de la afirmación del individuo frente a la especie.[4] Según estos autores, el movimiento del 68 había podido nacer de una influencia de la cultura alemana en la que la crítica a la autoridad no se hacía desde la perspectiva liberal kantiana, sino desde el vitalismo y el existencialismo, además del análisis de unas relaciones de dominación que se refirieran a la desaparición del hombre mismo como sujeto. Aun cuando el debate resulte de una complejidad que va mucho más allá de la intención y las posibilidades de este texto —y necesite matizar en gran medida el desprecio de Ferry y Renaut por el potencial crítico contenido en aquel movimiento—, la denuncia de una sociedad autoritaria tenía especiales posibilidades y legitimidad en un ámbito como el alemán, donde no se había realizado un adecuado examen del nazismo en aras de la reconciliación nacional, no se había construido una verdadera identidad ciudadana que encarara el pasado y se disponía, en cambio, de un instrumental analítico sumamente refinado. Entre otras cosas, el que podía proporcionar la obra de Horkheimer y Adorno, que indicaba algo que ha ido haciéndose habitual en el pensamiento de la posmodernidad: la crítica a la petulancia de la Razón y la pertenencia del fascismo a una determinada concepción de la modernidad, que incluye la cohesión social a través de la instrumentalización de los seres humanos, el desprestigio del conflicto social y el enfrentamiento de la crítica a la idea de progreso de la Ilustración.[5] La crítica a las formas de racionalismo burgués como generadoras de fascismo podían situar, sin

embargo, el debate en unos términos que resultaban menos familiares a los trabajadores vinculados a la socialdemocracia y al movimiento sindical clásico, ligados a una tradición que identificaba el núcleo del régimen en la explotación de clase. El planteamiento de los nuevos dirigentes estudiantiles, especialmente dotados en su lectura del neomarxismo alemán, propiciaba el examen de la ideología burguesa en términos de una crítica a la razón ilustrada convertida en instrumento de una dominación que anegaba en la categoría de fascismo cualquier análisis de la situación de las democracias avanzadas. Estos dos criterios —la menor importancia dada a la explotación económica y la visión del fascismo como la forma social lógica de cumplimiento del racionalismo burgués heredado de la Ilustración —, condujeron al aislamiento del movimiento estudiantil y, sobre todo, a su incapacidad para matizar el grado de su hostilidad a los diversos adversarios de la izquierda, que pasaban a ser formas más o menos explícitas o más o menos realizadas de fascismo. Si la movilización deja tras de sí una crítica a los riesgos de las legislaciones de excepción, también provocará una crisis moral en la sociedad alemana cuando algunos de sus cuadros opten por el terrorismo y se desencadene una estrategia de la tensión que nunca alcanzará el nivel de lo que sucede en Italia —en especial por la ausencia de las matanzas que en el país vecino provocará la extrema derecha—, pero que debilitará el vigor de la denuncia de una tradición autoritaria aún resistente, ya que la desprestigia mediante el recurso a una violencia que podrá presentarse como parte de esa misma tradición.

Con todo, esta fuerza que tiene la Nueva Izquierda para denunciar aspectos de legitimidad del sistema que el reformismo socialdemócrata no

puede llevar a cabo, se convierte, ella misma, en un terreno conflictivo objetivable, visual, un espectáculo de lucha, de inseguridad, de crítica feroz a aquellos elementos que han estado aletargando la conciencia del pueblo alemán en los años de expansión económica. La identidad puesta a prueba provoca una resistencia de quienes se sentían seguros. Las manifestaciones —ahora en su sentido de acción colectiva, aunque manteniendo la duplicidad de la palabra como «muestra» y como «movilización»—, ya sean de estudiantes o de trabajadores; la atmósfera de creación crítica que denuncia las verdades en que se ha basado lo que un pueblo atormentado por la experiencia próxima de la guerra y el exilio consideraba ya asentado; el clima de riesgo que, en suma, se crea por la proliferación de materiales de delación de la normalidad que se ha creído alcanzar puede convertirse en un factor que se adelante a los elementos mismos de una crisis económica más obvia, como el desempleo o la desaceleración del crecimiento del PIB, al presentar a los ciudadanos una amenaza contra ese duro pasado reciente sobre el que han construido sus esperanzas. ¿No podemos imaginar qué podía representar para los alemanes nacidos antes de 1925 una propagación de mecanismos de denuncia como estos, que señalaban que aquello que tomaban por confianza en el futuro era mentira, que provocaban violencia callejera que les podía recordar violencias mucho más hondas sentidas en los años de su infancia o juventud, y críticas a la democracia parlamentaria realizadas por personas que nunca habían conocido lo que era una expropiación de la misma? ¿Cómo no comprender que se agudizaran las tensiones sociales por el simple hecho de que esa seguridad tan costosamente alcanzada pudiera cuestionarse de una forma que se podía

considerar, al mismo tiempo, frívola y amenazadora, por parte de los hijos del milagro económico, de los nacidos en los difíciles años de la inmediata posguerra, de aquellos que, nacidos a partir de 1945, habían podido representar una costosa carga para sus familias y que ahora se atrevían a denunciar todo aquel esfuerzo como una simple entrega a una nueva forma de esclavitud? ¿No puede imaginarse qué podían pensar los mismos afiliados a la DGB, que habían obtenido una cohesión social envidiable gracias a los acuerdos constitucionales de 1949, cuando los jóvenes estudiantes y los trabajadores más radicalizados les señalaban que la cogestión era una forma de explotación atenuada y, en esa medida, más dañina por su capacidad de ocultación y de creación de una apariencia —nuevamente la estética— de falta de conflicto social, de fin de la lucha de clases? ¿Qué podía pensar la propia dirección de la socialdemocracia, que había tratado de ser escuchada por una mayoría relativa de la población alemana, y había penetrado en los sectores más formados de la clase obrera y en la clase media mediante el abandono de unas posiciones doctrinarias que solamente habían conseguido dar el poder a la CDU desde el inicio mismo de la RFA? ¿Y qué podía esperarse que pensaran los ciudadanos más conservadores, cuando todo el mundo que consideraban a salvo —y en el que se sentían resguardados— se ponía en peligro por la llegada de la violencia y el terrorismo, que venían precedidos de una masiva formalización de la denuncia del sistema en su conjunto, y que utilizaban una simbología socialista que solo podía identificarse con los odiados adversarios soviéticos, responsables de la ocupación de la mitad del país,

cuando no del exilio forzoso de casi diez millones de ciudadanos que votaban a los partidos conservadores?

El porvenir de la memoria: el ascenso del NPD

Dopo gli avi i nepoti
sta natura ognor verde, anzi procede
per sì lungo cammino
che sembra star. Caggiono i regni intanto
passan genti e linguaggi: ella nol vede:
e l'uom d'eternità s'arroga il vanto.

(Tras abuelos y nietos
la naturaleza avanza, siempre verde,
por tan largo camino
que parece inmóvil. Mientras, los reinos perecen,
pasan las gentes y las lenguas; los ignora.
Y el hombre se cree ser eterno.)

G. LEOPARDI
«La ginestra o il fiore del deserto»

La extrema derecha se apresuró a colocarse en el flanco abierto por la nueva estrategia del bloque democristiano. Todas las circunstancias que se han señalado hasta ahora permiten comprender que los sectores que defendían la constitución de un movimiento de *Nationalessamlung* tuvieran éxito en su empresa, e hicieran del NPD una formación sin competidor posible en la oposición nacional. La formación del Partido Nacionaldemócrata a finales de 1964 se había fomentado por el fracaso de las tendencias anteriores, ya fueran las de construir una alternativa neutralista nacional-revolucionaria, ya fueran las de constituir movimientos políticos parlamentarios satelizados por la coalición democristiana. Ese doble fracaso marca, por simple deducción lógica, cuál era el camino que quedaba abierto: la constitución de un partido que unificara los diversos grupos nacionalpopulistas con un discurso propio y con una estrategia de oferta de alianza a los democristianos y liberales. La extrema derecha había entrado en la década de los sesenta tras el duro aprendizaje que sigue a los éxitos precarios. Las experiencias del triunfo en solitario del SRP o de los matrimonios de conveniencia propiciados por el DP o el BHE tuvieron el efecto secundario de la prohibición legal o la progresiva pérdida de perfil y utilidad. Desde su acceso a la dirección del DRP en 1961, Adolf von Thadden podía plantear una experiencia parlamentaria y de oposición al mismo tiempo, sumada a una extraordinaria paciencia para mantener sus posiciones en una década tan poco propicia como la de los años cincuenta. Se trata de lo que los italianos, en torno a la crisis del 68 y bajo el astuto liderazgo de Giorgio Almirante, llamarán la mezcla de «*alternativa e doppiopetto*», cuando el Movimiento Social sea capaz de provocar una rebelión en los territorios

proletarios del sur y, sin abandonar tal liderazgo, reclamar la intervención de una «mayoría silenciosa». De hecho, es lo que Almirante señalará al indicar que el neofascismo asegura, en la crisis de las instituciones de los años sesenta, que donde hay una «*piazza di sinistra*» se producirá la apertura de una «*piazza di destra*» que no podrá ser garantizada por los partidos del sistema, sino por el que se encuentra excluido del mismo, acostumbrado a un combate alternativo, a una militancia dura, indoblegable, poco dada a criterios de clientelismo y firmemente iluminada por los focos de una convicción. De igual forma, el nuevo Partido Nacionaldemócrata se plantea ser el grupo en el que se vean reflejadas las angustias del hombre de la calle y su sentido común elemental, tan alejado del de la clase política, una simplificación de los problemas y las respuestas de una sabiduría sin complejos, perfectamente orientada en sentido populista. Pero, por otro lado, aparte de esa coincidencia con los temores de la gente de orden, el NPD tiene que mantener abierto el flanco de su carácter externo al sistema, de no haberse ensuciado las manos en su gestión y, menos aún, en su origen. Es el partido de los alemanes que no han tenido nunca demasiado claro que el final de la guerra pudiera interpretarse con el sentido de culpabilidad colectiva que ha acabado aceptando el gobierno y justificando la división del país. Por tanto, esa duplicidad no cae en la ambigüedad, sino que trata de poner los dos pies en campos complementarios para mantener un adecuado equilibrio. Aun cuando el liderazgo carismático de Von Thadden fuera menos notorio y duradero que el de Almirante, su trayectoria define la actitud de la extrema derecha alemana, consciente de que su suerte se decidirá en su capacidad de sostener la identidad nacionalista autoritaria

—sin la que sus esfuerzos acabarán yendo a parar a las papeletas de la CDU-CSU—, pero planteando el objetivo último de una verdadera Gran Coalición Nacional. El NPD de Von Thadden será el modelo de ese intento de señalar la necesidad del área nacionalista a los partidos mayoritarios de la derecha, mientras se plantea la insuficiencia a los propios compañeros de partido.

En el momento en que el Partido Nacionaldemócrata consigue sus mayores éxitos, esta definición estratégica coincide felizmente con las condiciones de la crisis social y con la configuración de una alianza entre democristianos y socialdemócratas que conceden al NPD el monopolio de la oposición conservadora, toda vez que el Partido Liberal plantea cada vez con más claridad su orientación favorable a un pacto con la socialdemocracia. El entendimiento de la CDU-CSU con el SPD en 1966-1969 podía resultar un obstáculo para la construcción de la gran coalición nacional que permitiera al NPD llegar a las áreas de gobierno. Pero, a corta distancia, suponía dejar un espacio libre para realizar la primera parte de ese trayecto y facilitar la diferenciación de la derecha nacional no tanto a través de una radicalización de su discurso, sino mediante una moderación que se legitimaba por el desplazamiento de la democracia cristiana. En definitiva, Von Thadden y sus compañeros podían presentarse con rasgos distintivos, como defensores de una serie de principios que la CDU-CSU decía compartir, pero que sacrificaba para mantener su relación con la socialdemocracia. Por ello, el NPD no tenía que ejercer una presión extremista, con la que correría el riesgo de situarse en la marginalidad antisistémica para poder detallar sus elementos diferenciales. Podía aceptar

la legalidad vigente y tomar la voz de todos los factores culturales del conservadurismo social y nacional alemán que se veían abandonados por la política de alianzas democristiana. El NPD fue en busca de un electorado potencial, cuya existencia auténtica no se verificó hasta el relativo fracaso de las legislativas de 1969. No obstante, no todo dependía de la voluntad del Partido Nacionaldemócrata, sino de la percepción del movimiento que pudiera darse desde los medios de comunicación; en la misma medida en que podían proporcionar al partido una publicidad gratuita, acentuaban su carácter externo al sistema y compensaban con cierta eficacia los esfuerzos hechos por los dirigentes del NPD para presentar su rostro más amable.

Varias eran las cuestiones que podían ofrecer a la extrema derecha un espacio propio, aprovechando el compromiso gubernamental de la democracia cristiana. Algunas de ellas habían sido una parte de la cultura conservadora digerida en los márgenes del régimen de Adenauer; otras, por el contrario, se hallaban en un terreno de rechazo del nuevo régimen desde sus inicios. La crisis tenía una dimensión objetiva cuyos rasgos hemos señalado, en términos de desempleo, inflación, caída de la inversión y dificultades para subvencionar sectores marginales. Tenía, además, una forma de percibirse, de acuerdo con los mecanismos culturales que interpretaban la realidad y la ordenaban en un momento de desconcierto, en una fase de transformación acompañada de la pérdida de seguridades adquiridas. El NPD pudo crecer al reunir a quienes siempre se habían sentido distanciados del régimen, cuya legitimidad no querían reconocer, y a quienes habían aceptado formas diversas de cohabitación con el sistema republicano de la posguerra, con posiciones críticas que no les impedían

votar a partidos instalados en el gobierno. El desmantelamiento del sistema de Adenauer permitió, al coincidir con los temores sociales que brotaban de la recesión y la agitación social, sintetizar la oposición nacional-conservadora en un solo proyecto, que permitía dar una nueva dimensión a asuntos que habían separado a sus diversos componentes. La pérdida de su capacidad de negociación con el bloque democristiano los obligaba a ello, pero las difíciles condiciones en que se movía la CDU-CSU o el FDP les permitía hacerse con una parte de su base electoral. Se ha señalado antes que el DRP no era un partido de programa, sino de convicciones, de mitos aglutinadores que podían dar luz a estrategias diversas. El NPD, progresivamente capturado por los sectores procedentes del DRP, tenía unas características similares, que eran proclamadas a veces con orgullo, como sucedió con las declaraciones del dirigente radical Otto Hess en Baviera en 1966, que se identificó con un estado de ánimo nacionalista y de unos valores militaristas más que con un programa preciso. Las virtudes de una formación de este tipo aparecían en los momentos en que la ambigüedad podía jugar a su favor, ya que mantenía una rigidez de materiales ideológicos propios del «alemán auténtico» y consideraba que cualquier otra cosa sería aceptable, una vez se hubiera asentado esta delimitación radical, que separaba la cultura política alemana de lo que era su simple contaminación exterior. A la vez, sin embargo, esta fuerza de las convicciones simbólicas podía tener un techo de aceptación, cuando los ciudadanos que tenían problemas inmediatos deseaban tener, además de recursos para identificar a sus adversarios, la seguridad de que sus representantes tenían propuestas para resolver cada uno de los temas que les

afectaban. Esta distinción podía señalar la diferencia entre un simple movimiento coyuntural que agregara el rechazo del sistema y la confianza depositada constantemente en un eficaz equipo de cuadros dispuestos a dar soluciones a esos puntos ideológicos de referencia.

Los elementos mítico-simbólicos como la identidad alemana, pudieron hacer renacer un discurso nacionalista que volvía a cobrar prestigio en los años sesenta por una serie de condiciones afortunadas. La más obvia era la resistencia al reconocimiento de la división de Alemania; algo que, en la práctica, se había realizado ya, pero que adquiría una brutal eficacia simbólica en las posiciones de la *Ostpolitik* socialdemócrata. Lo que hasta entonces había sido la resignación ante los efectos de la derrota y la necesidad de preservar un espacio alemán occidental, ahora se presentaba como la renuncia a la unidad del pueblo alemán en su conjunto. El mito del Reich como estructura territorial que había que reivindicar se volcaba así sobre unos electores que no percibían las propuestas de normalización como realismo, sino como entreguismo. Aun cuando los propios dirigentes de la RDA mostraban su oposición a la forma en que Brandt entendía la política exterior, lo importante era que, para un sector de la opinión pública mucho más amplio del que acabó votando al NPD, la actitud del dirigente socialdemócrata resultaba insufrible. El factor de la identidad tenía otras facetas que superaban el esquema del irredentismo. El nacionalismo radical servía para plantear un modelo de sociedad diferenciado, de acuerdo con el resto de los mitos ya propuestos por el DPR. El concepto neorromántico de la *Volksgemeinschaft* respondía a un principio de superación del conflicto social, a una forma de integración que combinaba elementos de pertenencia

igualitaria con el reconocimiento de las diferencias de mérito. Era una forma de proporcionar una cohesión alternativa a la democracia, que veía en los conflictos de clase una patología inducida por agentes infecciosos, por elementos que nada tenían que ver con la cultura alemana. Los aspectos de seguridad que ofrecía a una sociedad en crisis se acompañaban de sus factores movilizadores en el campo de la identidad: esa mezcla de materiales excitantes y tranquilizadores hacía del mito de la *Volksgemeinschaft* el espacio de pruebas para un tráfico de estupefacientes ideológico, que alternaba los estados de agresividad con la somnolencia, de la misma forma que combinaba las impresiones de soledad amenazada con una ansiosa búsqueda de una cobertura comunitaria. En las condiciones de la crisis, estos aspectos resultaban atractivos para un sector poco propicio a las respuestas democráticas, un sector cuya educación sentimental se había producido bajo el nacionalsocialismo y que hallaba aún poderosos yacimientos autoritarios en la profundidad de su conciencia. Por otro lado, unos elementos simbólicos tan familiares y poderosos podían llegar a quienes habían sido marginados del crecimiento económico o se sentían en peligro: los estudios sobre el voto nacionaldemócrata han detectado que el partido llegó a tener más influencia entre quienes temían el desempleo y la degradación social que entre los parados. La interrupción de expectativas abiertas en la era Adenauer podía entenderse como la corroboración de la ineficacia de la democracia parlamentaria, cuando la clase media promocionada en los años cincuenta interpretaba la crisis como el final de un sueño de promoción. La respuesta podía buscar acomodo en propuestas

de un liberalismo social conservador, opuesto a las ventajas que proporcionaba el neocorporativismo a los sindicatos.

El mito de la Comunidad Popular permitía pensar en una generalización de los problemas que atravesaba el país sin proporcionar recursos especiales a sector alguno y, en especial, a los que representaba el sindicalismo de clase. Esa identidad podía encontrar significados más inmediatos en el reconocimiento de los trabajadores inmigrados como ajenos a la comunidad nacional cuya competencia arrebataba el lugar adquirido por cada uno de los alemanes, y con lo que se contaminaba la comunidad en su conjunto. La xenofobia partía, así, de una experiencia individual convertida en un principio que pudiera compartirse, legitimado por el discurso nacionalista. El mito de la *Volksgemeinschaft* disponía, además, de una crítica al tipo de democracia que se vivía en el país, más relacionada con el poder de los partidos y el parlamentarismo que con la voluntad directa del pueblo. El NPD, y en especial el teórico de la *Volksdemokratie*, Ernst Anrich, se cuidó siempre de manifestar su respeto al sistema político alemán, pero aprovechó el desconcierto creado por la Gran Coalición para plantear una rectificación: quería conseguir una democracia que fuera más auténtica, más popular, más alemana. El nacionalismo adquiría así su aspecto populista, más allá de sus rasgos sociales, proteccionistas, antisindicalistas, en la defensa de una forma de representación próxima al presidencialismo plebiscitario, viendo esta intervención popular ante los problemas concretos como una capacidad de decisión que las democracias parlamentarias dejaban en manos de los partidos, alejándolos de la voluntad popular. En etapas posteriores, el populismo autoritario pasaría a otorgar especiales ventajas a la extrema

derecha; algunos de los puntos nucleares de su éxito tuvieron lugar en Francia, en Austria o en Italia. Sin embargo, el NPD no avanzó lo bastante en este factor —al no haberse alcanzado el grado de descrédito que tenían los sistemas representativos en los años ochenta y noventa. Por otro lado, la insistencia en la crítica a la democracia podía poner en peligro la legalidad del movimiento, y podía ser malinterpretada por una parte de la sociedad alemana, que sospechaba de un populismo —curiosamente— demasiado demócrata. No olvidemos que, para un sector muy amplio de la opinión conservadora, la tragedia nazi derivaba precisamente del carácter de masas del movimiento y de los recursos de expresión popular proporcionados por el nacionalsocialismo.

A todas esas cuestiones, el NPD añadió su presentación como un partido de orden, al cuidado de quienes se sentían inseguros por la modernización económica y por la agitación de la Oposición Extraparlamentaria. La forma de canalizar un descontento que se diferenciara de los rituales de la extrema izquierda podía realizarse ahora en una Oposición Nacional, que asumía el respeto a la legalidad —al contrario de lo que hacía la agitación izquierdista, explícitamente dispuesta a superarla—, y tranquilizaba así a todos aquellos que habían votado hasta entonces en contra de las aventuras políticas. Sin embargo, ofrecía la posibilidad de encauzar una protesta que exigía la rectificación del sistema hacia una tendencia autoritaria, que profundizara en la salvación de los valores familiares amenazados y que reivindicara el orgullo de ser alemán en un diferencialismo cultural que incluía la democracia restringida. Los principales éxitos del NPD se produjeron en el momento en que la movilización estudiantil alcanzó

mayores índices de visibilidad y de denuncia de la sociedad alemana en su conjunto, incluidas las críticas al desarrollo histórico del país que parecían sacadas de las referencias aliadas a la «desviación» del carácter alemán. El orden público tenía un sentido más extenso, al establecer también el rechazo de la impregnación de la cultura alemana con fenómenos externos que la envilecían. La crítica a la pérdida de las «buenas costumbres», de la «salubridad sexual», del sentido de la autoridad, del valor de la familia, podían sumarse a la defensa de la reinstalación de una cultura nacional alemana que resistiera el proceso de contaminación acelerado que había supuesto el consumo de masas, los nuevos medios de comunicación, los códigos estéticos, la selección de criterios artísticos y la comprensión de la cultura como un proceso abierto más que como un fluido subterráneo, resguardado y permanente.

Todos estos factores encontraban un espacio simbólico de gran poder de seducción para una parte muy importante de la población nacida antes de 1920: el revisionismo histórico, una reivindicación del papel desempeñado por Alemania en la guerra mundial que no hacía hincapié en la temática del exterminio, sino en la culpabilidad del país en el estallido de la contienda y en el carácter honorable de su combate. La mayor parte de los cuadros del NPD habían nacido en los años previos o iniciales de Weimar. Lo mismo sucedía, sin embargo, con la mayor parte de la población alemana. En 1968, cuando el NPD consiguió sus resultados más espectaculares, el grueso de los electores alemanes —el voto podía ejercerse a partir de los 21 años— habían constituido su personalidad en la crisis de la primera democracia alemana y en las vicisitudes del nazismo. El rechazo que podía

experimentarse ante los resultados del Tercer Reich era lo suficientemente poderoso como para que el NPD no se presentara como una reincidencia de aquel episodio —de la misma forma que sus adversarios políticos reducían la función del NPD a esa tarea—. Sin embargo, el rechazo a los horrores del nazismo se combinaba con la exigencia del respeto a la honestidad de los soldados alemanes, a la justicia de algunos de sus combates —como el realizado contra el comunismo— y a la negativa a aceptar la responsabilidad de Alemania en el estallido de una guerra que llevó a su destrucción. En la memoria de millones de ciudadanos nacidos entre 1905 y 1925, cuya experiencia formativa se vinculaba a la guerra mundial, la defensa del honor alemán aparecía ahora con especial vigor, una vez superada una larga etapa de silencio.

El NPD pudo crear una plataforma de síntesis de las diversas resistencias de la tendencia nacionalista en un movimiento que estaba lejos de ser un *single issue party*, aunque el factor de la identidad alemana pareciera absorber en su fuerza simbólica el resto de los elementos de convocatoria. A la luz de las experiencias fallidas de la década anterior, el NPD tenía que presentar a la población la oferta de una fuerza política que desbordara los límites de un movimiento de protesta. Deseaba representar una opinión que había perdido otros vehículos de representación, mantenerla en un espacio consolidado y utilizar esa base como elemento de negociación para acceder a zonas del poder. La estrategia consistía en no dejar a los democristianos más salidas que la Gran Coalición con el SPD o la Coalición Nacional con el NPD, y cancelar cualquier posibilidad de que los sectores que se aproximaban a la extrema derecha pudieran regresar a

los espacios liberal o democristiano. Tal estrategia solamente podía verificarse haciendo del voto al NPD un voto útil, un voto para ejercer la rectificación de la gestión del gobierno, para garantizar el giro a las posiciones nacional-conservadoras de una nueva mayoría parlamentaria. La formulación de un voto de protesta se agotaría en su simple expresión coyuntural, en la obtención de cambios gubernamentales que resultaran gratificantes para los electores sin necesidad de mantener el espacio nacionaldemócrata permanentemente. El riesgo de convertir la ocasión propicia en un instante pasajero que cumpliera la función de hacer una solemne advertencia ideológica, un brusco toque de atención a los partidos mayoritarios de la derecha, llevaba a los cuadros del NPD a reiterar la necesidad de fijar la organización, mantener la difusión de la prensa, sostener un perfil diferenciado; en definitiva, tender las condiciones para que el movimiento superara la prueba de una mera reacción ante circunstancias adversas, para convertirse en una permanencia cultural, una presencia indefinida en el panorama social alemán, como única garantía para mantener los ideales del nacionalismo radical, pero también como la forma más sensata de evitar el desplazamiento de liberales o democristianos a zonas que sus propios electores consideraban indeseables.

A partir de 1966, los resultados regionales en Hesse o Baviera empezaron a alarmar a la opinión pública, que aceptó el carácter nacional de la irrupción de la extrema derecha, antes reducida a algunas zonas como Baja Sajonia. La campaña de desprestigio que se lanzó desde el sector más amenazado por su crecimiento, que era la propia democracia cristiana, fue capaz de romper el equilibrio interno de fuerzas del NPD y, tras los

alentadores resultados de finales de 1966, provocar la rectificación de las encuestas. Es posible que el temor social creado por las mismas prospecciones de voto, que indicaban la posibilidad de que el partido llegara a rebasar el 20 por ciento en zonas como Bremen, Schleswig-Holstein o Renania-Westfalia, aconsejaran a muchos votantes desistir de su primera intención de efectuar un voto lanzado a la derecha de la coalición. La misma tensión creada por las declaraciones de los dirigentes democristianos, en las que señalaban que nunca pactarían con el NPD, y la atmósfera de aislamiento creado por la prensa acentuó las querellas internas del partido, que nunca había conseguido sintetizar de forma satisfactoria las posiciones de los conservadores procedentes del Partido Alemán o la Liga de Refugiados y las actitudes de quienes procedían del SRP o del DRP. Desde luego, en este aspecto hubo tantas cuestiones personales y rivalidades burocráticas como cuestiones de principio, y las mismas expectativas de alcanzar una cierta relevancia las acentuaban, al promover las ambiciones de quienes querían hacerse con la organización. El enfrentamiento entre el sector más leal a Fritz Thielen y el que seguía a Adolf von Thadden, que llegó a llevarse a los tribunales, acabó dando una impresión de desorden interno que difícilmente podía combinarse con las exigencias de cohesión social que se proponían al país. Aunque la Convención de Frankfurt de marzo de 1967 dio la victoria a Von Thadden, el daño estaba hecho. En las elecciones regionales de ese año, los resultados del partido no solo se situaron por debajo de las expectativas iniciales, sino que la CDU-CSU fue capaz de incrementar su apoyo. El voto al NPD, que consiguió el 5,8 por ciento en Schleswig-Holstein —cuando se esperaba

superar el 20—, el 7 por ciento en Renania-Westfalia o el 7 por ciento en Baja Sajonia eran un éxito si consideramos la entrada en los parlamentos regionales, pero tenían el sabor del fracaso cuando se considera el resultado obtenido por la suma de todos los grupos que decían haberse integrado en el nuevo partido. En Baja Sajonia, por ejemplo, la alianza entre el Partido Alemán y la BHE había pasado del 20 por ciento de los votos y el DRP en solitario había llegado casi al 4 por ciento. En tales condiciones, los resultados de la primavera de 1967 fueron ostentosos por la publicidad que dieron al partido y por su inclusión en la escena parlamentaria, pero indicaron las dificultades de su futuro. El ritmo solo varió entre los años 1967 y 1968, cuando se consiguió crecer en Bremen y, sobre todo, cuando en las últimas elecciones regionales, las de abril de 1968 en BadenWürttemberg, se rozó el 10 por ciento de los votos, con lo que situaron a doce diputados en el parlamento regional. El resultado de este *Land* correspondía claramente a la movilización del electorado conservador contra las actividades de la extrema izquierda, en un lugar donde existían universidades tan importantes como la de Heidelberg, Friburgo y Tubinga. El Partido Nacionaldemócrata trató de presentar el resultado del *Land* como la culminación de un proceso de crecimiento que continuaría de forma imparable, pero eso no correspondía a la realidad, ni siquiera en las condiciones de unos meses más tarde. Nunca sabremos lo que habría ocurrido de haberse celebrado elecciones generales en el mismo 1968, pero la desgraciada realidad para el NPD fue que estas no tenían que llevarse a cabo hasta el otoño de 1969. Tuvieron lugar, por consiguiente, cuando el impulso de la protesta social se había agotado, cuando la recesión

económica había conseguido superarse visiblemente y cuando ya no se vivía bajo el impacto del miedo a la crisis.

La campaña realizada por la CDU-CSU en el verano de 1969 se hizo con especial crudeza contra la extrema derecha; advertía del riesgo de dar al mundo la imagen de una Alemania donde el neofascismo volvía a tener un espacio visible. De hecho, tras las elecciones regionales de 1966, la prensa alemana había acentuado el impacto negativo que había tenido el crecimiento del NPD en la opinión pública exterior. La posición de firmeza de la CDU-CSU, que planteaba una alianza de todas las fuerzas democráticas en caso de que el NPD llegara al Parlamento, fue acompañada de la intervención del propio presidente de la República, Gustav Heinemann, quien quiso dirigirse a los alemanes para recordarles los riesgos de un voto extremista. El 28 de septiembre, al NPD le faltaron solo 200.000 votos para convertir la protesta de los años sesenta en una plataforma política de masas para la década siguiente. Con más de 1.400.000 sufragios, el 4,3 por ciento era insuficiente para entrar en el Bundestag. El arañazo al voto de la CDU-CSU había sido escaso —la pérdida era inferior a un 1 por ciento—, pero suficiente para hacer que el bloque democristiano abandonara el gobierno por primera vez desde la fundación de la república. Lejos de continuar su crecimiento, el Partido Nacionaldemócrata ni siquiera fue capaz de mantener sus resultados regionales, y perdió más de una cuarta parte de los votos que había obtenido en cada uno de los *Lander* en años anteriores. Para desgracia del NPD, la combinación entre su fracaso, la obtención de un resultado electoral no desdeñable y la caída del poder de la democracia cristiana fue un cóctel

letal. El voto nacionaldemócrata resultaba inútil en aquellos momentos, ya que se convertía en lo que no deseaba ser: un voto de protesta provisional. Además, había resultado eficaz tan solo para dar la cancillería a la izquierda. Al convertir al bloque democristiano en el grupo de la oposición de derecha en el Parlamento, gracias a la coalición de liberales y socialdemócratas, el resultado de las elecciones de 1969 proporcionaba a la CDU-CSU su carácter de referencia para los electores de la derecha nacional que desearan desplazar al SPD de la cancillería. Como pudo observarse casi inmediatamente, tales condiciones convirtieron al poderoso NPD en una organización grupuscular, mientras su electorado se volvía hacia aquella opción que volvía a presentarse, a la manera de los años cincuenta, como el único voto posible contra la izquierda.

Ninguna de las acciones del gobierno de Brandt-Scheell, incluida la normalización de relaciones con la RDA; ninguna de las condiciones de crisis social, como la que siguió a la gran depresión de 1973, volvieron a dar una oportunidad al NPD, cuyo fracaso lo sumergió en una crisis de identidad de la que salió convertido en un grupo tanto más radicalizado cuanta menor era su capacidad de representación. El NPD se vació de ideas en cuanto la CDU-CSU pasó a ejercer su papel de oposición nacional. La superioridad técnica de sus cuadros fue abrumadora para electores que deseaban eficacia, además de retórica. En las elecciones generales de 1972, que tuvieron una participación superior al 90 por ciento, el NPD se hundió en el peor resultado de la extrema derecha de la posguerra: el 0,6 por ciento. Con la fuerza que tienen los factores simbólicos en un movimiento de estas características, puede contemplarse la caída de Von Thadden, que tuvo que

dimitir de presidente del partido en 1971, y que acabaría abandonándolo cuatro años más tarde. A partir del fracaso electoral de 1972, la estrategia de *Nationalesammlung* se enterraba; se mantuvo a la sombra de un régimen tripartito que solo se alteraría con la irrupción del movimiento ecologista en 1983. El NPD iría perdiendo su representación en los parlamentos regionales entre 1970 y 1972, aunque en un primer momento sus resultados permitieron alentar alguna esperanza, como el 3 por ciento de Baviera, en Hesse y en Baja Sajonia en 1970, o el 2,7 en Renania-Palatinado y Bremen en 1971. A continuación, el partido iría adquiriendo su condición de pequeño círculo extremista reducido a los impulsos de algún acontecimiento o prestigio municipal: en 1980, los concejales nacionaldemócratas no llegaban a la docena, cuando en 1971, incluso después de la catástrofe de las legislativas, se acercaban al medio millar. Los 30.000 militantes de 1969 volvían a ser, diez años más tarde, los 8.000 con los que había contado el DRP en sus mejores tiempos. La falta de proporción entre la caída de votos y el descenso en el número de militantes subraya el carácter del partido después de la derrota, su alejamiento de una base electoral más allá de los círculos próximos a los afiliados, algo que marca la diferencia entre un partido parlamentario normalizado y una organización radical. En 1969 se había interrumpido una estrategia útil para el nacionalismo radical alemán. En 1972 se determinó un nuevo carácter para la extrema derecha, del que solo conseguiría salir en la década de los ochenta, aunque ello implicara la superación de los esquemas del NPD y su sustitución por un movimiento nacional-populista de calidad diferenciada.[6]

SEGUNDA PARTE

TAMBIÉN LOS ENANOS EMPEZARON PEQUEÑOS (1972-2004)

LA CRISIS DEL *MODELL DEUTSCHLAND* Y LAS OPCIONES DE LA EXTREMA DERECHA

4. LAS AMARGAS LÁGRIMAS DE PETRA VON KANT, 1969-1982

La relativa marginación de la extrema derecha en la era socialdemócrata

El proceso de constitución de un *Rassemblement* de la oposición nacional a través del NPD se estrelló contra los mecanismos electorales que dificultaban el acceso al Bundestag de los pequeños partidos. Tratándose de una organización basada en las convicciones más que en un programa y de acuerdo con una larga trayectoria de exclusión institucional vivida a lo largo de los años cincuenta, puede sorprender que el tropiezo electoral supusiera el factor determinante de la caída. La modificación estratégica introducida por Von Thadden no solo había permitido conseguir éxitos en las elecciones locales y regionales, sino que había marcado una línea de hegemonía del nacional-populismo conservador frente a los sectores de activistas revolucionarios; había establecido la preeminencia de la alianza con Occidente frente a las actitudes de los neutralistas, y había conseguido generar un impulso de unificación al margen del poder de atracción de la Democracia Cristiana, que hasta aquel momento había ido asimilando las diversas expresiones de la derecha radical en el país. Todos estos esfuerzos habían desembocado en una frustración electoral importante, aun cuando su gravedad debía medirse de acuerdo con las expectativas, y, sobre todo,

señalaban la diferencia entre la presencia en el Parlamento federal o la exclusión del mismo, un factor decisivo a la hora de negociar situaciones de privilegio con el bloque democristiano o de forzar el giro de este hacia una nueva Gran Coalición, que habría dejado abierto el espacio de la derecha para el NPD. Las circunstancias electorales tuvieron un efecto devastador en esas condiciones psicológicas, ya que aparecían, al mismo tiempo, como una interrupción brusca después de un lento proceso de sedimentación que se había acelerado en los triunfos regionales de 1966-1968. El millón y medio de votos alcanzados, a lo que venía a sumarse la disposición de una fuerza representativa local y regional permitían ciertos márgenes para la complacencia. El NPD era, en la jornada adversa de 1969, un enemigo del sistema aún en orden de batalla, no en una desordenada huida o en una rendición incondicional ante el poder del régimen. La posición de Adolf von Thadden era, precisamente, la de mantener esa obtención de espacios institucionales como un lugar desde el que proponer una nueva alternativa de oposición nacional, aunque ello pudiera suponer hallar un nombre distinto para el partido, desacreditado por la derrota de 1969, por algunos actos de violencia cometidos en su nombre y por la campaña desatada desde las instituciones y los medios de comunicación de masas. La existencia de una masa crítica tan notable permitía considerar algunos ajustes con que afrontar la siguiente década, con el ánimo puesto en los éxitos de los neofascistas italianos del MSI, que estaban a punto de obtener su mejor resultado electoral, o advirtiendo cómo se iban abriendo paso actitudes de rechazo de la fiscalidad contra los pequeños empresarios en los países nórdicos. La percepción de un cambio de circunstancias que habría de

aprovecharse partiendo de la plataforma ya existente correspondía al mérito de un estratega nada mediocre, como Von Thadden, que supo entender la persistencia de un espacio que debía cubrir la oposición nacional.

Sin embargo, las condiciones mismas en que se había producido la derrota del NPD habían provocado una amargura mayor en el conjunto de la derecha. Muchos de sus votantes debieron de pensar que habían arrojado el voto a la papelera, ya que ni el nuevo partido conseguía entrar en el Bundestag ni el bloque democristiano se mantenía en el poder. El paso de la derecha a la oposición por primera vez desde la fundación de la República Federal otorgaba al millón y medio de votos un peso decisivo para la derrota, no para la esperanza de futuro. La existencia de un gobierno dirigido por Willy Brandt, que había manifestado su voluntad de resolver la cuestión alemana con un acuerdo con Polonia, la URSS y la propia República Democrática, parecía ser el resultado de la posibilidad ofrecida por la derrota de la derecha en las urnas, que no se había producido en rigurosos términos numéricos, sino por la desgraciada inoperancia del 4,3 por ciento obtenido por el NPD. Por muchos esfuerzos de propaganda que pudieran hacerse, el millón y medio de votos podía aparecer como una resta, nunca como el principio de una agregación. Al considerarse socialmente de esta forma, el asunto repercutió profundamente en la conciencia de los militantes y los electores más próximos, capaces de ser permeables a lo que la sociedad les reprochaba. Y, al sacar las consecuencias necesarias, el proyecto de constitución de una derecha nacional que pudiera condicionar las actitudes de la CDU-CSU se venía

abajo, tras la larga marcha realizada por sus porteadores desde la constitución misma del DRP en 1950.

La sombra del pasado es alargada

How broad-minded were Nature and my Parents
in appointing to My personal City
exactly the sort of Censor I would have
Myself elected.
Who bans from recall any painful image:
foul behaviour, wether by Myself or Others,
days of dejection, breakages, por cocking,
are suppresed promptly.
I do wish, tough, They had assigned Me a less hostile
Public Prosecutor, Who in the early morning
cross —questions Me with unrelenting venom
about My future—

W. H. AUDEN
«A Contrast»

En los siguientes años, el NPD fue perdiendo su representación en los parlamentos regionales y, como sucede en los partidos que realizan su actividad fuera de las responsabilidades de gobierno o de oposición institucional, los elementos más radicales actuaron como un aislante que parecía remediar los problemas del NPD por la vía de evitar su contaminación cultural por la derecha liberal. Quienes habían estado en un segundo plano en la fase de expansión protagonizada por los más pragmáticos, pudieron acusar a estos de haber llevar al NPD a una situación de dependencia ideológica que ni siquiera se había premiado con la integración en la responsabilidad gubernamental. A su vez, esta importancia cada vez mayor de un debate interno, esta dimensión gigantesca de la propia vida orgánica fue haciendo que la autonomía del partido acabara en la autarquía y, finalmente, en el autismo, lanzando propuestas que solamente podían alcanzar a quienes ya estaban convencidos de la certeza de lo que decía la propaganda y de que solamente el NPD podría alcanzar tales objetivos.[1]

Los intentos de aproximarse a los segmentos sociales de cultura nacionalista se realizaron siempre sin tener en cuenta un factor esencial en la dinámica política de aquel momento: el paso de la CDU-CSU a la oposición y, por consiguiente, el privilegio adquirido por el bloque democristiano de ser un partido de la protesta nacional contra la *Ostpolitik*, mientras podía hacerse visible en su condición de alternativa de poder frente al gobierno de Brandt. Las deserciones de diputados de la derecha del FDP hacia la CDU y el voto de censura contra Brandt, que podía haber derribado al canciller y colocar en su sitio al dirigente democristiano Rainer

Barzel, podían indicar el activo de que disponían los antiguos gestores de la RFA para actuar como un movimiento de oposición capaz de ser, además, un gobierno a corto plazo. Esta percepción fue vaciando los recursos electorales del NPD, que se entregaban a quienes realmente podían desplazar a la coalición social-liberal de la cancillería, lo que provocó el incremento de las actitudes más sectarias en el seno de la extrema derecha. El intento nacionaldemócrata de centrar sus actividades en los grupos de refugiados no tuvo éxito ya que coincidió con la campaña agresiva que estaban haciendo los democristianos en ese mismo momento. El NPD trató de impregnar a la sociedad alemana de una atmósfera de *resistencia* a los propósitos de la coalición social-liberal; llegó a crear una organización ciudadana, *Aktion Widerstand* —Acción de Resistencia—, a la que se sumarían minúsculas organizaciones nacionalistas radicales que agrupaban a algunas docenas de miembros, pero que eran capaces de promover ruidosas acciones callejeras, como la jornada de Wünzburg a finales de octubre de 1970. Tales acciones solo conseguían provocar el pánico de la gente de orden que había optado por el NPD en los años sesenta, sin conseguir crear un espacio alternativo. De hecho, implicaban la renuncia a mantener la necesaria dualidad que siempre ha acompañado a los movimientos radicales en uno y otro espacio del espectro político de la posguerra: la capacidad de presentarse con una fuerte identidad ideológica o mítica, capaz de agrupar al círculo de los creyentes y mantenerlos fijados a la lealtad a las consignas genéricas del partido como área o movimiento, mientras se dispone de la flexibilidad suficiente para ganar espacios pragmáticos de compromiso, que permitan llegar a sectores no tan

concienciados, cuya opción en favor de una propuesta radical obedece a circunstancias a corto plazo y se alejan de la misma en cuanto la coyuntura cambia o se demuestra que el partido no es capaz de realizar una presión útil a corto plazo. Mientras el perfil del militante más ideológico, más atento a las convicciones íntimas de esta corriente alternativa, puede permanecer impávido ante los fracasos electorales —especialmente porque tiene claro que su reino no es de este mundo—, los sectores que se alejan más del centro magnético de la propuesta, pero que pueden sentir ciertas simpatías por la misma, siempre aguardan algún tipo de retribución representativa, porque consideran que el partido al que han votado tiene que disponer de una capacidad de influencia inmediata.

De esta forma, el Partido Nacionaldemócrata había perdido su prestancia de partido de la gestión para ir adquiriendo las formalidades de un grupo de agitación. Esa opción del NPD, con el triunfo en su interior de los sectores más inmovilistas y el desplazamiento de Von Thadden, se completó con la salida de quienes se sintieron ya autorizados por el fracaso de la línea nacional-conservadora para diseñar una estrategia radicalizada. Von Thadden cayó en el Congreso de Holzminden en 1971, al haberse demostrado incapaz de hacer de la campaña de resistencia la base de una movilización de millones de alemanes descontentos por la política exterior. Era difícil que así ocurriera, considerando que el espacio que se pretendía ocupar lo llenaba con mucha mayor credibilidad la CDU-CSU, que afirmaba sus tesis más conservadoras y nacionalalemanas una vez apartada de las concesiones hechas a la coalición con los liberales. El estudio de la dinámica de los partidos en su conjunto resulta de utilidad, precisamente,

para comprender la forma en que se producen estas aparentes avalanchas sin sentido, seguidas de una caída no menos carente de significado. Lo que existe es una base social potencial permanente, que puede entregarse a la utilidad del voto a una fuerza política. Ello permite entender que quienes votaron por el NPD en las elecciones regionales de los años 1966, 1969 y en las elecciones al Parlamento federal de este último año no vieran la necesidad de hacerlo después, cuando la oposición a la política exterior de Brandt estaba mejor representada por las actitudes democristianas, que tenían el valor añadido de ser una verdadera alternativa de poder. En el sistema electoral alemán, donde un puñado de votos podía determinar —como se vio en 1969— la formación de una u otra mayoría parlamentaria, los electores ejercen ese derecho con un pragmatismo que puede resultar aterrador para los doctrinarios, pero comprensible para quienes desean soluciones quizá no tan integrales, pero más realizables a corto plazo.

La entrega de la dirección a un burócrata gris como Martin Mussgnug era contemplada por Von Thadden como la posibilidad de un retorno cuando las aguas se calmaran, para propiciar un movimiento similar al que se había producido en el DRP a comienzos de la década anterior. Si tratamos de entender la posición de quienes le apoyaban, las cosas estaban bastante claras: la inmensa paciencia de Von Thadden y sus adeptos había permitido un milagro como el del NPD, que había tardado en producirse el tiempo que separa la fundación de la república de 1966, es decir, diecisiete años. Acostumbrado a esperar circunstancias más favorables y a recelar de las actitudes de impaciencia que conducían a la nulidad política, como ya se había experimentado con las fuerzas más ortodoxas en los años cincuenta y

sesenta, Von Thadden podía pensar que lo que se había producido en 1969 había sido una catástrofe relativa, cuya explicación fundamental estaba en el paso de la CDU a la oposición y en el cambio de política de alianzas del FDP. Precisamente esta nueva actitud de los liberales podía abrir expectativas a la formación de una coalición nacionalista-democristiana a medio plazo. El desánimo que cundió entre sus compañeros difícilmente podía alcanzar a alguien que se había formado en esperas tan persistentes. Y, de hecho, su estrategia de permanecer en la esfera de las propuestas de una Oposición Nacional que nunca rompiera los puentes con la idea de formación de la Gran Derecha parece hoy adecuada. Basta con imaginar lo que podría haber ocurrido si, en las elecciones de 1969, los nacionaldemócratas hubieran llegado a colocar su representación en el Parlamento, y esta hubiera sido indispensable para formar una mayoría conservadora. O, en una perspectiva de futuro, lo que podría haberse dado en el caso de una consolidación del voto regional del NPD, que llegara a ser indispensable para gobernar algún *Land* en compañía de los democristianos, como operación de calentamiento destinada a hacer digerible a gran parte de la sociedad alemana un pacto entre ambas fuerzas, alternativo a la coalición de socialdemócratas y liberales. El problema es que Von Thadden no dispuso de la paciencia y la visión de futuro de sus seguidores. De haberse realizado de esta forma, tal vez habrían sido mayores las perspectivas de la extrema derecha alemana cuando llegó la situación favorable de mediados de los años ochenta. La travesía del desierto del Frente Nacional francés puede indicarnos hasta qué punto las cosas pueden cambiar con la llegada de circunstancias radicalmente nuevas, como son las

que acompañan la gran transformación social y cultural de los años ochenta. ¿O es que alguien podía dar a Le Pen, que no pudo reunir el número de firmas necesarias para las presidenciales de 1981, la esperanza de que, solo tres años más tarde, su partido colocaría una decena de diputados en el Parlamento europeo? Este ejemplo nos sirve para mostrar cómo se premian la paciencia y la capacidad para mantener un símbolo de oposición unificado, reducido en sus medios pero tenaz en su actitud, dispuesto a aprovechar los cambios que se producen en las demandas sociales. Al provocar un estallido controlado, la inmovilidad y la exaltación de los sectores escisionistas liquidaron las posibilidades nacionaldemócratas y Von Thadden decidió abandonar la política en 1975. El NPD se mantuvo en unas condiciones precarias, que permitían alimentar a una pequeña burocracia de fieles, con una militancia que descendió por debajo de las 3.000 personas y que se enfrentó a sucesivos desastres electorales: el 0,6 en las elecciones generales de 1976, el 0,3 en las de 1980. El programa del partido fue inclinándose muy pronto hacia posiciones nacional-conservadoras que apenas permitían diferenciarlo del resto de la derecha, salvo en el disgusto que producían algunas referencias a la experiencia nazi en sus ambientes locales o el prestigio de que disponía aquel episodio en sus sectores juveniles. Estos fueron, con todo, los únicos que mostraron cierto dinamismo, que se agrandó con la pérdida de peso de las edades medias del partido, de los gestores experimentados, de quienes estaban acostumbrados a tener que responder ante sus electores.

El peso relativo de los Jóvenes Nacionaldemócratas en el conjunto de la organización que disminuía ayudó a que este fenómeno se agravara, e hizo

que la imagen del NPD se asociara a la que poseían grupos marginales que, sin recurrir a la violencia, se mantenían en una retórica hueca carente de la capacidad de los compromisos necesarios para llegar al poder, y sin los medios para establecer un área autónoma poderosa, condicionante, como logró hacer el Frente Nacional francés en los años noventa. La tarea de los JN, en especial durante el liderazgo del futuro jefe del NPD Günter Deckert, fue la de presentarse como el ala radical del partido y actuar como un grupo de presión interna que intentaba desplazarlo hacia posiciones revolucionarias. Nada tenía que ver esta actitud con quienes habían votado por el NPD en los momentos de su máxima expansión, y muy poco con lo que quedaba en la militancia de mayor edad. En la segunda mitad de los años setenta, el NPD creyó que podría aprovecharse de lo que las encuestas del país señalaban: el desagrado por un exceso de población extranjera. El tema de la inmigración y la petición de la reforma de la cláusula de asilo en la Ley Fundamental se convirtieron en el aspecto cada vez más visible de la política del movimiento nacionalista, aunque esta tarea se realizaba antes de tiempo: la disposición de las personas encuestadas a responder que había demasiados turcos, españoles o yugoslavos en Alemania no se trasladaba, directamente, a un avance significativo de un partido que se identificara con este tema. Ni siquiera los momentos de crecimiento del desempleo que siguieron a la crisis de 1973 o la aceleración de la inflación en la segunda mitad de la década pudieron atraer a un votante que identificara sus problemas con la presencia de la mano de obra inmigrada. La xenofobia solo actúa electoralmente cuando deja de ser una molestia vivida personalmente para considerarse una amenaza colectiva, experimentada

como algo que todo el mundo siente. Los más de dos millones y medio de *Gastarbeiter* no eran un problema en la medida en que la protección social del desempleo por la socialdemocracia fuera tan potente como para evitar situaciones de marginalidad o pérdidas de posición de las que se pudiera acusar a los competidores. La construcción de viviendas baratas como parte del programa del gobierno impidió que este tema pudiera convertirse, como lo hizo luego, en un factor vivido angustiosamente y de forma más tajante: quedarse sin empleo, sin hogar y sin protección del Estado. La extrema derecha volvió a ser víctima de la seguridad en que vivía el país y sus reclamaciones solamente alcanzaron, antes de mediados de la década de los ochenta, a ciertos núcleos marginales. Intentos de movilizar a la ciudadanía como el *Bürgerinitiative Ausländerstopp* —Iniciativa Ciudadana para Frenar a los Extranjeros—, puestos en marcha en 1981, lograron incrementar ligeramente el apoyo del NPD, que superó los 90.000 votos en 1983, aunque mantenía el porcentaje en un 0,2 por ciento. La campaña se amplió al combate contra las instituciones europeas y los riesgos para la soberanía nacional, algo que concedió algún rédito más en los comicios para el Parlamento de Estrasburgo, aunque ese voto tenía en aquellos momentos un carácter secundario muy favorable a los movimientos de protesta. Al llegar el fin de la gestión del centro izquierda, el NPD se había convertido en una anécdota en el paisaje político alemán. Ello no se debía a la inmovilidad del sistema, al reparto petrificado de los votos entre los tres bloques establecidos como camino exclusivo de representación.[2] Precisamente en aquel momento, el movimiento de *Die Grünen* estaba mostrando una gran capacidad para actuar en la sociedad y en las

instituciones, con un discurso transversal que giraba en torno a los temas de la paz, la protección ambiental y la calidad de vida de los ciudadanos. Surgido como un *single issue party*, los Verdes fueron matizando sus posiciones hasta hacerse el receptáculo de los descontentos de diversas procedencias y supieron expresar la deslegitimación de la política tal y como se había organizado hasta aquellos momentos. Hasta algo más tarde, y de manera mucho más intermitente, la extrema derecha alemana no fue capaz de hacer algo semejante, cuando las condiciones de la sociedad lo iban requiriendo. En 1983, los Verdes fueron capaces de romper la barrera del 5 por ciento que protegía las viejas normas de representación; se instaló como grupo parlamentario y como un potente movimiento social, que agrupaba los fragmentos dispersos de la izquierda —tras los compromisos de la gestión socialdemócrata— y manifestaba la desazón de una parte de la población por el riesgo que afectaba a todos, fuera cual fuera su posición social. A su manera, el movimiento ecologista pasaba a configurarse como parte del paisaje posmoderno, desdeñoso de las formas de representación que se consideraban caducas, y que ofrecía un espacio para sectores alternativos que iban sintiendo la necesidad de alcanzar compromisos de gobierno. En cierta manera, los Verdes indicaban un camino a sus enemigos de la extrema derecha, que solo podía ser el de aparecer como una fórmula experimentada en la sociedad antes de ser ratificada en un proceso electoral.

Los sectores que podían darse por aludidos estaban ocupados, sin embargo, en el encuentro de una identidad desarmada por el fracaso de la estrategia nacional-conservadora de Von Thadden. El inmovilismo del NPD a la espera de la llegada de tiempos mejores era una posibilidad, pero otros

sectores se mostraron menos pacientes, y desertaron hacia la formación de pequeños grupos cuya intención ya no era la de plantear una vía parlamentaria, destinada a la sectarización o a la satelización, sino un camino que llevara a la clarificación cultural del territorio nacional-popular. Sin plantearse ninguna concesión a las necesidades de quienes no eran militantes convencidos, esta actitud condujo a la dispersión del campo nacionalista en una miríada de organizaciones que, en otras culturas más atentas a las necesidades de representación, se habrían encontrado en el mismo partido. En 1972, el dirigente bávaro del NPD Siegfried Pöhlmann se separó del partido para constituir una organización nacional-revolucionaria, *Aktion Neue Rechte* —Acción Nueva Derecha—, que en principio tuvo el apoyo de jóvenes despreocupados por las opciones políticas inmediatas, e interesados en el desarrollo de una cultura nacionalista alternativa a los valores de la sociedad liberal. El radicalismo antipolítico de este sector acabó rompiendo la pequeña organización, de la que se marcharon quienes se sentían más a gusto en las inspiraciones metapolíticas del GRECE francés. Nuevos líderes como Henning Eichberg o Lothar Penz plantearon la necesidad de una lucha transversal de los sectores opuestos al sistema y más atentos al reclamo de un referente comunitarista. Para personas como Eichberg, esta posición hallaba su mejor refugio en el encuentro con corrientes nacionalrevolucionarias muchas veces vinculadas a los movimientos de liberación del Tercer Mundo, a los grupos secesionistas existentes en algunos países de Europa o a los sectores de maoístas desengañados, a los que se podía llegar con un discurso nacional-populista y antisoviético. Por su lado, personajes como Lothar

Penz contemplaban mayores posibilidades en la superación de los criterios nacionalistas clásicos. Sus reflexiones llevaban a una actualización de su discurso que actuara con la voluntad de congruencia que había tenido el nazismo clásico. Este enlazó con las formulaciones de racionalización productiva del fordismo,[3] y construyó su utopía productiva de acuerdo con las corrientes dominantes en el pensamiento racial de su época; la Nueva Derecha trataba de enlazar con unas tendencias científicas que no se presentan como justificantes políticas de una posición ultraderechista, sino como fundamentos de un mejor conocimiento de la conducta humana en sociedad. Se trata, por así decirlo, de comenzar en aquel ámbito que no es el políticoorganizativo, sino el que lo precede: el que se refiere a la cultura, a los valores, a la antropología, y que extrae de él los factores que pueden normalizar un discurso traducible lentamente a la política, a medida que vayan realizando su tarea de combate cultural contra la ideología dominante. El discurso irá considerando, por ejemplo, una propuesta comunitaria biologista, que haga hincapié en una adecuada lectura del comportamiento animal puesto de moda por el éxito de la obra de Konrad Lorenz, y que pueda servir para plantear los temas de la diversidad de las culturas y de los individuos, de la ley de la fuerza acompañada de la solidaridad, del principio comunitario acompañado del rechazo del mestizaje.

Aunque las posiciones de estos sectores nunca consiguieron obtener una audiencia de masas, ya que escaparon conscientemente del populismo propio de una opción política directa de protesta que aprovechara las condiciones de una coyuntura, supieron plantear la «guerra de posiciones»

—para decirlo en los términos gramscianos que a la Nueva Derecha le gustaba utilizar—, recurriendo a la batalla cultural como una opción para travesías del desierto electorales. Se constituyeron grupos de escaso relieve numérico, como el *Solidaristiches Volksbewegung* —Movimiento Popular Solidarista—, que solo captó a algunos centenares de simpatizantes, aunque el número interesaba mucho menos que tener la capacidad de un anclaje, de una continuidad que evitara la disolución completa de una cultura antidemocrática. Por el contrario, debían aprovecharse las circunstancias de menor interés del combate electoral a corto plazo para poder asentar sobre bases más sólidas una crítica al sistema que pudiera hacer frente con dignidad intelectual a lo que se planteaba desde la izquierda socialdemócrata, el liberalismo o el pensamiento democristiano: en definitiva, de todo aquello que tuviera que ver con la herencia democrática de la Ilustración. Lo que importa destacar es la apertura de un camino de reflexión que, a falta de opciones políticas inmediatas, resaltaba la posibilidad de realizar una lucha cultural que encontraba en la propia Alemania una tradición. Desarrollada con fuerza a caballo entre las dos épocas, la Neue Rechte alemana iba de la mano de la Nouvelle Droite francesa o la Nuova Destra italiana, pero creía disponer de un derecho de primogenitura que *Nouvelle École* o *Éléments* no le podían arrebatar, que era la Revolución Conservadora que precedió y siguió a la Gran Guerra en Alemania.

Se ha indicado que la formación de la Nueva Derecha tiene que ver más con la crisis del modelo industrial que se expresa en 1968 —es la otra cara de una moneda alternativa— que con las condiciones ya manifiestas de la

globalización.[4] El 68 había podido expresarse en términos de una ortodoxia marxista frente al sistema, con la resurrección de tendencias como el obrerismo trotskista o la expansión del populismo maoísta. Pero, a pesar de ese aspecto exterior, el movimiento estudiantil y de jóvenes trabajadores era una primera visualización de la crisis cultural que preparaba el hundimiento del sistema político y económico heredado de la segunda posguerra —y, de hecho, preparado por la organización industrial de la Gran Guerra—. En Francia, por ejemplo, esta corriente se organizó en la crisis de Argelia, en torno al *Manifiesto de la clase 60*, cuando algunos de los teóricos de esta Nueva Derecha eran aún estudiantes de los últimos cursos de bachillerato.[5] A lo largo de la década, fueron madurando el fracaso político de la ultraderecha clásica y plantearon una revisión de su estrategia en los términos de una conquista ideológica, imponiendo una «normalidad» cultural que pudiera contrarrestar la que había construido la izquierda. El movimiento del 68, aunque apareciera inspirado por el marxismo, proporcionaba un escenario adecuado para la Nueva Derecha porque, en realidad, contenía una afirmación de la emancipación personal que poco tenía que ver con los criterios de clase, y ponía en cuestión la herencia de las doctrinas de entreguerras. Disfrazada de una crítica al modelo soviético, la Nueva Izquierda trotskista, luxemburguista, guevarista, libertaria o maoísta, recalaba en puertos conocidos, aun cuando su descontento con la cultura que había heredado la llevara a interesarse en formulaciones que tenían que ver en escasa medida con el marxismo. Incluso cuando se actuaba en su nombre, se hacía con una gesticulación que correspondía al espectáculo afirmativo de otros esquemas culturales, más familiares a las

tradiciones de finales del siglo XIX y comienzos del XX —Nietzsche, Freud y Heidegger— que a las derivaciones leninistas o luxemburguistas del marxismo.

Como se ha señalado antes, al indicar la crítica de los intelectuales liberales Ferry y Renaut al movimiento de mayo del 68, existía una tradición diferenciada del marxismo —que ellos denominan una corriente antihumanista de largo aliento—, que tenía mucho más parentesco con lo que estaba sucediendo en la crítica violenta al sistema que con el «reformismo» de las corrientes aceptadas por los grandes partidos obreros. La efímera permanencia de este movimiento en la tradición marxista puede señalar hasta qué punto es acertada la denuncia de esta «falsa conciencia del movimiento». El ambiente resultaba propicio, por tanto, para poner sobre la mesa una crítica a las condiciones culturales de las que habían emanado las formaciones políticas occidentales. Sin coincidir con las propuestas que se hacían desde la extrema izquierda, la Nueva Derecha estaba de acuerdo con esta en la caducidad del sistema, en la inutilidad de los mecanismos de representación social, en la falsedad de los instrumentos democráticos. Lo que ocurría era que, a diferencia de lo que pudiera hacerse desde una lectura de las relaciones de poder realizadas desde la izquierda, la crítica de esta Nueva Derecha consideraba la falsedad de los fundamentos mismos de la democracia tal como se entendía desde las revoluciones liberales. El esfuerzo de impregnación cultural realizado por el GRECE francés y las diversas publicaciones que se distribuyen en todos los países europeos tiene que ver con la seguridad de que solamente un lento trabajo intelectual podrá enfrentarse a la hegemonía de los valores de la izquierda, y que solamente

esa quiebra podrá canalizar la respuesta adecuada al desmantelamiento del Estado del bienestar. Puede señalarse, a este respecto, que la reacción a 1968 procede de la crítica a la sociedad de consumo realizada desde la izquierda y presentada como una amenaza a los valores tradicionales. Pero, al mismo tiempo, desea aprovecharse ese estado defensivo en que se instala la sociedad, en busca de la revalidación de principios tradicionales, para realizar mucho más que un giro a la derecha dentro del esquema liberal, sino para atentar contra las bases antropológicas mismas del orden cultural de la democracia. Lejos de enfrentarse a sus mecanismos y usos, lo que se denuncia es su misma base, su concepción universal del hombre, la abstracción de los derechos de una humanidad inexistente, en favor de los individuos desiguales, que solamente encuentran su realización en el seno de una comunidad orgánica, claramente diferenciada del resto de las sociedades del planeta. La Nueva Derecha es defensora de un principio diferencialista radical que ha podido hundir sus raíces en el relativismo cultural de un estructuralismo pervertido. Lo que se defiende es que la diversidad, lejos de proporcionar la integración de las culturas distintas y dar una dimensión universal al individuo, es la coartada para una forma de racismo cultural, que no supone la primacía de una raza sobre las demás, sino la homogeneidad y carácter fatalmente diferente de cada una de las culturas. Frente al cosmopolitismo liberal, frente al internacionalismo de la izquierda, este sector comienza a elaborar una minuciosa y sutil crítica a todo lo que la tradición liberal ha planteado acerca del carácter del individuo y de la sociedad. Se dedica a invertir aquellos valores aceptados como «normales» y a señalar que las ideas de igualdad, universalidad y

progreso han sumido a todo el mundo —incluidas las zonas deprimidas del planeta— en unas condiciones de decadencia difícilmente reversible, de una miseria pavorosa que procede de los mismos hábitos consumistas basados en el materialismo que inspiró las doctrinas sociales del siglo XIX, reiteradas en el XX. Esta crítica al pacto social democrático de la segunda posguerra no se presenta en los términos zafios del fascismo, sino como una sabia rectificación de valores que no se han cuestionado nunca con esta pulcritud intelectual, salvo en la obra de algunos filósofos vitalistas decimonónicos.

Si Francia pudo desarrollar con especial potencia intelectual esta escuela —algo que fue vinculado al fracaso electoral de la extrema derecha francesa hasta 1984, así como a la deslegitimación cultural del fascismo galo por el episodio de la Ocupación—, Alemania disponía de la carga genética de la Revolución Conservadora —tal como la llamó, por vez primera, Hoffmansthal— que siguió a la Gran Guerra, y que había de tener, por su propio esquema nacionalista, su espacio de difusión privilegiado en Alemania, aunque la calidad de los trabajos de Alain de Benoist o de sus compañeros del GRECE pudieran apagar esta primacía.[6] El propio teórico francés ha señalado hasta qué punto la revisión de la modernidad realizada desde el punto de vista de los teóricos alemanes ha resultado fundamental para su pensamiento; basta recorrer revistas de esta corriente para observar esta deuda.[7] Desde finales del siglo XIX, coincidiendo con una crisis cultural que había desarrollado el vitalismo, el afecto a un nacionalismo orgánico, el heroísmo, la denuncia de la sociedad liberal agónica y la amenaza del embrutecimiento socialista, Alemania asistió a la expansión de

un pesimismo cultural cuyas manifestaciones más claras y con mayor éxito editorial fueron las de Oswald Spengler y Arthur Moeller Van den Bruck. El primero desarrolló, en *La decadencia de Occidente*, una lectura de la historia de las civilizaciones como una sucesión de etapas idénticas a la vida de un individuo: juventud, madurez y envejecimiento, cuya última fase era la de una decadencia orgánica, entregada a pérdida de energía y voluntad de las clases dirigentes y a la palidez paralela de las actitudes del pueblo, ya incapaz de crear y entregado a la invasión a manos de culturas jóvenes. Moeller Van den Bruck, autor de un libro cuyo título habría de hacer fortuna, *Das dritte Reich*, planteó la necesidad de que Alemania, pueblo rejuvenecido por la crisis de la derrota imperial en 1918, fuera capaz, a través del encuentro con su propia voluntad, de establecer un nuevo Estado Popular, fuerte y comunitario, basado en la moral de los combatientes y se negara a aceptar el fatalismo que podía observarse en el pensamiento pesimista de finales del siglo anterior y que había inspirado la obra de Spengler. Junto a estos dos autores, la Revolución Conservadora pudo mezclar la fascinación por la modernización técnica con el rechazo de la cultura democrática, ya que consideraba que esta no era propia del carácter alemán: Ernst y Friedrich Jünger, Hans Zehrer, Edgard Jung o Carl Schmitt proporcionaron, en diversas disciplinas —desde la estética hasta la teoría del Estado—, las condiciones para hacer de la modernización una oportunidad para la negación de la democracia, cuyos principios elementales —la libertad y la igualdad de los seres humanos, su dimensión universal y la pluralidad de las sociedades—, consideraban equivocados. Como ha podido señalar alguno de sus analistas más lúcidos, la corriente

«revolucionaria-conservadora» podía plantear un «modernismo reaccionario», en la medida en que daba una respuesta antidemocrática que no se basaba en el rechazo de la modernidad, sino en el aprovechamiento de sus opciones para revisarla. Contra lo que puede considerarse un pensamiento oficial muy arraigado, la contrarrevolución que siguió a la Gran Guerra —y que heredó algunas de las posiciones más extremas del vitalismo finisecular— no fue un rechazo de la modernidad, sino de los principios políticos del liberalismo y de la crítica socialista a la burguesía. Lo que se planteaba era, en el marco de la capacidad de dominación sobre la naturaleza proporcionada por la técnica y la razón, experimentar algo que nada tuviera que ver con la defensa de los derechos de los hombres iguales, sino con la voluntad de poder de la comunidad, cuya capacidad de dominio sobre los pueblos y el mundo material se había determinado con el progreso de las máquinas. En un sentido ideológico, y no simplemente mediante el recurso de los nuevos instrumentos de control social, la revolución conservadora no trataba de volver al Antiguo Régimen, sino de negar el camino tomado para destruirlo sin dejar de afirmar la necesidad de su aniquilamiento. El nihilismo de Jünger y sus compañeros era el principio de la construcción de un nuevo mundo, auténtico, en el que la comunidad estuviera dotada de un poder inmenso, experimentado con el espectáculo de la Gran Guerra. De lo que se trataba era de plantear el poder de una nueva aristocracia, que haría del pueblo una materia que delegaba su destino en manos de los elegidos, de los mejores, de los héroes, de los guerreros, de los hombres de acción, de los inversores de valores, para construir una comunidad jerarquizada, una sociedad orgánica sin más conflictos que los

que la *Volksgemeinschaft* tuviera con las culturas que quisieran destruir su esencia. La Revolución Conservadora era un nuevo nacionalismo, una Nueva Derecha que planteaba la comunidad en términos antiliberales —como fue tan frecuente en el período de entreguerras—, sin querer ser el mero instrumento de restauración del capitalismo ni un órgano al servicio del populismo. De ahí que muchos de sus cuadros discreparan del camino tomado por Hitler para llegar al poder.[8]

De esta manera, en el seno mismo de la tradición alemana, y no necesariamente en el recuerdo del nacionalsocialismo, diversas experiencias de aquel inmenso movimiento de inconformismo contra el sistema, que recorrió el flanco derecho de la República de Weimar, hubo de servir para proponer las bases de una nueva cultura nacionalista, exigida en momentos de estancamiento político y en una fase en que las amenazas contra la seguridad comunitaria, el desprestigio de la democracia, la invasión de los extranjeros y la prevención frente a los procesos de modernización podían ir edificando la demanda de un conjunto de valores alternativos a los que habían triunfado en 1945. El neoconservadurismo realizó una labor lenta, enfrentada a un ambiente de hostilidad inicial, de sospecha de confluencia con el fascismo. Fue extendiendo sus propuestas del biologismo prestigiado por los avances en esta disciplina; fue promoviendo el debate sobre la desigualdad arrancada de las experiencias de la conducta animal; fue proponiendo la defensa de la identidad nacional gracias a las circunstancias favorables al encuentro con las visiones relativistas, al elogio de la diferencia y de lo concreto en plena crisis del pensamiento cosmopolita; fue prolongando sus avisos sobre los riesgos de una sociedad abierta que podía

romper las líneas maestras de la cultura alemana, de acuerdo con el pesimismo heredado de una tradición recelosa ante lo exterior; fue poniendo sus semillas en revistas como *Junge Freiheit, Mut, Criticon, Neue Anthropologie*, y en obras de intelectuales de peso como Armin Mohler, Hans-Dietrich Sander o Bernard Willams. A comienzos de 1982, antes de que se produjera la irrupción política de una nueva extrema derecha, el llamado «manifiesto de Heidelberg», firmado por quince profesores universitarios indicaba: «Observamos con gran preocupación la subversión del pueblo alemán por el influjo de muchos millones de extranjeros y sus familias, la extranjerización de nuestro idioma, de nuestra cultura, de nuestro carácter nacional … La integración de amplias masas de extranjeros y la preservación simultánea de nuestro pueblo es imposible, lo que lleva a las conocidas catástrofes étnicas de las sociedades multiculturales».[9] Lejos aún de la política, en el seno de una afirmación de lucha cultural que trata de ir contra la corriente del liberalismo cosmopolita y dar consistencia al prejuicio xenófobo, segmentos de la élite alemana, como ocurrió en los años de entreguerras, empiezan a hacer respetable el discurso nacional-populista antidemocrático.

Viento del Este, viento del Oeste

Out there still Innocence

that we somehow freaked out of
where can and *ought* are the same*:*
so comely to our conscience,
where nothing may happen twice.

W. H. AUDEN
«Nocturne»

El brote de esta movilización del pensamiento, que no coincide con una resistencia política por el endurecimiento del discurso de la CDU-CSU en la oposición, se produce en coincidencia con un esfuerzo por la normalización de la «cuestión alemana», a través de una política exterior que delimita, frente a cualquier otro aspecto de su gestión, la tarea de Willy Brandt al frente de la coalición entre el SPD y el FDP. La apertura al Este se había intentado cuando el actual canciller era ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Kiesinger, pero la actitud de los democristianos y las mismas reticencias del gobierno de Pankow evitaron avanzar más. Brandt tenía una trayectoria que parecía haberse hecho a medida para solucionar el problema, en especial por su larga responsabilidad como alcalde de Berlín Occidental, donde pudo asistir a la impotencia de los países democráticos cuando se levantó el muro. Desde entonces, Brandt supo que cualquier arreglo habría de realizarse en un ambiente de *détente* general y tendría que dar seguridades a la Unión Soviética de que la resolución del conflicto de las dos Alemanias en ningún caso podría aprovecharse como un mecanismo de agresión, de la misma forma que la URSS habría de aceptar la

imposibilidad de la unidad fundamentada en la neutralidad. Las resistencias que pudieran ofrecer los dirigentes de la República Democrática al abandono del proyecto de unidad tal como se había planteado en la zona oriental desde el fin de la guerra solo podían solventarse mediante un acuerdo directo con Moscú al que siguiera, para no herir las susceptibilidades de las otras naciones afectadas, un acuerdo con Polonia y con la RDA. La superación de la doctrina Hallstein —que resultaba insostenible en el nuevo marco internacional— y la existencia de unas administraciones favorables a la distensión internacional en ambas superpotencias facilitó la estrategia de descompresión llevada adelante por el nuevo canciller, que se inició con el Tratado de Moscú en agosto de 1970, después de que la RFA hubiera dado pruebas de su posición favorable a una distensión internacional con la firma del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares y la autorización para que se exportara gas natural soviético a través de canalizaciones alemanas. Los alemanes occidentales tuvieron que asegurarse de mantener intacta la aspiración a una futura unidad alemana basada en el derecho a la autodeterminación, mientras los soviéticos veían afirmada su preponderancia en la zona oriental europea, sin que los alemanes tuvieran la menor intención de ponerla en duda con reivindicaciones territoriales. La firma del reconocimiento de la línea del OderNeisse como frontera occidental de Polonia se realizó poco después, en un tratado firmado en Varsovia, después de que el mundo se conmoviera ante la imagen de un Willy Brandt arrodillado ante el monumento a las víctimas del gueto, en un reconocimiento plástico de la responsabilidad colectiva del pueblo alemán, tanto más encomiable por la actitud

antifascista de Brandt durante el Tercer Reich; sin embargo, la irritación de los sectores ultraderechistas alemanes ante ese gesto de su máxima autoridad hizo que Brandt se convirtiera en su peor adversario. El acuerdo entre las cuatro grandes potencias, firmado en Berlín en septiembre de 1971, acabó con la localización del agujero negro de la guerra fría en la antigua capital del Reich. A finales de 1972, el proceso se culminaba con un Tratado Básico entre las dos repúblicas alemanas —que precisó de la destitución de Ulbricht. El reconocimiento mutuo, lejos de impedir la futura unificación —como los hechos han demostrado— indicaba la imposibilidad de continuar ignorando la realidad de la existencia de dos Estados, intentaba que la comunidad internacional definiera su política exterior sobre esa base y mantenía una situación de frustración permanente en la ciudadanía, compensada con afirmaciones retóricas sobre la ausencia de libertades en la zona oriental.

La política exterior de Brandt había afectado a algunos aspectos esenciales de la identidad alemana. Brandt había actuado con el mismo realismo con el que lo había hecho Konrad Adenauer unos años atrás, cuando estableció la división política y negó la unificación tutelada bajo los harapos de una falsa neutralidad. Resulta curioso que los dirigentes democristianos fueran tan hostiles a una política de realismo que estaba contenida en las realizaciones iniciales de la RFA, comenzando por su misma Ley Básica y su integración militar en el bloque occidental, factores que no habían ayudado en nada a los propósitos de la unidad, sino que se habían mantenido en la lógica de la guerra fría, y se habían limitado a elegir uno de los bandos para no ver condenado al país a una existencia en una

tierra de nadie virtual. La oposición parlamentaria era bastante más importante que la que podía producirse en la población, como no tardaría en observarse. En 1972, tras el paso a la oposición de varios diputados del FDP y la imposibilidad de mantener la firmeza del gobierno, Brandt incitó al presidente Heinemann a la disolución anticipada del Parlamento y a la celebración de elecciones generales. Con el nivel de participación más alto que había conocido la república, el Partido Socialdemócrata consiguió rebasar por vez primera a la CDU-CSU, a pesar de la inexistencia de una extrema derecha que podía competir por espacios similares. El Partido Liberal de Scheel fue premiado con un aumento de votos que le hizo alejarse tranquilizadoramente de la barrera fatídica del 5 por ciento. Buena parte de sus ganancias debieron de proceder de la CDU-CSU que, a su vez, evitó una derrota más aplastante porque absorbió el millón y medio de votos que en 1969 habían ido a parar a los nacionaldemócratas. La década de los setenta, que habría de caracterizarse por la profundidad de la crisis económica, disponía de un gobierno aclamado por la solución de un tema crucial para la confianza del pueblo alemán. El carácter plebiscitario que el bloque democristiano había querido otorgar a las elecciones acabó volviéndose en su contra, y los diez años siguientes pudieron ser regidos con tranquilidad por una coalición que parecía inaugurar su verdadero mandato con ese reconocimiento.

La gestión de Brandt había arrebatado uno de los elementos básicos de identificación de la extrema derecha, que ahora encontraría cobijo en nuevas formulaciones acerca de la democracia, del etnicismo y la cultura nacional, fuera de las declaraciones formales de lucha por la reunificación.

En otros campos, la acción de los gobiernos social-liberales iba a crear mayores problemas en el seno mismo de la coalición y abriría pequeñas brechas por donde acabaría disolviéndose la alianza electoral. Si Adenauer había hecho sus campañas señalando la necesidad de evitar aventuras, Brandt la había realizado afirmando la necesidad de «atreverse a cambiar». El mismo Partido Liberal había hecho, antes de su sonoro triunfo en 1972, referencias a la profundización en un régimen de libertades, orientado por el ala más aperturista que teorizaban personajes como Ralf Dahrendorf. El incremento de recursos para la enseñanza y la duplicación de centros universitarios permitieron cerrar algunas de las heridas abiertas en la sociedad alemana en los años sesenta, aunque los intentos de reforma educativa fueron bloqueados en aquellos *Länder* en que gobernaban la CDU o la CSU, en especial por la negativa a aceptar sistemas que pudieran cuestionar los méritos académicos, en favor de un culto a la diversidad contemplado como recorte de la disciplina. En otros ámbitos, como el que se refería al aumento del poder de los sindicatos en las grandes empresas, el Partido Liberal tuvo que hacer concesiones que crearon problemas en el ala del FDP menos dispuesta a aceptar un giro social del partido, aun cuando la base social del mismo se había transformado notablemente en los últimos años y había facilitado que las medidas favorables a los trabajadores resultaran más aceptables en un grupo que, hasta entonces, había representado básicamente los intereses empresariales o de las profesiones liberales. Cuestiones como las libertades individuales y la lucha contra el extremismo fueron también motivo de intensos debates en la sociedad alemana, enfrentada a la expansión del terrorismo de extrema izquierda y de

la formación de grupos neonazis como el *Wehrsportgruppe Hoffmann*, el *Deutsche Bürgerinitiative* de Manfred Röder o el *Freizeit Verein Hansa* de Michael Kühnen. En 1972, el gobierno aprobó un controvertido *Radikalenerlass* —decreto de los radicales— que permitía la expulsión del puesto de trabajo de aquellos funcionarios públicos cuyas opiniones no se atuvieran a los principios de la Ley Básica. La medida, destinada a evitar la presencia en los ámbitos educativos de los sectores extremistas, afectó a varios miles de personas que, o bien no pudieron llegar a obtener un puesto de trabajo, o fueron apartados de él, como sucedió con el dirigente del NPD Günter Deckert.[10] Más importancia que el porcentaje real de funcionarios afectados fue la existencia misma de la norma, que parecía establecer un estado de excepción poco adecuado a la revolución democrática que había prometido Brandt.

Sin embargo, los problemas que más debilitaron a la coalición y a la misma socialdemocracia fueron los que se referían a la política económica del gobierno, que hubo de enfrentarse muy pronto a la crisis desatada por la flotación del dólar —que provocó una fuerte inflación en una moneda fuerte como el marco— y el aumento de los precios del petróleo, que castigaba a una economía avanzada sin disposición de reservas de este recurso energético. La crisis económica se tradujo en el crecimiento de los precios por encima del 7 por ciento y en el aumento del número de desempleados, que pasó la barrera del millón a mediados de la década, mientras el crecimiento caía a un –2 por ciento en 1975. Las medidas de ajuste coincidieron con un cambio en la cancillería, cuando Willy Brandt tuvo que dimitir, víctima de un escándalo diplomático y de la oposición del ala más

pragmática de su partido, dirigida por Helmut Schmidt, que se convirtió en el nuevo canciller en 1974. La orientación tomada por el partido para corregir el gasto público necesitaba una fuerte disciplina interna, que neutralizara la posición del ala izquierda agrupada en torno a los dirigentes del llamado Círculo de Frankfurt, donde destacaban figuras como Oskar Lafontaine y el líder de los trabajadores del metal Franz Steinkühler. Por su parte, las juventudes del partido se mantenían en una posición ortodoxa, ajena incluso a las medidas de modernización tomadas a finales de los años cincuenta. El programa aprobado en el Congreso de Mannheim del partido en 1975 intentaba calmar a los sectores más radicales del SPD, apostando por una economía dual en la que el Estado hiciera frente a sus obligaciones como gestor de un 40 por ciento de los recursos sociales del país. Sin embargo, estas propuestas podían ser aceptadas a regañadientes por quienes habrían preferido una actitud más radical que aprovechara esa misma posición privilegiada del Estado en la RFA, pero eran difícilmente digeribles por el socio de la coalición gubernamental, cuyas orientaciones seguían basándose en la devolución de la iniciativa a la sociedad, también en el terreno económico.[11]

Aun cuando la posición más pragmática de Schmidt en las cuestiones económicas levantara la oposición de un sector importante de su propio partido, su política de recortes fiscales a las empresas, limitación de los aumentos salariales e intransigencia con el déficit público se vio recompensada con una respuesta del mercado, que dispuso de mayores recursos para la inversión, lo que neutralizó las tasas negativas de crecimiento y evitó que se prolongara la depresión. Para 1976, el PIB crecía

ya por encima del 5 por ciento y la inflación se reducía dos puntos, mientras el desempleo conseguía contenerse —no rebasó la barrera psicológica del millón— e, incluso, en 1980 se redujo a menos del 4 por ciento de los trabajadores. Hasta comienzos de la década siguiente, el *Modell Deutschland* permitió que los índices de crecimiento anual fueran envidiables en una situación depresiva, ya que proporcionó aumentos en la inversión, la producción industrial y en la oferta de trabajo, solo matizados por el incremento paralelo del déficit público, única de las variables que el gobierno Schmidt no pudo atajar de forma conveniente. De esta forma, las posibilidades de un aumento de los espacios radicales en la sociedad alemana se vieron reducidas en casi todos los frentes, en especial cuando el número de inmigrantes no pudo relacionarse con el aumento del desempleo y cuando el poder sindical no se vio como una agresión a las condiciones de vida de los sectores medios. La protección social ofrecida por el Estado parecía compensar el efecto de las cargas fiscales sin provocar resistencias en este sentido. Solamente a comienzos de los años ochenta pudo provocarse una caída de las reservas empresariales a causa del fuerte gasto público destinado a evitar las fracturas sociales y las críticas de la izquierda socialdemócrata. Como en el resto de las economías continentales, la caída de la tasa de beneficio fue seguida del debilitamiento de la inversión industrial tradicional y el incremento del desempleo. En los últimos meses del gobierno de Schmidt, Alemania estaba sufriendo los efectos de un cambio de modelo económico que resquebrajaba la estabilidad que había hecho de ese país el principal motor de la economía en una época de crisis. El grado de protección social y la potencia negociadora de los sindicatos

impidieron que Alemania pudiera mantener su competitividad con países industrializados que disponían de una mano de obra más barata, en el mismo momento en que se iban abriendo las relaciones económicas y se establecían las instituciones monetarias comunes europeas. El Partido Liberal exigió un mayor recorte en los gastos sociales, sin aceptar la política de incremento de recursos propuesta por Schmidt, lo que llevó a la dimisión del ministro de Economía del FDP y al planteamiento de una moción de censura, en la que el FDP decidió cambiar su alianza para restablecer el acuerdo con el bloque democristiano en 1982. El inicio de la crisis de los años ochenta se acompañaba de la modificación del acuerdo gubernamental de 1969 y devolvía a los conservadores al poder, en coherencia con la línea de transformaciones que se estaban produciendo en los principales países occidentales. Este regreso de la derecha democristiana, tras el exilio de una década, estaba a punto de ofrecer a la extrema derecha nacional-populista, en el marco de la misma naturaleza de la crisis, las condiciones de un renacimiento.

5. LA ANSIEDAD DE VERONIKA VOSS, 1983-1990

Alemania se incorpora a la oleada populista europea

En los textos dedicados a la historia de la extrema derecha de la posguerra, la irrupción del nacional-populismo radical alemán, acompañando el nuevo movimiento de los Republikaner, suele calificarse como la «tercera ola» de esta tendencia, que se añade con cierta comodidad argumental a la primera —brevemente encarnada por el SRP— y a la segunda —que se materializa en los éxitos electorales del NPD—. El problema de esta metodología es doble: por un lado, acercar en exceso las primeras fórmulas a una simple reiteración del Tercer Reich —cuando los movimientos nacionalistas conservadores tienen mayor seguimiento— y convertir los movimientos iniciados en los ochenta en algo que nada debe a una tradición política —cuando la conducta del NPD o de la DVU está directamente relacionada, en los años noventa, con marcos organizativos anteriores—. Por otro lado, se plantea el carácter episódico de las emergencias nacionalistas, al confundir la plasmación electoral de la extrema derecha con la presencia o ausencia de una cultura favorable a sus rasgos de identidad. A esta doble objeción

conviene añadir una matización que sirve para considerar el modelo alemán en comparación con las dinámicas contemporáneas que hemos observado en Francia e Italia. La nueva fase de expansión de la extrema derecha responde a criterios bastante similares a los que se producen en los otros dos países en sus aspectos culturales, mientras que difieren en aquellos que afectan a una dinámica institucional que será decisiva a la hora de sellar la suerte del nacional-populismo germano. Aquí puede entenderse la advertencia de Minkenberg, cuando establece que es imposible entender esta corriente sin tener en cuenta su dimensión comparativa, pero sin dejar por ello de considerar de idéntica importancia las condiciones políticas de ámbito nacional en que se desenvuelven los flujos continentales.[1] Tales condiciones son tan importantes que pueden determinar grados de éxito tan distintos como los que se han observado en Francia o en Italia y, desde luego, muy alejados de los que veremos en los siguientes párrafos. Además, los elementos referentes a la relación con otras fuerzas políticas pasan a ser decisivos para alcanzar áreas gubernamentales y, por consiguiente, para modificar la propia oferta política que los movimientos nacional-populistas lanzan al país en que actúan. Puede observarse cómo una transformación que se ha querido establecer aquí de una forma general, en los cambios que se refieren a aspectos tan diversos como la deslocalización industrial, la nueva xenofobia, la crisis de la política o el descubrimiento de identidades radicales, tienen efectos tan distintos como la instalación del Frente Nacional en una oposición masiva y marginada, la participación de la Alianza Nacional en el gobierno o la rápida decadencia de los Republikaner en Alemania. Respuestas políticas completamente distintas que no se

refieren solo al éxito o al fracaso de la misma opción, sino a la forma en que la victoria o la derrota de una estrategia conduce a crear, ella misma, los factores de una radicalización del discurso o una moderación de los planteamientos, que alimenta o no la capacidad para mantener una política de alianza con otros partidos.

En busca de un tiempo perdido

Schwer auf die Gassen der Stadt fiel die Abendäm merung.
Auf das Grau der Ziegeldächer und der schlanken Tünne,
auf Staub und Schmutz, Lust und Leid und Lüge der Grossstadt
in majestätischer Unerbittlichkeit.

(El crepúsculo cae pesadamente sobre los callejones de la ciudad.
Sobre el gris de las tejas y las torres esbeltas,
cae despiadadamente el crepúsculo
sobre el polvo, la suciedad, el placer, el pesar y el engaño.)

E. M. STADLER
«Dämmerung»

El cambio político que se produce en Alemania en 1982-1983, con la caída de la coalición social-liberal y el establecimiento de un gobierno de centro derecha dirigido por Helmut Kohl, parece romper uno de los elementos que habían obstaculizado durante toda la década el surgimiento de la extrema derecha nacional-populista. La llegada del nuevo tándem gubernamental formado por Kohl y su ministro de Relaciones Exteriores, Hans Dietrich Genscher, no puede entenderse como un simple regreso de la derecha al poder tras el interludio socialdemócrata. Las mismas condiciones de cambio profundo que se van a realizar en el país en la década que acaba de empezar afectan especialmente a Alemania, ya que desembocan en la reunificación de las dos repúblicas y quiebran un orden bipolar que había hecho de la disputa entre la RFA y la RDA un elemento clave de su localización. Puede demostrar que no se trata de una simple vuelta atrás la aparición de un nuevo agente político, que rompe la dinámica triangular en la que han vivido los parlamentos alemanes en los últimos veinte años. La obtención de representación en el Bundestag por los Verdes, que progresivamente irán convirtiéndose en una baza indispensable para formar mayorías de gobierno en el país, es una advertencia acerca de los cambios de fondo que la sociedad alemana ha vivido y, sobre todo, muestra la forma en que los ciudadanos los perciben, en la medida en que son capaces de otorgar su voto a una fuerza que, hasta aquel momento, había tenido una presencia testimonial. El movimiento de los Verdes se identifica con la crisis de la modernidad que podrá beneficiar también al nuevo nacional-populismo, aunque en una lectura política distinta. Capaces de agrupar a descontentos sociales muy diversos, a los que dividen opciones pragmáticas o

fundamentalistas, los Verdes consiguen que más de dos millones de ciudadanos comprendan un mensaje que rompe los esquemas políticos en que se ha organizado el mundo de la modernidad tardía. Rompen las normas confesionales o de clase que han podido clasificar la orientación política de los ciudadanos, indicando la oxidación acelerada de un régimen de partidos políticos que está dejando de representar a una sociedad y que la expulsa de la necesaria vinculación con la política. Además, se establecen en una comunidad que ha adquirido la conciencia del riesgo generalizado, al que responden con un discurso igualitario, libertario, que rechaza la intrusión burocrática con criterios muy distintos de los que plantea el nacional-populismo, y defiende la multiculturalidad como un resultado de la crisis del proyecto reduccionista de las nacionesestado del mundo moderno. De la misma forma, dan sus primeros pasos no solo en los contenidos, coherentes con el escepticismo posmoderno hacia la vieja política, sino en correspondencia con algunas formas provocadoras de comportamiento, que incluyen factores tan distintos como los criterios de organización de un movimiento político o las formas de vestir. Es, por consiguiente, un movimiento que afirma la personalidad, que reivindica la capacidad expresiva de los individuos, procedente de ciertas manifestaciones de la cultura de 1968, que manifiesta su radical pesimismo contra todo lo que suponga la continuidad de la democracia europea construida en la posguerra. Puesto que es una generación que no ha conocido el fascismo, que se siente igualmente ajena al discurso del marxismo ortodoxo de los partidos comunistas, su experiencia alternativa se presenta en términos de novedad; plantea aspectos que se refieren a la libertad, la seguridad, el

bienestar de cada uno de los individuos, al tiempo que señala criterios profundos de solidaridad con la especie, que pone de manifiesto en la primacía del ecologismo y del pacifismo.[2]

La llegada de los Verdes al Parlamento alemán muestra la intensidad del cambio de época que se está produciendo, ya que acaba con cualquier ilusión de una simple retirada de la izquierda tradicional. Ante una victoria que se acompaña de esa incómoda presencia, siempre dispuesta a la denuncia de cualquier pérdida de libertades personales o cualquier amenaza a la seguridad de los ciudadanos, Kohl mantendrá una posición de cautela que se corresponde con bastante exactitud con sus convicciones, ya que está dispuesto a mantener la cohesión social alemana y a buscar la solución a los problemas internacionales con un pragmatismo que poco tiene que ver con lo que exigen los sectores radicales de su partido, vinculados a dirigentes socialcristianos como Strauss. Aun cuando tal cuestión pueda abrir la puerta a un ingreso paralelo al de los Verdes, que llegará de la mano de un nuevo nacional-populismo, la CDU-CSU deberá pagar ese precio para asegurar la estabilidad institucional, manteniendo el pacto social que no solo ha asegurado las condiciones de la conciliación entre clases sino el crecimiento económico de la posguerra. De esta forma, las recetas más duras que podían haberse aplicado según los consejos del ala más conservadora del FDP, serán rechazadas por el canciller, más cercano a los criterios del cristianismo social y a la preferencia por no romper hábitos culturales que puedan identificarlo con un giro a la derecha. Kohl ha hablado de la *Koalition der Mitte* y no está dispuesto a sustituir ese concepto por una opción espacial diferenciada, que dejaría a la socialdemocracia todo el

espacio de los sectores moderados. Si bien el régimen realizó algunos recortes de impuestos para permitir la ampliación de la demanda interna, no se aventuró en cambio a una modificación radical del mercado del trabajo; se limitó a algunas correcciones en la aplicación del seguro de desempleo. El crecimiento en una tasa media del 2,5 por ciento no permitía al Estado anular el déficit, aunque le diera opción a mantenerlo en niveles tolerables. Los gastos destinados a la protección del paro son necesarios para evitar un conflicto social que puede ir en direcciones muy distintas, como el crecimiento de una extrema derecha que acuse a los inmigrantes de ser competidores en el mercado de trabajo, o a la vuelta al gobierno de una socialdemocracia que pueda achacar fácilmente a Kohl falta de sensibilidad social. Con más de dos millones de parados a finales de la década, el desempleo responde a las mismas causas que en el resto del continente, cuando el incremento de la automatización de los procesos productivos no puede responder a una demanda constante de trabajo por parte de una mano de obra que se encuentra en proceso de reconversión de conocimientos técnicos. Con todo, lo que en otros lugares de Europa, como Francia, provoca un vuelco hacia el voto nacional-populista basado en una percepción angustiada del desempleo, tiene menos fuerza en Alemania, donde las condiciones de bienestar generalizadas se mantienen, y donde los efectos más perniciosos de la crisis solo los sufren, precisamente, los trabajadores inmigrados. La expansión del turismo alemán y el incremento de las inversiones en el exterior, con compra de residencias veraniegas fuera del país, muestra el advenimiento de una ciudadanía que empieza a ver a su patria como una gran potencia económica, motor del desarrollo del

continente, algo que no se sueña como un nacionalismo abstracto, sino que se contempla como experiencia personal. Tales condiciones harán muy difícil que se amplíe un descontento social que pueda expresarse electoralmente, de una forma general y continuada, en la desautorización del régimen y la opción por la extrema derecha.[3]

De igual modo, las posiciones en política exterior del nuevo gobierno no pueden responder a una práctica revisionista, basada en las actitudes de intransigencia que había mostrado el bloque democristiano en los inicios de la *Ostpolitik*. La elección de Gorbachov como secretario general del PCUS en 1985 permitirá alejar las sombras de un endurecimiento de la política internacional, anunciado por la Iniciativa de Defensa Estratégica de Reagan, que volvía a dejar a los aliados europeos en unas condiciones de subordinación. La alianza de Kohl con su adversario ideológico Mitterrand volverá a establecer el eje francoalemán, con lo que dará una renovada fuerza al mecanismo para controlar los impulsos autónomos de las dos superpotencias. De cualquier modo, el ciclo de la *perestroika*, al ampliarse al conjunto de los países dependientes de la URSS, permitirá afrontar el tema de la reunificación alemana en condiciones muy distintas, incluida la posible normalización de dos Estados soberanos, que la mayor parte de la población alemana no considera tan dramática como podía pensarse. El Tratado de No Proliferación Nuclear que se firma en 1987 permitirá a Kohl avanzar en las propuestas de una progresiva suavización de las relaciones internacionales que complementan la apertura política en el Este. Aun cuando el impulso de la extrema derecha se producirá, justamente, en el momento de mayores movilizaciones democráticas en la RDA, la asistencia

a un proceso que conduce a la normalización definitiva, sea en términos de coexistencia o en los de unificación, segará la hierba bajo los pies de quienes han querido caminar sobre la reivindicación unionista. Los acontecimientos de octubre-noviembre de 1989 —la visita de Gorbachov a Berlín, la movilización de Leipzig, la caída de Honecker y el derribo del muro— plantearán la cuestión oriental en condiciones muy diferentes, a veces en forma totalmente distinta de como podían esperarlo quienes habían hecho del incumplimiento de la unidad un estupefaciente para su deambular ideológico.[4]

El éxito de crítica y de público del cine de Fassbinder en esta misma época muestra la capacidad con que la sociedad alemana puede convivir con una crítica áspera de algunos aspectos de su cultura: una de sus primeras películas, *Die bitteren Tränen der Petra von Kant* (*Las amargas lágrimas de Petra von Kant*) había mostrado algo que a Fassbinder siempre le interesará señalar, recreándose hasta lo insoportable en la humillación personal de una mujer enamorada. En otras obras, Fassbinder intenta convertirse en el portavoz de la memoria de una generación, ofreciendo el escenario de la guerra —*Lili Marleen*, 1980— o el de la época del milagro económico —*Die Ehe der Maria Braun,* 1978, o *Die Sehnsucht der Veronika Voss,* 1982—. Esa visita al pasado alemán se realizó también de la mano de la versión cinematográfica de *Die Blechtrommel* (*El tambor de hojalata*), realizada por Völker Schlöndorf veinte años después de la edición de la novela de Grass. El pasado más inmediato, capaz de relacionar los problemas de la educación sentimental alemana en la posguerra con los problemas del terrorismo, daría pie a una película que llegó a alcanzar un

gran éxito internacional, *Die Bleierne Zeit* —enigmáticamente traducido en España como *Las hermanas alemanas—,* que dirigió Margaret von Trotta en 1981: una película que mostraba cómo los esfuerzos de un pastor luterano por educar a sus hijas en el conocimiento responsable del Holocausto conducía a la más débil de ellas a optar por la violencia contra un Estado calificado ligeramente de fascista. El cine de la nostalgia, que hemos considerado tan importante en la experiencia posmoderna, tendrá uno de sus elementos de mayor calidad en la filmografía de Wim Wenders, en especial en sus trabajos más influidos por las técnicas narrativas estadounidenses, como la adaptación de dos novelas de Patricia Highsmith, reunidas en una sola película: *Der Amerikanische Freund* (*El amigo americano*, 1976), en la que la narración se plantea según el lenguaje del cine negro estadounidense, difuminado en una estructura menos lineal que la de las películas de los años cuarenta o cincuenta —y no olvidemos que quienes constituyeron esta versión de la experiencia de Hollywood procedían, en buena parte, de Alemania, como en el caso de Lang o Siodmak—. A ella seguirían filmaciones tan desoladoras como *París, Texas*, 1984, basada en un guión de uno de los principales nuevos narradores estadounidense, Sam Shepard; en ella se refleja la vida lacia, en estado de abandono, en una inercia de proyectos perdidos, que se vive con una intensidad desmentida por la apariencia de lentitud de la cámara y de quieta desesperación de los personajes, rodeados por paisajes inabarcables y por recintos urbanos carentes de calidez. La literatura, que podría manifestar su satisfacción por el nuevo milagro, es celebrada por la élite intelectual cuando resalta los riesgos que atañen a una sociedad que sigue sin haber

aceptado una identidad completa. «Ser alemán» continúa siendo, en los años ochenta, un problema que había que definir, que trata de realizarse en el ámbito del discurso sobre la nación de ciudadanos, pero que no puede evitar ciertas angustias que se reflejarán en la creación: lo hemos visto en el cosmopolitismo de un Win Wenders a quien no le preocupa en absoluto que su cine pueda tener sus raíces más claras en los materiales narrativos estadounidenses —Shepard, Highsmith, Nicholas Ray—. Puede observarse, en las novelas de Grass de mediados de la década, que llegan a plantear la amenaza de un riesgo de contaminación identificado fácilmente con la irrupción del movimiento pacifista en *Die Rättin* (*La rata*), aunque el mismo tema podrá aparecer en la narrativa de Siegfried Lenz, en especial en *Exercierplatz* (*Plaza de instrucción*, 1985). La obra de mayor trascendencia pública, sin embargo —más allá del éxito de Grass, que se vincula a la generación anterior, como Böll—, es la revisión de la vida cotidiana que propondrá el austríaco Peter Handke, en obras como *Die Wiederholung* (*La repetición,* 1986) y *Die Abwesenheit* (*La ausencia*, 1987), que establecen un constante interrogatorio sobre la identidad a escala personal y rehúye las tramas épicas propuestas por la generación de la posguerra. De esta forma, la búsqueda del ser individual puede escapar a una excepcionalidad alemana utilizable como recurso propagandístico, para situarse en relación con un neoexistencialismo, que en épocas de fragilidad de proyectos de vida da a los alemanes un sentido de equivalencia moral con el resto de los ciudadanos. Como el cine, la narrativa quiere recoger un esquema de encuentro con la propia identidad que se verifica a través del rechazo de la diferencia colectiva, una frecuencia cosmopolita que se comprende como el

complemento auténtico del descubrimiento de la persona localizable. Todo ello no significa que la aparición de este espacio cultural crítico, que continúa el que se ha iniciado con la formación del Grupo 47, no sea objeto de críticas en los debates sobre el carácter de la cultura alemana y la politización de la obra de los intelectuales. Los sectores que comienzan a desconfiar de una tarea de constante deslegitimación de la democracia y consideran que la aportación literaria ha sido contaminada por las condiciones de compromiso político empiezan a crecer justamente cuando se produce la crisis del bloque soviético y, con él, la puesta en duda del modelo socialdemócrata y del proyecto de la modernidad en su lectura de la izquierda. La aparición de la llamada «nueva subjetividad», con textos en primera persona que se refieren a aspectos íntimos de la existencia y no a la delación de la arquitectura de la República Federal, caracterizan precisamente los años finales de gobierno socialdemócrata. El *Tendenzewende* de este tiempo ha sido indicado como una época en la que el prestigio de la izquierda empieza a ser contrastado, cuando unos años atrás ni siquiera precisaba de discusión. Años más tarde, el prestigioso crítico Frank Schirrmacher podía escribir un artículo en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* con el expresivo título de «Abschied von der Literatur der Bundesrepublik» («Adiós a la literatura de la RFA»), publicado en octubre de 1990. El crítico ejemplificaba la manera en que la izquierda había simplificado los problemas de identidad alemana con el uso de un personaje como el protagonista de *El tambor de hojalata*, un niño que solo podía digerir la realidad mediante su metabolización infantil. El hábil recurso del espectador se volvía contra el propio Grass, crítico con las

condiciones de la unificación a punto de producirse; sobre él caía la denuncia de una literatura que había querido acompañar el ascenso de Alemania hacia la expansión señalando la persistencia de sus males íntimos. La militancia de Martin Walser en el DKP a mediados de los años sesenta podía indicar hasta qué punto se producía la distracción democrática de estos autores —aun cuando Walser abandonara muy pronto tal compromiso, denunciando las condiciones de la RDA—, y preparaba el ajuste de cuentas que los analistas de la historia de la cultura alemana habrían de hacer a comienzos de la siguiente década.[5]

La llegada de la crisis cultural de los años ochenta, que ha supuesto el vigor de la experiencia ecologista y de todos estos recursos de búsqueda de una identidad renovada en las trayectorias de los creadores del cine o la literatura, tiene una versión especial en el renacimiento de la derecha nacionalista alemana. Este regreso se alimenta de las condiciones oportunas que se producen en la nueva década, del prestigio inmediato de ciertas preocupaciones que pueden pasarse a través del filtro del prejuicio nacionalista. Lo que Hans-Georg Betz, uno de sus estudiosos más convincentes, ha llamado «la política del resentimiento», tendrá en el retorno del nacionalismo comunitario una de sus más claras expresiones, que se complace en coincidir con los temores de una sociedad en crisis y con lo que se consideran verificaciones del fracaso de otras alternativas al liberalismo. La extrema derecha vuelve a adquirir una prestancia intelectual que la aleja de los escenarios del activismo neonazi y la sitúa en una propuesta de superación de la modernidad que no acepta el diagnóstico positivo acerca de la misma que hace la mayoría del posmodernismo. Este

movimiento se limitaba a considerar el agotamiento del proyecto moderno, mientras que la extrema derecha declara su vinculación con aquellas corrientes que siempre han manifestado su oposición a las raíces mismas de la propuesta. Los intelectuales que se mueven en torno a la revista de Armin Mohler, *Criticon*, o que redactan el *Manifiesto de Heidelberg* en 1982, o que publican en febrero de 1984 un manifiesto acerca de la paz y la unidad alemana —Wolfgang Venohr, Gerd-Klaus Kaltenbrunner, Wolfgang Seifert, Wolf Schenke, entre otros—, rechazan los principios mismos en que se ha basado el pensamiento democrático-liberal europeo desde el siglo XVIII, aunque algunos de sus exponentes deseen llevar la condena al movimiento humanista del siglo XVI o al propio cristianismo. Para esta derecha radical, que adquirirá un lenguaje de consistencia filosófica indudable, lejano al lenguaje de pasquines del neofascismo, lo que se espera de un renacimiento intelectual es el rechazo a la idea misma del concepto de humanidad, para ir al encuentro de lo que verdaderamente existe y debe ser preservado: las entidades culturales nacionales, que siempre se fundamentan en una base étnica. La defensa del medio ambiente, que recorre Europa con la fuerza de una amenaza y el vigor de una esperanza, se convierte en manos de este sector en un neobiologismo, tan frío y desprovisto de vehemencia política, tan fijado a una simple constatación científica, como el higienismo racial de comienzos del siglo XX. Para todos ellos, el verdadero adversario que hay que combatir ya no es el comunismo como proyecto político o la democracia liberal como forma de representación de la sociedad. Hay que ir más lejos, para plantear el regreso de una corriente comunitarista, en la que el valor del individuo desigual se percibe dentro de una protección de su

propia cultura, nunca manipulable por los procesos de universalización sin entregarse a la decadencia y a la falta de normas.

La oferta nacional-populista se establece, en este nivel de elaboración teórica de altura, denunciando un error metodológico en el que se basa toda la cultura política contemporánea: la conversión de los universales en una realidad operativa socialmente. Curiosamente, la obvia contradicción de estos intelectuales —el carácter universal que tiene el comunitarismo, que se presenta como un elemento real y al tiempo simbólico situado por encima de la experiencia concreta de los individuos— se solventa señalando que el nacionalismo propone una nueva síntesis, que rechaza los anonimatos liberal o socialista para plantear una respuesta que defiende al individuo en su marco natural y cultural al mismo tiempo. La cultura se plantea, por consiguiente, menos como un artefacto que resulta de la razón humana que como un resultado de las características genéticas del grupo. La obsesiva inclinación por observar la conducta animal, el prestigio de intelectuales como Konrad Lorenz, la divulgación de obras que se refieren a un retorno a la naturaleza, parece conectar con el rechazo de su destrucción a manos de una sociedad industrial poco atenta a los escrúpulos necesarios para preservarla. En la literatura de la extrema derecha, este planteamiento se realizará en términos de un nuevo racismo, provisto de la eficacia ambiental de una sensibilidad atestada de sensaciones de riesgo, de miedo al otro, de temor a la contaminación, de difusión de nuevas epidemias, de inseguridad personal experimentada en formas tan diversas como la pérdida del puesto de trabajo, el sufrimiento de un acto de delincuencia o la percepción de un deterioro de la propia cultura que debería actuar para

identificarnos. La cultura del «resentimiento» es, de hecho, la cultura del miedo en busca de entidades sólidas y permanentes a las que sujetarse, cuando la realidad avanza más rápido de lo que podemos reconocer. El nacionalismo ofrece esta fórmula por varios motivos, el principal de los cuales es su extraordinaria capacidad de seducción integradora, ya que se presenta en términos de inclusión de los desamparados, de quienes se sienten en peligro aunque sus condiciones sociales no sean adversas, de quienes sienten que un mundo seguro se encuentra en proceso de cambio y puede amenazar sus costumbres, su ambiente familiar, su situación en él, su reconocimiento por los otros y por ellos mismos. La inclusión de quienes sí son parte de la nación implica la creación de este gran imaginario colectivo para poder formar parte de él y definir quién no es pueblo, quién deja de ser ciudadano, quién es excluido. Observado siempre en sus términos de exclusión, el movimiento de la nueva extrema derecha no se observa en su capacidad de incluir a través de apartar al otro. De qué manera lo hace: si no es un privilegiado, sí es una parte «normal» de la comunidad. Cuanto más desintegrada se encuentre esta sociedad, cuanto más rápido sea el cambio, cuanto más fuertes sean las fracturas, mayor será el precio que se esté dispuesto a pagar para poder volver a sentirse parte de ese todo orgánico al que se desea pertenecer y que queremos que nos pertenezca. El nacionalismo aparece, además, en plena crisis de otras identidades potentes que se han vivido hasta la crisis de la posmodernidad, en especial la identidad comunista.

La quiebra del bloque del Este y la caída de la sociedad industrial confluyen en la liquidación de los partidos comunistas: por una parte,

presentan el fracaso de un modelo; por otra, liquidan la base material de clase sobre la que se apoyaba la existencia de tales partidos, en la medida en que se destruye el tipo de trabajo que había funcionado en la etapa de expansión de los años de la posguerra. Destruido el modelo de sociedad-fábrica, iniciado el proceso de deslocalización y de un capitalismo basado en la invisibilidad de las finanzas, la precariedad y el carácter volátil del trabajo como mercancía, lo que se desmorona es todo un sistema de valores que ha proporcionado a la izquierda la experiencia alienante y, al tiempo, poderosa, de la socialización a través del trabajo en las fábricas. Tal elemento no implica solo la crisis comunista, sino la de la izquierda en su conjunto, como se observará por parte de un reformismo socialdemócrata que encontrará bases programáticas más cercanas a la defensa de los derechos de libertad personal y realización que a los viejos criterios de la lucha de clases, incluso comprendiendo las soluciones de acuerdo con principios reformistas. Pero la quiebra del proyecto socialdemócrata puede ser rápidamente sustituida por una orientación hacia el liberalismo del viejo socialismo, en la misma medida en que el liberalismo europeo sufre una traslación hacia el conservadurismo. Sin embargo, la quiebra del comunismo es experimentada de una forma demoledora en el doble aspecto de la experiencia práctica de gestión y de la oposición de los partidos occidentales —es decir, en la crisis de un mito y en la depauperación de una estrategia de movilización respectivamente—. Y el primero de los factores tiene una fuerza destructiva pavorosa, pues el propio discurso de la posmodernidad ha vuelto a valorar la importancia de los elementos emotivos para inspirar las acciones de las personas en sociedad: la manera

en que sus percepciones elementales, su lectura de las experiencias, dependen de una relación afectiva y no puramente «racional». En este sentido, el mito nacionalista cubre un espacio que se hunde con la demolición de los países socialistas y el espectáculo vergonzoso de sus élites fugitivas, arrojadas del poder o regresando al mismo con distintas banderas. No es extraño que el nacionalismo tenga la capacidad sustitutiva que adquiere con la crisis del bloque oriental, ya que presenta a los ciudadanos una opción comunitaria sólida, atestada de elementos emocionales, pero también de verificaciones prácticas, observables, aunque sea en el negativo de la interrupción del progreso. En la agenda de la extrema derecha, la normalización de la crítica a la globalización permite situar la defensa de la diversidad nacional y de los elementos propios, xenófobos, diferenciadores, con un prestigio que difícilmente podían haber alcanzado sin que una parte importante de la izquierda antisistémica desapareciera, no sin antes aceptar poner sobre la mesa este reencuentro con lo local, lo próximo, lo pequeño. En la cultura de la posmodernidad, el nuevo tribalismo puede ser la expresión del rechazo a las viejas corrientes totalizadoras del pensamiento, al viejo universalismo que ha fracasado en sus experiencias de gobierno. Los escritores de la posmodernidad, con su escepticismo deconstructor, con su denuncia del final de los grandes relatos históricos, con su desautorización de los movimientos que han inspirado el siglo XX, pueden ayudar a normalizar una diversidad que se convierte en patología de la diferencia.

El clima propicio a esta defensa de una identidad alemana renovada dará lugar a un nuevo debate sobre el pasado nacional, que fue conocido como el

«debate de los historiadores» —*Historikerstreit*—, a mediados de los años ochenta. Aprovechando la normalización del fascismo que se está produciendo en otros lugares, especialmente en Italia, y respondiendo a la necesidad de dar cobertura a un aspecto de la identidad alemana que sigue estando cubierto de escombros, la discusión entre los investigadores se tradujo en una apreciación de la historia del Tercer Reich que superó el debate sobre el conjunto de la historia alemana que se había producido inmediatamente después de la guerra. En medio de un recrudecimiento del conflicto entre las grandes potencias, que sitúan a Alemania en una posición delimitada desde fuera, sujeta al capricho de sus antiguos ocupantes, volvió a hacer acto de presencia la reflexión sobre los elementos de la identidad nacional, buceando en el pasado inmediato para darle empaque intelectual. Las propuestas de Steinberg o Habermas para establecer un nuevo «patriotismo constitucional», que defina la adscripción a una identidad colectiva sobre la base de los criterios legales profundos de convivencia —en definitiva, la vieja vinculación entre patria y Constitución que tan bien se percibe en otras zonas—, será respondida por la necesidad de «normalizar» la historia alemana, algo que precisa de un enfrentamiento con el nazismo que no puede resolverse con el silencio interesado de algunos o con la denuncia genérica de otros. Un intelectual del peso de Ernst Nolte, que ha escrito uno de los trabajos pioneros sobre la ideología fascista común a Francia, Italia y Alemania, hará del nacionalsocialismo una revolución preventiva contra la amenaza bolchevique que caía sobre Alemania. Estableciendo la realidad de los años de entreguerras como los de una «guerra civil europea» entre dos facciones radicalizadas, que militarizan la

sociedad civil e impiden la realización de la democracia, Nolte coloca la responsabilidad del fascismo en los efectos de la revolución rusa, cuya imagen asegura la expansión popular de la extrema derecha y su triunfo en Alemania. El episodio del exterminio racial pasa a colocarse en las mismas condiciones de matanzas inhumanas que ha conocido el siglo XX a causa del estallido de ese conflicto entre experiencias totalitarias, que han permitido el desvanecimiento de los ideales de la libertad individual y han devaluado los procedimientos de la democracia. Andreas Hillgruber, que en 1986 publicó *Zweierlei Untergang* (*Doble desmoronamiento*)*,* sitúa en el mismo nivel la tragedia sufrida por los judíos y la expulsión de los alemanes de las zonas orientales, mientras en el país aumenta la exigencia de rendir tributo al combate realizado por la *Wehrmacht* en el frente oriental, que tendrá su expresión en la visita de Reagan y Kohl al cementerio de Bitburg. La respuesta de historiadores diversos según sus opciones metodológicas y sus preferencias políticas será inmediata, encabezada por el director del prestigioso Instituto de Historia Contemporánea de Munich, Martin Broszat, autor de algunas de las obras más celebradas sobre el régimen nacionalsocialista. Para Broszat, como para Wolfgang Mommsen y Heinrich August Winkler, que se incorporan al debate, la educación de la juventud alemana no puede correr el riesgo de una trivialización de la experiencia nazi, adjudicada simplemente a la amenaza del bolchevismo o resuelta como una forma más de la inmundicia del siglo XX. Mantener el carácter específico de lo que ha sucedido en Auschwitz no les parece una prueba de emotividad sino, por el contrario, arrebatar esa misma carga moral que puede deformar el análisis histórico, y

que Broszat lleva tiempo tratando de superar en el estudio sistemático del Tercer Reich. La catástrofe intelectual que podría suponer la imposición de este nuevo revisionismo fue respondida más allá de los círculos académicos con argumentos de sutileza científica, y adquirió los rasgos de un debate llevado con toda la crudeza que el tema requería en las columnas de la prensa. Por elogiosos que pudieran ser los juicios de la obra de historiadores como Stürmer, Nolte o Hillgruber, su intención de normalizar el pasado no podía hacerse en los términos en que sugerían, ya que corrían el riesgo de deformarlo de otra manera, con el fin de superar un complejo de inferioridad moral que la ciudadanía alemana había de esquivar con mejores recursos. Por otro lado, los trabajos que empezaron a aparecer en los años noventa en la misma historiografía alemana matizarían el carácter honorable del combate de la *Wehrmacht* en el frente oriental, y destacarían la participación entusiasta de unidades del ejército en las tareas de exterminio propias de una guerra racial. En la misma línea, las cuidadosas aproximaciones a la vida cotidiana bajo el nazismo señalarían la falsedad de una aproximación a las fórmulas represivas del régimen que no contaran con una extensa complicidad social. La superación de la experiencia nazi no podría hacerse, por tanto, mediante formas de amortiguar el exterminio o a través de su banalización, para convertirla en una parte indiferenciada de un siglo de catástrofes morales. La población habría de afrontar su relación con el Tercer Reich como otras poblaciones europeas habrían de considerar su propia relación con las experiencias amargas de las dictaduras del Novecientos: reconociendo y delimitando adecuadamente las secuencias de la colaboración, de la complacencia, de la pasividad.[6]

La visión de un pasado que pueda aceptarse en términos de una reconciliación con el propio ser alemán puede dar alas al resurgimiento de un nacionalismo distinto de la simple adhesión a las instituciones republicanas y a la satisfacción por el modelo de expansión económica y cohesión social de los años del «milagro». En la medida en que el *Historikerstreit* forma parte de una tendencia académica internacional, que afronta la experiencia del fascismo de una forma distinta de como se ha hecho en los años inmediatos a la guerra, no podemos pensar que este revisionismo tenga la única pretensión de fomentar el surgimiento de una extrema derecha que vuelva a tener en el nacionalismo el territorio lógico de su expansión. Lo que está sucediendo desde mediados de los años setenta es un proceso intelectual complejo que afecta a toda Europa, en el que la cuestión del fascismo trata de examinarse en términos de su desactualización política, para situarse en una reflexión académica que procure no dilapidarse en condenas morales. Esa misma formulación resulta discutible, en la medida en que la experiencia histórica común, como tradición de un país, como recuerdo compartido, como referencia de una sociedad que tiene su propio pasado común, tiene que constituirse también —aunque no exclusivamente— sobre bases políticas y morales. Tratar de distanciar el discurso histórico de esa consideración es una ingenuidad, porque en ningún caso ocurre de esta forma, ni siquiera cuando se pretende partir de esa misma toma de posición; por el contrario, más allá de las honestas intenciones que tengan quienes desearían observar la experiencia del fascismo en un espacio esterilizado moral y políticamente, la apreciación de una tajante distinción suele hacerse para inculcar atenuantes

a la experiencia misma que pertenecen al territorio de lo político y de lo moral, tanto como lo hacen las condenas sumarias de los regímenes y los movimientos fascistas. Se trata, más bien, de no permitir que el juicio de valor se realice como mera condena sin atender al rigor de la narración y del examen de las circunstancias que condujeron a la experiencia fascista. La reivindicación de la solidez del trabajo académico es lo que debería hacerse, en lugar de pretender que una cuestión como esta deba apartarse de las manos del conjunto de la ciudadanía, que tiene derecho a que los profesionales dedicados al examen de los acontecimientos puedan organizar el pasado en la forma más adecuada para que una sociedad esté en las mejores condiciones para comprenderse. Ello implica, como es lógico, dejar de lado opciones que han creído facilitar la condena política y moral del fascismo mediante la perturbación y falsificación de su experiencia real, algo que pasa factura cuando una parte considerable de la ciudadanía puede comparar sus propios recuerdos o los de su familia con lo que se le explica desde las instancias académicas. Tal tipo de juego solamente sirve para crear una memoria falseada paralela, subterránea, que va reivindicando el régimen condenado sumariamente mediante una no menos sumaria absolución. Por ello, los trabajos que se han realizado en los últimos treinta años sobre la experiencia del fascismo europeo no han querido cortar el hilo conductor que une dicha experiencia a una tradición política que atañe a la memoria de la ciudadanía, sino mejorar las condiciones en que esta resulte más accesible y más matizada. Por ejemplo, estableciendo la adhesión de masas al régimen fascista, en un debate sobre el grado de consenso que no impide el reconocimiento de un apoyo social amplio; o abriendo paso a una

consideración del fascismo como paradigma de organización social, como cultura, y no como una simple reacción carente de principios ante la amenaza de la revolución social, es decir, completando los elementos de función social del fascismo con los que se corresponden a la existencia de una cultura política fascista que actuaba positivamente, ofreciendo su propia utopía. Otra cosa es que este debate pueda producir discusiones que afectan a la misma concepción del carácter de la propia sociedad, como ha ocurrido en Francia cuando se ha valorado la existencia de fascismo o la «alergia» de la sociedad republicana gala a la invasión de este fenómeno, así como el debate que sigue inspirando en nuestro país la naturaleza del franquismo; en este caso, agudizada porque el régimen español tiene una disonancia cronológica con el fascismo de entreguerras.

El debate europeo se plantea en Alemania de otra forma, pues la propia «nazificación» del fascismo ha hecho del caso germano un modelo que algunos historiadores separan de la familia fascista por su carácter fundamentalmente etnicista, mientras otros lo vinculan a la experiencia compartida con el estalinismo del régimen totalitario, o queda como la variable específica de un fenómeno continental, que fue capaz de hegemonizarlo y llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Puesto que todas las apreciaciones están defendidas por profesionales de indudable talla, en ningún caso se trata de personas que intenten realizar la aproximación a este pasado como una forma de conceder a la extrema derecha un ámbito de reivindicación. Por el contrario, se trata de ir afinando el instrumental analítico para atender factores que habían sido descuidados hasta los años setenta, como los mecanismos de creación de consenso a través de la

conquista del mundo del trabajo, o las formas de control social mediante el análisis de la relación entre complicidad y represión, o un examen más adecuado del funcionamiento de la sociedad racial, que la ponga en contacto con las condiciones ideológicas de la época, en lugar de hacer del exterminio una extraña aparición en una cultura avanzada, una barbarie ajena a la civilización en cuyo territorio brotó como un injerto inexplicable. Los historiadores alemanes que intervinieron en el *Historikerstreit* advirtieron de la necesidad de un estudio matizado, que no simplificara la dictadura alemana como una simple barbarie sin sentido —y, en este caso, la función de Broszat, que había planteado la capacidad modernizadora y de «estado social» del nazismo, es ejemplar—, a fin de que los datos históricos y la experiencia de los supervivientes no lo desmintiera como simple propaganda. De lo que se trataba, para tales científicos, era de asegurar que este conocimiento más matizado permitiera examinar las sutilezas del proyecto y las complejidades de una época, sin que en ningún caso pudieran matizarse política y moralmente la magnitud de los hechos. Es decir, sin que pudieran realizarse operaciones ideológicas en las que los logros del régimen a la hora de conseguir la adhesión popular constituyeran una legitimación democrática del mismo, o sin permitir que la existencia de atroces crímenes cometidos por los aliados se pusiera al mismo nivel que un régimen cuya lógica era —al contrario de lo que sucedía con las inútiles matanzas promovidas por las potencias democráticas sobre una población indefensa—, precisamente, el exterminio. De lo que se trataba era de hacer entender a la sociedad alemana que el nazismo acababa necesariamente en Auschwitz, en la medida en que había permitido la instalación de una

dinámica de exclusión legalizada y pública, que radicalizaba sus mecanismos hasta considerar que una zona de la población resultaba superflua o amenazadora, y permitía que la operación de su liquidación se considerara un acto de higiene o de autodefensa. La normalización del pasado alemán no podía hacerse atenuando las responsabilidades de esta forma, que no era comprender los motivos por los que una parte tan considerable de la población alemana colaboró con el nazismo, sino ofrecer una visión más bondadosa del nazismo como movimiento, aceptando su desviación por las condiciones de la guerra mundial. En este sentido, los trabajos realizados por la historiografía alemana para determinar el ritmo del exterminio era una aportación decisiva, al comprender su radicalización no solo en términos de oportunidad, sino de intención inicial y, por tanto, considerando que nunca se habría producido la matanza de no haber existido un régimen que se fundamentara en la consideración del carácter ajeno de un determinado grupo de ciudadanos, así como de la necesidad de preservar la salud de la comunidad mediante las técnicas de esterilización forzosa o de eutanasia para los incurables. De igual forma, el examen de una «doble guerra», que hacía del frente oriental el espacio de una guerra racial destinada a enfrentar a verdaderos seres humanos, portadores de la civilización, con *Untermenschen* a los que se podía eliminar mediante diversos recursos —por el trabajo hasta la extinción, por el simple tiro en la nuca, por el hambre y el frío en los campos de prisioneros soviéticos—, ponía las condiciones en que el exterminio adquiría unos rasgos de normalidad, de algo que podía hacerse porque estaba formando parte de un proceso coherente, en el que la guerra racial era un eslabón inevitable. Es

lógico que, para estos historiadores, el intento de trivializar Auschwitz pudiera entenderse como la destrucción de un esfuerzo de educación cívica que se había realizado, no tanto como propaganda de los vencedores, sino como forma de comprender lo que verdaderamente ocurrió y la perversa lógica que contenía, distinta de cualquier exceso de guerra o de cualquier producto de circunstancias excepcionales, ajenas a los máximos dirigentes del régimen.

Naturalmente, para la extrema derecha alemana, como para los neofascistas de todos los países europeos, el esfuerzo de normalización era un alivio, en la medida en que podían tratar de presentar una aproximación al fascismo que no estuviera contaminada de elementos morales. Sin embargo, ello podía hacerse en el mismo momento en que se producía una quiebra de los sistemas políticos creados sobre la base de una cultura antifascista, y en un ambiente en el que la matización y el conocimiento más riguroso del fascismo como cultura alternativa y como movimiento con una adhesión popular importante pasaba a considerarse en términos atenuantes, algo que nada tenía que ver con las intenciones de conocerlo mejor, sino con la voluntad de juzgarlo de otro modo. La sociedad de los años ochenta se ha acostumbrado a las escenas aterradoras de los campos de exterminio, divulgadas a través de los medios de comunicación, de las obras de ficción literaria o del inmenso poder de persuasión del cine, como ocurre con películas tan ampliamente difundidas como *La lista de Schindler, La vida es bella* o *El pianista*, cuyo poder de difusión se amplifica con la ceremonia de los Oscar. El recuerdo de Auschwitz como concepto se ha asentado de una forma que podría considerarse difícil de acallar y que

repercute en la conciencia de las jóvenes generaciones. Ello no siempre se realiza de una forma adecuada, en el sentido en que podría discutirse si la reiterada exhibición de un espectáculo de ficción no acabará provocando una simple respuesta estética, de juicio de valor sobre la belleza de unas imágenes, de una banda sonora, la calidad de una actuación, la capacidad de conmoción que provoca la asistencia al espectáculo en términos estrictamente lúdicos. El riesgo de que la respuesta moral sea cubierta cada vez más profundamente por esa capa de valoraciones estéticas es muy grande porque es raro que tales mecanismos de difusión social permitan entrar en la complejidad del problema y relacionar, por ejemplo, la matanza en un campo de exterminio con las condiciones de la República de Weimar en sus últimos años, con la fascinación comunitarista del nazismo o con el prestigio del higienismo racial en la élite europea de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, la actitud de la extrema derecha no ha ido por esos derroteros, sino que ha intentado salvarse mediante dos mecanismos complementarios: recuperar la dignidad del pasado y aparecer como algo totalmente distinto ante los electores. Es decir, conectar con una parte de los mismos que, sin creer que la experiencia fascista sea repetible, pueden hacer una valoración global positiva, de la que se apartan los factores como la guerra o el exterminio. Por ello, el revisionismo histórico de extrema derecha ha tratado de impulsarse defendiendo el honor del combate de las tropas alemanas ante el comunismo, indicando la razón última que las asistía al tratar de derrocar un sistema de barbarie; o situando los crímenes en un territorio de excesos compartidos por todos los ejércitos; o negando que el régimen nazi hubiera planificado el exterminio, aunque sin atreverse

a desmentir la matanza de personas en los campos. Por otro lado, si la población puede considerarse psicológicamente protegida frente a un nazismo que se presente exactamente igual al del movimiento hitleriano, no lo está para atender estas demandas de revisión que los alemanes pueden entender como una exigencia de recuperar la dignidad del conjunto del pueblo acusado de dar apoyo a un régimen, un pueblo cuyo carácter lo arrastró hacia aquella situación. Y, junto a esa tentación de confundir la recuperación del propio pasado con la honorabilidad de un régimen en su conjunto, y reprocharle solo sus excesos accidentales, se encuentra la presentación de una extrema derecha que indica que sus propuestas no tratan en modo alguno de que vuelva a ocurrir lo que sucedió, sino de ajustarse a unas condiciones totalmente nuevas. Una extrema derecha que dice ser, a diferencia de lo que ocurre con la izquierda, una fuerza que mira hacia el futuro, y que desea pasar página de lo que ocurrió en el pasado. A lo que debería añadirse un extraño neorrevisionismo en el que pueden encontrarse quienes acusan a las potencias vencedoras de haber convertido a los alemanes en víctimas de excesos intolerables, como sucede con textos referidos a la violencia del Ejército Rojo en el Este, pero también a los bombardeos indiscriminados realizados por los angloamericanos sobre civiles a fin de minar su moral. Esta reivindicación del sufrimiento de los alemanes y de la crueldad con que se planificó una guerra psicológica destinada a arrebatar al régimen su prestigio a costa de la vida de seres inocentes llega hasta sectores de pulcra trayectoria democrática que, en un proceso de reencuentro con la propia memoria, desean poner las cosas en su sitio cuando recuerdan el inmenso sufrimiento de los alemanes en la guerra.

Aunque, en casos como la novela *El lector*, de Bernhardt Schlinck, lo que podamos hallar sea una verdadera absolución de quienes, por su falta de cultura, podían ser casi inocentes de haber participado en el exterminio, como si la carencia de formación académica pudiera explicar la indiferencia moral.

Desde el punto de vista estrictamente político, el nacional-populismo alemán hallará un campo más propicio que el de la década anterior. Sin embargo, la extrema derecha no alcanzará la continuidad de los éxitos conseguidos en otro momento debido a la inexistencia de un factor indispensable: la inestabilidad institucional. En Francia, el Frente Nacional de Le Pen ha tenido que aguardar un largo período de travesía hacia la Tierra Prometida de la visibilidad. Fundado en 1972, el partido ultraderechista de mayor impacto europeo, que más parece chocar con una tradición política nacional, tiene que aprender de sus propios errores en la crisis de Argelia o en la del 68. Sobre todo, tiene que esperar a que el gaullismo se convierta en un movimiento de la derecha liberal, pierda su carácter de movimiento nacional-populista y deje un hueco inmenso, fácil de ocupar cuando se produce la quiebra del capitalismo nacional. Tras la primera victoria municipal de 1983 en Dreux y la primera oleada en las europeas de 1984, el Frente Nacional se consolida, al principio, contra el gobierno de la izquierda social-comunista de Mitterrand. Sin embargo, a finales de la década, cuando la derecha chiraquiana y giscardiana se niega a pactar con él, Le Pen acepta y promueve un cambio de clientela, que le ofrece el voto de los sectores castigados por la crisis económica, desorientados por la pérdida de soberanía y por el cierre de empresas

dictado desde fuera del país, sea desde la Comisión Europea o desde los fondos de pensiones de Estados Unidos. Le Pen aprovecha el discurso antiglobalizador para instalarse en una respuesta nacionalista coherente a la mundialización, en la que identifica la suerte de los perdedores o de quienes tienen miedo a perder con la «preferencia francesa», con un discurso de la «seguridad» que tiene todas las acepciones de la palabra: desde el rechazo al inmigrante que pone en peligro el puesto de trabajo hasta el miedo a la contaminación del sida. En el caso italiano, las cosas van mucho más lejos, porque en 1994 estalla el sistema de partidos de la Primera República: los fundamentos del sistema, articulados en torno a la Democracia Cristiana y el Partido Comunista se hunden y permiten que el espacio sea ocupado por una rectificación de la política que se entiende en su sentido más visible: la llegada al poder de quien representa el «mito de la sociedad civil», un populismo que presenta los rasgos de la quiebra de la democracia parlamentaria en Italia, provocada por una honda desconfianza de la ciudadanía en sus representantes, sin que se sepa hallar una alternativa dentro del sistema. El partido de los excluidos de la extrema derecha, el MSI, reconvertido en Alianza Nacional, pasa a ser indispensable para asegurar el triunfo de Berlusconi; aunque no consigue ser el grupo mayoritario, hay que contar con él para una recalificación del terreno democrático.[7]

En Alemania, en cambio, los años previos a la unificación no fueron acompañados de la crisis de legitimidad de los partidos que habían estado gestionando el país desde su nacimiento. Por el contrario, la socialdemocracia había ido ganando prestigio tras demostrar una excelente

capacidad de gestión; el Partido Liberal había conseguido modernizarse y mostrar una polivalencia que le permitía endurecer el valor de su pequeño porcentaje electoral, mientras la coalición democristiana había logrado superar las tensiones que provocaban sus tendencias internas, sin que la CSU volviera a amenazar con crear un partido de ámbito nacional, tras el fiasco de la candidatura de Strauss a la cancillería. Los recién llegados al Bundestag, por su lado, expresaban la capacidad del régimen para asumir los coletazos de la generación del 68, cuya progresiva moderación acabaría convirtiendo a los Verdes en un área propicia a buscar la coalición con el SPD, con lo que se estabilizaría el régimen mediante un voto a coaliciones más que un voto a partidos en solitario. La cultura de la negociación permanente que suponía esta condición, lejos de presentarse en el esquema desacreditado del clientelismo a la italiana, pudo presentarse como una forma de abrir los partidos a las nuevas demandas de la sociedad, lo que proporcionaba oxígeno a unas fuerzas cuyo origen se situaba en la cultura anterior a la Segunda Guerra Mundial. La estabilidad política aparecía, de esta forma, como un elemento en que no podía apoyarse un discurso que tenía, como factor esencial de su eficacia, la denuncia populista de una democracia vulnerada por sus gestores, algo que solo había podido ocurrir en 1966, cuando la Gran Coalición pudo dar la impresión de la ausencia de un verdadero juego de alternancias en el sistema y el paso a un territorio monocolor, que recordaba el régimen aparentemente multicromático y profundamente uniforme del *pentapartito* italiano. La pérdida de este factor de deslegitimación arrebataba a la extrema derecha alemana el principal elemento de su crecimiento, pues los demás factores, como la xenofobia, la

anomia urbana, el temor a la inseguridad o el aumento del desempleo, solamente pueden sintetizarse en un discurso de la extrema derecha, leído en términos de identidad étnico-comunitaria, si se acompaña de la previa destrucción del espacio de legitimidad de los partidos existentes, que permita que una franja apreciable de la población decida optar de forma permanente por un voto a un movimiento nacional-populista.[8]

Por tanto, este factor resulta decisivo para explicar, en una dinámica institucional específica, los problemas de la extrema derecha alemana para instalarse en un espacio que disponía de otros elementos favorables. Uno de ellos, como ya se ha visto, es la renovada expansión del nacionalismo alemán, que busca hallar una identidad aprovechando el brote de nacionalismos reivindicativos en toda Europa, sea para obtener objetivos secesionistas, sea para conseguir la reunificación de espacios distribuidos por viejos intereses diplomáticos. La congruencia no se produce en el aspecto político solamente, en especial con los brotes nacionalistas de la Europa del Este o con el desarrollo de una nueva «fiebre hexagonal» en Francia, sino en el ámbito de un descubrimiento del valor de la identidad comunitaria que se corresponde con el rechazo de un universalismo que ya se ha realizado y ha sucumbido con el proyecto de la modernidad. Es este prestigio de lo cercano, de lo tribal, de lo familiar, de la esencia a lo que uno pertenece; es este relativismo cultural que viene de la mano del neoestructuralismo y de la crítica al eurocentrismo el que se propaga también, de forma inesperada, en una nueva afirmación del principio de inclusión y exclusión comunitarias. Lo que, en su versión democrática, puede indicar un sano rechazo de la petulancia de una cultura superior que

examina a las demás con el interés presuntuoso de un entomólogo, podrá convertirse también en la forma de admitir, dentro del mismo discurso, una defensa de la identidad que se propone como rechazo del multiculturalismo y como afirmación de la exclusión de lo distinto, como único mecanismo para lograr una inclusión liberadora de lo idéntico.

El que acecha en el umbral. El nacional-populismo en vísperas de la unificación

Baüme weiss Ich, frühlingsstarke Baüme, denen gärend der Jugend Saft durch glühende Adern singt.

Die lechzend verlangen nach dem Rausche der Erfüllung.

Aber noch starren sie kahl und stumm. Harte Schorfe ketten die vorschwellenden Triebe.

Und in wilden Träumen nur langen sie empor zu dem schaffenden Licht, dass es sie bade in Glanz und Glut.

Weiten sich ihre Äste, dass gierig sie einsögen den zauberstarken Most lauen Sommerregens, zu erblühen und zu leben gleich ihren Brüdern.

(Sé de árboles, fuertes en primavera, cuya joven savia canta a través de sus venas incandescentes.

Que piden, anhelantes, la embriaguez de su realización.

Pero que aún observan fijamente, fríos y en silencio. Atan duramente a su corteza los retoños que brotan.

Y que solamente en sueños salvajes se levantan hacia la luz emprendedora, a fin de que los bañe en brillo y ascua.

Que ensanchan sus ramas, para que absorban, ávidas, la fuerza mágica del mosto de las lluvias estivales, para brotar y vivir igual que sus hermanos.)

E. M. STADLER
«Vorfrühling»

El desarrollo del viejo nacionalismo procedente del NPD y del nuevo nacional-populismo que formula el grupo de los Republikaner viene acogido por esta atmósfera, aunque puedan matizarse algunas de sus diferencias estratégicas. Lo que parece decisivo en la suerte de la extrema derecha, en esta fase de transición a la unidad alemana, es la coincidencia con un momento de modernización que se identifica con la pérdida de las seguridades que ha proporcionado el modelo de crecimiento alemán. Si el «patriotismo constitucional» ha requerido, para que los ciudadanos crean en la existencia de una nación llamada República Federal, la expansión económica, las libertades públicas y la cohesión social, las condiciones que llegan de la mano de la «sociedad del riesgo» desmienten todas y cada una de estas circunstancias: la oleada neopopulista de los años ochenta y

noventa va a basarse, precisamente, en la destrucción de todos estos factores a lo largo y ancho del continente, aunque adquirirá un ritmo distinto en cada país. La crítica a la democracia parlamentaria propia del discurso populista procede de la caducidad de las fuerzas políticas que se han constituido con el final de la guerra. El ensanchamiento del marco representativo supone la irrupción de partidos que se presentan como adalides de una cuestión fundamental, en lugar de querer representar todos los problemas. Los Verdes alemanes pueden ser la versión de izquierdas de esa rectificación de la política, que pronto hallará brotes al otro lado del espectro. De igual forma, todas las condiciones que aseguraban los proyectos de vida en el marco de una seguridad económica quiebran. Y lo hacen instalando como única forma de permanencia el sentido de la precariedad, lo que para muchos dinamita cualquier significado para sus vidas. La falta de seguridad es presentada por los afortunados como un triunfo de la libertad, pero como una devastación de las tutelas merecidas por los perdedores. Lo que se le presenta a una parte considerable de la población es un mundo que no se corresponde con aquel en el que se ha desarrollado su propia formación, su educación técnica, cívica, política. Acostumbrados a disponer de una validez en el mercado laboral que solamente hay que ir adaptando a las condiciones de una renovación razonablemente controlable, la llegada de una nueva revolución técnica y la alteración del capitalismo de fábrica sitúa la rápida pérdida del valor del conocimiento adquirido, la necesidad de una constante renovación, que de no cumplirse le arroja a uno a las tinieblas exteriores de la marginalidad. El desempleo se convierte en una realidad estructural, en la medida en que se

consigue la deslocalización de las empresas y la búsqueda de la misma cantidad de fuerza de trabajo en un mercado abierto. Sin embargo, no se trata solo de un dato verificable en las estadísticas, sino la sensación de una pérdida definitiva que afecta a la propia consideración de la ciudadanía adquirida a través del valor de uso y del valor de cambio que se posee. Al ciudadano se le exige un cambio constante de aprendizaje, una polivalencia que le sitúe en condiciones de hacer frente a las nuevas tecnologías. Pero sabe que, además, se enfrenta a algo que ya no depende de su propia formación, de su propio esfuerzo: la evaporación de las fronteras, de la soberanía nacional, de la identificación entre nación y mercado, para pasar a unas condiciones en las que la pérdida de posición puede ser debida a que los fabricantes obtengan su capital —y sus directrices— de accionistas que nada tienen que ver con los intereses de un capitalismo nacional y que pueden ser, por ejemplo, quienes orientan la inversión de fondos de pensiones de países extranjeros. Y esa estrategia empresarial puede verse liberada de las condiciones proteccionistas del pasado mediante las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías de la comunicación y las nuevas normas internacionales del comercio; puede situar una parte de su producción en zonas de mano de obra poco cualificada y barata, o —como sucederá cuando se desmorone el bloque oriental— incluso barata estando bien cualificada. Por tanto, las nuevas condiciones son favorables al surgimiento de un discurso nacionalista y populista porque se produce, visiblemente, la pérdida del lugar que cada uno ocupa en el seno de la comunidad y la capacidad real de la política de gestionar la verdadera soberanía del pueblo. Puestas en la agenda de finales de siglo desde

diversos puntos de vista, las condiciones de la sociedad del riesgo parecen plantear, también, nuevas opciones para el nacionalismo radical.

El problema de la extrema derecha nacional-populista es, sin duda, en el caso alemán, el de su dispersión, algo que contrasta con lo que puede observarse en los modelos de Francia, Italia o Austria, donde buena parte del éxito de este espacio de protesta y de alternativa se debe a que puede presionar al conjunto de la derecha y adquirir cierta credibilidad por la vía de liderazgos sólidos y de una unidad orgánica. Ni una cosa ni la otra se producen en Alemania, donde nadie hay que pueda compararse a Almirante o a Le Pen, o a Haider, y donde el desencuentro entre los sectores más radicales y los más partidarios de construir una Gran Derecha se duplica con las divergencias de los partidos que desean obtener un respaldo institucional para poder negociarlo con el resto de la derecha. Los resultados electorales de cada partido permiten observar hasta qué punto esta división no permite que se obtenga el apoyo de la ciudadanía, especialmente porque el tipo de elector de la extrema derecha nacional-populista es el que desea acabar con la fragmentación y la inseguridad, no el que vuelve a encontrársela en la trayectoria de los partidos a los que debería votar. El NPD obtendrá, en las elecciones europeas de 1984, un resultado del 0,8 por ciento, que le permite el reingreso de fondos invertidos en la campaña y le hace salir del túnel de progresivo hundimiento decimal al que parecía destinado en el futuro. La radicalización de su sector juvenil, acompañado de la aureola de respetabilidad que le proporcionan los militantes nacional-conservadores que ha conservado el grupo desde los años sesenta, le permite ir ganando posiciones en las elecciones locales y

regionales, en especial allí donde no encuentre la competencia de otras fuerzas nacionalistas. En las elecciones generales de 1983, el NPD había obtenido 91.095 votos, equivalente al 0,23 por ciento de los electores que ejercieron su derecho. Cuatro años después, consiguió duplicar su resultado, presentándose en 172 municipios.[9] Sus opciones en elecciones locales y regionales son mayores, dada la concentración del voto en algunos espacios privilegiados. Así, en la primavera de 1988, conseguirá pasar del 2 por ciento de los votos en Baden-Württemberg, convertido en uno de sus bastiones más seguros, y logrará superar el 1 por ciento en SchleswigHolstein. En las elecciones municipales de 1989 logrará casi un 7 por ciento de los votos en Frankfurt, el mejor resultado obtenido en una capital de estas dimensiones desde hacía veinte años.

Sin duda, tales avances tenían que ver con los factores de fondo que hemos observado en el cambio de sociedad, pero obedecían también a la orientación de la extrema derecha a identificar un problema que una parte de la ciudadanía mayoritaria iba observando con preocupación: el fenómeno de la inmigración y, especialmente, su vinculación a las generosas cláusulas del derecho de asilo que se concedía en la Ley Fundamental de la república, redactada cuando Alemania tenía que demostrar su buena fe con respecto a los perseguidos políticos y cuando tal cláusula se refería, fundamentalmente, a quienes venían de los países del bloque soviético. El incremento del desempleo, que situaba a Alemania en las condiciones de un cambio de modelo social similar al que se producía en sus vecinos, también obtuvo como respuesta la ansiedad ante la presencia de trabajadores que competían con la mano de obra en paro, aunque no se plasmara de una

forma tan consolidada en términos electorales. Lo que se estaba produciendo no era la inmigración —que Alemania había necesitado para su despegue en los años sesenta—, sino la valoración de ese fenómeno, incluida la actitud que se podía tener ante los propios inmigrantes de nacionalidad alemana de acuerdo con la versión del país que tenían los partidos de la extrema derecha. El porcentaje de desempleados jóvenes era el doble del de los que tenían más de 25 años de edad; a finales de la década de los ochenta alcanzaba niveles próximos al 20 por ciento. A ello podía sumarse la dificultad para obtener un empleo fijo por parte de quienes llegaban al mercado de trabajo por primera vez, algo que los diferenciaba de quienes podían vivir de las seguridades ya adquiridas y aún no revisadas, como habría de hacerse a partir de los años 2003 y 2004, con el programa de choque del canciller Schröder. Los trabajadores jóvenes y con escaso nivel de cualificación profesional eran los que sufrían de forma más evidente la carencia de tutelas de la modernización y la exigencia de una mayor adaptación a las nuevas tecnologías como única forma de escapar a la marginación. La aparición de «la sociedad de los dos tercios» comenzaba a señalizar las condiciones de esa zona de perdedores de la modernización en la que los sociólogos ven instalarse el discurso antisistema, en la que se produce la posibilidad de un cambio de lealtades políticas o la decisión, para aquellos que llegan a las urnas por primera vez, de hacerlo por partidos que parezcan identificarse con su protesta social. Como se ha indicado, uno de los elementos básicos para esta reinserción de la extrema derecha era detectar un problema que pudiera ser identificado con su propuesta, que hiciera del nacional-populismo el partido cuya razón de ser fuera la defensa

de la nación frente a la invasión de algo dañino, en este caso la entrada de mano de obra extranjera que no podía soportarse debido a las condiciones de vida de estos jóvenes desempleados y sin cualificación. Lo que empezó a destilarse en la sociedad alemana, más allá del voto que iba a parar a los partidos radicales de derecha, fue un *Ausländerfeindlichkeit* (animadversión hacia los extranjeros) que afectaba, según las encuestas, a más de un 70 por ciento de los ciudadanos; lo que indicaba la necesidad de modificar las normas de inmigración y, en especial, las de asilo. La actitud fue extendiéndose no solo a los extranjeros, sino a los *Umsiedler* o alemanes del Este y a los *Aussiedler* o alemanes que vivían en otros territorios. En 1989, habían llegado a la RFA, aprovechando las condiciones de derrumbe del bloque soviético, 345.000 *Umsiedler*, 375.000 *Aussiedler* y 120.000 refugiados de otras zonas.[10] Entre 1980 y 1987 la llegada de refugiados políticos a Alemania había oscilado entre los 107.818 de 1980 de máxima y los 19.737 de mínima en 1983, con un total de casi medio millón de personas, fundamentalmente de Polonia, Turquía, Irán y Sri Lanka.[11] A pesar de este apoyo electoral renovado, que se relacionaba con la reedición del discurso nacionalista en condiciones favorables como la de la inmigración, el Partido Nacionaldemócrata no consiguió ampliar su implantación en términos de militancia y mantenía su carácter de partido radical que podía identificarse con una tradición nacionalsocialista, a pesar de los reiterados esfuerzos hechos desde la dirección del partido para orientarse en una dirección más conservadora.[12]

Las condiciones de expansión de otra extrema derecha, de carácter populista, menos fácilmente identificable con el nazismo y que pudiera

conectar con las ansiedades de un sector de la población dispuesta a valorar el discurso nacionalista estaban dadas, a veces por el mismo impulso que había realizado también la izquierda pacifista a comienzos de los años ochenta, en contra de la instalación de misiles y agitando el miedo a un conflicto en el que Alemania fuera el territorio elegido para la confrontación. El neutralismo y el desarme se establecían desde la izquierda en términos de principios contra los bloques militares, pero podían utilizarse desde la extrema derecha como la negación a aceptar las condiciones impuestas por el final de la guerra; estas suponían un peligro para los ciudadanos alemanes, que no habían tenido la ocasión de elegir bando y que, en cualquier caso, habían sido obligados a dividirse según la conveniencia de un reparto en bloques hecho por los vencedores. Aunque no se pusiera en duda la defensa del ámbito occidental, sí podía aprovecharse la marea de movilizaciones realizadas a comienzos de la década para indicar que no se estaba de acuerdo con la forma en que se había procedido a esta unificación. La reivindicación nacionalista encontraba así un terreno que, hacia el final de la guerra fría, volvía a despertar el miedo por la posibilidad de un enfrentamiento del que Alemania sería la víctima principal por su situación geográfica y, además, por haber tenido que aceptar una división impuesta por la guerra. Otro factor que podía aumentar el peso relativo de las opciones ajenas a los *Volksparteien* en favor de los *single issue parties* era la progresiva incapacidad de integración de los primeros (CDU-CSU, SPD y FDP), lo cual concedía espacios de intervención y utilidad del voto a los segundos, bien se tratara de los Verdes o de la nueva extrema derecha, algo a lo que se

deberá sumar la irrupción del Partido del Socialismo Democrático en la década siguiente. En un sistema electoral prácticamente proporcional, con escasa diferencia de votos a la hora de decidir una mayoría gubernamental, los pequeños partidos disponen de muchas posibilidades de coalición, al tiempo que el discurso de las fuerzas mayoritarias tiende a legitimar sus demandas, a fin de no perder a electores que pueden sentirse inclinados a prestar su apoyo a estas formaciones más pequeñas.

Un ejemplo muy claro es la forma en que Franz-Joseph Strauss, el político más popular de la CSU bávara, tuvo que orientar su propaganda para evitar que los Republikaner pudieran quitarle votos, una vez estos habían demostrado que podían conseguir su entrada en el Parlamento. Si, cuando se trata de pequeñas organizaciones sin posibilidad electoral alguna, con una presencia meramente anecdótica, los políticos de los partidos mayoritarios pueden realizar su política de integración sin realizar concesión alguna al ideario de estos partidos, cuando se ha demostrado que representan a una franja importante del electorado —incluso aunque no consigan traspasar la nada desdeñable barrera del 5 por ciento exigida en Alemania— pasan a ser el objeto de una atención especial, ya que depende de algunos cientos de miles de votos la posibilidad de constituir un gobierno o de perder las elecciones. En ese juego de neutralización, sin embargo, la actitud de los dirigentes de los partidos mayoritarios puede llevar a la aceptación de los problemas señalados por los partidos extremistas, ya que los ponen sobre la mesa y tratan de darles su propia solución. Por ejemplo, en la medida en que el tema de la inmigración pasa a ser considerado no solo un hecho, sino un problema en las sociedades occidentales, los partidos

nacional-populistas pueden presentarse como los que lo detectaron en primer lugar; al mismo tiempo los grandes partidos intentan evitar su crecimiento, lo que los conduce a una confusa política de concesiones y de contención que no siempre es comprendida adecuadamente. Los sectores populares perciben por propia experiencia que el tema de la inmigración no está resuelto de forma satisfactoria, y que está a punto de convertirse en una amenaza más que en la simple constatación de una sociedad diversa. Ese mestizaje tranquilo o esa integración sin conflicto puede verse desde los sectores sociales de élite, que difícilmente sufren las consecuencias directas de la inmigración, como un nuevo reto de convivencia con hábitos culturales distintos, como el riesgo de una competencia por el empleo o como un cambio del paisaje urbano que puede llevar a su degradación. De ahí que los partidos de la extrema derecha puedan acusar fácilmente a sus detractores de no haber sufrido los efectos de la oleada migratoria y de hablar desde un prejuicio social; de esa forma responden muy eficazmente al prejuicio ideológico del que se los acusa.

Junto a esta capacidad de presión sobre los partidos de integración nacional, la actitud de los nacional-populistas se vio favorecida en Alemania por las condiciones de una educación democrática defectuosa. Como ha señalado Eva Kolinsky en un admirable trabajo, muy poco antes de la unificación las encuestas indicaban que un segmento inquietantemente alto de la sociedad alemana consideraba que Hitler había sido un buen gobernante, y que estaría entre los grandes líderes de la historia europea de no haber sido por la guerra y el genocidio. Casi un 40 por ciento de los encuestados respondieron que «sí» a la pregunta: «¿Diría usted que de no

haber sido por la guerra y la persecución de los judíos, Hitler habría sido uno de los más grandes hombres de Estado de Alemania?». Al desglosar estas respuestas por simpatías políticas y cantidad de votos, la sorpresa y la inquietud aumentan: un 47 por ciento de los votantes de la CDU-CSU, un 32 por ciento de los votantes socialdemócratas, un 29 por ciento de los liberales, un 18 por ciento de los Verdes y un 67 por ciento de los republicanos. Siguiendo los criterios de formación, un 45 por ciento de quienes tienen educación básica, un 32 por ciento de los que tienen formación secundaria y un 22 por ciento de los que disponen de formación universitaria. A la pregunta de si el nacionalsocialismo fue bueno, malo, más bien malo o más bien bueno, un 3 por ciento respondió «bueno» (15 por ciento de los votantes republicanos), un 43 por ciento «más bien bueno» (64 por ciento de los votantes republicanos), un 38 por ciento «más bien malo» (9 por ciento de los republicanos) y solamente un 16 por ciento respondió que el nacionalsocialismo era globalmente «malo». Si consideramos que un 39 por ciento de quienes decían que votaban al SPD habían afirmado que consideraban el nacionalsocialismo «más bien bueno», y que lo mismo sucedía con un 18 por ciento de los votantes Verdes, las cosas empeoran, en especial cuando solamente la mitad de los votantes verdes y una quinta parte de los socialdemócratas consideraron que el nacionalsocialismo era «globalmente malo».[13] Como indica la propia Kolinsky, la pérdida de posición debida al proceso de modernización social podía apreciarse como el principal causante de una ansiedad que no derivaba de la realidad experimentada, sino de un *temor real*, aunque este no se correspondiera con las condiciones de vida de verdaderos

Modernisierungsverlierer. Es una cuestión de apreciación, de percepción, de la misma forma que las actitudes xenófobas pueden darse en personas que nunca han convivido con inmigrantes, pero que han llegado a considerar, a través de la socialización cultural impuesta por los medios de comunicación, que la inmigración es un problema. Con las condiciones culturales de una revisión de la experiencia del pasado, la alarma social por la inmigración, el desempleo creciente y la aparición de bolsas de marginación, los elementos de una posible oleada nacional-populista habían adquirido un vigor especial, aunque los viejos nacionaldemócratas no estuvieran en las mejores condiciones para aprovecharlo.

El grupo que podía beneficiarse de una imagen nacionalista menos relacionada con la reivindicación nazi era la DVU (*Deutsche Volksunion*). En un principio, ni siquiera era un partido, sino una cobertura legal para unas organizaciones entre las que había asociaciones de solidaridad con los refugiados, ediciones de libros de memorias de guerra o la publicación del *Deutsche National-Zeitung*, una serie de actividades que se iniciaron a finales de los años sesenta. El éxito del periódico, que alcanzó los 80.000 ejemplares, y el fracaso del Partido Nacionaldemócrata en las elecciones de 1969, seguido de su progresivo declive y radicalización, animó al poseedor del emporio publicitario, el millonario Gerhard Frey, a formar un movimiento político, orientado a cubrir el espacio de la Oposición Nacionalista más conservadora, justamente cuando se producían los avances de la socialdemocracia en su *Ostpolitik.* Constituida como partido en 1971, la DVU se convirtió en la principal actividad de Frey que, aun careciendo de cuadros, tuvo la habilidad de ocupar el espacio político que el

NPD había dejado por sus luchas internas. Los esfuerzos por llegar a algún acuerdo con los nacionaldemócratas provocaron una crisis en el seno del viejo partido, que veía en los contactos con la DVU un regreso a las condiciones del antiguo DRP. Sin embargo, a mediados de los años ochenta, las cosas no estaban para tales escrúpulos, y ambas organizaciones llegaron a acuerdos que culminarían en el de 1987, destinado a dejar que el NPD pugnara por el Bundestag, mientras la DVU aspiraba en solitario a algún escaño en el Parlamento europeo, cuyas elecciones habían de celebrarse en 1989. La DVU logró la entrada en algún consejo municipal gracias a su acuerdo con los nacionaldemócratas, y lo mismo ocurrió con el NPD. Sin embargo, las elecciones europeas de 1989 fueron favorables a los republicanos de Schönhuber, que obtuvieron más del 7 por ciento de los votos, mientras la DVU, apoyada por el NPD, se quedaba con un 1,6. Este resultado desfavorable no desmoralizó a la Unión, que consiguió resultados apreciables después de la unificación, tanto en la zona oriental como en la occidental de la nueva república.

Este crecimiento de la DVU implicaba el regreso a un nacionalismo conservador que no dejaba en silencio el activismo neonazi —el cual habría de dar sus notas más aterradoras en los años siguientes, inmediatamente después de la unificación—, pero que situaba las cosas tal como estaban dándose en Europa: es decir, dejaba atrás la nostalgia y se planteaba la adaptación a las nuevas condiciones sociales, entre las que estaba la incapacidad de los partidos del sistema para ganarse una confianza estable como la que habían disfrutado hasta entonces. El elemento distintivo de la DVU, frente a la crisis de los viejos partidos que podían indicar los Verdes,

primero, y el PDS, después, era el nacionalismo. Ya hemos visto que el ideario nacionalista tenía la capacidad de convertirse en un escenario tranquilizador en las condiciones de inseguridad que habían aparecido con la modernización. Tal escenario se determinaba por varios factores al mismo tiempo. Por un lado, el nacionalismo, antes repudiado por el conjunto de los partidos del sistema, se presentaba como la búsqueda de una identidad aparcada, dejada de lado en los tiempos de la expansión económica, en los que había sido sustituido por el «patriotismo constitucional» o la adhesión al «milagro económico» de la RFA. Tras entrar este en crisis y volver a producirse una situación de incremento de la tensión internacional a lo largo de la década —iniciada con la invasión de Afganistán y concluida con la de Kuwait—, la atmósfera propicia para un nuevo nacionalismo estaba preparada. Ese nacionalismo no procedía solamente de la defensa de la posición de Alemania en la escena internacional. Era, además, la exigencia de una recuperación de la dignidad, del orgullo de ser alemanes, la revisión de un pasado cuya interpretación se había impuesto. Era, sobre todo, la capacidad simbólica que tenía de resolver todos los elementos de ansiedad provocados por el final de un modelo de estabilidad, ya que ofrecía una imagen sólida. La nación pasa a convertirse en un mito que rastrea, fundamentalmente, las condiciones de una pervivencia, de una continuidad, de una perpetua pertenencia, en un mundo que siembra desorientación, olvido de los orígenes, usurpación del lugar al que se pertenece, devastación de las fórmulas clásicas de socialización. Esta pérdida de significado propio se adquiere de nuevo convirtiéndose en una célula del organismo nacional, algo que requiere

luchar por el fortalecimiento del mismo, por obtener una nación que sea capaz de reintegrar un mundo reconocible, permanente, solidario, en el que cada uno pueda encontrar de nuevo su lugar. El nacionalismo que defiende la DVU, o que se ha extendido por la sociedad para permitir que la DVU, el NPD y los republicanos obtengan apoyo, es el que procede de la misma sensación, aunque sus votos vayan en direcciones distintas. Se trata de la impresión de capacidad acogedora y resolutiva de una nación que no se contempla como nostalgia, sino como proyecto, como solución de un mundo en crisis que debe renovarse a través de la reconstrucción de las entidades sólidas que dan sentido a la existencia de cada uno.

Para enfrentarse a uno de los elementos que se observa como una amenaza para la identidad y para la realidad más prosaica de las expectativas laborales —una abstracción y una experiencia reunidas en una fórmula mítica—, la DVU exige que Alemania sea para los alemanes, en su sentido étnico más estricto. Esta visión homogénea de la nación impone un principio de exclusión que actualiza su dinámica clásica de integración. Identificar al «otro» es adquirir identidad propia. Hacerlo en términos de una reducción de ciudadanía ajena es adquirir la plenitud de una ciudadanía que se convierte en derecho reservado, no universalizable. El nacionalismo proporciona, de esta forma, la base mítica de una solución al principal problema de los alemanes que se sienten perdedores en el proceso de modernización; de hecho, se trata de ofrecerles una nueva nacionalización, que rompa con los esquemas de 1949 —y, especialmente, con la lectura que, según Frey, han hecho los gobiernos democristianos y socialdemócratas, por la que renunciaban a los principios de restauración de

la unidad nacional que se reclamaba en la Ley Básica—. Dicha nacionalización implica asegurar que la *Volksgemeinschaft* no será una opción retórica, sino que ofrecerá la constitución de una comunidad de individuos organizados, protegidos, tutelados por un sentido de solidaridad frente a los adversarios externos. La nacionalización es una restauración de la soberanía, pero también la imposición de una verdadera democracia, del poder del pueblo frente al sistema parlamentario, cuyos partidos políticos han ido perdiendo la confianza del pueblo y se han convertido en un grupo de profesionales ávidos de poder. La mitificación del «pueblo soberano» como un sujeto histórico homogéneo, cargado de sentido común, deseoso de implantar justicia, sin ambiciones mezquinas, receptor de las bondades, descrito como el «buen pueblo alemán», como la «gente honesta» frente a quienes se dedican profesionalmente a la tarea de representar a los ciudadanos para actuar de acuerdo con los intereses de los *lobbies* partidistas, pertenece a la tradición del fascismo. Pero se aprovecha de una crítica a la política liberal y a la democracia parlamentaria realizada también desde los sectores radicales de la izquierda. Lo que podría ser una denuncia de los procedimientos que falsean la voluntad popular; lo que podría entenderse como una denuncia de los sistemas defectuosos de coincidencia entre una representación y aquello que se quiere representar, se convierte en la defensa pura y simple de un bonapartismo autoritario revestido de la dudosa dignidad del populismo. En cualquier caso, no hace más que completar la reticencia de la extrema derecha ante el pluralismo y ensalzar la unidad del pueblo, sin considerar detalladamente de qué forma podrá organizarse la representación de una sociedad cuyos individuos no

aprecian de la misma forma el hecho de ser alemanes. En las afirmaciones públicas de la DVU, las propuestas alternativas nunca son demasiado claras, aunque las denuncias sí lo sean, en la línea de lo que es un movimiento que solamente desea consolidarse como un espacio de protesta por el momento, y que sabe que existe una base social dispuesta a concederle el beneficio de la duda. Sus afirmaciones en favor de los valores morales abandonados por la pérdida de la autoridad en la familia o en la escuela, o su defensa de los intereses de la economía alemana frente a la Unión Europea hurgan en las preocupaciones compartidas por muchos ciudadanos que no dan su voto, pero no dejan de escuchar algunas «verdades» elementales que los atormentan, sin que los partidos en los que han confiado tradicionalmente sean capaces de solucionárselas.[14]

El grupo que adquirió mayor influencia antes de la unificación fue el de los Republikaner. Había tomado este nombre, según lo indicó uno de sus fundadores, Franz Handlos, de acuerdo con: «la vieja idea romana de Res-Publica. Queremos servir al Estado, no aprovecharnos de él. Todas nuestras ideas y acciones se concretarán en el seno de una sociedad de ciudadanos responsables, de una república, en la que los principios liberales y los conservadores se complementarán».[15] La constitución de *Die Republikaner* aparecía, en su misma formulación, como un movimiento de ciudadanos que deseaban acabar con las prácticas de la partitocracia. Era un movimiento de regeneración popular, cuyos dirigentes habían tenido que abandonar su proyecto originario —la CSU—, para constituir un espacio que reclamara la reinstalación de un punto de referencia moral en Alemania. La fundación del grupo se realizaba, precisamente, como protesta por la

concesión de un préstamo del gobierno bávaro a la RDA, que atentaba contra los principios con que se había atacado a la coalición social-liberal hasta aquel mismo momento. El nacionalismo anticomunista se encontraba con la exigencia de que los políticos fueran fieles a sus convicciones, para construir un movimiento que quería poner en primer término la deslegitimación del partido que gobernaba. Aunque los REP —como se los conocía— se constituyeron a finales de 1983, con el triunvirato de Franz Handlos, Ekkerhardt Voigt y Franz Schönhuber a su frente, el partido decidió no arriesgarse a un fiasco electoral en el *Land* controlado por el poderoso grupo socialcristiano. Mientras procedía a una lenta expansión de su organización, creando federaciones en el norte de Alemania, renunciaba a presentarse a las elecciones europeas de 1984, a las municipales del mismo año o a las generales de 1987, aunque no esquivó la posibilidad de optar a las urnas en las regionales de Baviera de 1986, en las que logró un apreciable 3 por ciento de los votos, ni de participar en comicios regionales fuera del *Land*, donde los resultados fueron más modestos, aunque no insignificantes, considerando la competencia de otras fuerzas como el NPD. En Baden-Württemberg, por ejemplo, consiguió el 1 por ciento en la primavera de 1988, similar al que consiguió en Bremen en las regionales del año anterior.

A lo largo de aquellos primeros cinco años de existencia, los REP habían ido definiendo sus posiciones ideológicas, habían conseguido obtener cierta resonancia pública y habían conseguido establecer una estructura orgánica propia de un grupo populista. Uno de los integrantes del grupo fundador, el popular periodista Franz Schönhuber, que había logrado una gran

notoriedad —y su despido de la televisión bávara— con la publicación de un libro de memorias que elogiaba el combate de las Waffen-SS: *Ich war dabei* (*Yo estaba allí*), consiguió hacerse con las riendas del partido, tras desplazar a los conservadores Handlos y Voigt y apoyarse en sectores que procedían de la militancia radical. El enorme carisma de Schönhuber, incrementado por sus dotes de comunicador, acostumbrado a desenvolverse en los medios de comunicación de masas, dieron al movimiento la consistencia de un partido cuya cohesión se lograba, en buena medida, por la lealtad al líder. Para el propio Schönhuber, la oleada nacional-populista europea era tan considerable, que bastaba con izar una nueva bandera, lejos de los partidos clásicos de la extrema derecha, para convertirse en el depositario de un apoyo potencial gratuito. De ahí que el esfuerzo de organización fuera casi inexistente; se confiaba en la depuración de todos aquellos que se opusieran al liderazgo de Schönhuber y en la imagen radicalizada que proporcionaba al partido. El único elemento de organización era la distribución del *Republikanischer Anzeiger*, que había conseguido pasar de una situación modesta a una tirada apreciable, mientras la militancia aumentaba hasta rebasar la docena de miles de adheridos, la mayoría de ellos habitantes de Baviera. Tratándose de un partido que aspiraba a regenerar la política alemana en su conjunto, los REP tenían grandes dificultades para dejar de ser un grupo de ámbito regional, lo que le arrebató apoyos hasta el impacto de las elecciones europeas de 1989, y que luego no consiguió proporcionarle una expansión más o menos uniforme que lo convirtiera en un movimiento verdaderamente nacional.

Los elementos fundamentales del discurso fueron perfilándose en estos años, acompañando la publicación de textos del propio Schönhuber, como *Trotz allen Deutschland* (*A pesar de todo, Alemania*), en 1987, y *Die Turken. Vergangenheit und Gegenwart* (*Los turcos. Pasado y actualidad*), en 1989. El partido fue muy reticente a la elaboración de un programa y, de hecho, solamente presentó uno cuando la amenaza de disolución se abatió sobre él. Considerando lo que se ha expuesto hasta ahora acerca de los movimientos de extrema derecha, esto no resultaría una novedad y, desde su punto de vista, ni siquiera una deficiencia. No se trata tanto de encontrar soluciones concretas a los problemas de la sociedad como de encontrar un espacio mítico-ideológico en el que los ciudadanos puedan situarlo, a fin de depositar en él su confianza, no para que resuelva de una manera precisa una serie de problemas que se identifican con dificultad, sino para que el mismo ascenso del partido permita hacer de esas situaciones una realidad visible. Para el elector nacional-populista, el voto de protesta no es un voto de propuesta en el sentido más estricto, sino un voto alternativo en la medida en que es distinto y obliga a establecer, en todos los ámbitos de la política, una atención a ese espacio diferenciado. Es decir, en la medida en que lo que se sufre como una situación verdadera de desempleo u hostilidad a los extranjeros puede metabolizarse en forma de testimonio político, se indica la existencia de un lugar preciso de la política que corresponde al espacio que reconoce tales problemas como su razón de ser, y es capaz de obligar a las fuerzas afines a considerar su existencia. El error más habitual cuando se afronta el voto populista es querer entenderlo como una opción más, que actúa de acuerdo con los mismos criterios con que lo hace una

opción democrática, como si se distinguiera de ella solamente por su ideología. De hecho, la distinción fundamental es la que establece lo que cada uno entiende por la acción política misma, por la utilidad del voto, por el valor de la ocupación de los espacios. No puede esperarse que los hechos se analicen con los mismos instrumentos por quienes optan por el populismo que por quienes lo hacen en favor de posiciones que no cuestionan el sistema, sino que desean gestionarlo y hallar soluciones a los problemas de los ciudadanos. Para el dirigente de un movimiento populista en la Alemania de los años ochenta-noventa, de lo que se trata es de obtener la legitimidad que concede ser visible, en el sentido literal del término y en su sentido simbólico: que la forma en que se plantean los problemas del pueblo sea progresivamente normalizada, en un proceso de contaminación que acabe por alimentar electoralmente a la formación que ha detectado el origen de los problemas supuestos o imaginarios.

Las afirmaciones de los REP se basan, como siempre sucede en los movimientos populistas, en lo que cualquier «hombre corriente» podría identificar a simple vista, superando los criterios sectarios de los ideólogos de los partidos del sistema. Uno de los aspectos que ese «hombre de la calle» podía percibir era que formaba parte de una comunidad nacional diferenciada radicalmente por sus elementos étnico-culturales. La primacía del factor nacionalista identifica a los REP, pero puesto que del tema de la unidad alemana se ocupa el gobierno democristiano, que hace de este objetivo la base de su política desde mediados de los años ochenta, estos deben buscar un elemento de identidad nacional que no se refiera a la unidad —de la que se ocupa un partido que utiliza una retórica muy similar

y, además, está en condiciones de lograrla—, sino a detectar una identidad nacional sobre la base de la xenofobia. El nacionalismo abandona el territorio espinoso de la unidad para insistir reiteradamente en aquellos aspectos que se refieren a la homogeneidad étnica, a la defensa de los derechos frente a la Europa que no respeta la soberanía económica del país, a la defensa de los valores morales frente a una decadencia que acabará por destruir las bases de una civilización ante el triunfo de la multiculturalidad y el cosmopolitismo, temerariamente identificados con la «relajación de las costumbres». El nacionalismo referido a la unificación estaba minado por algo más que por la simple promiscuidad ideológica que podía implicar su ocupación por la CDU-CSU. Lo que realmente preocupaba a los REP era el rechazo que producía en sus propios votantes considerar conciudadanos a los habitantes de la zona oriental. Precisamente quienes estaban sufriendo más claramente la entrada de refugiados políticos después de las movilizaciones de 1989 en la República Democrática eran acogidos con escaso afecto por los trabajadores occidentales, por los desempleados o por quienes temían quedarse sin empleo a causa de la llegada de una mano de obra desesperada. Según cifras proporcionadas por Eva Kolinsky, solamente tras la caída del muro habían entrado en Alemania Occidental medio millón de orientales; se calcula que entre 2.000 y 3.000 ciudadanos pasaban cada día a la RFA en plena crisis de la República Democrática. Si en 1989 unos 750.000 alemanes de otras zonas habían entrado en la RFA, en 1990 la entrada fue de unos tres millones. Kolinsky indica varios motivos que podían desanimar a los alemanes occidentales en su afectuoso recibimiento de sus hermanos, de acuerdo con un discurso nacionalista de viejo cuño: en

primer lugar, las apresuradas naturalizaciones, que hacían que unos dos millones de personas indicaran a las autoridades que tenían orígenes alemanes, aunque procedieran de diversos países del Este; en segundo lugar, esos inmigrantes no dominaban el idioma y difícilmente podían ser vistos como «verdaderos alemanes»; en tercer lugar, el gobierno emprendió una política de concesión preferencial de alojamiento para los inmigrantes que coincidía con la escasez de vivienda, en un número de 100.000 en 1988 que creció hasta los 250.000 en 1989; por último, las personas que llegaban eran precisamente las que podían competir con quienes se habían adaptado peor a la modernización de las técnicas de trabajo: prácticamente la mitad de los recién llegados disponían de la misma preparación técnica que quienes estaban teniendo dificultades para soportar el cambio de modelo económico.[16]

Los REP debían ser leales a un nacionalismo clásico, pero que no se confundiera con la aceptación pasiva de esa invasión, que estaba deteriorando su propia base electoral, como pudo verse en el descenso de sus resultados inmediatamente después de la unificación. Un 80 por ciento de los alemanes occidentales veía con malos ojos la llegada de los orientales en 1989; era difícil, por consiguiente, que los republicanos pudieran mantener su futuro político con una mera defensa de la unificación, como se había hecho con el nacionalismo clásico. Por el contrario, el nuevo nacionalismo había de entenderse en sus términos más restrictivos: denunciar una inmigración incontrolada y acusar al gobierno de Kohl —que podía llevarse el mérito de la unidad— de haber realizado aquello que los nacionalistas habían venido pidiendo desde muchos años atrás, incluidos los

propios republicanos. El dilema del partido y su incomodidad resultaban evidentes, así como el costo que habría de pagar en los años siguientes a la unificación. Pues de lo que se trataba era de ir orientando el perfil del movimiento en un sentido adecuado, que lejos de ser simplemente un espacio de rectificación liberal-conservadora de la CDU-CSU, pasara a integrarse en las demandas de los grupos sociales más afectados por el proceso de modernización. Ello implicaba un cambio de clientela como el que había realizado Le Pen: atreverse a lanzarse en pos de quienes vieran en el nacional-populismo una propuesta antisistémica que pudiera influir sobre las viejas formaciones políticas y convertirse en la voz de quienes habían quedado al margen. Una elección difícil, porque podía plasmarse en el aislamiento y las dificultades para llegar a acuerdos con las fuerzas de gobierno, pero que tenía el atractivo de ser una de las pocas salidas que le quedaba a la extrema derecha si deseaba aprovechar el potencial de marginalidad y protesta provocado por el cambio de modelo económico. A fin de cuentas, podían fácilmente introducir en su discurso una crítica al nacionalismo que había practicado la república, y a que había roto su identidad en la medida en que se había destruido la base de bienestar social y la capacidad de cohesión de los partidos mayoritarios.

Sin embargo, hasta el momento de la unificación, los REP continuaron insistiendo en el aspecto nacionalista xenófobo de sus propuestas, así como en la defensa de un liberalismo al servicio de los pequeños, de la gente común, frente a los intereses del capitalismo extranjero, especialmente el que marcaba la agenda de la unidad europea. Sus críticas se dirigían, además, a precisar una identidad étnica que señalara un nuevo espacio de

diversidad cultural como fundamento irrevocable de la nacionalidad. Precisamente el texto sobre los turcos afrontaba el tema de la inmigración señalando que ambas culturas eran víctimas de un mestizaje que las desarbolaba a las dos, en el típico argumento racista que trata de protegerse en un elogio de los excluidos. Aun cuando el movimiento procuraba eludir términos como la *Volksgemeinschaft* o incluso el nacionalismo, y prefería referirse a la *Wessenghemeinschaft* o al patriotismo, los elementos de identidad aparecen con tanta frecuencia en la propaganda del partido como lo hace su lectura en términos de exclusión. Los REP no se presentaban ante su público como un partido estatista, como podían serlo los conservadores autoritarios, sino como un defensor prioritario de la comunidad, de un espíritu previo, de un *Volkstum* constituido como pueblo que se expresaba en el Estado. La verdadera democracia solamente podía brotar, por consiguiente, de la auténtica fusión entre el elemento fundacional de la comunidad y la forma institucional adoptada por esta identidad primigenia. Esta prioridad comunitaria permitía que los factores de no coincidencia entre pueblo y Estado pudieran denunciarse fácilmente: los REP se presentaron, hasta el momento mismo de la reunificación, como el grupo que de una forma más coherente la buscaba, aunque se cuidara de no limitar a las fronteras establecidas por los vencedores la verdadera zona del *Volkstum.* Y, de la misma forma que se buscaba la creación de un área cultural que fuera más allá de las fronteras establecidas por la derrota, el criterio de exclusión planteaba fijar fronteras internas, ya que consideraba impropios de la nacionalidad alemana a una parte de quienes la habitaban.

En esa línea de decidir que no todos los que vivían en Alemania podían considerarse verdaderos alemanes, los REP fueron haciendo cada vez más obvia su posición xenófoba, a veces planteándola en términos de protección de los trabajadores alemanes —la «preferencia nacional», el control de la inmigración— y otras estableciendo abiertamente una definición étnico-cultural de la nación, del *Volk.* En general, los documentos del partido se basaban en elementos cada vez más aceptados por la población, como la revisión de las cláusulas de asilo de la Ley Fundamental, para hacer de ese criterio mayoritariamente aceptado un factor que identificaba a los REP como los únicos que detectaban la raíz del problema y estaban dispuestos a resolverlo. El derecho de asilo fue rápidamente orientado hacia los temas de contaminación cultural, aumento de la delincuencia, degradación de zonas urbanas y presencia de elementos islámicos fundamentalistas para convertir un tema legal, que podía afrontarse en los términos de un problema de convivencia ciudadana, en un problema insoluble fuera de las recetas nacional-comunitarias. El pesimismo que expresaba el partido en sus documentos, donde señalaba la asistencia impasible a una invasión que sería letal para la cultura alemana, estaba destinado a afrontar el mismo problema que se planteaba a todos los políticos responsables: cómo afrontar el derecho de asilo como una tragedia que no podía tener soluciones fuera de una completa revisión del sistema en que se vivía, estableciendo la coherencia entre la estructura institucional y las fuentes comunitarias de donde brotaba la soberanía y la identidad. Esta actitud contra la inmigración se sumaba al rechazo de una pérdida de la identidad alemana en la construcción europea, de la misma forma que la equivalencia entre el

desempleo y la llegada de extranjeros servía para plantear el atentado a los trabajadores y empresarios alemanes que podía implicar un capitalismo sin fronteras. Las propuestas sociales y económicas de los REP proceden de la afirmación nacional-populista, ya que mezclan la libertad interna y la protección del exterior, de la misma forma en que se mezcla la homogeneidad nacional y la diversidad frente al extranjero. Heterófobos y diferencialistas, liberales y proteccionistas, los REP resuelven sus contradicciones en el discurso nacionalista excluyente. La protección a los «pequeños», el rechazo de los «grandes» capitalistas extranjeros, la identificación de cualquier trauma nacional —la delincuencia, el desempleo, el cierre de una empresa— con la llegada de lo exterior crean la trama cultural del nacionalismo republicano. La crítica al Estado, finalmente, vuelve a plantearse tal como hemos visto, hasta el cansancio, en las otras experiencias europeas: la «verdadera» democracia es aquella que supera al régimen de partidos del parlamentarismo, para devolver la palabra al pueblo a través de un sistema plebiscitario.

En 1989, los REP consiguieron dar el salto electoral que podía preverse con el aumento de los votos de la extrema derecha en confrontaciones locales y regionales previas. En enero, el movimiento de Schönhuber se atrevió a abandonar las tierras familiares de Baviera para buscar el voto en el lugar donde el discurso nacionalista podía encontrar un apoyo más obvio: en Berlín. A comienzos de año y, aprovechando la publicidad que le proporcionaron los disturbios organizados por la izquierda por la presencia de su candidatura, los REP obtuvieron un 7,5 por ciento en las elecciones al Parlamento berlinés, una plataforma de propaganda que los medios

ampliaron hasta hacer del partido el verdadero protagonista de las elecciones europeas de junio. En esa ocasión, los republicanos colocaron a seis diputados en Estrasburgo, y rebasaron el nivel del 7 por ciento de los sufragios en el territorio nacional. Los resultados en algunas zonas del país fueron escandalosos: superaron el 14 por ciento en Baviera y rozaron el 10 en Baden-Württemberg, algo que parecía augurar excelentes perspectivas para futuras confrontaciones; superaron por primera vez el carácter regionalista, ala derecha de la CSU, que los republicanos habían podido ofrecer a los alemanes del Norte. En este sentido, el resultado de Berlín había sido decisivo. El examen del perfil de los votantes de los republicanos ha mostrado, en primer lugar, su diversidad, ya que obtuvieron buenos resultados en zonas de elevado nivel económico como Rottenburg, pero también en las zonas de mayor desempleo de la cuenca del Ruhr. Estudios más detallados podrían señalar que esta aparente transversalidad del voto podría indicar el miedo generalizado a la pérdida de posición social, que no tiene por qué coincidir con una posición determinada, sino con la impresión de descender en la escala social. La pérdida de posición real tiene tanto poder de convocatoria como la amenaza de esta pérdida, una especie de «efecto halo» que, utilizado por Pascal Perrineau para señalar el peso de la xenofobia en sectores que no conviven con la inmigración, podría trasladarse también a quienes no tienen la experiencia directa del desempleo. Mientras el voto de la vieja extrema derecha era el de las pequeñas y medianas poblaciones, el de los REP estaba en los grandes núcleos urbanos, aunque coincidiera con el voto de la extrema derecha

clásica, ya que obtenía sus mejores resultados entre los jóvenes, los varones y las personas con menor formación académica.[17]

De especial interés para los REP fue la reducción al mínimo de sus opositores en la extrema derecha. No hay más que repasar la bibliografía disponible antes de la unificación, o en los años inmediatamente posteriores a la misma, para observar la forma en que los diversos analistas consideran interesante únicamente el estudio del fenómeno de los republicanos como un factor significativo del nuevo nacional-populismo. En el escenario cambiante de la extrema derecha alemana —y esta sería su principal característica—, hacer afirmaciones muy rotundas sobre quién va a tener futuro en el inmediato devenir de esta corriente es arriesgado, como acontecimientos muy recientes se han encargado de demostrar. Sin embargo, no resulta extraño que, en las condiciones de los ochenta, pudiera identificarse a Schönhuber y a sus seguidores con algo parecido a la renovación de la extrema derecha realizada desde el nuevo populismo, a la manera de lo que había hecho Le Pen, llevando a los viejos nostálgicos de Vichy y de Argelia a una actualización. El problema para este carismático dirigente fue la debilidad de la propia estructura de su partido, la competencia considerable de otras fuerzas y que el principal de los objetivos a corto plazo —el que permite crear un espacio en el que pueda crecer lentamente— estuviera ocupado por la derecha democristiana y fuera objeto de denuncia por los mismos nacionalistas, por lo que resultaba inutilizable como base de acción en la zona occidental. El nacionalismo unitarista quedaba alejado, como horizonte mítico que había permitido distinguir a la ultraderecha del resto de la derecha alemana, mientras

resultaba difícil que pudiera impregnarse la sociedad con las sutilezas de un nuevo nacionalismo que identificara el fenómeno de una inmigración que se refería a los mismos alemanes. A la espera se encontraba, como una curiosa solución, la posibilidad del desplazamiento hacia la marginación, precisamente en las zonas orientales que más sufrirían los efectos de la unidad, con menos tradición democrática, con una herencia nacionalista bastante acusada y con una ruptura de seguridades sin libertad experimentada con una profundidad implacable. La tranquilidad inicial de los REP, cuando la lista europea de la DVU no consiguió llegar al 2 por ciento de los sufragios, a pesar del apoyo del NPD, servía para cerrar filas momentáneamente. Pronto se producirían motivos para abrirlas. En 1990, la «tercera oleada» de la extrema derecha, que seguía a la irrupción del SRP en 1951 y a la del NPD en 1966-1969, se identificaba con un nuevo fenómeno nacional, en el que los viejos movimientos populistas iban a ser barridos del escenario. Unos años más tarde, no demasiados, podría verse hasta qué punto estaban equivocados en lo que se refería a las siglas, pero no en lo que indicaba la agenda que debía utilizar el nuevo populismo de extrema derecha.

6. EL MATRIMONIO DE MARIA BRAUN, 1990-2004

La unificación y el nuevo radicalismo nacionalista

La llegada de la unificación fue precedida —y, en buena medida, provocada — por la crisis del modelo soviético. La URSS había tratado de avanzar en vano por la vía de una reforma que cumpliera un doble objetivo: el primero era hacer frente a la defensa de su soberanía —cuando la nueva presidencia republicana de Reagan pasaba a una durísima ofensiva militar y diplomática, provocada por los cambios en Oriente Próximo, especialmente la desaparición de su principal aliado de la zona, el régimen del sha—. El segundo debía ser buscar una nueva legitimidad del régimen basada en la adhesión de las generaciones que no habían experimentado ni la Revolución de Octubre ni la Gran Guerra Patria y que, por tanto, solamente podían integrarse en una defensa del «socialismo real» por la vía de la mejora de sus condiciones de vida, algo que tenía que ver con el incremento de sus proyectos de libertad individual y con la base material que pudiera garantizarlos. La *perestroika* de Mijaíl Gorbachov consistía, en buena medida, en conseguir la obtención de ese nuevo compromiso con la

ciudadanía que no podía basarse en las circunstancias excepcionales de la revolución y la guerra civil, de la amenaza exterior de los primeros años del régimen o de la lucha contra la invasión alemana y el fascismo. Por el contrario, ahora se trataba de hacer frente al reto de un cambio trascendental en la economía mundial de la que difícilmente podía escaparse mediante la imposición de un espacio cerrado a la competencia internacional, porque lo que se producía no era solamente la apertura de los mercados, sino la innovación tecnológica y la transformación radical de los mecanismos productivos y de distribución del capital y la información. En buena medida, el modelo chino de la actualidad muestra la forma en que las reformas económicas deben situarse dentro de una integración de la situación mundial creada, no fuera. Los dirigentes soviéticos tenían ante ellos un amplio territorio de pruebas, con economías interdependientes que podían disponer de recursos energéticos, mano de obra especializada, materias primas y mercados. Pero había dos factores fundamentales que impedían su crecimiento: la inercia de un sistema que había desestimado sistemáticamente los criterios de una asignación de recursos basada en la eficacia productiva y la competencia; y, más vinculado a ello de lo que puede suponerse, considerando el contacto con las culturas occidentales que tenía la población de Europa del Este, el encasquillamiento de la sociedad en un control de la creatividad literaria y artística que no hacía más que reproducir lo que ocurría en el ámbito de la producción de otros bienes y servicios. La lucha por la libertad política se correspondía, para los dirigentes reformistas como Gorbachov, con la necesidad de una modernización que atendiera a los deseos de sus poblaciones urbanas, que

asistían al espectáculo de la opulencia, el ocio y la capacidad expresiva de las sociedades con las que tenían fronteras físicas, y creaba una actitud de rechazo que debía controlarse mediante una adecuada canalización de la apertura. Las esperanzas despertadas por Gorbachov, como es sabido, llegaron demasiado tarde, en la medida en que coincidían con el cambio de régimen económico que se ha observado en Occidente, y que afectaba a la supervivencia del Estado del bienestar. Nunca sabremos qué habría sucedido si las opciones reformistas hubieran triunfado tal como se plantearon durante la Primavera de Praga. Lo que es cierto es que el proceso de apertura coincidió con una crisis generalizada, que afectaba también al capitalismo, pero este podía cambiar de modelo —escoger el anglosajón frente al renano—, mientras que el «socialismo real» se quedaba sin alternativas, por la propia rigidez de un sistema que había afirmado reiteradamente que tal opción no existía.

El entusiasmo por la unidad alemana en la zona oriental vino de la mano de una frustración: la posibilidad de construcción del socialismo en la República Democrática. Vino, pues, del desengaño de un modelo alemán distinto del de la RFA, y de una fascinación por esta que era, en parte, un espejismo deformado por la ansiedad de los habitantes de la zona oriental y, en parte, un anacronismo, que juzgaba las condiciones en que se desarrollaba la vida en la República Federal de acuerdo con los criterios de los años de expansión y sin atender a los cambios que estaban germinando desde mediados de los setenta. Vista siempre como una coincidencia de impulsos que se encuentran en la noche del 9 de noviembre de 1989, cuando se derriba el muro con dos acciones complementarias, los

observadores podían pensar que el impulso hacia la unidad procede de una esperanza que adquiere el mismo peso específico y motivaciones similares en los dos lados de la barrera levantada en 1961. La forma en que se hicieron las cosas, vulnerando en buena medida las propias previsiones de la Ley Fundamental, pudo empeorar la situación en el futuro para la propia identidad de los alemanes orientales, ya que sentaba las bases de un nuevo resentimiento provocado por lo que, en lugar de la unificación entre iguales, podía considerarse un simple proceso de absorción, una conquista obtenida mediante la victoria en la larga batalla económica y cultural sostenida entre dos Estados. En ese clima de rencor y frustración, tanto más denso cuanto mayores habían sido las expectativas, se crea el espacio para que el nacional-populismo adquiera una nueva faz en Alemania, que lo contacta con el semblante de sus parientes europeos.

El amor en los tiempos de la cólera. Transformaciones, retos y frustración en la nueva Alemania unificada

Lie still, sleep becalmed, sufferer with the wound
in the throat, burning and turning. All night afloat
on the silent sea we have heard the sound
that came from the wound wrapped in the salt sheet.

D. THOMAS
«Lie still, sleep becalmed»

Desde el inicio mismo de la división alemana tras la guerra, la unificación se había previsto de otra forma: un proceso que en modo alguno pudiera considerarse una entrega del territorio oriental a la nueva RFA. Precisamente por ello, los legisladores que redactaron la Ley Fundamental la dejaron en un escenario prácticamente preconstitucional, ya que señalaba que las perspectivas de la unidad debían basarse en la redacción de una Constitución y de acuerdo con lo que todos los alemanes, a uno y otro lado de la frontera reciente, pudieran decidir en un plebiscito.[1] De esta forma veían la cuestión los dirigentes de la República Democrática, obligados por la movilización popular de finales de la década a un proceso acelerado de reformas que incluía la perspectiva de la reunificación —en modo alguno de la absorción— y, por otro lado, la restauración de un sistema de libertades en la zona oriental que comenzaría con la disolución del sistema de un partido único camuflado en el bloque de partidos satelizados —las supuestas versiones orientales de liberales, democristianos y nacionaldemócratas, «orientados» por el Partido de Unificación Socialista (SED)— y continuaría con la elección de una nueva Cámara de diputados. La operación interior no podía considerarse, sin embargo, fuera de las condiciones que se estaban creando en el marco general de las alianzas de la República Democrática. Gorbachov ya había advertido que quienes no desearan llevar adelante las reformas necesarias en la Alemania Oriental no contarían con su apoyo y ello condujo, tras una exuberante defensa de un

socialismo «soberano» defendido por Honecker para evitar la apertura, al abandono del poder en octubre de 1989 y a su entrega a los sectores reformistas del partido, encabezados por Egor Krenz, que no podían prescindir ni del apoyo militar ni de las condiciones propicias en el mercado de la Europa Oriental que les garantizaba la Unión Soviética. A finales de año, el propio Krenz se vería rebasado por la movilización popular —en especial la de Berlín a comienzos de noviembre—, no sin antes constituir un gobierno de unidad con fuerzas de la oposición y preparar unas elecciones.

Sin embargo, ello no significaba que los gobernantes de la URSS estuvieran dispuestos a entregar gratuitamente su dominio; esta es una versión de los acontecimientos que puede estar marcada por cómo finalizaron las cosas, tanto para Alemania como para el propio reformismo socialista soviético. Para los dirigentes soviéticos, uno de los temas fundamentales era que la nueva Alemania unificada fuera neutral, un escollo que iba a interferir en las relaciones diplomáticas y que solamente cedería en la medida en que aumentaban las dificultades económicas del propio Gorbachov. El canciller Kohl, cada vez más dispuesto a hacer de la unidad alemana una cuestión histórica personal, que permitiera poner un broche de oro a su carrera política y que permitiera una construcción europea en la que el peso de la nueva Alemania resultara abrumador, prácticamente tuvo que comprar la libertad de movimientos entregando al gobierno de Gorbachov sumas importantes de dinero que le permitieran disponer de campo libre. A ello debía añadirse el cuidado con que debía tratarse esta cuestión con la diplomacia occidental, en especial con Francia.

Las posiciones, al principio reticentes, del presidente Mitterrand se modificarían rápidamente, tras la victoria obtenida por el líder socialista francés en las elecciones presidenciales de 1988. A partir de ahí, se estableció una estrecha relación entre los dos dirigentes que parecía sellar un acuerdo para una Europa basada en el eje franco-alemán, algo que procedía de una tradición de la diplomacia de ambos países. Su muestra más clara, tras el fiasco de la Unión Europea de Defensa de 1954, había sido la solemne reunión de De Gaulle y Adenauer en 1963, que permitía al canciller alemán ganar su apuesta de un protagonismo en la construcción europea que necesitaba del beneplácito francés, al tiempo que autorizaba al presidente galo a prescindir de Gran Bretaña, de la que desconfiaba por sus vínculos culturales con Estados Unidos.

Esta dinámica compleja incluía, por tanto, lo que podía darse en el proceso de democratización de la RDA, la forma en que tal proceso coincidía con la propuesta de la unidad alemana y cómo se comprendía todo ello dentro de las relaciones entre el Este y el Oeste en la nueva etapa de la *perestroika.* La última de estas cuestiones sería resuelta en la conferencia llamada 2+4 —por la participación de los dos Estados alemanes junto a las potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial—. Celebrados entre mayo y septiembre de 1990, en esos encuentros se asistió a la suavización de las posiciones iniciales de la URSS, que insistía en la necesidad de una Alemania unificada bajo el signo de la neutralidad, y que acabó dejando la decisión en manos de los propios gobernantes del país. Debe tenerse en cuenta que, mientras tanto, se habían producido las elecciones al Parlamento oriental que habían ganado de forma holgada y sorprendente los

seguidores directos o indirectos de la coalición gobernante en Bonn; el SPD quedó muy atrás y el viejo SED, reconvertido en el Partido del Socialismo Democrático (PDS) obtuvo una representación considerable. El triunfo de quienes deseaban acelerar el proceso de unificación frente a quienes, sin estar en desacuerdo con él, exigían garantías de que no se trataba de una mera incorporación de Alemania Oriental a la vieja RFA, permitió que el proceso se acelerara más de lo que se había pensado en un principio. Y que, en la realización del mismo, pesaran mucho más las consideraciones políticas, destinadas a mantener el entusiasmo de los partidarios de una unificación rápida, sin tener en cuenta las consecuencias que podía tener el proceso para el conjunto de los alemanes. Para el canciller Kohl, además de tratarse de un elemento de prestigio personal, tras los problemas que había tenido su gestión económica en los años ochenta, de lo que se trataba era de encabezar un proceso que podía pasar a ser reivindicado por sus propios adversarios en el seno de la CSU o que podía rentabilizar una extrema derecha que, de la mano de los republicanos, acababa de conseguir éxitos electorales importantes en el Parlamento europeo y en Berlín.

Por consiguiente, las medidas que se tomaron para asegurar a la población oriental que el proceso de unidad resolvería sus problemas sin ningún sacrificio incluyeron una reforma monetaria que había de ser el primer paso de un lento proceso de unificación, y que se realizó de acuerdo con consideraciones populistas y no atendiendo a las necesidades económicas. La relación aceptada entre el marco oriental y el occidental fue tan generosa para la población del Este y tan poco realista y saludable para las condiciones económicas del conjunto del país, que el presidente del

Bundesbank, Karl Otto Pöhl, presentó su dimisión en 1991 por su desacuerdo con las condiciones de la reforma. Estas, en efecto, no solo establecían una práctica benevolente con los ciudadanos de la ex RDA, sino que podía hacer peligrar la competitividad de sus empresas, ya que les arrebataba unos recursos monetarios que podían atenuar su debilidad en un mercado abierto, como la devaluación o la reducción de los costos de producción. La reducción del marco oriental a su valor real de mercado habría provocado el empeoramiento inmediato de las condiciones de vida de los alemanes de la ex RDA en el mismo momento de la unificación, algo que podía resultar desagradablemente visible en el propio Berlín, ciudad que simbolizaba el proceso de apertura y unificación con la destrucción del muro, y que de modo alguno podía levantar ahora una barrera según los distintos ingresos de berlineses que realizaban el mismo trabajo en una u otra zona de la ciudad. Kohl se vio obligado, además, a asegurar una política de apertura a la inmigración masiva de los *Übersiedler* del Este hacia el Oeste, aprovechando las dificultades culturales de los alemanes occidentales para enfrentarse a ello. En realidad, cualquier crítica al proceso de aceleración llevaba aparejado un castigo electoral, como demostraría el fracaso de Oskar Lafontaine, que obtuvo el peor resultado del SPD en muchos años cuando se realizaron las primeras elecciones unificadas, mientras que los Verdes, que habían tenido el coraje de denunciar lo que les parecía un proceso de verdadera colonización —por muy tolerada y aplaudida que estuviera por los propios alemanes orientales— no conseguían obtener representación parlamentaria por primera vez desde 1983. En las elecciones de diciembre de 1990, en efecto, el canciller

conseguía casi un 44 por ciento de los votos totales, a más de diez puntos de distancia de Lafontaine, y su triunfo se consolidó con el excelente resultado de los liberales dirigidos por el popular Hans Dietrich Genscher, nacido en la zona oriental. Los Verdes perdieron por muy escaso margen su representación en la vieja RFA, al reducirse a casi la mitad el porcentaje de votos obtenidos en esta zona, mientras la coalición Alianza 90-Verdes de la zona oriental conseguía enviar menos de una decena de representantes a un Parlamento de más de seiscientos. El nuevo PDS se manifestó, desde el principio, como un partido que era percibido como heredero del viejo SED y, más tarde, como defensor de los intereses de la zona oriental, aunque su resultado en ella fue muy inferior al obtenido en las últimas elecciones de la RDA en la primavera de 1990: en la región occidental, sus resultados fueron tan marginales como los que había venido obteniendo el Partido Comunista desde su legalización en los años sesenta. Por último, la extrema derecha, liderada por los republicanos, obtuvo un resultado nada despreciable —2,1 por ciento en la zona occidental—, aunque sí alejado de las expectativas despertadas por los éxitos de 1990. Como veremos con más detalle, la obtención de la unidad, que se atribuía en exclusiva a las gestiones de la coalición gobernante en Bonn, al tándem Kohl-Genscher, impedía que la oleada unitaria se convirtiera automáticamente en un voto a la extrema derecha nacionalista. Por el contrario, lo que podía suceder era que los REP pagaran las inquietudes que, desde el año anterior, había generado la llegada de inmigrantes, identificada con el proceso mismo de unificación.[2]

Tales factores no podían identificarse, como ha podido a menudo percibirse en la opinión pública europea, con el deseo generalizado de los

alemanes de ir al encuentro de la unificación, algo que podría suponer la existencia de una identidad alemana previa cuyo horizonte estuviera permanentemente fijado en ese objetivo. Más bien podríamos hablar de lo contrario. Lo que suele hacerse es confundir el entusiasmo por la caída de los burócratas del «socialismo real», en una cadena de fichas de dominó que alcanzó su mayor poder simbólico en la destrucción del muro de Berlín, con el deseo casi unánime de la población alemana de no sentir que eran partes injustamente divididas de la misma nación, y que aprovechaban las circunstancias propicias para unificarse. ¿No serían, más bien, las circunstancias de la destrucción del modelo soviético las que camuflaban ese entusiasmo tan amplio y homogéneo por la unidad? Considerar que el conjunto de los alemanes la deseaban, tal como suele pensarse, es arrebatar una identidad nacional propia a los ciudadanos de la ex RDA y a los de la RFA de 1949. Los primeros podían basarla en elementos difusos, pero de fuerte motivación emotiva, como podría centrarse en la consigna de «nosotros somos un pueblo» que hizo fortuna en los años setenta, precisamente cuando el canciller Brandt reconocía la existencia permanente de dos Alemanias y no inició el proceso de unificación, algo que solamente puede considerarse si se ignora el alcance de la *Ostpolitik* y se juzga frívolamente de acuerdo con la manera en que las cosas concluyeron. Para los ciudadanos de la Alemania Oriental, su adscripción a un país distinto, a tener su propia identidad, residía en la existencia de una serie de valores históricos de los que consideraba exclusiva heredera a la República Democrática, cuyo nombre tiene un sentido menos irónico de lo que podría pensarse. Creían recibir, como ha recordado uno de los mayores

especialistas, nada sospechoso de simpatizar con el régimen oriental, la herencia de las revoluciones liberales del siglo XIX, la tradición del poderoso movimiento obrero, de la lucha antifascista desarrollada por los sectores populares en los restos de un KPD nada anecdótico en la etapa de Weimar. Podían considerarse vinculados a la lucha por los derechos del Tercer Mundo y por la paz, como les ocurría a tantos progresistas de Occidente que, en los años cincuenta, llegaron a integrarse en la militancia comunista por motivos relativos a la lucha anticolonial y a la defensa de la paz, en lugar de hacerlo según una afirmación de los principios marxistas-leninistas. Podían verse como personas que disfrutaban de una herencia de austeridad muy vinculada a la tradición protestante hegemónica en la zona oriental, frente a la imagen de despilfarro y decadencia cultural que daba la RFA. Aunque este tema resulte menos atractivo, podían considerarse defensores de una identidad alemana frente a la llegada masiva de extranjeros a la zona occidental que podían cuestionar la identidad étnica de la zona: de ahí que determinadas opciones de la extrema derecha hayan adquirido vigor en unas regiones educadas en ver con desconfianza la llegada de extranjeros. Por otro lado, podían sentirse identificados con factores de solidaridad y lejanos a la visión de una cultura individualista como la que muy pronto experimentarían en el proceso de unificación; podían sentirse alejados de quienes habían corrompido el ideario socialista desde sus responsabilidades, pero próximos a una idea de sociedad que no permitiera la marginalidad de sus ciudadanos en función de una supuesta carencia de eficacia económica. Curiosamente, la zona oriental había heredado los elementos propios de una cultura comunitaria de origen

socialista, aunque sin dejar de tener en cuenta el vigor de otros factores, como el estatismo prusiano, el sentido de austeridad protestante, el solidarismo nazi y el recelo ante los extraños a la propia identidad.[3]

Por su parte, la identidad alemana occidental se había formado sobre cuatro criterios fundamentales desde la formación de los partidos que firmaron la Ley Fundamental de 1949. El primero de ellos era la equivalencia entre ser un alemán de nuevo cuño y la adhesión a las libertades propias de una sociedad basada en un sistema demoparlamentario. Esto se constituía en un factor de identidad en la medida en que distinguía la nueva Alemania de la que había existido durante el nazismo, pero también de la que había impedido, a causa del peso del radicalismo político, el pleno desarrollo de una democracia respetada por todos los partidos; de ahí que tratar de eliminar la Constitución originaria fuera la base jurídica de la ilegalización de comunistas o neonazis, algo que habría llevado a operaciones de escandalosa aplicación en los años de Weimar. El segundo factor es el que se refiere a la integración de la Alemania federal, desde sus mismos inicios, en las organizaciones económicas y militares occidentales. La identidad occidental tiene una clara aplicación como contraidentidad, pues las condiciones especiales de la guerra fría y la posición geográfica de riesgo de Alemania podrán acentuar la tendencia de Adenauer a desplazar el «verdadero» sentido nacional hacia el Rin, en lugar de establecerlo en el Elba. Ya se ha indicado que el canciller veía en la zona oriental de Alemania un conjunto de aspectos que en nada le agradaban, desde el estrictamente religioso, con el dominio del protestantismo, hasta el social, con la

influencia de los sectores de izquierda. Sin embargo, para los alemanes occidentales empezó a existir un factor cultural compartido con su canciller y que dejaron de compartir con los dirigentes socialdemócratas, cuando empezaron a ver en los alemanes orientales algo que poco tenía que ver con su forma de ser, con sus hábitos, con su manera de afrontar la responsabilidad, el esfuerzo, el ocio; la misma presencia de refugiados acabó por acentuar esta impresión, como ha podido observarse en el apartado dedicado a este tema. La integración en la Comunidad Económica Europea, el intento de constituir la Unión Europea de Defensa y la integración en la OTAN implicaban la formación de una conciencia nacional que no podía comprenderse fuera del compromiso con Occidente. El tercer factor es el que se refiere al crecimiento económico, una expansión de más del 8 por ciento anual a lo largo de la década de los cincuenta, que solamente sufrirá una recesión a mediados de los sesenta, cuando las condiciones de adhesión están ya fijadas. El crecimiento económico, tras los años que se habían vivido en la primera democracia y las vicisitudes de la guerra y la inmediata posguerra, podían añadir un nuevo matiz a la identidad germanooccidental que, además, se presentaba en términos de contramodelo al compararse fácilmente con lo que estaba sucediendo en la zona oriental, con la abundante información que podía proceder de los parientes que continuaban en aquella zona y con la inmensa propaganda de desprestigio del «socialismo real» lanzada en el período de la guerra fría. Por último, tal crecimiento económico se realizó sobre la base de un pacto que conocemos como el «Estado del bienestar» y que, combinado con el «milagro» de Ludwig Erhard constituiría el verdadero «modelo alemán». La

fuerza de negociación de las organizaciones corporativas, fueran empresariales u obreras, así como el compromiso de los partidos gobernantes para estimular la cohesión social, por la vía del liberalismo progresista, el comunitarismo cristiano o la socialdemocracia cumplían un objetivo común: la administración del crecimiento en términos de un bienestar que sacó el máximo de recursos del aumento de la producción, y estableció la forma más exitosa de lo que ha venido llamándose el «capitalismo renano». Todos estos elementos constituyeron una identidad diferenciada, entre otras cosas porque casi todos ellos se alimentaban sobre la base de la comparación de lo que sucedía «al otro lado», y de la satisfacción por poder obtener unas condiciones de vida que no iban a alcanzar quienes siguieran bajo el yugo de un sistema ineficaz, corrupto e incompetente para dar satisfacción a las necesidades de sus ciudadanos. Para los alemanes del Oeste, su sociedad no era más injusta que la del Este, sino más próspera y, por ese mismo motivo, en mejor disposición para conseguir ofrecer la felicidad a sus ciudadanos, para darles elementos de seguridad social sin obligarlos a renunciar a la libertad individual. Ese sentido de la identidad iba acompañado, por consiguiente, de un sentimiento de superioridad con respecto a los supuestos hermanos de sangre y de equivalencia con los pueblos del resto del occidente europeo.

Por ello, las apresuradas manifestaciones que quieren comprender la unidad alemana como un proceso que pudo ver frustradas sus expectativas se basan en que se ignora la inexistencia de una verdadera identidad nacional que podría verse como una constante marcha hacia la unidad frustrada por las condiciones del telón de acero. Por el contrario, debería

pensarse más en una comunidad espiritual, basada en el idioma, en la asunción de una herencia cultural común, que podía colocar a otros países de lengua alemana en la misma órbita sin pretenderse nunca —por lo menos desde los años cincuenta— su unificación. Lo único que se hace en este caso es confundir los términos causales, al hacer de la reforma democrática el resultado, y no la causa, de una unificación que casi nadie pensaba en 1987 o 1988 —no hay más que ver las encuestas realizadas en la zona occidental sobre el sentido de parentesco nacional que se posee—, y que nadie esperaba que se produjera a la velocidad y con los métodos que se dieron, fruto de la improvisación, de la entrega a las demandas inmediatas de la gente y de la coincidencia entre la crisis de ambos modelos sociales, aunque la caída del modelo socialista pudiera verse solucionable con una fácil integración en una Alemania cuya prosperidad era discutible. Y que lo sería mucho más cuando tuviera que definir la forma en que se solucionaban los factores más atrasados de una economía ineficiente según los criterios occidentales.

Esta existencia de identidades diversas es indispensable para comprender por qué, cuando lleguen las condiciones de los reajustes económicos en una y otra parte del país, se incremente la desconfianza con que ambas se contemplan. Los orientales serán ridiculizados como *Ossies* o, peor aún, como *Jammer-Ossis* frente a los *Besser-Wessis*, con multitud de chistes y caricaturas que hacen de los llegados desde la ex RDA personas que, por ejemplo, son incapaces de distinguir entre la lavadora y el ordenador personal. Este *Stimmung* popular, que es más un «estado de ánimo», un rumor persistente, que una afirmación que se vuelca en sentido

institucional, no deja de indicar hasta qué punto la unidad no se ha producido como el feliz colofón constitucional de una fusión ya existente, sino en términos de una «invasión» que es valorada en ambas zonas de forma distinta: unos ven en los occidentales a aquellos que se aprovechan de los recursos económicos de la ex RDA, y los someten a operaciones de inversión destinadas a actuar implacablemente sobre una mano de obra indefensa, mientras otros ven cómo sus impuestos aumentan para sostener a quienes no han sido capaces de crear una economía construida a base de trabajar duro durante muchos años.[4] Los factores que, de una forma más clara, iban a enfrentar a unos y a otros —en el sentido de que parecían distinguir a sus víctimas independientemente de lo que hubieran sufrido y del lugar del que vinieran— eran los referidos al proceso de privatización en la zona oriental, el incremento del desempleo —con la cláusula especial de la mujer—, el tratamiento dado a la inmigración y las reformas fiscales llevadas a cabo por Kohl para atender las necesidades del Este.

El proceso de privatización de empresas del Este fue acompañado del temor a un proceso de reforma agraria que considerara entregar las tierras a sus propietarios anteriores a 1945, algo que paralizó las inversiones en uno de los pocos sectores de la zona oriental que disfrutaba de ciertas ventajas, en comparación con el Oeste. Por otro lado, la labor del organismo creado para llevar adelante la privatización, la *Treuhandansalt*, realizó un trabajo que se prolongó de forma ruinosa, en sus efectos contables y sociales, hasta su desaparición en 1994. El punto de partida no era el más favorable, ya que se enfrentaba a una economía con una industria arcaica —acostumbrada a mercados que no exigían niveles de calidad similares a los occidentales—,

contaminante —sin los elementos de control de medio ambiente que podían observarse en los años ochenta en la zona occidental—, con una mano de obra excesiva para las estrictas necesidades de una producción competitiva, que implicaba la inserción de nuevas tecnologías, y con un sistema de infraestructuras que necesitaba gigantescas inversiones para que las industrias fueran rentables. Que en 1994 se hubiera alcanzado solamente un nivel de productividad, en comparación con la ex RFA, del 40 por ciento, puede demostrar el tipo de situación a la que debía hacerse frente. Pero la misma voluntad de cambiarla podía producir en las personas afectadas la imagen de una fuerza exterior que, al poner orden contable, lo que estaba haciendo era promover el enriquecimiento de algunos sectores occidentales a base de dejar sin empleo a quienes hasta aquel momento no lo habían visto amenazado. El hecho de que tanto Kohl como Genscher aseguraran el mantenimiento de algunos núcleos industriales, como los que se encontraban en Halle y Bitterfeld —aunque ello supusiera un gasto especial de 700 millones de marcos en subvenciones, así como el estímulo económico dado a la empresa estadounidense que acabó adquiriéndolo—, no significa que la privatización pudiera verse en términos de saneamiento, sino también de política de altos costos sociales. Los 640.000 millones de marcos empleados en el proceso se dedicaron a la venta de casi 20.000 empresas y al cierre de casi 4.000. El ejemplo de una empresa de óptica de Jena, especialmente prestigiosa antes de la guerra, cuyas oficinas principales pasaron a la zona occidental, mientras se perdía el 80 por ciento de la mano de obra en la fábrica central situada en el Este, es un claro indicio de lo que estaba sucediendo, y que concluyó con la pérdida de dos

terceras partes de la mano de obra que dependía de la Agencia de Privatización.

Para los alemanes orientales se trataba de una inexplicable desindustrialización, tanto más generadora de rencor social cuanto mayor había sido la propaganda oficial, que hacía de la República Democrática uno de los estados «industriales» del bloque soviético, precisamente el que, junto con Checoslovaquia, abastecía a sus compañeros del COMECON de productos del sector secundario. Pasar de ser una potencia industrial con pleno empleo a recibir un plan de choque realizado a una innecesaria velocidad solamente podía desembocar en lo que ocurrió: la fuga del territorio y la aparición de una decepción que, si no se dirigía precisamente a la unificación, sí lo hacía a quienes, más allá del gobierno, la habían gestionado. No debe dejarse de lado que la población oriental estaba acostumbrada a pensar en términos de las buenas intenciones expresadas y de su destrucción por los burócratas que se enriquecían con el padecimiento de los ciudadanos indefensos. De ahí que el proceso de «racionalización», que no se produce solamente en Alemania Oriental, sino que tiene otras expresiones —como la que podría darse, a comienzos de los años ochenta, en la misma cornisa cantábrica española—, se contempla como la plasmación de la forma despreciativa en que tales sectores oligárquicos contemplan a los ciudadanos del Este. Acostumbrados a simplificar las relaciones sociales complejas en juegos binarios, los habitantes de la ex RDA podían orientar su queja hacia una conspiración en favor del enriquecimiento que perjudicaba impunemente sus condiciones de vida. Y los datos nos indican que, en realidad, así fue y así fue percibido. Así fue,

porque el descenso de la mano de obra en términos absolutos ha dejado una constancia aterradora, con pérdidas del 60 por ciento en la industria y del 39 por ciento en la minería y energía hasta 1992.[5] Los datos indican, además, la discriminación de la mujer, que, anteriormente, era tratada en igualdad de condiciones en la zona oriental y que sufre de forma especial la pérdida de trabajo. Según reconoció la propia ministra de Familia, Claudia Nolte, en julio de 1995, el porcentaje de mujeres trabajando en el Este había caído del 90 por ciento al 73 por ciento en 1993. La percepción de que las cosas empeoran puede observarse en el descenso de las tasas de natalidad —una tercera parte— y de matrimonios —la mitad— en el Berlín posterior a la unificación, algo que señala una escasa confianza en el futuro. Digamos, además, que el matrimonio entre berlineses de una u otra parte del muro es una anécdota: de los 15.730 enlaces celebrados en 1994, solamente 527 se producen en este sentido.[6]

Tal como señala uno de los economistas que mejor conocen este ámbito en Alemania, el problema del país era asumir los costos conjuntos del proceso de adaptación a la globalización —cuando buena parte de los ingresos de la economía germana dependían de su mercado exterior— y de la racionalización de la Alemania Oriental, cuyo plan de choque supuso una inmensa recesión en los primeros años de gestión del nuevo espacio. Y, aunque los problemas iniciales fueran seguidos de un cierto *boom* vinculado a las ofertas especulativas de reconstrucción, a partir de 1997 volverían a asomar los problemas, cuando el crecimiento apenas superó el 1 por ciento, en una economía que se había mantenido en niveles del 10 por ciento.[7] A pesar de los esfuerzos del gobierno para realizar transfusiones de capital al

Este, el desempleo general en Alemania alcanzó niveles desconocidos: si la media de 1973 a 1989 había sido de un 5 por ciento de parados, se había rebasado el 10 por ciento en el conjunto de la república al año siguiente del triunfo electoral de los socialdemócratas en 1998, aunque ese porcentaje se convertía en un 17,6 por ciento si se tenía en cuenta solamente lo que sucedía en los cinco nuevos *Länder* orientales. Para una población desacostumbrada a los criterios de eficacia que se basaran tanto en la negociación colectiva —según el viejo modelo renano— como en la posibilidad de perder el puesto de trabajo por la falta de competitividad —según las condiciones que iba marcando el modelo de capitalismo anglosajón—, tales tasas resultaban un peso insoportable, que fueron incrementando la ansiedad social y el resentimiento por una unificación que cada vez se veía más como algo que se había hecho en contra de los habitantes del Este.

Tal generalización, sin embargo, no es justa si tenemos en cuenta la forma en que el canciller Kohl hizo pagar a los alemanes occidentales su apoyo a la unificación, a fin de evitar que las promesas de la coalición gobernante fueran vistas como un fraude por los ciudadanos de la ex RDA, y que acabarían pasando factura electoral a los democristianos y liberales. Puede señalarse, además, que uno de los factores que promovían el incremento del desempleo en ambas zonas era el costo mismo de la producción, tanto por los salarios pagados como por las altas cotizaciones a la seguridad social por parte de las empresas; ello hacía que la mano de obra alemana fuera la más cara del mundo: doblaba el precio de la británica y estaba por encima de la de Japón o Estados Unidos en un 50 y un 80 por

ciento respectivamente. [8] Los empresarios alemanes habían venido quejándose de esa intervención del Estado que, en forma de la exigencia de gastos sociales o imponiendo que las autoridades municipales pudieran interferir en la actividad industrial, desanimaban o encarecían los productos y provocaban que se incrementara el desempleo. Para quienes lo vivían, sin embargo, tales afirmaciones eran sutilezas que se desmentían por la misma duración de un pacto social que había permitido que las empresas emplearan sus recursos en la atención sanitaria y la jubilación de sus trabajadores, sin que ello supusiera una dificultad para el mantenimiento de la tasa de empleo. El problema eran las nuevas condiciones de una globalización que afectaba a aquello sobre lo que se había desarrollado la economía alemana: la exportación. Añadir cualquier costo, incluidos los que pudieran derivar del endeudamiento del Estado para atender las necesidades orientales, hallaba el problema de reducir la capacidad de consumo de los ciudadanos del Oeste cuando se les exigía un aumento de impuestos para traspasar capital público hacia los nuevos *Länder*. El 1 de enero de 1995, el gobierno de Kohl tuvo que incumplir la promesa de no aumentar los impuestos tras las primeras medidas de urgencia de la unificación y recurrió a una nueva tasa, pomposamente llamada de «solidaridad»: el *Solidaritätszuschlag*, que implicaba un aumento del 7,5 por ciento en el impuesto sobre la renta. El rumor que rápidamente se difundió entre los alemanes occidentales fue que tal impuesto implicaba pasar de un pago al Estado del 27 por ciento de los impuestos de cada hogar a casi un 45 por ciento entre 1960 y 1993. A este impuesto se sumó una nueva tasa para mantener en pie el sistema de asistencia médica, la *Pflegeversicherung,* que

suponía cargar un 1 por ciento sobre los ingresos del trabajo y del capital. Las protestas de los ciudadanos, que en dos terceras partes consideraban que estaban pagando demasiados impuestos, se sumaron a las quejas de los empresarios. Sin embargo, estos deberían haber tenido en cuenta que la vieja reivindicación de la reducción de la jornada laboral se abandonó, incluso tras haber alcanzado en determinadas industrias mecánicas la mítica cifra de las 35 horas, a fin de salvar puestos de trabajo en empresas emblemáticas como la Volkswagen, la BMW o la Opel, que indicó a sus trabajadores que debían escoger entre un plan de ajuste que exigía el aumento de la jornada laboral o el despido de miles de empleados.[9] En realidad, el programa de renovación oriental —*Aufschwung Ost*— era la única forma de evitar un conflicto social, cuando ya se estaban dando inquietantes señales de desestructuración y violencia xenófoba en el Este: en 1992 y 1993 se había producido el incendio de viviendas de ciudadanos turcos en Mölln y Solingen, así como asaltos a casas de inmigrantes en Hoyerswerda y Rostock en 1991, con el aplauso de habitantes de la zona; sin embargo, la movilización general de los alemanes, que se manifestaron en todo el país portando velas en homenaje a las víctimas de la xenofobia, indicaban la sensibilidad ante este tema y la vigilancia de una sociedad nada desatenta ante este riesgo.

Lo que podía irritar a los ciudadanos alemanes del Oeste es que la noticia de un nuevo impuesto llegara inmediatamente después de unas elecciones y no antes. En 1994, en efecto, se había producido la segunda llamada a las urnas tras la unificación, con una nueva victoria de la coalición de democristianos y liberales, que obtuvieron conjuntamente un

48,5 por ciento de los votos y 341 escaños sobre un total de 672, lo que los dejaba muy poco por encima de la mayoría absoluta. Los socialdemócratas mejoraron sus expectativas, una vez apartado el molesto Oskar Lafontaine, hasta llegar al 36,4 por ciento de los votos y 252 escaños. Los Verdes regresaban al Parlamento con casi 50 escaños, gracias a un considerable aumento en la zona occidental. El PDS se afirmó como partido regionalista defensor del creciente descontento del Este: consiguió, bajo el hábil liderazgo de Gregor Gysi, casi el 20 por ciento de votos en la zona oriental, y triplicó su resultado en la occidental, algo que le proporcionó 30 escaños a pesar de no alcanzar, en conjunto, el 5 por ciento de los votos, gracias a los tres diputados escogidos directamente en Berlín. Los republicanos se estancaban en las cercanías del 2 por ciento. Cuatro años más tarde, el incremento del desempleo, la impresión de pérdida de derechos sociales y la adjudicación de todos estos factores a una precipitada marcha hacia la unidad promovida por Kohl, llevaba a los socialdemócratas a obtener un excelente resultado, de la mano del jefe del partido en Baja Sajonia, Gerhard Schröder, que consiguió establecer un liderazgo sólido en el SPD, perdido tras la dimisión de Schmidt y los constantes cambios de candidato a la cancillería desde 1983. La victoria de Schröder era insuficiente para gobernar —como había venido sucediendo en un sistema proporcional, posibilidad que se limitaba aún más con el aumento de partidos representados en el Bundestag—. A la hora de escoger un socio de gobierno, el dirigente socialdemócrata escogió a los Verdes, que habían tenido representación en el Parlamento desde comienzos de los años ochenta, y que en 1998 habían obtenido algo menos del 7 por ciento de los

votos y 47 escaños. La posibilidad de pactar con los liberales, reclamada por algunos sectores de la derecha del partido, se proponía en función de la escasa experiencia de gobierno del partido ecopacifista, cuyas responsabilidades no habían pasado nunca del ámbito regional. Por otro lado, dificultaba la credibilidad del movimiento la disputa no resuelta entre un sector que agrupaba las tendencias más antisistémicas y asamblearias —los *Fundis*— y el sector más pragmático —los *Realos—,* que dirigía el antiguo militante de la extrema izquierda Joschka Fischer. A pesar de ello, tales demandas quedaron en suspenso por la propia voluntad de Schröder, que de esta forma podía acallar las voces de un ala izquierda que aún se agrupaba en torno al mito de Lafontaine, que proclamaba su acierto en la denuncia de la unificación en 1990. Por otro lado, pocos socialdemócratas de la generación del nuevo canciller podían olvidar que había sido precisamente el FDP el responsable de la caída de Schmidt en 1982, mediante una moción de censura en la que los diputados del Partido Liberal apoyaron a Kohl para sustituir al líder socialdemócrata en la cancillería, en una operación que no había tenido ni precedentes ni resonancias en la historia de la República Federal. Los liberales purgaban aquella decisión —que les había permitido mantenerse en el poder de forma casi ininterrumpida desde la fundación misma de la república—, apoyando una coalición rojiverde. El PDS se afianzó en 1998 al rebasar la barrera del 5 por ciento por primera y última vez en unas elecciones generales, gracias a su excelente resultado en la zona oriental —el 21,6 por ciento de los votos— y a su estabilización en la zona occidental en torno al 1 por ciento. En total, los poscomunistas colocaron a casi cuarenta diputados en el

Parlamento, mientras el conjunto de los grupos de extrema derecha, que habían logrado éxitos espectaculares en elecciones locales o regionales, llegaban al proceso electoral divididos en tres opciones mayores que, en conjunto, apenas rebasaron el 3 por ciento de los sufragios.

En el año 2002, última vez en que se registraron elecciones en la nueva Alemania unificada, la coalición de socialdemócratas y ecologistas logró, contra todo pronóstico, imponerse a sus adversarios, en una campaña marcada por la imposibilidad de resolver sin reformas radicales los problemas de desempleo, algo que podía anunciar la caída del canciller, que había señalado que no merecía ganar si el número de alemanes sin trabajo continuaba rozando la cifra de cuatro millones. Los comicios se celebraron en las peculiares circunstancias de la catástrofe de las inundaciones, en las que el canciller demostró una excelente capacidad de liderazgo, lo que hizo que un comentarista diera rienda suelta a su sentido del humor, señalando que la última vez que un diluvio había favorecido tanto a alguien era en el caso de Noé. En efecto, contra lo que pudieran haber previsto las encuestas, se produjo un empate técnico entre los porcentajes del candidato de la CDU-CSU, el socialcristiano Stoiber, y el del SPD, ambos algo por debajo del 40 por ciento de los votos. Lo que salvó la candidatura socialdemócrata fue el excelente resultado obtenido por los Verdes —y, en especial, el prestigio alcanzado por Joschka Fischer—, así como el hundimiento del PDS en la zona oriental —una pérdida de casi cinco puntos—, dado que sus votos fueron a parar a los candidatos socialdemócratas.

Además de situarnos en la dinámica de los cambios de mayorías que se producen en las cuatro elecciones celebradas desde la unificación, los datos

sobre la nueva estructura parlamentaria nos ofrecen reflexiones que van en la línea de un cambio de la cultura política alemana —que coincide con algunos rasgos generales de lo que está sucediendo en Europa Occidental —, indispensable para comprender las áreas abiertas a la expansión del nacional-populismo. Más allá de la alternancia entre democristianos y socialdemócratas, lo que determina la conducta de los ciudadanos alemanes es una superación de las viejas lealtades, empezando por la fijación permanente a una opción política dada, y marcando el territorio de una nueva actitud política que, lejos de permanecer fieles a un partido, se deciden según elementos a corto plazo y factores personales, como la propia campaña electoral y el perfil del candidato a canciller. La adhesión a un partido concreto, hiciera lo que hiciera y sin importar el candidato, era de un 55 por ciento en 1977, para pasar a un 37 por ciento en 2002. En el caso de la zona oriental, esta última cifra es del 28 por ciento.[10] Esta actitud de fluidez de la adhesión a un partido va acompañada de la liquidación lenta e inexorable de los dos principales mecanismos de adscripción de preferencias, el religioso y el de clase. Si es cierto que una mayoría de los votantes obreros se inclinan por la «izquierda» en un sentido amplio de preferencia, ello no significa que sea precisamente en los barrios de clase trabajadora donde se produce el voto en favor de la socialdemocracia. Tal sufragio puede ir a la CDU debido a la acentuación del discurso social de este partido en las zonas más humildes. Pero, además, ese voto que se considera de izquierdas en un sentido muy amplio no identifica necesariamente esta preferencia tal como podía hacerse en los años setenta, es decir, mediante el voto en favor de un partido que defiende los intereses

de los sectores obreros. Quienes dicen votar a favor de la izquierda pueden hacerlo, representando a sectores de una nueva clase media, por motivos que tienen que ver con tendencias posmaterialistas, referentes al incremento de las libertades personales, la lucha por la paz, la solidaridad con el Tercer Mundo, la defensa del medio ambiente o las cuestiones de sexo, como puede ser el caso de los votantes del movimiento ecologista. En otro sentido, el voto de la izquierda puede ir destinado, más que a la defensa genérica de los trabajadores, a una lucha por defender los derechos de un territorio, como ha ocurrido con el PDS, que no solo ha sido percibido por los ciudadanos occidentales como un partido «del otro lado» —algo que podía suceder en las primeras elecciones—, sino que creyó poder ir mejorando sus resultados en la zona oriental presentándose ante sus electores en la ex RDA como el único partido que los defendía de los atropellos sufridos a manos de las reformas desarrolladas tanto por democristianos como por socialdemócratas. El tiempo demostró que esta actitud era poco correcta, en la medida en que los mismos electores del Este dieron la espalda al PDS para votar a un partido no testimonial, que estuviera en verdaderas condiciones de echar a los democristianos, mientras que la estrategia regionalista acababa por dejar en estado de coma la posibilidad de crear un espacio de izquierda socialista en la zona occidental. En cualquier caso, la evanescencia de los territorios de los partidos ha sido sustituida por una adscripción más laxa que no deja atrás los *cleavages*, sino que los recalifica. La izquierda no significa, obligadamente, el voto a un partido de origen clasista, sino que puede ir en pos de las corrientes libertarias, de defensa de los derechos personales, de las condiciones de la

calidad de vida y del equilibrio en el crecimiento, tantas veces dejados en un segundo término por los partidos de una tradición obrera ortodoxa.

Una muestra muy clara de esta fluidez de la actitud de los votantes es el uso de los dos votos según el sistema electoral alemán. Como es sabido, cada ciudadano dispone de dos opciones. La primera, el *Erstimme*, va a parar al candidato que quiere representar a un distrito electoral. La segunda, el *Zweitstimme*, se deposita en favor de cualquier partido que se presenta. Pueden coincidir o no. En los años cincuenta o sesenta solamente un 10 por ciento de los electores «rompían» su voto, mientras que en las últimas elecciones federales lo ha hecho más del 20 por ciento, en especial en favor de los Verdes. De esta forma, un sistema electoral que pone fuertes barreras para evitar la proliferación de partidos —en especial el 5 por ciento nacional para obtener representación o 3 elegidos directamente para constituir un grupo parlamentario y que sean contados todos los votos obtenidos— no ha podido evitar que el mismo elector pueda diversificar sus opciones. De igual modo, un sistema que había sido siempre triangular ha tenido que asistir al nacimiento y consolidación de una representación de cinco fuerzas políticas, al entrar en el Parlamento federal los ecologistas en 1983 y los poscomunistas en 1990. Considerando la escasa diferencia de escaños a la que obliga una representación proporcional —una vez que se ha superado la barrera del 5 por ciento—, las campañas electorales deben tener muy en cuenta la necesidad de no perder franja alguna de electores sensibles a determinados temas, pues una pequeña diferencia de votos, que pueden ir a parar a fuerzas sin representación, determina la derrota de un partido mayoritario. Sin ir más lejos, es lo que sucedió con la CDU-CSU y

sus posibles aliados liberales en el año 2002, cuando el 3 por ciento recaudado por la extrema derecha de los REP, la DVU y el NPD habría bastado, en caso de ir a las listas democristianas o del FDP, para obtener la cancillería de nuevo. Tal realidad implica que el peso de una cultura política, en estas condiciones, va mucho más allá de lo que puede ser su representación parlamentaria, para apoyarse en lo que es su presencia en la sociedad, aunque no sea en las instituciones. La pérdida de un escaso margen de votos puede incitar a los perdedores —en este caso a democristianos y liberales— a situar determinados problemas —como el de la inmigración, el asilo político, la misma reforma laboral— en términos que sean atendidos por quienes expresan su protesta apoyando a los partidos de la extrema derecha.

Y no solo es un caso de una fácil traslación del voto nacionalista radical a la CDU, que es como suelen verse las cosas; hay que tener en cuenta lo que ha podido suceder en Francia, donde el lepenismo se ha alimentado de votos obreros que, en muchos casos, en épocas anteriores habían recaído en candidaturas socialistas o comunistas, por no hablar de lo que ha podido suceder en Austria o en Italia, donde el fenómeno Berlusconi no se ha alimentado exclusivamente de los viejos votos de la tendencia democristiana o liberal. A lo que se asiste es a una erosión de la política propiamente dicha o de lo que, para decirlo en sus términos alemanes, se denomina una *Politikerverdrossenheit,* algo que —para utilizar una palabra que hizo fortuna en los años de la transición española— podríamos traducir como el «desencanto» por la actitud de los políticos profesionales. Esta situación modifica la relación entre ciudadanía y representación

democrática parlamentaria, no solo la que se refiere a la elección de una u otra opción política, y deja las puertas abiertas para que pueda pasar, como veremos en el siguiente apartado, el populismo. En el caso de la Alemania Oriental, existe un elemento evidente que no ha sido recalcado como se debiera: si esta denuncia implícita de la democracia puede producirse en el electorado de todos los países con tradición parlamentaria, ¿cómo esperamos que no se dé en una ciudadanía educada precisamente para matizar el valor de este género de representación? No es extraño que, en la zona oriental, el desengaño por las primeras medidas de reforma se haya sumado a esta reticencia ante los procedimientos de la democracia, algo que se demuestra en las importantes diferencias de participación electoral, que rebasaron en 1994 el 7 por ciento. Añadamos a ello algo que puede ser más que una impresión: la realización de la unidad en los términos de una absorción que despierta la queja incluso de aquellos intelectuales que habían mantenido posiciones muy críticas con el régimen de la Alemania Oriental. El éxito del libro de Christa Wolf, *Was bleibt* (*Lo que queda*) podría reflejar, en su mismo título, la referencia a una protesta que convendría no confundir con la añoranza, sino con la decepción. No en vano, numerosos autores de la zona occidental se han sumado a sus colegas orientales más críticos con la unidad —la misma Wolf, Volker Braun, Stefan Heym— para denunciar una cultura satisfecha con las condiciones en que se ha hecho todo: es el caso del incombustible Günter Grass, que expresó desde el principio sus dudas sobre el proceso. Pero también es lo que ocurre con los autores que atacan la frivolidad de lo «políticamente correcto», como puede ser el caso de Hans Magnus Enzerberger cuando critica las

posiciones emotivas e irresponsables ante conflictos internacionales, o la demoledora disección de lo que significa ir «a favor de la corriente» que hace Cora Stephan en *Der Betroffenheitscult* (*El culto a la consternación*), en el que la escritora plantea si los intelectuales alemanes y los dirigentes políticos que dicen representarlos están dispuestos a actuar en función de la ética de la responsabilidad o a encastillarse en una suplicante, hierática e inútil ética de la convicción, porque creen que la política consiste en dejar de asumir responsabilidades para limitarse a dar testimonio, un reproche que Stephan dirigirá al conjunto de la «clase cultural» alemana de fin de siglo.

Tales reproches podrían dirigirse a la indiferencia con que se acoge la devastación de un territorio y la dignidad de la pertenencia a un país, dadas las condiciones en que los orientales han podido asimilar su integración en una nueva RFA. Sin embargo, puede referirse a la necesidad de afrontar con valentía aquellos aspectos que permiten el crecimiento de las actitudes radicales populistas porque ningún gobierno de los noventa parece dispuesto a pagar el duro peaje de la impopularidad. Existen dos elementos en los que esta actitud gubernamental pasa a ser decisiva. El primero de ellos, referido a la necesidad de revisar el código de la nacionalidad alemana, se produce durante el mandato de Kohl, sin que los esfuerzos de la derecha de la CDU puedan evitar algunos de sus avances, y sin que puedan hacerlo tampoco los criterios de algunos sectores radicales de la izquierda. En síntesis, de lo que se trata es de modificar un código que establece el derecho de sangre como base para obtener la nacionalidad, en lugar del derecho de lugar de nacimiento. Algo que deberá ir seguido, para actuar con

la coherencia debida y evitar un conflicto que favorezca a la extrema derecha, del control del asilo político, que ha sido una facilidad dada a la inmigración, encubierta por las condiciones del país de origen. La situación es insostenible desde los dos puntos de vista: por un lado, hallamos una lógica de obtención de la nacionalidad que establece el carácter étnico de la definición de la ciudadanía, aunque existan millones de personas que han nacido en la República Federal y que, a causa de su origen, no pueden reclamar la nacionalidad. Por otra parte, hallamos una Alemania Federal que, a causa de las condiciones mismas de su pasado reciente, se convierte en receptor de dos terceras partes de los refugiados políticos de la Unión Europea. Toda vez que el número de dictaduras de la Europa Oriental desaparece con la caída de los regímenes comunistas, una buena parte de la petición del derecho de asilo político queda sin efecto legal adecuado. Como resultado de una y otra cuestión se llega a la aprobación, el 1 de julio de 1993, de una nueva Ley de Asilo —después de que se produzcan graves incidentes racistas en el Este, precisamente, y de que la extrema derecha obtenga avances significativos en elecciones municipales y regionales en 1992—, que se asegura de cuáles son las condiciones del país del que se huye, así como del establecimiento de cuotas y procedimientos más transparentes para su aprobación. A ello se añadirá una normativa dirigida a los alemanes de origen —los antiguos *Aussiedlerer*—, que, en caso de haber nacido después del 31 de diciembre de 1992 habrán de demostrar la necesidad de entrar en Alemania en función de sus necesidades económicas. Dado que la llegada de estas personas había sido uno de los factores de mayor descontento en la zona occidental, la regulación de esta inmigración

era algo tan necesario como evitar que se convirtiera en uno de los puntales de la propaganda nacionalista radical. Por otro lado, el 1 de enero del año 2000 se producía la aprobación de la nueva Ley de Ciudadanía, que introducía el *ius soli* para los hijos de los no alemanes nacidos en Alemania, al tiempo que se reducía a ocho años el tiempo necesario para solicitar la naturalización. Aunque este debate provocó un duro enfrentamiento sobre la cuestión de la doble nacionalidad, que algunos sectores de la derecha democristiana aprovecharon para cargar contra la política del canciller Schröder, el fondo de la cuestión es que las reformas llevadas a cabo en la década de los noventa permitieron arrebatar al nacional-populismo uno de sus elementos centrales de actuación, aunque no en los términos radicales que ellos sugerían: se trataba, más bien, de evitar un proceso de contaminación ideológica que permitiera que los temas planteados por este sector político pudieran sentirlos auténticos incluso quienes no estaban dispuestos a votarlos, actuando como mecanismos de un cogobierno que no tiene por qué plasmarse ni siquiera en la presencia institucional de la extrema derecha.[11] La forma en que esta puede continuar incidiendo en los ámbitos de la política general ha podido presentarse muy recientemente, cuando la dirigente democristiana Angela Merkel ha planteado la posibilidad de un referéndum en Alemania sobre la entrada de Turquía en la Unión Europea. Esta posición, que ha sido criticada incluso por dirigentes de su propio partido, y que supone el riesgo de que numerosos alemanes planteen: «¿dónde tengo que firmar contra los extranjeros?» trae el precedente de lo que ocurrió en Hesse en 1999, cuando en pleno debate sobre la Ley de Ciudadanía y la doble nacionalidad, el dirigente

democristiano Koch planteó una recogida de firmas que fue entendida precisamente en estos términos. Lo cual nos indica que un tema como el de la inmigración puede repercutir en una cuestión aparentemente alejada de la misma —la oposición a la integración turca se podría entender como un rechazo de la presencia de los turcos en Alemania, pero también un rechazo de los turcos en el conjunto de Europa—, aunque respondiendo a un patrón originario muy similar, que es el de la heterofobia. Y observar la manera en que una dirigente con problemas en su propio partido trata de asegurar su liderazgo con propuestas que satisfagan a los sectores más duros del mismo, justamente después de que la extrema derecha haya obtenido un impulso espectacular en las elecciones regionales del Sarre, de Brandeburgo y de Sajonia, puede presentarse como un mecanismo que presta oídos a ciertos valores para evitar que los electores opten por el NPD o la DVU, precisamente cuando ambos se plantean aprovechar la ola de crecimiento que han experimentado para dejar de competir entre ellos.[12]

Afrontar los problemas derivados de la inmigración, el asilo político y las condiciones de la relación entre orientales y occidentales era algo que solamente podía hacerse si la coalición de izquierdas era capaz de enfrentarse a otro problema: la reforma del mercado laboral. Durante los cuatro primeros años de su gestión, entre 1998 y 2002, el canciller Schröder no lo hizo, presionado por los sectores más radicales de su partido y de los Verdes, y eso no hizo más que incrementar el número de desempleados y de permitir que la oposición conservadora lo acusara de no haberse impuesto a quienes llegarían a apear a Alemania de las condiciones de un pacto de modernización económica para Europa. El aviso de una victoria electoral

tan ajustada convenció al canciller de la necesidad de iniciar el trabajo para llevarla adelante, con una oposición en su propio partido que daría lugar a la salida de los elementos que insistían en defender las condiciones de una realidad ya inexistente. Con casi cuatro millones de personas sin trabajo, además de una economía que aún trataba de sacudirse los desastrosos efectos de la unidad acelerada artificialmente, Schröder puso en marcha el llamado Plan Harz, basado en el *Bericht der Komission zum Abbau der Arbeitlosigkeit und zu Umstrukturierung der Bundesanstalt für Arbeit* —«Informe de la Comisión para la Superación del Paro y para la Reestructuración de la Agencia Federal del Trabajo»—, que se había redactado en el mismo año 2002. La negociación con los sindicatos consiguió llevar las cosas a buen término: la DGB aceptó —a pesar de la resistencia de sus sectores más radicales, agrupados en el IG-Metall— la necesidad de introducir una reforma en el sistema de asistencia al paro que permitiera hacer sostenibles las finanzas públicas y, al tiempo, amortiguar sus efectos sobre los costos laborales. Siendo la única forma de enfrentarse a un mundo en el que la competitividad adquiría un nuevo semblante, que superaba el de los años del milagro económico, la economía alemana se jugaba, con la aprobación de este nuevo sistema, la posibilidad de aprovechar los inmensos recursos potenciales de que aún dispone para construir un nuevo sistema de estabilidad que cierre las puertas a las alternativas antidemocráticas: su importancia numérica en el continente, la calidad de su mano de obra, la expansión de su sistema educativo. De lo que se trata, en lo que afecta al interés de este ensayo, es de cubrir aquellos factores por los que siempre ha podido penetrar el discurso populista, y este

es, precisamente, el de la tolerancia de los gobernantes ante fracturas sociales insoportables, incluso cuando estas se defienden aludiendo a paisajes económicos que han sido superados por la nueva etapa de la globalización y de la Unión Europea.

¿Una cuarta oleada de la extrema derecha alemana?

Why east wind chills and south wind cools
shall not be known till windell dries
and west's no longer drowned
in winds that bring the fruit and rind
of many a hundred falls.

D. THOMAS
«Why East wind childs»

Para los analistas de la extrema derecha en los años que precedieron y siguieron inmediatamente a la unificación alemana, era obvio que la extrema derecha institucional, capaz de constituir partidos que agruparan a un número importante de electores y situada en una estrategia de captación de minorías parlamentarias cualificadas, se encontraba en el nuevo ámbito creado por los republicanos. Los REP tenían la ventaja aparente de ser un

movimiento nacido de la misma crisis de los años ochenta, procedente de la CSU y que, por tanto, se diferenciaba de aquellas formaciones cuyo origen se encontraba en los residuos de la extrema derecha clásica, tanto si se orientaba en un sentido radical de nacionalsocialismo —caso del NPD—, como si prefería hacerlo hacia un nacionalismo autoritario conservador —como lo era en el de la DVU—. Con todo, como se ha visto en el análisis de su rápida evolución ideológica, cuando Schönhuber se hizo con las riendas del partido, en el terreno del nacionalismo étnico, de la heterofobia y del populismo, los republicanos podían situarse, más bien, en un territorio intermedio, que les permitió ganarse el voto de los sectores más duros del nacionalismo clásico en momentos claves de su crecimiento, como las elecciones europeas de 1989, cuando electores potenciales de la DVU o del NPD prefirieron entregar su voto al partido que tenía mayores posibilidades de llegar al Parlamento de Estrasburgo. La carencia de una vinculación con las viejas querellas del nacionalismo de los años de posguerra o con lo que había ido sucediendo tras la breve expansión y posterior caída de los años sesenta y setenta no dejaba de constituir una ventaja, en especial al poder presentar una aureola de novedad y de carencia de altibajos ante su electorado. De esta forma, los republicanos podían situarse en un «nuevo espacio» continental, creado por las propias condiciones de la globalización y de la Unión Europea, y no como una simple resonancia adaptada a circunstancias nuevas. Eran, por así decirlo, el resultado directo, en su mismo nacimiento, de las condiciones de la posmodernidad, mucho más que el reciclaje de las condiciones culturales en las que esta se desarrollaba. La diferencia puede parecer de una sutileza que poco importa al electorado

de la extrema derecha, aunque no es así antes de mediados de los años noventa, cuando empiezan a despegar nuevas realidades, en especial en la zona del Este.

Hay factores que pueden servirnos, a la manera de un «efecto demostración», para comprender el papel que desempeña esta nueva extrema derecha alemana. El Frente Nacional de Francia, por ejemplo, ha podido ocupar un espacio nuevo, resultante de las condiciones de la crisis del gaullismo, la llegada de la izquierda socialcomunista al gobierno y la progresiva degradación de la soberanía económica y política del país, en función de una ruptura interna de actitudes que no siempre se valora, al mantenerse las mismas siglas y, lo que resulta aún más curioso, el mismo liderazgo carismático de Le Pen. Sin embargo, lo ejemplar en el caso de este movimiento es la manera en que, surgiendo de la simple agrupación de radicales neofascistas de comienzos de la década de los setenta, es capaz de mantenerse, de vencer a quienes parecían disponer de mayor seguimiento en la extrema derecha —el Partido de las Fuerzas Nuevas— y entrar en la política nacional por la vía de los resultados municipales en 1983 y los europeos en 1984, dos elecciones de carácter «secundario», pero que atienden a realidades muy distintas. En un caso, es la expresión de una experiencia directa trabajada meticulosamente por el matrimonio Stirbois en la ciudad de Dreux, un caso de laboratorio de trabajo donde se reúnen las condiciones que dan alas al nuevo nacional-populismo: degradación urbana, inseguridad, desempleo, inmigración. En el caso de las elecciones europeas, estas tienen en 1984 un carácter suficientemente alejado del gobierno directo de los franceses como para que estos puedan expresar un voto de

protesta generalizado sabiendo que será visto menos como una opción de gobierno que como la expresión de una protesta. Lo fundamental, una vez se han producido estas circunstancias tan diferentes entre sí y tan complementarias, es que el Frente Nacional sea capaz de aglutinar los distintos sectores de la derecha radical y, al mismo tiempo, consolidarse como una opción electoral en los dos nuevos escenarios que experimentarán con el voto: las legislativas mediante el sistema proporcional de 1986 —que llevan a 35 diputados lepenistas a la Asamblea Nacional— y las presidenciales de 1988. En el primer caso, la existencia —por primera y última vez durante la V República— de un sistema de representación que deshace el distrito uninominal y el voto mayoritario, permite que los ciudadanos sepan que el sufragio no es estéril, sino que puede obligar al conjunto de la derecha a llegar a algún acuerdo con el Frente Nacional. En el segundo caso, ya se sabe que la primera vuelta de las elecciones presidenciales anima, en todos los sectores políticos, a una tumultuosa presentación de candidaturas, muchas de las cuales solo aprovechan la campaña como un ejercicio de propaganda y comprobación del barómetro de la opinión pública. Lo importante, con todo, es que el movimiento lepenista sea capaz de sostener esa zona de opinión y consolidarla durante más de veinte años, adaptándola a circunstancias muy distintas de las que concedieron tan escasa atención a los ultraderechistas agrupados en 1972. Las circunstancias lo favorecieron, desde luego, al permitirle probar suerte en escenarios electorales que podían parecer secundarios durante mucho tiempo. Las cosas también le resultaron más sencillas porque se enfrentó, durante la mayor parte de la década de los ochenta, con gobiernos

izquierdistas, algo que permitió que el Frente Nacional pudiera recaudar el voto de los sectores de clase media más conservadora y populista. Sin embargo, el cambio de clientela que se produce a partir de los años noventa y la flexibilidad de la cintura de Le Pen le permite asentar su partido a pesar de las circunstancias institucionales hostiles, como la introducción nuevamente del sistema mayoritario y la incapacidad de conseguir pactos de desestimiento electoral generalizado en la segunda vuelta de las legislativas. Y tal circunstancia solamente puede producirse por la astucia con la que el Frente Nacional resuelve un cambio de clientela y realiza un proceso aglutinador de otro carácter, que ya no es el de quienes proceden de la derecha clásica con un discurso antisocialista y anticomunista, sino que capta el voto de los nuevos descontentos, convencidos de la propia transversalidad social del partido, que deja de ser una consigna para convertirse en una percepción de los electores en términos ideológicos y una realidad en términos sociales. La cantidad de votantes obreros o desempleados del Frente Nacional permite hablar de la existencia de ese voto que se moviliza con un discurso no solo popular, sino incluso marginalista. Lo cual no indica, en absoluto, que tal fusión se produzca por unos valores ideológicos que siguen claramente escorados hacia posiciones antidemocráticas.

Sólo en este sentido podemos referirnos al atractivo que cierta fascinación por la «novedad» de los republicanos podía tener sobre segmentos sociales cuya conducta no era una simple reedición de las actitudes de la extrema derecha de los años cincuenta y sesenta. Con sumo cuidado, los REP mantuvieron esa imagen de superación de las viejas

condiciones de la política, y se presentaron como una innovación que no solo se refería a los viejos partidos del sistema, sino también a lo que había sido la alternativa de la Oposición Nacional hasta aquel momento.[13] Sin embargo, las condiciones en que podía realizarse el crecimiento de esta formación se vieron obstaculizadas rápidamente, tanto por factores externos como internos. El primer aspecto a destacar en los elementos de distracción externa es el mismo proceso de unidad nacional. En la medida en que lo encabezaba el gobierno de coalición democristiano-liberal, y en especial sus figuras más relevantes, el canciller Kohl y el ministro de Relaciones Exteriores Genscher, un factor nuclear que daba razón misma al nacimiento del partido era el préstamo dado a la RDA por el presidente de Baviera, que pasaba a ser terreno de caza del propio gobierno. Y, en esa medida, excluía que la unificación se convirtiera en la demanda exclusiva, determinante de diferencias, del lugar ocupado con plena soberanía no compartida, por los REP. Perdida esta condición y —por el contrario— enfrentados a aquello que podía hacer del proceso de unidad un elemento conflictivo por la afluencia de alemanes orientales y alemanes de origen que eran una competencia como fuerza de trabajo en un momento de desempleo, los republicanos se enfrentaban, como ya se ha apuntado antes, a un dilema que apenas les dejaba espacio para respirar electoralmente. Los triunfos de la unificación podía llevárselos el gobierno de Bonn, dado que socialdemócratas y ecologistas habían sido muy críticos con la velocidad y la forma del proceso. Pero el descontento por las circunstancias derivadas del proceso, incluso antes de que se llegara a la unidad misma en octubre de 1990, comenzaba a recaer en los votantes potenciales de los republicanos.

Naturalmente, la forma de enfocar esta dificultad externa solo podía tener un remedio: tener un espacio reconocible, que los distinguiera del resto de las fuerzas políticas, en la afirmación, al mismo tiempo, de su nuevo carácter y en su vinculación a una tradición nacionalista que quería señalar, fundamentalmente, los aspectos de una identidad cultural amenazada, más que plantear el objetivo político de la unificación. En ese campo, solamente el resto de las organizaciones de la extrema derecha podía disputarles el territorio, pero los REP creían que ya habían ganado esa partida, ya que los votantes los elegían por la ruptura que ese movimiento significaba con respecto a una simple reedición de una derecha nacionalista que ya había fracasado en otras ocasiones.

Otros aspectos que determinaron los problemas de los REP en el ámbito de la derecha —y, por tanto, las oportunidades que podían esperar obtener los otros grupos— obedecieron a los problemas internos del partido. Los buenos resultados pudieron hacer pensar a Schönhuber que el futuro de la gobernabilidad de Alemania se encontraba, necesariamente, en un acuerdo entre su partido y la coalición que gobernaba en aquellos momentos. El crecimiento de la militancia, la difusión del partido por toda Alemania y, sobre todo, un arranque parecido al que había tenido el Frente Nacional francés —elecciones locales-regionales y comicios europeos—, que consistía en obtener un buen resultado allí donde los ciudadanos parecían votar más por sus convicciones íntimas que por el cálculo de quién había de gobernarlos inmediatamente, eran factores interpretados por la dirección del partido como señales que debían advertir al gobierno de Kohl. Sin embargo, la marcha hacia la unidad alemana, realizada en las condiciones menos

esperadas por la extrema derecha —que veía derrumbarse al mismo tiempo dos de sus elementos de movilización fundamental, el bloque soviético y la separación de los alemanes en dos Estados—, estimuló la aparición de posiciones críticas en el seno de un partido que había sido gestionado en forma autoritaria y muy poco transparente por su máximo líder. La pérdida de apoyo del principal dirigente en Baviera, Harald Neubauer, parecía despertar las mismas pesadillas que habían golpeado a los grupos nacional-populistas cuando parecían encontrarse a pocos metros de sus objetivos. El congreso de julio de 1990 permitió a Schönhuber hacerse con las riendas del partido nuevamente, pero a costa de una monumental pérdida de afiliados y de la pérdida de algo más importante: la imagen de cohesión que debe dar un movimiento de estas características, en el que la pluralidad solo se entiende, de acuerdo con sus propias afirmaciones, como el resultado del egoísmo y la antesala de la ineficacia.

En tales condiciones, los REP necesitaban el oxígeno de un nuevo triunfo electoral, que podía proporcionarles Baviera, que de forma tan abultada les había otorgado su confianza en las elecciones europeas de 1989. Sin embargo, la dinámica del *Land* era distinta y, además, en aquellos meses el partido había sufrido sus heridas más profundas en el mismo lugar de su nacimiento. A pesar de ello, los REP lograron llegar al 4,9 por ciento de los votos; les faltaron un puñado de electores para conseguir su entrada en el Parlamento regional y mostraron, además, el inicio de una tendencia decreciente que situaba la orientación del voto donde más convenía a la coalición gobernante: en la excepcionalidad de las condiciones de 1989. La coalición gobernante pudo señalar que el crecimiento del voto

ultraderechista de los años previos a la unificación podía obedecer a dos factores: la urgencia de que el proceso se llevara a cabo, terminando así con las situaciones de provisionalidad de los flujos migratorios, y la necesidad de afrontar una reforma del Estado del bienestar que asumiera las condiciones de cambio de modelo que Alemania demandaba. La afluencia de votantes a los fondos electorales de los REP se debía a una insatisfacción transitoria en ambos terrenos, como lo había sido el voto del NPD entre 1966 y 1969, con el que los gobernantes de Bonn realizaron las oportunas y maliciosas comparaciones. El resultado de Baviera resultaba especialmente doloroso porque el partido procedía de una escisión de la CSU y suponía una derrota casera intolerable. Además, porque el escaso margen que había separado a los republicanos de la representación parlamentaria podía llegar a los electores futuros como un mensaje de alarma por la falta de sentido de su voto, por la pérdida del mismo en favor de la izquierda.

Las primeras elecciones para el Bundestag celebradas tras la unificación de los dos Estados, en diciembre de 1990, acabaron de poner las cosas en su sitio. Los REP descendían a un 2,1 por ciento que, sin resultar una situación marginal —especialmente porque el reparto del voto por los *Länder* había sido muy desigual—, les prohibía el acceso al Parlamento, lo que indicaba a los votantes conservadores dónde se hallaba verdaderamente el voto útil. Las primeras elecciones nacionales resultaron especialmente dolorosas para los nacional-populistas por el rechazo popular obtenido en el momento mismo en que se vivía el júbilo de la unificación. Resultó penosa, además, porque la candidatura gubernamental consiguió un resultado abrumador: un 44 por ciento de votos en el conjunto del país, con lo que superaban en diez

puntos a los socialdemócratas, seguramente por las reticencias puestas por algunos de sus dirigentes y de los intelectuales próximos al partido a un proceso de unificación como el que se realizaba. Este temor no solo era experimentado por algunos políticos de la oposición, sino que se indicaba en las encuestas realizadas en las dos Alemanias, donde las fracturas sociales previsibles se situaban entre las primeras preocupaciones de los ciudadanos. Mientras en el Este se temía la pérdida del techo de protección social que, a pesar de todo, había conseguido sostener una imagen de oportunidades similares en la austeridad, en el Oeste podía provocarse un «chauvinismo del Estado del bienestar», ya agredido por las condiciones de mundialización que lo iban deteriorando. Para los ciudadanos occidentales, la llegada de una zona atrasada, cuando nadie ocultaba que habrían de depositarse recursos en el proceso de su reconversión, hacía temer que crujieran las articulaciones de una sociedad acostumbrada al crecimiento. Sin embargo, estos temores no hicieron flaquear, en un primer momento, la fuerza con que se marchaba hacia la unificación, y en la que residió buena parte de la recuperación del prestigio político de Kohl, que logró mantener incluso en las siguientes elecciones.[14]

La extrema derecha ni siquiera pudo aprovechar de una forma visible, constante y uniforme uno de los elementos que siempre se suma al crecimiento del nacional-populismo: el desempleo. De hecho, la dispersión de la extrema derecha en tres organizaciones que hubieran tenido o aspiraran realmente a tener presencia institucional —el NPD, la DVU y los REP— impedía que la situación objetiva pudiera traducirse, inmediatamente, en una opción electoral que empezaba despistando a los

electores por su propia división. Como hemos visto, coincidiendo con el esfuerzo realizado por la RFA para hacer frente a las necesidades de reconversión en el Este, se produjo una crisis económica estructural, que determinaba el final de un modelo de relaciones laborales y exigía la adaptación a un mercado mundial que no hacía competitivas las condiciones de trabajo obtenidas por el poderoso DGB en los años del milagro económico. Es cierto que otros factores, como la escasa inversión de la patronal en un aumento de productividad de las empresas, fue el argumento utilizado por los sindicatos para desactivar una campaña que parecía hacer de los trabajadores los responsables de su propio desempleo. Sin embargo, el Pacto de Solidaridad en 1992 entre los empresarios y el DGB acababa con los sistemas de cogestión establecidos en la misma fundación de la república. La situación era lo bastante alarmante para reclamar grandes sacrificios, ya que se llegó a tasas de desempleo que los alemanes nacidos tras la guerra mundial desconocían: más de dos millones en la zona occidental, más de un millón en la zona oriental, que afectaba especialmente a los trabajadores jóvenes, cuya tasa de desempleo en la ex RDA llegaba al 20 por ciento de los menores de 25 años. La reconversión había sido especialmente dura en el Este, al producirse el cierre de empresas no competitivas, desalentadas por la propia competencia occidental, que se acompañó brutalmente del despido de funcionarios civiles y militares. Este nivel de degradación, de desintegración de una sociedad acostumbrada a la carencia de libertades y a la austeridad, pero también a la seguridad en el empleo, creó una hostilidad y un patriotismo *Ossi* que solo en muy poca medida y de forma muy circunstancial pudo aprovechar la extrema derecha.

En el caso de Francia, la manera en que se percibió el cambio de modelo —cuya envergadura podía resultar menor en términos objetivos, ya que Francia había disfrutado de un pacto social de menor corpulencia—, el nacional-populismo pudo aprovechar la situación para que se le considerara el partido de los desempleados, de los desfavorecidos, el «primer partido» de los obreros y de los parados galos, como tanto le gusta expresar a Le Pen. En el caso de Austria, Haider pudo presentarse como el político que podía representar, al mismo tiempo, la lucha contra la identificación de las dos tradiciones políticas gobernantes —la democristiana y la socialista—; podía hacer una campaña de «partido diferente», de fuerza excluida, que favorecía su discurso populista, como también lo hacía su referencia a una identidad amenazada por la llegada de población extranjera, fuera de la de los refugiados políticos o la de los simples trabajadores foráneos.[15] Tales aspectos no empujaron a la consolidación de una extrema derecha que alcanzara los niveles de representación institucional lograda en ambos lugares, por motivos algo diferenciados y con estrategias tan diversas como ser parte del gobierno o instalarse en un discurso antisistémico. Aun cuando ello no significa que la extrema derecha alemana no ocupara espacios precisos, que podían o no ser institucionales, que se producían en procesos de apariencia compulsiva, sin continuidad formal, pero que expresaban la permanencia de una cultura de protesta por lo que estaba sucediendo.

Lo importante es recalcar la forma en que se produce, simultáneamente, la pérdida de capacidad integradora de los viejos partidos —en la medida en que las realidades de la postindustrialización generan una sociedad distinta de la que se expresó políticamente con una fuerte lealtad a democristianos o

socialdemócratas— y un proceso de reconstrucción nacional que se acompaña de una fase de desnacionalización. La paradoja es tan evidente que resulta extraño que no haya producido más literatura que vaya, precisamente, en ese sentido de contradicción interna de lo que los ciudadanos experimentan. Lo cual es no querer tener en cuenta que el voto nacional-populista, en la medida en que es reciente, procede de las vivencias concretas sentidas y no de simples resurgimientos de viejas lealtades caducas. El factor de votar en función de lo que se observa, de lo que es percibido de una manera determinada por propia experiencia o por experiencia socializada a través de los medios —algo que acaba resultando muy difícil de separar de la propia experiencia real y no virtual—, resulta de especial importancia para comprender el voto a algo que se presenta en términos de novedad, que quiere verse y representarse como una superación de la vieja política, que no desea aceptar los clichés que se han situado en los años de la posguerra. Que quiere ser, precisamente, la expresión más nítida de la forma en que las dinámicas en que se construyeron las democracias tras la derrota del fascismo han sido superadas por la ruptura social y cultural de los años ochenta. Los movimientos nacional-populistas —y, en esto, Alemania confirma una situación más que negarla, en la medida en que se produce esa profunda paradoja de unidad nacional y pérdida de identidad— adquieren visibilidad porque se establecen sobre una serie de acuerdos acerca de los problemas vividos, que son delatados por los discursos antisistémicos de diferentes opciones. En este sentido, la denuncia de las afirmaciones universalistas de la izquierda, que acaban desembocando en la «globalización», pasa a crear una forma de resistencia

a la falta de atención a las entidades más próximas, a las emociones generadas por la pertenencia a un territorio, por el uso de una lengua, por la propiedad de unos rasgos diferenciados que constituyen una identidad.

Tal discurso no tiene por qué proceder de las posiciones de la extrema derecha, sino que como presentación de un problema, se disecciona en varias direcciones, sobre todo porque parte de una experiencia real de pérdida de significado individual en una sociedad anómica. La defensa de las culturas diversas es tomada como un axioma por sectores de la izquierda que denuncian un falso universalismo neoliberal, al que acusan de utilizar principios universales para fundamentar la voladura de señas de identidad. Este «estado de emergencia cultural», esta salida en defensa de pueblos cuyas expresiones propias se encuentran en peligro de extinción por una fría uniformidad, tiene sus raíces en el discurso antropológico estructuralista, pero también en la manera en que la posmodernidad ha adoptado su denuncia de los grandes relatos universales destinados a sumergir las experiencias locales, fragmentarias, el conocimiento particular, en obstáculos para su aspiración utópica a la Totalidad.[16] De igual manera, la denuncia de estos elementos eurocentristas, que alimentan el mito de un progreso lineal como justificante de lo que han sido las grandes tragedias del siglo XX, da lugar a una abundante literatura crítica.[17] El tema de la identidad fragmentaria, de la experiencia comunitaria del pueblo distinto, el diferencialismo cultural, se transmite al terreno de la extrema derecha en la medida en que sea, previamente, un factor compartido por diversos críticos del sistema. Solo después de que las identidades colectivas adquieran una versión democrática aceptable pueden pasar a normalizarse, también, en su

versión excluyente, antidemocrática. La fortaleza del discurso de la identidad en términos de exclusión, como se ha indicado, procede de ella misma, en la medida en que responde a algo que no es la tasa de desempleo, la deslocalización de empresas, la pérdida de soberanía de los Estados u otros factores objetivables. Más bien se trata de la forma en que se experimenta, en que se percibe; el paro, la globalización, la destrucción del poder gubernamental propio se vive en términos de pérdida de identidad colectiva, que ha sido tratada, antes, en términos de pérdida de una identidad personal que solo adquirirá sentido, como corresponde a los seres humanos sociales, en un conjunto. En este caso, el conjunto vuelve a ser la nación. El nacionalismo adquiere fuerza, por tanto, además de hacerlo en su propia potencia como respuesta a la deslocalización personal en el mundo, siempre y cuando haya adquirido el rango de un principio aceptable en su otra versión. Siempre y cuando haya podido ganar adeptos en sectores que se oponen al sistema desde posiciones de la izquierda, y que han podido ayudar a normalizar una agenda que no se refiere a las soluciones, sino a los problemas anotados en ella. Y la identidad es uno de los principales en los tiempos de precariedad, anomia social y pérdida de sentido de la propia existencia en nuestro tiempo.

En el caso de Alemania, esta exigencia de identidad procede de una sociedad que ha vivido una situación turbadora desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Ha sido una identidad refugiada en los factores institucionales, ya sean los que se refieren al sistema político, ya sean los que se refieren a la opción económica. Ocurre, sin embargo, que se produce el crecimiento de dos identidades diferenciadas en ambos sentidos, donde

resulta que pierde —aunque creo que solo aparentemente— aquella identidad que se ha definido a sí misma en los términos social-populistas que construyó la República Democrática especialmente en los años setenta. De esta forma, el proceso de desnacionalización no solo coincide con la unificación, en la medida en que en todas partes se produzca lo mismo a finales de los años ochenta. Más bien, es estimulado por la unificación misma, que tiene que resolver la problemática de dos identidades diferenciadas. Este es el problema que suele escapar a quien cree que el proceso de unificación se produjo con el entusiasmo que solo la visión impresionista y coyuntural del mismo nos ofrecieron los medios de comunicación, sin tener en cuenta hasta qué punto podía haber arraigado cada una de las identidades nacionales en su lugar de origen, y cómo ambas se vieron agraviadas justamente al producirse el proceso unificador, que pudo ser el responsable de la quiebra de ambos modelos de cohesión. Esta fractura fue la que obligó a la búsqueda de una identidad alternativa, en la medida en que las dos anteriores ya no eran viables. Lo cual no significa que el proceso tenga que expresarse inmediatamente y de forma lineal, sino que puede hacerlo de manera esporádica, espasmódica, con aparente incoherencia, como puede ocurrir con determinadas acciones de violencia xenófoba o con triunfos parciales de la extrema derecha en algún territorio, cuya falta de continuidad despierta el alivio algo insensato de los observadores, a la espera de sumirlos en nuevas perplejidades.

El discurso nacionalista puede adquirir esa función nueva si recupera la presencia en las instituciones de viejos partidos que el éxito de los REP dieron por muertos. Pero, junto a él, se encuentran otros elementos de

coincidencia con la agenda de diversos sectores antisistémicos, que permiten que la protesta expresada a través del voto de la extrema derecha sea más extensa y adquiera factores de legitimación en su propuesta, aunque todavía no en la formulación de sus programas concretos. La crisis de la democracia parlamentaria responde, como no podía ser de otra forma, a la falta de capacidad de los partidos para representar exactamente a las viejas clientelas inexistentes. El cambio de orientación de la socialdemocracia, en busca de temáticas que no constituían aspectos importantes de su visión de la sociedad, es muy claro al respecto: la defensa de los derechos de sectores con orientaciones afectivas minoritarias, la defensa de la igualdad entre hombre y mujer, la atención a los aspectos del medio ambiente o a la participación más activa de la ciudadanía pueden ser algunos de estos elementos de reconversión. Y, en este sentido, se puede producir una reversión de la pérdida de clientela sufrida en los años de esclerosis anteriores. Como puede serlo que la socialdemocracia alemana haya decidido constituir una coalición con un partido salido directamente de la crítica posmoderna a la cultura socialista. Sin embargo, el neopopulismo puede responder a esta misma crisis de la política en Alemania con mayor fuerza, ya que se suma a la crisis de identidad nacional. Ambos factores reunidos se legitiman porque amplios sectores de la sociedad europea han considerado que el sistema político creado en la segunda posguerra mundial respondía de forma muy relativa a los ciudadanos que han nacido a partir de los años setenta, que se han enfrentado, desde su primera búsqueda de un puesto de trabajo, en las mismas bases de su formación afectiva, con las condiciones culturales y materiales de la sociedad postindustrial. El

escepticismo ante las insuficiencias de la política conduce al «desencanto» al que ya se ha hecho referencia. Pero esa crítica es transversal, se origina —como sucede con la reclamación de la identidad— desde diversos puntos al mismo tiempo: puede reclamarse desde una posición libertaria que denuncie la burocratización del sistema y el alejamiento de la verdadera experiencia ciudadana de los gobernantes, o puede basarse en aquellos sectores que certifican el fracaso de unos procedimientos en los que nunca han creído, porque se fundamentan en valores que no son los suyos.

Y aquí nos encontramos con la cuestión fundamental, que es la que se refiere a la continuidad y rupturas en el seno de la extrema derecha, a las nuevas oportunidades que se ofrecen a un viejo discurso. La normalización de la crisis de la política y la exigencia de que a la gente se le devuelva una identidad colectiva no tiene por qué dar lugar a la extrema derecha, pero puede hacerlo. Depende, básicamente, de algo que no se representa institucionalmente, que seguramente es difícil de explicar en términos programáticos, pero que se vive de una manera prepolítica, como una serie de valores. Es decir, lo que debe comprenderse es la forma en que los mismos problemas pueden ofrecer, junto a una respuesta de integración, multiculturalidad, democracia participativa y valoración de la soberanía, una respuesta de carácter autoritario, que da lugar a un nacionalismo excluyente, a un populismo antidemocrático, a una negativa a aceptar la inmigración, a una inseguridad que se transmite en el rechazo a los extranjeros o a cualquier cosa que sea ajena a la comunidad reconquistada. Puede entenderse el proceso de modernización acelerada como una fase de pérdida de valores, de crisis de autoridad, de desintegración de la familia,

de choque de generaciones, de riesgo para la propia forma de entender el mundo. Esa respuesta múltiple —o, cuando menos con dos grandes campos de acción subdivididos en tendencias ideológicas distintas—, es lo que marca la forma en que los problemas se identifican, se experimentan, se clasifican en las vivencias de los ciudadanos, y programa la respuesta política que, de forma inmediata, o en un plazo más lejano, se dará a los mismos. En este sentido, el error fundamental de las aproximaciones demasiado optimistas a la situación alemana reside en examinar tan solo su versión institucional, sin atender lo que los mismos especialistas del país señalan, al marcar la fuerza de las ideas de extrema derecha, que no tienen por qué expresarse en un voto a una fuerza de esta categoría.[18] Lo prioritario es señalar hasta qué punto un segmento importante de la población alemana, que no coincide exactamente con el número de votos alcanzado por la extrema derecha, entiende sus temas fundamentales —la identidad nacional como exclusión xenófoba, el populismo como alternativa a la democracia, una mezcla de ambos como rechazo a las instituciones europeas— tal como lo hace el nacional-populismo. Solamente sobre esta base de «trama social-cultural» puede entenderse la aparentemente inconexa sucesión de victorias electorales en diversas instituciones —salvo el del Bundestag— desde muy poco antes de producirse la unificación.

Consideremos, en primer lugar, lo más obvio: los resultados electorales. En cuatro elecciones al Parlamento federal celebradas desde la unificación, las opciones de la extrema derecha se han movido en una franja cercana al 3 por ciento. No es una cifra insignificante, pues en determinados parlamentos habría supuesto su entrada en las instituciones centrales; solo la

barrera del 5 por ciento lo ha impedido en Alemania. Además, debemos considerar que nadie negaría al Frente Nacional francés fuerza social por el hecho de que sus votos no lo conduzcan a la Asamblea Nacional. Lo importante es que no ha habido una sola ocasión en que la existencia de una extrema derecha a escala regional o local no se haya expresado en todo este tiempo. Los REP, por ejemplo, sometidos a la cura de humildad de su fracaso electoral de 1990, cuando habían rozado el cielo en las votaciones al Parlamento de Berlín, y al de Estrasburgo anteriormente, realizaron un giro hacia la moderación; se presentaron como un movimiento nacional-conservador, popular y liberal, alejado de las otras opciones extremistas tradicionales en Alemania. Tras el Congreso de Augsburgo, que inició este proceso hacia la moderación, se consiguieron algunos buenos resultados en elecciones municipales y regionales, como en Baden-Württemberg y Berlín en 1992, o en Frankfurt en 1993, donde desplazaron al NPD del consejo municipal. En las europeas de 1994, los republicanos obtuvieron un 4 por ciento de los votos, una cifra similar a la que obtuvieron en su *Land* de origen en las regionales del mismo año. En 1996, tras el relevo de Schönhuber por Rolf Schlierer, el partido populista lograba un nuevo éxito local en Baden-Württemberg: se acercó al 10 por ciento de los votos, aunque fracasó estrepitosamente en Baviera en el mismo año.

Lo obtenido por los otros dos partidos fundamentales de la extrema derecha complementaba los resultados republicanos. La Unión Popular de Frey, que en un principio parece ser el partido más beneficiado por la progresiva caída de los nacionaldemócratas, obtiene resultados esperanzadores en Schleswig-Holstein y Bremen a mediados de la década:

pasa del 6 por ciento de los votos en ambos casos. En 1997, con un 4,9 por ciento, se queda a las puertas de entrar en el Parlamento de Hamburgo. Solo un año después, en las elecciones regionales del estado oriental de Sajonia-Anhalt, obtiene un espectacular 13 por ciento de los votos, que se olvidará demasiado pronto cuando los diputados, representantes de un partido sin apenas cuadros en todo el país, acaben enzarzándose en disputas que rompen el grupo parlamentario y no permiten repetir un éxito tan inquietante. En los comienzos del siguiente siglo, cuando la unificación se acompaña de un cambio de mayoría gobernante y el aparente «voto útil» de la derecha vuelve a residir en manos de los democristianos y los liberales, la DVU repetirá dos éxitos sucesivos en las elecciones de Brandeburgo, donde rebasa el 6 por ciento de los votos. Por su parte, el partido que todos daban por muerto, el viejo decano nacionaldemócrata, obtiene casi un 10 por ciento de sufragios en las elecciones regionales de Sajonia de septiembre de 2004, bajo la dirección del joven y elegante Holger Apfel, tras haber conseguido un 4,1 por ciento en las regionales del Sarre quince días antes. La procedencia de los votos de ambos partidos es transversal, a diferencia de lo que sucedía con los recibidos por la extrema derecha de los años sesenta. En Sajonia-Anhalt, en 1998, la DVU presentó de cabeza de lista al ingeniero en paro Helmut Wolf, con la consigna: «Esta vez, un voto de protesta». La volatilidad posterior del grupo parlamentario no debe llamar a engaño, en la medida en que la búsqueda de personas que habían perdido el estatus adquirido en la zona oriental resultaba evidente para confirmar el acierto de la estrategia nacional-populista. En este caso, los votos procedían fundamentalmente de la CDU, que perdió precisamente doce puntos con

respecto a las elecciones de 1994. En el caso de los éxitos del NPD y de la propia DVU en 2004, las cosas iban de otro modo. En el territorio del Sarre, el 4,1 por ciento del NPD —insuficiente para entrar en el Parlamento— se producía coincidiendo con el hundimiento del SPD en la zona. En Sajonia, un estado con un censo electoral de casi cuatro millones de personas y con una abstención que rozó el 40 por ciento de los electores, el NPD de Apfel llegó con el peor resultado de los socialdemócratas desde la unificación, solo un 0,6 por ciento y un diputado por encima de la extrema derecha. En Brandeburgo, un estado con un censo de dos millones de ciudadanos y una abstención superior al 35 por ciento, los democristianos sufrieron una caída de votos del 7 por ciento, un porcentaje inferior al de las pérdidas del SPD. La transversalidad del origen del voto, que daña tanto a democristianos como a socialdemócratas, puede observarse en las motivaciones confesadas de los electores, que señalaban su deseo de expresar una protesta más que una convicción.[19] Esa distinción es mucho más débil de lo que podríamos pensar: no se trata de la fiabilidad o la efectividad de los programas enunciados, sino de que el elector quiere dar una lección a los gobernantes precisamente a través del voto a alguien en quien, según él mismo confiesa, no cree; eso ocurre cuando las quejas por los recortes sociales o por el empeoramiento de las condiciones de vida en la zona oriental podían orientarlos hacia un partido cuya razón de ser es, precisamente, la defensa de esos esquemas de convivencia perdidos. Por tanto, la protesta solamente adquiere su carácter frugal cuando se considera con vocación de atenuar un resultado que nos inquieta. Durante mucho tiempo, el voto a Le Pen pudo considerarse la simple manifestación de una protesta, pero que esta se

exprese de esta forma provoca un efecto determinado en el conjunto de los sectores conservadores más moderados: creer que de no atender tal queja, realizada en favor de la forma de entender los padecimientos populares por parte de los valores de la extrema derecha, se puede perder definitivamente el voto de un sector del electorado que, acostumbrado a expresarse de forma testimonial, puede acabar haciéndolo por utilidad. De hecho, hay más pragmatismo del que se piensa en este tipo de elección: supone votar para hacer visible un estado de ánimo que se identifica, necesariamente, con las soluciones difusas propuestas desde el NPD o la DVU. Ese es el sentido de la propuesta y esa es la intención de los electores. No resulta extraño que, tras estos resultados, los máximos dirigentes de la DVU y el NPD, Gerhard Frey y Udo Voigt, se hayan planteado unificar sus esfuerzos para presentarse juntos a las elecciones generales del próximo 2006.[20]

Lo que hallamos es mucho más que una simple expansión electoral a corto plazo, como se ha visto. Encontramos, más bien, frecuentes espasmos de una misma cultura que se expresa sin descanso, aprovechando las oportunidades políticas más inmediatas. Cuando nos referíamos a la importancia que tienen las experiencias reales, concretas, locales, en el voto nacional-populista lo hacíamos para indicar la importancia de la autenticidad sensorial que adquieren las afirmaciones de estos partidos, frente a la complejidad ideológica generalizada de los planteamientos de otros. La simplificación y la cercanía son factores que favorecen la comunicación, porque no se parte de una ideología, sino de una experiencia consumida a través de una formación ideológica. En este caso, añadiendo otra paradoja a lo que se ha dicho sobre la unificación, es precisamente en

la zona oriental donde pueden hallarse respuestas más próximas al autoritarismo, a la necesidad de zonas de enlace de la juventud, a la exigencia de paternalismo social de las autoridades, a la conciencia de comunidad, a la delación del extraño y a la facilidad para simplificar el poder de una «oligarquía» en perjuicio del «pueblo». De hecho, este discurso bipolar ha funcionado en un sector de la izquierda con su simplificación mítica y metafórica con más firmeza que las sutiles reflexiones sobre la lucha de clases. Lo que tenemos ante nosotros, por tanto, es una asunción de problemas gravísimos —como un desempleo del 20 por ciento que se incrementa en los sectores juveniles—, que es vivido y confirmado tal como lo hace un discurso antidemocrático: denunciando la inutilidad de las nuevas instituciones, la estafa sufrida por el proceso de desindustrialización, la quiebra de la asistencia social. Pero, además, una crisis de los valores que se refieren a la defensa de la firmeza del orden, de saber el lugar de cada uno, de la obediencia a la autoridad visible, que había constituido una parte esencial en la cultura de la Alemania Oriental. Por ello, junto a los resultados electorales debemos considerar la frecuencia de las acciones contra los extranjeros, que llegaron a ser prácticamente un centenar mensual a comienzos de la década —incluidos episodios tan escalofriantes como los asesinatos cometidos en Hoyerswerda, Rostock y Mölln en 1991 y 1992—. Estas acciones fueron atribuidas por la policía a un segmento de unos 40.000 simpatizantes de la extrema derecha calculados por la oficina de la *Verfassungschutz*, cuyo sector más activo correspondía a una décima parte de *skinheads*. Con todo, el aumento de las

acciones violentas no era el elemento más preocupante, aunque pudiera resultar el que creaba alarmas más potentes en la opinión pública.[21]

El impacto de la extrema derecha nacional-populista se produce en Alemania, de este modo, de forma irregular y en direcciones distintas; apoya al partido, sea cual sea, que expresa a la localidad. Este punto quedó de manifiesto en los intentos de los REP de extenderse hacia la zona oriental inmediatamente después de la unificación; fue visto como un partido nacionalista de la RFA, y no como un grupo que pudiera representar al conjunto de la opinión alemana. El regionalismo oriental se expresó, de forma cada vez más consolidada, por el antiguo SED convertido en Partido del Socialismo Democrático, cuyos excelentes resultados en el Este, sumados a su esquelética condición en la zona occidental, hicieron que Gregor Gysi acentuara los aspectos de «partido de la ex RDA» de la organización, algo que le dio réditos a corto plazo pero que acabó resultando agotador ya en las elecciones de 2002, cuando el PDS no consiguió que los votos de la zona oriental le permitieran rebasar el 5 por ciento en todo el país. Dietmar Loch se ha referido a este freno proporcionado por el PDS a la expansión de elementos nacional-populistas de una forma que desmiente el simplismo de un «punto de encuentro» entre dos extremismos, que haría innecesaria la aparición de la extrema derecha en zonas de fuerte degradación urbana como las orientales, por la existencia de una opción autoritaria alternativa. De hecho, de lo que se trata es de compensar las fórmulas xenófobas primarias, que se expresan directamente en un voto a la extrema derecha, con la construcción de una identidad nacional-regionalista defensiva que se obtiene con facilidad tal como el

PDS realiza su propaganda: como defensor de los intereses de los *Ossis* frente a los *Wessis*.[22]

Esta presencia local pasa a determinar un espacio inicial de crecimiento más peligroso de lo que podría creerse, si consideramos la forma en que fue afirmándose el Frente Nacional en sus primeros tramos, cuando se partía de experiencias locales como la que hizo famosa el matrimonio Stirbois en Dreux. El nacional-populismo alemán puede hallar dificultades para expresarse como una sola fuerza política en todo el país. Sus recientes esfuerzos para aprovechar la oleada de descontento frente a las reformas sociales del gobierno socialista-verde no podrán ocultar las discrepancias que pueden darse entre los nacional-conservadores de Frey y los «nacionalsocialistas» de Voigt. No es nada fácil, tampoco, considerando la forma en que se ha afirmado la CDU en Alemania, que se pueda proceder a una variante de coalición estratégica como la que se ha dado en Italia o la que se ha producido en Austria. Para la CDU eso significaría romper con una vocación de asimilar el conjunto del espacio conservador a la que, en principio, no parece tener necesidad de renunciar, y el peaje pagado por una alianza con sectores que no han logrado entrar en el Parlamento federal en los últimos cincuenta años resultaría devastador para la credibilidad del partido de Angela Merkel. Sin embargo, puede presentar una tercera posibilidad: la permanente irrupción de experiencias locales que familiarizan a los votantes con una manifestación de su rechazo y, además, con la voluntad de que los receptores del voto dispongan de un área específica de actividad. El caso más claro es el de la lista Ronald Schill en Hamburgo, nombre con que es popularmente conocido el *Partei*

Rechtsstaatlicher Offensive (Partido de la Ofensiva del Estado de Derecho). Este grupo, tras realizar una activa campaña contra el aumento de la criminalidad en la ciudad, consiguió un 19,4 por ciento en las elecciones del 23 de septiembre de 2001. Schill conseguía identificarse con sus vecinos gracias a los problemas clásicos que el nacional-populismo no había conseguido convertir en un proyecto para toda Alemania: en tanto que juez parecía encarnar una campaña basada en la lucha contra la delincuencia, realizada estrictamente en apoyo de las personas que vivían en su propia ciudad. El pueblo en abstracto, el pueblo como fundamento de la nación, parece pasar a expresarse en una miríada de experiencias locales a partir de las cuales puede construirse una lógica nacional. Tengamos en cuenta que, en 1993, una lista vecinal dirigida por Markus Wegner ya había conseguido pasar la barrera del 5 por ciento de los votos, aunque los problemas internos del partido llevaron a su disolución. En el caso de Schill, el apoyo a su PRSO mostraba, de nuevo, una inclinación localista que poco tenía que ver con el pomposo nombre de la organización, aunque se verificaba en la exigencia de que Schill pasara a formar parte del gobierno regional haciéndose cargo de la cartera de Interior. El voto de protesta pasaba a convertirse en una propuesta inmediatamente realizable. La caída del voto a resultados efímeros en las elecciones municipales de 2004 y el hecho de que los esfuerzos de Schill para construir un partido nacional resultaran baldíos no deben tranquilizarnos demasiado. En el momento en que la opinión pública recuperaba el aliento tras el fracaso del exigente juez, volvía a perderlo cuando la extrema derecha entraba majestuosamente en los dos parlamentos regionales del Este.[23]

Tal vez esta coordinación de opciones fragmentarias sea el futuro de una cuarta oleada de la extrema derecha en Alemania, que parecerá corresponderse bastante bien con una sociedad muy atenta a las cuestiones inmediatas y fácilmente homogeneizable a través de los medios de comunicación. La corriente nacional-populista puede encarnar como ninguna otra esta coincidencia aparentemente contradictoria, donde las referencias culturales palpables se suman a un imaginario simbólico nacional, para construir una identidad hecha de experiencias y de ensueños. La propia dinámica que explica la debilidad de este movimiento a corto plazo puede advertir sobre los riesgos a media distancia. La tesis de unos «perdedores de la modernización» que habrían apoyado a la extrema derecha, parece resultar poco apropiada al carácter heterogéneo de la base social de los votantes republicanos, por no hablar de la diferencia existente entre quienes dan su apoyo a este partido o a la DVU en la zona oriental, por ejemplo. Cuando observamos la presencia de una élite de personas acaudaladas que votan a los republicanos en ciudades bávaras con un alto índice de ingresos, puede resultarnos complicado vincular el voto a los *Modernisierungverloren*. Sin embargo, tampoco podemos atribuir el éxito o el fracaso electoral al apoyo que les brinda esa clase social acomodada, ya que los mismos REP reciben el apoyo de trabajadores que recientemente han perdido su empleo en la cuenca del Ruhr, o la propia DVU consigue el apoyo de los sectores suburbanos de Sajonia-Anhalt o la lista de Schill capta un voto transversal especialmente fuerte en los barrios degradados de Hamburgo, pero también entre quienes viven en zonas más acomodadas. Se trata, por tanto, de la existencia de un miedo a perder más que de una

pérdida ya realizada. Se trata de esa convergencia entre la experiencia personal, tan importante en un mundo individualizado, y la conversión de los problemas en acontecimientos nacionales gracias a la capacidad comunicativa que tiene la televisión. En su brillante análisis acerca de las posibilidades de la extrema derecha alemana, Dietmar Loch ha señalado esta forma de criba de las supuestas pérdidas provocadas por la modernización según una tabla de valores determinada, que es la que define que, en un escenario idéntico, la respuesta vaya a buscar la variable libertaria izquierdista o la variable comunitaria autoritaria; en este mismo análisis insistió Herbert Kitschelt en un ensayo pionero que realizó hace diez años.[24] La inmigración existe más allá de lo que es experimentable, porque se convierte en un hecho personal a través de los mecanismos de una sociedad en que la cultura se consigue virtualmente. Más que las condiciones sociales concretas, el proceso de homogeneidad comunicativa crea una conciencia. Esta necesitará, no obstante, de la experiencia cotidiana para verificarse. Pero ¿no son las largas horas dedicadas a la televisión un factor de la experiencia? ¿No se convierte la inseguridad publicada, visualizada, en una inseguridad vivida, como si uno mismo hubiera sufrido la agresión? ¿No es el desempleo comentado en las imágenes una forma de quedarse en paro de manera virtual, asistiendo a la filmación de una amenaza que puede convertirse en el futuro? El temor a perder la posición social, el trabajo, la seguridad, el hogar, los utensilios domésticos obtenidos con tanta naturalidad solo unos años atrás, la inseguridad en su sentido más amplio, pasa a expresarse en el lugar en el que realmente se vive.[25] En el municipio, en el cambio de una mayoría

consistorial. Allí donde los problemas se localizan, allí donde pueden resolverse, allí donde los políticos lo son en menor medida. El nacional-populismo alemán puede ser una excepción momentánea que está marcando reglas para un futuro poco alentador, que puede tomar la forma de pintorescas gestiones municipales, de líderes aislados, de protestas provincianas. Sin embargo, para que las cosas ocurran de esta forma tienen que producirse escenarios políticos apropiados y, también, una decidida respuesta hacia el autoritarismo a la que hacía referencia Loch. Pues, de lo que se trata, es de saber si aspectos como la cohesión social lograda a través de las estructuras corporativas de la sociedad alemana son lo bastante fuertes para compensar la sensación de fractura que se presenta a los ciudadanos de las zonas orientales especialmente, aunque no de forma exclusiva, como puede verse en los resultados de Hamburgo, de Schleswih-Holstein, de Sarre, de Frankfurt. Las *political opportunity structures* a las que hace referencia el ensayista citado pueden bloquear esta red de tutela y pacto social, para hacer surgir unas nuevas *issues* políticas propias del nacional-populismo con fuerza: la inmigración, la decadencia de las costumbres, la falsedad de la democracia, la anomia, la identidad colectiva excluyente.[26]

La frecuencia con que un partido de extrema derecha se da por muerto corresponde a la intensidad que ha provocado su aparición, siempre vista como una anomalía que debe desaparecer, en lugar de considerarla un resultado posible —aunque no necesario— de determinadas condiciones sociales y de la forma en que estas son experimentadas por los ciudadanos. No hay más que recordar la ingenuidad intelectual con que excelentes

especialistas pudieron enfrentarse a la crisis del Frente Nacional en 1998-1999, cuando el partido de Le Pen sufrió la escisión del Movimiento Nacional Republicano de Bruno Mégret, situación que condujo a la pérdida de un importante número de votos en las elecciones europeas de 1999. Los medios de comunicación se apresuraron a señalar que se trataba de un «fin de ciclo» de la extrema derecha francesa, y lo mismo hicieron quienes, como Annie Laurent y Pascal Pérrineau han dedicado muchos esfuerzos y proporcionado toda su lucidez para entender este fenómeno. Solamente tres años después de aquella crónica de una muerte anunciada, que permitía que la cultura francesa volviera a expulsar de su paraíso republicano democrático a los intrusos del Frente Nacional, Jean-Marie Le Pen conseguía pasar a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, aniquilaba las posibilidades de su competidor Mégret y dejaba en un clamoroso silencio a quienes habían anunciado su declive. En las elecciones legislativas del mismo año, los titulares de la prensa española indicaron que Francia votaba «bajo la sombra de Le Pen», antes de respirar con prematuro alivio simplemente porque las candidaturas del Frente Nacional lograran un resultado muy inferior al de las elecciones presidenciales.[27] Deberíamos considerar, de entrada, que el ascenso momentáneo de un grupo político tiene que verse como un síntoma de una situación de fondo permanente, que no siempre se manifiesta. Además, tenemos que dejar de considerar el populismo nacionalista de extrema derecha como una fórmula patológica, una perversión inexplicable o solo comprensible en el compasivo análisis de las situaciones de marginación y voto inconsciente. Tal apreciación paternalista debería tener en cuenta el grado de convicción que hay en toda

protesta y, se esté de acuerdo o no con la forma en que esta se expresa, la validez de los paradigmas que presenta en su propia concepción de un mundo coherente. En cambio, las aproximaciones a este fenómeno como una extraña deficiencia, análisis interceptados por consideraciones morales condenatorias que impiden darle al nacional-populismo su carácter de propuesta, nos hacen caer en la misma trampa en que se cae cuando lo más cómodo era analizar el fascismo clásico como una simple ejecución intelectual sumaria. Por último, debería tenerse en cuenta que, mucho más que los resultados electorales, importa la constitución de un área de valores, el proceso de normalización de una mirada sobre el mundo y sobre la propia experiencia de vivir en él. Esa consolidación es la que realmente expresa el cambio cultural de nuestro tiempo. Y sorprende, en muchos analistas empeñados en querer resaltar la importancia de lo social frente a lo artificioso de lo institucional, que solamente tengan presente lo que ocurre cuando se convoca a los ciudadanos en las urnas. De hecho, las posibilidades que ofrece la extrema derecha alemana, siempre vista con tanta condescendencia por la ciencia política y los historiadores, se expresan en un crecimiento molecular, que no reviste la continuidad que puede verse de una manera diáfana en la trayectoria de la experiencia francesa o italiana, pero que tiene su propia manera de manifestarse, de una forma no menos eficaz, al dar cuenta de una permanencia que, en cualquier momento, puede consolidarse, dejando atrás esa condición local y espasmódica para establecer un área nacional y permanente. Sus recursos podrían resumirse en el título de una genial película, filmada hace años por

uno de los realizadores con mayor talento de Alemania: *Auch Zwerge haben klein angefangen.* También los enanos empezaron pequeños.

CONCLUSIÓN

Alemania y la extrema derecha: ¿una pasión no correspondida?

Decía Tim Mason que toda buena historia debe empezar por el final si deseamos situar el principio de forma adecuada.[1] La aproximación realizada a la relación entre la cultura política alemana y la extrema derecha debería empezar, siguiendo las instrucciones de alguien cuyo trabajo ha sido siempre un punto de referencia para mí, por esta aparición de un espacio nacional-populista que, en forma de una protesta desarticulada, irregular, accidentada por percepciones inmediatas, irrumpe en los procesos electorales o agrede la conciencia ciudadana con actividades violentas de carácter xenófobo. Habría que comenzar por esta realidad actual para poder enfocar adecuadamente lo que sucede a partir de 1945, para señalar qué es lo que entendemos por cultura política alemana, por el espacio nacional-populista de extrema derecha y por la relación conflictiva que se establece entre ambos. Para poder responder a la pregunta diríamos, robándosela a Vargas Llosa en su conmovedora aproximación de *Madame Bovary*, que se coloca en el tímpano de esta conclusión. Pues las reflexiones realizadas en el último capítulo, cuando la extrema derecha alemana se sitúa en

congruencia con el doble proceso de unificación y degradación de dos identidades simultáneas, puede llevarnos a comprender mejor si la nueva agenda nacional-populista dispuso de las mismas oportunidades en los años que siguieron a la guerra; si tal repertorio de problemas anotados por la extrema derecha eran los mismos; si se enfrentaban con la misma capacidad de resistencia del sistema político democrático. En definitiva, debería señalarnos la naturaleza de la democracia alemana, la forma en que se constituye y se mira a sí misma a lo largo de cincuenta años, para haber sido capaz de interceptar los esfuerzos de una fuerte corriente antidemocrática para ocupar un espacio permanente que le permita negociar, como lo ha hecho en otros países, su presencia a finales de siglo, su permanencia como realidad con la que hay que acostumbrarse a convivir.

La reflexión implica, pues —y solamente podía hacerse en estas condiciones— contemplar el conjunto del paisaje, medir su extensión y apreciar la calidad de su relieve antes de poder reflexionar acerca de los fundamentos que explican su frondosidad o su vacío, su solidez o su accidentada peripecia. En esa reflexión, la cuestión inicial es la que considera la continuidad entre la extrema derecha, que desembocará en el actual nacional-populismo, y el fascismo clásico. En ese debate entre quienes señalan la ruptura o aprecian la continuidad, el eslabón más débil casi siempre se sitúa en las posiciones que depuran una realidad según las necesidades de esterilización de los laboratorios de la ciencia social.[2] Cuando se tratan las complejas experiencias sociales, los procesos históricos concretos, como si tuvieran la diáfana perseverancia de una materia inerte y simple, fácilmente clasificable, se corre el riesgo de

confundir los conceptos con la realidad, en lugar de utilizar los conceptos para adentrarnos en ella armados de instrumentos de análisis que dispongan de adecuados recursos verbales, de una semántica que nos ayude a comunicarnos para saber si estamos hablando de las mismas cosas. Sin embargo, cuando solamente se atiende a la narración histórica —seleccionando, además, aquellos materiales que consideramos que pertenecen al campo de los historiadores y olvidando los que, al parecer, nada le interesan al profesional de esta materia—, el problema es caer en un proceso que no solo carece de las virtudes del verdadero empirismo, sino que lleva a aislar cada «realidad» —amputada de buena parte de sus elementos— en un tiempo histórico determinado. Lo cual supone la tarea menos fácil del historiador, pero que resulta la única desde la que puede responder a esa cuestión crucial de continuidades y rupturas —en este caso, entre fascismo y nacional-populismo— sin caer en una mera consigna de fácil divulgación y sospechosa carencia de escrúpulos científicos, aunque contenga un considerable vigor moral. El hecho de que las multitudes francesas del año 2002 puedan señalar el peligro del fascismo en Francia al referirse a Le Pen no tiene por qué ser desmentido por el historiador que indica que nada tiene que ver el Frente Nacional con la experiencia del fascismo, aunque sí le obliga a señalar que no estamos en los años veinte o treinta y que, por tanto, es dudoso que asistamos a resurrecciones improbables de sujetos sociales idénticos. El simple cambio de escenario, en este caso, implica un cambio del argumento de la obra. De igual forma, la preocupación que asalta a los ciudadanos de todos los países cuando el NPD obtiene casi un 10 por ciento de votos en Sajonia, no debe hacerles

pensar que se trata de un simple regreso del nazismo. De hacerlo así, correríamos el riesgo de sustituir esa preocupación desenfocada por un alivio igualmente erróneo cuando las cosas no se produjeran de la misma manera. Pues, aun reconociendo el cambio radical de paisaje, me parece que el NPD algo tiene que ver con la experiencia fascista alemana. Bastaría interrogar a sus votantes y a los de otras formaciones para observar el vigor de una tradición subterránea, que hace que aquella experiencia se contemple con mayor o menor benevolencia. Y esa valoración procede, precisamente, de una apreciación de parentesco o de alteralidad completa.

El fascismo clásico: función social y propuesta política

Creo que el modo de resolver esta cuestión espinosa que trata de relacionar el fascismo clásico con el nacional-populismo actual sin establecer un catálogo de meras reiteraciones o una perplejidad ante realidades inéditas es plantear las diferencias y semejanzas entre los paisajes sociales receptores y los mecanismos culturales que ofrece determinada utopía. El fascismo clásico procedió de la incapacidad de los partidos liberales y conservadores para integrar a amplios sectores populares en una fase de modernización social acelerada. Su propuesta era política en su sentido programático y organizativo, pero también cultural en la forma de dar una respuesta «espectacular» —en su sentido de escenificación, de visualización de un movimiento comunitario integrador— a la crisis que provocaba ese mismo

proceso de modernización. El fascismo cumplía, como cualquier fuerza política organizada —incluso como cualquier «estado de ánimo» difuso en forma de propaganda— una función social primordial, que era la de hacer frente a la irrupción de las masas y evitar el proceso de democratización radical que ello podía implicar tras la experiencia de la Gran Guerra. Suponía, además, impedir la realización en Occidente de la experiencia sufrida por la Rusia zarista, reconvertida en el primer Estado monopolizado por la clase obrera. Pero eso no puede interpretarse mediante una mera apreciación reactiva del fascismo —que ha ido cayendo en desuso en la historiografía más solvente de los últimos treinta años—, al que se le concede una misión de parapeto vaciado de ideas, atestado de consignas, carente de utopías y esperanzas, lleno de rencor y miedo a las amenazas de los segmentos progresistas de la sociedad. Y no se trata de hacerlo desde una consideración moral, sino desde una correcta apreciación histórica. Pues si el fascismo solo hubiera consistido en esa función social no habría podido realizarla. Una paradoja que supone comprender la complejidad de un proyecto político y cultural que tenía que presentar, para poder frenar la revolución, el rostro de una revolución distinta, no el de la mera reacción clásica. Tenía que ofrecer, para realizar la adecuada contención de las masas, una forma de participación de las mismas en el proceso político, hacerlas protagonistas de otra manera, no condenarlas a la marginación señalando su carácter de intrusión intolerable, como hacía el liberalismo conservador. Frente al mito de la revolución que acabó plasmándose físicamente en la experiencia de la Revolución rusa, tenía que presentar un mito alternativo que le permitiera movilizar no solo los temores, sino

también los restos de esperanza que había en aquellos que se sumaban al movimiento. Nunca podrá entenderse esta experiencia si, con el afán de reducirla a la de su papel en el proceso histórico que protagonizó, creemos que pudo hacerlo con la asunción rígida de esa función por parte de quienes se consideraban fascistas. Para estos, el fascismo era una forma de responder a la crisis de las instituciones, de las relaciones sociales, de la cultura; era una forma de ofrecer un proyecto utópico que sustituía al envejecido panorama de recursos de control e integración de la vieja burguesía. El fascismo reaccionaba contra la amenaza de clase del proletariado inmerso en sus propios mitos, pero lo hacía entregando a quien quisiera escucharlo una solución alternativa que nada tenía que ver con el mundo que se dejaba atrás ni con el que se ofrecía desde los sectores de la izquierda radical para sustituirlo.

El examen del fascismo en términos de su mera función social deja de tenerlo en cuenta como proyecto de rango propio, que era visto por quienes se acercaban a él precisamente por sus elementos de distinción frente a otras opciones de la derecha más radical. Sin embargo, esta aproximación realizada al margen de lo que es el fascismo como nuevo paradigma cultural y social no se refiere solo a su capacidad de seducción sobre intelectuales y sectores sociales subalternos. Por el contrario, la única forma de entender el apoyo de la élite económica al proyecto fascista reside en la novedad de sus planteamientos, en su opción modernizadora, no en su carácter meramente de resistencia. Ello se produce de una forma particularmente intensa en el sistema nacionalsocialista, en el que algunos historiadores, como ya se ha señalado antes, al comentar el debate de los años ochenta, han querido

considerar la distinción entre los aspectos arcaicos y modernos del Tercer Reich, indicando que no puede negársele a este sistema el esfuerzo de modernización tanto en el sentido tecnológico como en lo que se refiere a las técnicas de ingeniería de organización empresarial. Por tanto, no se trata de refugiarse en una supuesta «dignidad» de los fascistas de base que creyeron en los principios «revolucionarios» que este movimiento decía querer implantar. No se trata de salir en defensa de una transformación «socialista» truncada por los compromisos del poder. Estamos, por el contrario, ante la verdadera congruencia del fascismo como proyecto con el proceso de racionalización industrial que se produjo en los años inmediatamente anteriores y, sobre todo, posteriores a la Gran Guerra, de acuerdo con lo que ha venido llamándose el fordismo. La aparición de una nueva burguesía capaz de gestionar sus empresas de forma muy distinta de como lo había hecho la clase sin iniciativa de finales del XIX parecía recuperar el talante de ese sector transformador, heroico, creador de riqueza, dominador de la naturaleza y de los procesos productivos que no solo los teóricos más lúcidos del fascismo, sino sectores neodemócratas —como el que podía representar en Alemania una víctima del fascismo como Walter Rathenau— creían en la necesidad de crear una «comunidad de empresa» que vinculara mediante un interés común a los productores, y neutralizar el conflicto social a través de una política de cohesión basada en la eficacia y en un sentido de solidaridad de empresa que pudiera reproducir la tregua en la lucha de clases que se había producido durante la Gran Guerra.

Para la realización de esta utopía de sociedad que superaba sus conflictos internos, capaz de pasar de la *Betriebsgemeinschaft* a la

Volksgemeinschaft, se precisaba de la creación de un gran mito de integración que fue el nacionalismo de base étnica en el caso del nazismo, de la misma forma que podían presentarse otros elementos fundadores del discurso nacionalista en variables del fascismo. Ninguno de ellos, sin embargo, estaba al margen de esta formulación, pues la Nación pasaba a convertirse en un mito tan poderoso como el de la Clase lo había sido para los trabajadores de orientación socialista. El nacionalismo fascista se presenta, a diferencia de los que ha alumbrado el siglo XIX en una tendencia liberal o neotradicionalista, como una nación proyectiva, que hay que construir, y que además tiene que ser la nación «de todo el pueblo». Desde el comienzo, el fascismo actúa con un voluntarismo capaz de reunir, en torno a ese horizonte nacional que hay que construir, a una élite heroica y a un pueblo que va a encontrarse con su destino. El mito tiene la fuerza persuasiva que puede tener para los trabajadores señalarles que la historia se encarna en la propia clase obrera como sector que se enfrenta a su propio destino cuando asume la carga de liberar al conjunto de la humanidad, estableciendo primero la dictadura del proletariado. Ese tipo de discurso mesiánico, quiliástico, que contiene elementos de regreso a una sociedad sin conflictos en todas las tendencias radicales del período de entreguerras, que desea crear una homogeneidad sin enfrentamientos, que quiere establecer una comunidad sin fisuras, también ordena las concepciones del fascismo como oferta de una tranquilizadora superación de la fragilidad y las fracturas sociales que han provocado la democracia y la modernización. El nacionalsocialismo alemán fue capaz de reunir a muchos porque ofrecía un proyecto de integración social que era congruente con la forma en que

millones de personas contemplaban, ansiosamente, un estado de anomia social, de pérdida de los derechos adquiridos, de enfrentamiento con las crisis económicas que deslegitimaban la democracia y la hacían aparecer como un régimen ineficaz al servicio de los políticos profesionales. Frente a ello, el nazismo ofrecía la unidad del pueblo, la restauración de un orgullo nacional perdido, pero dentro de una dinámica revolucionaria, que no deseaba la reedición de la fase imperial, sino la construcción de un nuevo Reich.

La congruencia del fascismo alemán con su tiempo respondía a otros factores. Entre ellos, el que hoy nos puede resultar su elemento más reprobable, y que en su tiempo coincidía con lo que se estaba haciendo en sectores amplios de la ciencia y que serviría para ofrecer una coartada «progresista» al exterminio. El elemento que protegía la unidad del *Volk* alemán, su propio proyecto nacionalista de integración, era la interpretación biologista de los conflictos, de los riesgos, de la decadencia. La forma en que había avanzado la biología desde finales del siglo XIX y la ambigüedad del uso de metáforas raciales pudo hacer que el nazismo se correspondiera con determinada responsabilidad de los poderes públicos con la salud de sus ciudadanos. En términos de designación «científica» de aquellos que eran parte del pueblo y aquellos que no lo eran; en la distinción entre sectores sanos y defectuosos; en la apreciación de distinguir entre individuos eficientes e individuos superfluos, el fascismo alemán pudo basar en esos principios eugenésicos en boga una política que podía presentarse como defensa de la salud de la comunidad, al tiempo que podían interpretarse todos los factores de precariedad, de angustia por las fracturas padecidas, de

confrontación social, de actitudes de rebeldía, de aumento de la delincuencia y de degeneración de las costumbres en términos de carácter clasificable por los científicos expertos en una genética aún balbuceante. El factor racial actuó como elemento de exclusión radical; se dinamizó en un constante ir más allá que acabó en la masificación de la mano de obra esclava, en la guerra racial y en el exterminio. La utopía nazi se prestigiaba por sus presunciones científicas, pero solamente podía hacerlo utilizando una jerga familiar a los profesionales del sector y a los divulgadores populares, así como ofreciendo a tales sectores una condición de preeminencia. Ese ir más lejos en el proceso de exclusión se correspondía con la necesidad de asegurar un cierre de filas más seguro en quienes podían estar excluidos. Ya se ha señalado antes que las actitudes de este sector podían ser muy variadas, desde la entusiasta delación hasta la aterrorizada asunción de actitudes que impidieran ser considerado un «ajeno a la comunidad», un «asocial», merecedor de ser extirpado de la nación. Sin embargo, por plurales que fueran las actitudes, el mecanismo de integración estaba tan claro como el de exclusión, como lo estaba su función complementaria.

De igual forma, el fascismo era congruente con una etapa de desarrollo industrial, aunque en un modo muy distinto de como lo vieron los teóricos de la III Internacional. Pues lo que se producía era ese encuentro entre la organización científica del trabajo y la comprensión científica de los mecanismos de exclusión e inclusión que se dieron en los años treinta y cuarenta. Se realizaba en las condiciones de una expansión económica que a través de un proceso muy complejo de neutralización de las organizaciones

de clase había conseguido establecer determinada «política social», que incluía continuidades evidentes en la política de racionalización del trabajo llevada a cabo en la República de Weimar, como la iluminación de las instalaciones, el cuidado de la higiene alimentaria o la obtención de espacios de ocio. Al mismo tiempo, se eliminaba cualquier regulación que partiera del reconocimiento del carácter conflictivo del proceso de producción, para pasar a considerarlo un proceso de cooperación funcional, orgánico, que reproducía el que se daba en el conjunto de la comunidad. En la medida en que este proceso dio satisfacción a elementos tan graves como la recuperación del empleo, se verificaba en la propia experiencia de los trabajadores una situación que, comparada con la vivida en las postrimerías de Weimar, era mejor. En la medida en que, además, esta «comunidad de empresa» se hacía coherente con la visión antiindividualista y anticlasista que vivían los alemanes con el nazismo, no existía distorsión entre la vida en la empresa y la existencia fuera de ella.

Naturalmente, la utopía nazi solamente podía realizarse mediante la previa destrucción de la confianza en la democracia, tras una etapa de terror que destruyó las organizaciones republicanas y, sobre todo, manteniendo siempre abierta la posibilidad de dejar de pertenecer al pueblo, si se recurría a actitudes, opiniones o reivindicaciones que pudieran interpretarse como falta de solidaridad, cuando no como manifestaciones de taras genéticas que autorizaban a la intervención de los cuerpos de seguridad. Aun cuando lo que se produce es una trama de control social que comparten diversas agencias y que obtiene la complicidad de amplias capas de la sociedad, sin esa seguridad de la posibilidad de cruzar una frontera que trasladaba a los

ciudadanos libres a los campos de concentración, y les arrebataba su condición de *Volksgenossen*, el sistema no habría podido sobrevivir. Por ello debía hacer visible ese proceso de exclusión: tanto como un factor de amenaza permanente como un certificado de integración privilegiada de quienes continuaban siendo buenos alemanes, merecedores de la confianza de sus vecinos, del resto de los miembros del *Volk*. La ausencia de conflicto se trasladaba al exterior de la comunidad, en un proceso constante, evidente, escenificado en los campos y en los guetos, en las leyes de prohibición de relaciones sexuales y matrimonio, en los juicios públicos de esterilización. Todo un repertorio de espacio público destinado a comunicar la entrada en esa sociedad aconflictiva que debía encontrar permanentemente —y en ello fundamentaba su dinámica— los elementos que no le pertenecían, los agentes infecciosos o los defectos celulares que debían ser extirpados. La función social del fascismo podía ejercerse, de esta forma, a través de un proceso de modernización adecuado y legitimado de los principios de integración del «verdadero pueblo» y de reclusión de los «ajenos a la comunidad». Superando cualquier repugnancia por las masas, el fascismo había comprendido que no podía hacerse política en el siglo XX sin contar con ellas. Y, frente a los sectores conservadores que habrían preferido un acuerdo de las élites, estuvo siempre dispuesto a utilizar incluso la amenaza de su propia movilización. Para el proyecto fascista, solamente se podía tener éxito si el pueblo veía que se lo llamaba para construir la nación, que no era marginado del proceso, aunque era una élite heroica que marcaba los ritmos y el diseño de su propio destino. Algo que, en definitiva, tampoco estaba tan alejado de los principios de los sectores revolucionarios que

consideraban la necesidad de situar al frente de los procesos de cambio a aquellos sectores que estuvieran dotados de una verdadera conciencia de clase y del lugar en el proceso histórico del cambio que se realizaba.

La congruencia del fascismo con su tiempo residió, además, en un último elemento que explica las condiciones políticas concretas en que se desarrolló. El fascismo pudo ser una cultura nihilista en el sentido más nietzscheano del término: es decir, dispuesta a la creación de nuevos valores, a la inversión de los que había alimentado una sociedad decadente. La idea de imperio como comunidad homogénea que se realiza en la construcción de la nación, y que lo hace alimentando una nueva relación entre el Estado y la sociedad es un principio cultural que no correspondía solamente a los fascistas, pero que ellos entendieron en su forma más radical o depurada, de una forma que tiene poco que ver con la versión nostálgica que a veces se nos proporciona. Si eso era el fascismo como cultura, era algo más como proyecto político. La cultura rupturista, futurista, modernista reaccionaria o revolucionaria-conservadora del fascismo solamente podía pasar de su fase de movimiento a su fase de régimen en la medida en que aceptara ser parte de una coalición social amplia, un extenso campo gravitatorio de fuerzas que, en su conjunto, constituyen el fascismo, aunque solo dispongan de un sector fascista radical en alguna de sus zonas. El fascismo de los años veinte-cuarenta no es una parte de la coalición que se ha levantado contra la democracia; es la coalición misma, pues toda ella queda determinada por la coartada ideológica del fascismo y por los instrumentos de movilización que este le concede. No me refiero solamente a los factores organizativos del partido,

sino a las mismas visiones sobre las que se construyen los paradigmas sociales ya citados: la creación de una comunidad sin conflicto sobre una base científico-biológica y los mecanismos que acentúan en una dinámica radicalizada la exclusión y la inclusión, creando una forma de ciudadanía distinta de la que se ha conocido hasta entonces, que permite neutralizar a quienes defienden el individualismo liberal, la canalización de los conflictos de la democracia o las formas de colectivismo alternativas. En el proyecto fascista se integran quienes no son esos rebeldes partidarios de la superación de las condiciones de una sociedad decadente; se integran sectores que poco tienen que ver con los procesos de modernización ideológica y social; pero acceden a reconocerle al fascismo esa función de cohesión, de cimentación del proyecto de coalición de un conjunto de fuerzas. Y basta con leer lo que el propio Tim Mason señalaba acerca de la «primacía de la política» para ver hasta qué punto algunos sectores creían que el fascismo alemán se limitaría a poner orden mientras ellos seguían mandando de verdad, y para comprender hasta qué punto el proyecto incluía un cambio de los centros de poder.

Tales elementos pueden explicar que el nacionalsocialismo, como el fascismo triunfante en otras zonas, fuera capaz de ir más allá de la formulación de una simple «rectificación» de la democracia, del paso a un sistema autoritario, para construir un Estado nuevo —elemento que contenía también factores míticos importantes— que emanaba directamente de la comunidad, que era su expresión, su manifestación, su puesta en escena. En otros lugares, tal Estado fue minuciosamente articulado y dio lugar a conflictos entre diversos sectores —los defensores del

corporativismo más puro en Italia, por ejemplo—, pero en Alemania el tema se resolvió mediante lo que ha venido llamándose «poliarquía»: es decir, la práctica desaparición de organismos burocráticos formalizados, con claras normas de actuación, que dejaban mayor poder de actuación al *Führer* o permitían una lucha constante entre las diversas autoridades del Tercer Reich, una batalla interna que expresaba las dificultades de reunir en torno a un solo proyecto a sectores muy diversos, pero que también manifestaba su capacidad de integración, ya que los motivos por los que la gente se convertía en parte del movimiento eran diversos, y tal diversidad podía verse en los enfrentamientos entre camaradas del pueblo, que nada tenían que ver con los que podían enfrentarlos, en su conjunto, con los ajenos a la comunidad.

La catástrofe alemana y la nueva posición del fascismo

Cuando se intentan definir los nuevos movimientos de carácter nacional-populista en términos de simples reediciones o de expresiones absolutamente ajenas al fascismo clásico, se suele partir de una valoración errónea de lo que sucede en 1945. Lo que se produce entonces no es solamente una derrota político-militar del nacionalsocialismo; se produce un factor de deslegitimación que le impide adquirir el prestigio del que había gozado entre sectores de la élite intelectual y entre amplias zonas de la población alemana. El recuerdo de la guerra y el fracaso del régimen

derribaron sus elementos míticos, y crearon un vacío que permite hablar de la *Nul Stunde*, de la Hora Cero, en la que se encuentra la Alemania vencida mucho más que en los aspectos puramente militares o políticos. Lo que se ha producido desde los últimos tiempos de la guerra es el desgaste del régimen y del movimiento nazi, que ha ido perdiendo la capacidad de seducir mediante la cohesión social, la integración y la exclusión que hasta entonces le han permitido el ascenso al poder y la permanencia en el mismo. Tal ruptura no tiene por qué suponer que los alemanes tengan una visión globalmente negativa del régimen, pero sí establece la imposibilidad sentida por casi todos ellos de reavivar las condiciones que lo hicieron posible. En definitiva, lo que empieza a perder el fascismo alemán en el mismo momento de la derrota es lo que le había permitido alcanzar el poder: la congruencia con su época.

Esta pérdida indica que existen otros mecanismos de socialización alternativa, capaces de proporcionar una identidad a los alemanes basada en la mezcla de crecimiento económico, cohesión social, opción por uno de los bandos en la guerra fría y disfrute de las libertades. Ya se ha señalado que, por primera vez desde el fin de la Gran Guerra, los alemanes occidentales podían disfrutar de libertad política y de seguridad económica sin necesidad de tener que escoger entre ambas. De esta forma, el «modelo alemán» erigido por Adenauer y Erhard hacía experimentar a los ciudadanos de la RFA, en especial en los últimos años de los cincuenta, un bienestar que, comparado con los sufrimientos tan cercanos, legitimaba el nuevo régimen, construido precisamente sobre la devastación de la utopía nazi. El hecho de que el proceso de desnazificación fuera tan poco escrupuloso no significa

que las nuevas autoridades no dejaran muy clara su actitud ante el pasado hitleriano; algo que, además, ya se habían encargado de poner de relieve los propios propagandistas de los ejércitos vencedores. Pero lo fundamental era aquello que no se había producido en los años de entreguerras. A diferencia de estos, en los años de la expansión económica era la ausencia de precariedad, de fracturas sociales, de marginación masiva, lo que impedía que los alemanes, incluidos los que pudieran tener mayores reticencias ante la democracia y un recuerdo más benevolente del nazismo anterior a la guerra, estuvieran dispuestos a sufrir el riesgo de una confrontación social de gran envergadura. No se vivía en una sociedad internamente desintegrada, rota en multitud de células hostiles, sino en una comunidad de ciudadanos que se sentían seguros en sus proyectos de futuro y estaban poco dispuestos a escuchar a quienes deseaban regresar a situaciones anteriores. El factor fundamental para que el fascismo no pudiera encontrar un espacio era lo que había representado en su etapa final de devastación propia y no solamente de los excluidos. Cuando se podía disfrutar de una libertad individual garantizada por el bienestar, era difícil que llegara a creerse en una libertad entendida solamente como bien comunitario, en el que los derechos del individuo se doblegaran ante una voluntad nacional. Por otro lado, la violencia social de los años de entreguerras desautorizaba cualquier propuesta que pudiera identificarse con el prestigio que esta misma concepción de la política como enfrentamiento radical destinado a eliminar a los adversarios pudiera recibir.

El fascismo no solo quedó reducido en su misma soledad de algunos núcleos de nostálgicos: perdió, además, su capacidad de ser aceptado como

compañero visible en una coalición, aunque fuera de forma secundaria. A lo largo de toda su gestión, Konrad Adenauer consiguió que los diversos partidos que iban integrando a los sectores más recalcitrantes del nacionalismo alemán: el DP y el BHE, por ejemplo —y, hasta cierto punto, algunas capas del FDP—, se reunieran en un solo espacio de gobierno, hasta el punto de que los pequeños partidos de la derecha o las asociaciones de refugiados acabaron por ser absorbidos por los democristianos. Esa inmensa capacidad de integración, demostrada en las elecciones de 1957, cuando Adenauer consiguió la mayoría absoluta de los votos, indicaba hasta qué punto la estrategia de fusión dentro del partido democristiano —o de la coalición democristiana-liberal— impedía lo que podía ser la única estrategia posible de la extrema derecha de origen fascista en los años de la posguerra. Si el fascismo ya no era congruente con la sociedad de la posguerra ello obedecía a que las condiciones de pacto social en la producción y la capacidad de integración de los partidos del sistema estaban legitimadas por el apoyo de la inmensa mayoría del pueblo alemán. Los grupos que quisieron permanecer en una actitud de mera captación de los sectores nostálgicos quedaron rápidamente sepultados por las nuevas circunstancias, tras la efímera suerte corrida por experiencias como las del Partido Socialista del Reich, cuya falta de continuidad en otras formaciones se explica por el proceso de legitimación de la República Federal, en especial a partir de las elecciones de 1953. Por ello, la responsabilidad de agrupar a la extrema derecha recayó en quienes, como Adolf von Thadden, creían que la estrategia del neofascismo debía ser construir un espacio de Oposición Nacional, recopiladora de algunos temas que pudieran ser

reconocidos por sectores minoritarios de la sociedad, para negociar desde ese sector consolidado electoralmente una apertura de la CDU a la extrema derecha. Lo que se propone, de esta forma, es una nueva coalición. Pero, a diferencia de lo que ha sucedido en el período de entreguerras, la coalición no será encabezada por el fascismo ni tendrá su misma naturaleza. Por el contrario, la coalición aceptará la compañía de quienes siguen operando ideológicamente en los términos profundos del fascismo, aunque no ofrezcan las soluciones políticas del mismo —partido único, Estado corporativo, Estado racial—, para conformarse con situar temas que se refieren a la rectificación autoritaria de la democracia, a la posibilidad de situar la representación de las «entidades productivas naturales» o de defender un nacionalismo de base étnica, que en el caso alemán tiene claros rasgos de reivindicación de la unidad del *Volk* frente a las consecuencias diplomáticas de la guerra.

Sin embargo, tales condiciones no se darán en parte alguna. Y tampoco en Alemania. La fundación del Partido Nacionaldemócrata se produce en vísperas de la primera recesión económica de la RFA, en medio de una sorprendente oleada de descontento que coincidirá, de una forma que debe considerarse cuidadosamente, con la antesala de la quiebra del Estado del bienestar. De hecho, el éxito electoral del NPD entre 1966 y 1969 no es tanto una resonancia del pasado como una anticipación. Coincide con la crisis del 68, que en los países europeos ha tenido ritmos y sujetos sociales distintos, aunque han coincidido en anunciar el final de algo que parece en plena vigencia: el modelo de relaciones industriales creado en torno a la Gran Guerra y el prestigio de las opciones políticas desarrolladas desde

entonces. Como sabemos, es a partir de ese momento cuando empieza una severa crítica contra «el sistema», entendido como los modelos de organización social, de representación política y de manifestación cultural que se han considerado normales de acuerdo con los criterios de la posguerra. El anuncio de esa «revolución silenciosa», para utilizar el término que dio título a un célebre ensayo de Ronald Inglehart, se produce antes de que los acontecimientos políticos y económicos empiecen a delatarlo. El fracaso del NPD, por muy pocos votos, no es la simple frustración de un voto de protesta aislado, sino una sucesión de circunstancias políticas desfavorables, que impiden que en Alemania brote, como ocurre en otros países en la misma década de los años setenta o, de un modo espectacular en la siguiente, un nuevo movimiento de la extrema derecha.

Una nueva congruencia entre proyecto y sociedad

Estamos, precisamente, ante una nueva posibilidad de correspondencia entre lo que expresa el —en principio— voto de protesta populista y el gran cambio de sociedad que nada tiene de coyuntural. En otras zonas, como en los países nórdicos, puede tener la imagen de un rechazo de los sistemas fiscales, ya que plantea el derecho de los ciudadanos frente a los abusos de la burocracia, cuyos ingresos protegerán, además, a quienes ni siquiera pertenecen al pueblo. En países como Italia, se trata de la obtención y

consolidación de un espacio de legitimidad como polo excluido frente a un sistema que se degrada a gran velocidad, al tiempo que se ha sabido disponer de la duplicidad de partido de orden y partido que comprende la queja de los ciudadanos. En Francia, las diversas tradiciones de la extrema derecha, separadas por la experiencia de Vichy, de Argelia o del gaullismo, son capaces de constituirse en un espacio que resiste las condiciones ambientales hasta poder ser visto como el movimiento nacionalista que sale en defensa de los intereses de los franceses «de buen sentido» frente a la izquierda en el poder. En Austria, será la capacidad de presentar a un partido de ciudadanos independientes frente al dilatado pacto y equivalencia de democristianos y socialdemócratas. Las variaciones sobre la misma melodía son infinitas, pero se adaptan a lo que no es un simple ajuste de coyuntura, sino una transformación radical que afecta a los ciudadanos en todos los aspectos de su experiencia: desde su eficiencia y valoración laboral hasta la forma de disfrutar el ocio. Este cambio de circunstancias hace imposible que los mismos mecanismos políticos que han servido en la etapa de expansión posterior a la Segunda Guerra Mundial puedan considerarse de acuerdo con las condiciones de la crisis y de aquellos aspectos que se consideran relevantes por primera vez: sea, en la izquierda, las cuestiones sobre la autoridad, los derechos individuales, las opciones afectivas, la igualdad entre sexos, la defensa de la paz o la lucha por la preservación del medio ambiente; sea, en la derecha, el retorno de la cuestión nacional, el rechazo de la inmigración, el regreso de los valores morales amenazados, la búsqueda de autoridad o la preservación de la familia. Esta coincidencia entre las críticas al sistema desde actitudes muy

diferenciadas es lo que nos permite afirmar la entrada, a partir de los años ochenta, en una etapa de abierta congruencia entre el discurso nacional-populista y la sociedad en la que opera. Lo que explica sus éxitos electorales, por efímeros que puedan parecernos. Lo que acentúa la necesidad de atender a su continuidad social más que a dejarse invadir por la sensación de su fragilidad institucional.

La ventaja obtenida por estos movimientos de carácter nacionalpopulista, aquello que les permite ganar la legitimidad perdida no es la simple reedición del fascismo, pero está relacionado con un regreso de los valores que el fascismo tuvo en cuenta. No se expresa en la voluntad de considerarse herederos restauradores de aquellas experiencias, pero sí en la manera en que se comparten determinados valores íntimos; se realiza una lectura antidemocrática de acontecimientos actuales que provocan ansiedad, anomia, desarticulación de seguridades alcanzadas, cambios veloces de sociedad, carácter incontrolable del propio futuro. Ese es el parentesco que se establece con el fascismo clásico, tal es el factor de continuidad. Aunque el principal rasgo de ruptura sea que no volverá a repetirse un escenario de fractura social de tales dimensiones que permita plantearse la superación de la democracia y el establecimiento de regímenes que regulen los factores de integración de acuerdo con un sistema institucional parecido al propuesto por el fascismo.

¿De qué se trata entonces? Se trata, en el caso alemán, de esa oportunidad ofrecida por el proceso de unificación para hacer salir a flote otra forma de desnacionalización que nada tiene que ver con la fractura de Alemania en dos. Por el contrario, la propia unidad política —o la absorción

de la antigua RDA por la República Federal— es lo que deja salir a la luz la reivindicación nacional-populista situada en términos distintos de la vieja reivindicación de las fronteras del Reich de 1938, que había caracterizado el añejo discurso de la primera extrema derecha de la posguerra. Ahora, el movimiento nacional-populista se expresa en el vigor de la denuncia de la democracia, de la política que falsifica la voluntad del pueblo, y reivindica una «verdadera democracia» que destruya la capacidad de control de las viejas élites. La coincidencia con la crisis de capacidad integradora de los *catch-all parties* y la quiebra del modelo de crecimiento de los años previos a la unificación vienen a verificarlo, ya que restan capacidad de resistencia al sistema. Si la identidad alemana democrática se fundamentó en el bienestar social y las libertades políticas, la búsqueda de una nueva identidad va a tratar de recuperar los elementos de integración alternativa propuestos en otro tiempo por el fascismo, pero actualizándolos en un paisaje distinto, del que están ausentes agentes fundamentales de los años de entreguerras, como la amenaza revolucionaria.

La reivindicación de la nueva identidad se basa en la propuesta de una comunidad cultural homogénea frente a los riesgos que provoca la mundialización. El discurso se apoya en las críticas generalizadas a la globalización y el nuevo prestigio de las entidades soberanas aplastadas por la internacionalización del capital, y se dignifica en un esfuerzo de restauración del nacionalismo populista que tiene la ventaja de contar con la complacencia de sectores democráticos que ven en la reivindicación de la identidad un elemento de profundización de la democracia. En este caso, tal legitimación ambiental se aprovecha para plantear, frente a la globalización,

el regreso del discurso nacionalista, pero haciéndolo en unos términos de exclusión que no aparezcan como tales, sino que puedan presentarse con la untuosa elegancia de una defensa de la diversidad cultural previamente reclamada por la izquierda. De esta forma, la capacidad de aprovechar el material genético de una célula sana proporciona al nacional-populismo las mismas garantías de supervivencia y multiplicación que la naturaleza concede a los virus. Frente a la inmunidad proporcionada por la experiencia de Auschwitz, el nuevo nacional-populismo dispone de esa mutación ambiental que le permite burlarla hasta cierto punto, al presentarse como algo nuevo y al coincidir con críticas al sistema que son percibidas como acertadas y propagadas por otros sectores de opinión. El nacional-populismo sitúa en su agenda hacerse con un espacio propio, ganado en los ámbitos de rechazo de esta nueva situación, algo que debería verse de forma distinta a una simple protesta pasajera. Pues la negativa a aceptar ese carácter inevitable de las condiciones de la globalización, acompañada de nuevas precariedades, de la flexibilidad del empleo, de la caducidad de la eficiencia laboral, de la evanescencia de la soberanía, de la ampliación de las zonas de marginación: todo lo que Beck denominó la «sociedad de riesgo», comenzando por los riesgos transversales que se refieren a la salud —con nuevas pandemias como el sida, utilizado como frecuente metáfora por la extrema derecha— o al medio ambiente; todo ello puede ser el recipiente en el que se produce una propuesta de inversión de valores. Aquí acaba la coincidencia con otros sectores críticos, y aquí comienza el verdadero lugar que corresponde tan solo a la extrema derecha nacional-populista.

Y empieza aquí porque, aunque es sorprendente, los analistas consideran extraña esa presencia de sectores de desempleados, de «perdedores de la modernización», de obreros incluso, de jóvenes en busca de su primer trabajo, de personas que han perdido su prestigio y consideración social, en las filas de la extrema derecha. ¿Esperaban acaso que esta se compusiera tan solo de gentes acomodadas, de facciones de la sociedad que se siente segura y que de vez en cuando utiliza a una guardia pretoriana para disolver a los que la amenazan? ¿No han caído tales analistas en la cuenta de que el fascismo clásico se distinguió precisamente por ser capaz de ganarse la voluntad de esos sectores, de masificarse penetrando en ámbitos populares? ¿No han considerado que los fascistas clásicos también empezaron por compartir las críticas a los procedimientos y valores de la democracia parlamentaria, aprovechando esas condiciones propicias ambientales para lanzarse luego a una crítica de fondo a los valores prepolíticos de la democracia? Lo que se nos propone desde esos espacios —y por eso adquieren la vitalidad y el éxito social que han alcanzado, incluso más allá de que sea visible de forma permanente y nacional, como ocurre en Alemania— es un proyecto de integración, de recuperación de la propia identidad radical, colectiva, homogénea, excluyente, en la que los chivos expiatorios de las condiciones de ansiedad creadas por el proceso de modernización son fáciles de describir. Los elementos que crean inseguridad son las diversas «invasiones» que afectan al organismo nacional: quienes piden asilo, los trabajadores extranjeros que compiten por un puesto de trabajo y ponen en peligro la identidad cultural; quienes quiebran la soberanía nacional en favor de instituciones continentales;

quienes degradan al pueblo sano a través de la decadencia de las costumbres; quienes fracturan la vida de los ciudadanos a través de la permisividad de una democracia que no es auténtica, porque divide al pueblo en lugar de darle la palabra. Ese sentido protector, cálido, comunitario, que acoge a los escindidos, a los expulsados, o a quienes tienen miedo de verse privados de sus condiciones de bienestar adquiridas, es el que garantiza el éxito de las propuestas nacional-populistas.

Otra cosa es, claro está, que tales propuestas lleguen a conseguir lo que son los dos pasos necesarios de su estrategia: constituirse en un espacio político consolidado y ser capaces de establecer un compromiso con otras fuerzas políticas, previamente ajenas al populismo. Sin embargo, su capacidad de contaminación es indudable; lo es, como lo hemos visto en Alemania, por el porcentaje precioso de votos que sus propuestas pueden atraer incluso cuando no llegan a las instituciones, pero que hacen que el discurso del resto de las fuerzas políticas se incline en esa dirección. Lo es, además, porque puede llegar a ser un elemento de presión más evidente, si no a corto plazo, sí en cuanto se tenga que elegir a un compañero de viaje, como se ha hecho en otros países como Austria o Italia. La «domesticación» de esta extrema derecha no debería tranquilizarnos, pues su entrada en los ámbitos de gobernabilidad provocaría, como un disparo, un efecto de retroceso sobre el conjunto de la sociedad que iría más allá de la moderación misma propiciada por su acceso a espacios de responsabilidad. Y, en cualquier caso, tal opción implicaría un reconocimiento de hecho que acabaría de deslegitimar a las instituciones en su verdadera calidad democrática.

A setenta años de la revolución que instaló a Hitler en el poder definitivamente, tras la noche de los cuchillos largos del verano de 1934, sería absurdo pensar que Alemania se encuentra en peligro de reiterar una experiencia similar por los resultados obtenidos por el nuevo nacional-populismo en algunos *Länder* o municipios. Sin embargo, resultaría no menos absurdo dejar de prestar atención a ese reencuentro entre la oferta de un nacionalismo populista excluyente, basado en valores antidemocráticos, y su capacidad de normalizarse en amplios sectores de una sociedad que vuelve a tener miedo. Un miedo distinto, unos temores que no se canalizarán de la misma forma. Pero, sin duda, lejos ya de las ufanas esperanzas de los años de expansión de la posguerra.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ANDERSON, P., *Los orígenes de la posmodernidad*, Anagrama, Barcelona, 2000.

BARTOV, O., *The Holocaust. Origins, Implementation, Aftermath*, Routledge, Londres, 2000.

—, *Germany's War and the Holocaust. Disputed Histories*, Cornell UP, Ithaca, 2003.

BAUBÖK, R., «Constructing the Boundaries of the Volk. Nation Building and National Populism in Austrian Politics», en R. Wodak y A. Pelinka (eds.), *The Haider Phenomenon in Austria*, Transaction Books, New Brunswick, 2002.

BECK, U., *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona, 1998.

BEHRENBECK, S., «Between Pain and Silence. Remembering the Victims of Violence in Germany after 1949», en R. Bessel y D. Schumann (eds.), *Life after Death. Approaches to a Culture and Social History of Europe During the 1940s and 1950s*, UP, Cambridge, 2003.

BENZ, W., (ed.), *Die Vertreibung der Deutschen aus dem Osten: Ursache, Ereignisse, Folgen*, Fischer, Frankfurt del Main, 1985.

BERGMANN, W. y R. ERB, *Anti-Semitism in Germany. The Post-Nazi Epoch since 1945*, Transaction Books, New Brunswick, 1997.

BESSEL, R. y D. SCHUMANN (eds.), *Life after Death. Approaches to a Cultural and Social History of Europe during the 1940s and the 1950s*, UP, Cambridge, 2003.

BETTS, P. y G. EGHIGIAN, *Pain and Prosperity. Reconsidering Twentieth-Century German History*, Stanford UP, California, 2003.

BETZ, H. G., *La droite populiste en Europe. Extrême et démocrate*?, CEVIPOF, París, 2004.

—, *Postmodern Politics in Germany. The Politics of Resentment*, Macmillan, Londres, 1991.

BETZ, H. G. y S. IMMERFALL, *The New Politics of the right. Neopopulist Parties and Movements in Established Democracies*, Macmillan, Londres, 1998.

BEYME, K. von, *Right-Wing Extremism in Western Europe*, Frank Cass, Londres, 1998.

BIDDISCOMBE, P., *Werwolf. The History of the National Socialist Guerrilla Movement*, *1944-1946*, UP Wales, Cardiff, 1998.

BLACKBOURN, D. y G. ELEY, *The Peculiarities of German History. Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*, UP, Oxford, 1984.

BRAUNTHAL, G., *The West German Social Democracy, 1969-1982*, Westview Press, Boulder, 1983.

BREUILLY, J., *The State of Germany. The National Idea in the Making, Unmaking and Remaking of a Modern Nation-State*, Longman, Londres, 1992.

BROWNING, C., *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Edhasa, Barcelona, 2002.

BUSCH, O. y P. FURTH, *Rechtsradikalismus in Nachkriegsdeutschland. Studien über ki «Sozialistische Reichspartei»*, Berlín y Frankfurt del Main, 1957.

CASALS, X., *Ultrapatriotas. Extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización*, Crítica, Barcelona, 2003.

CASAUS, G., «La Nouvelle Droite en Allemagne entre droite classique et extrême droite», en O. Ihl *et al.*, *La tentation populiste au cœur de l'Europe*, La Découverte, París, 2003.

CHELES L., R. FERGUSON y M. VAUGHAN, *Neofascism in Europe*, Longman, Londres, 1991.

CHILDS, D., «The far right in Germany since 1945», en L. Cheles *et al.*, *Neofascim in Europe*, Longman, Londres, 1991.

DALTON, R. J., «Voter choice and electoral politics», en S. Padgett, W. Paterson y G. Smith, *Development in German Politics,* Palgrava Macmillan, Londres, 2003, cap. 3.

DECKER, F., «Les impasses du nouveau populisme de droite en Allemagne», en O. Ihl *et al.*, *La tentation populiste au cœur de l'Europe*, La Découverte, París, 2003, cap. 15.

DIEHL, J. M., *The Thanks of the Fatherland. German Veterans after the Second World War*, North Carolina UP, Chapel Hill, 1993.

—, «Change and Continuity in the Treatment of German *Kriegsopfer*», en R. G. Moeller (ed.), *West Germany under Construction Politics Society and Culture in the Adenauer Era*, UP Michigan, Ann Arbor, 1997.

DUDEK, P. y H. G. JASCHKE, *Entstehung und Entwicklung des Rechtsextremismus in der BDR*, Westdeutscher Verlag, Opladen, 1984.

DUPEUX, L., *Aspects du fondamentalisme national en Allemagne de 1890 à 1945*, Presses Universitaires de Strasboug, 2001.

DURANTON-CRABOL, A. M., *Visages de la Nouvelle Droite. Le GRECE et son histoire*. Presses de la FNSP, París, 1988.

ESCHENBURG, T., *Jahre der Besatzung, 1945-1949*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1983.

ESTLE, B. y O. NIEDERMAYER, «Contemporary Right Wing Extremism in Germany. The Republicans and their electorate», en *European Journal of Political Research*, 22, 1992, pp. 83-100.

EVANS, R. J., *In Hitler's Shadow*, *West German Historians and the Attempt to Escape from Nazi Past*, Tauris, Londres, 1989.

FALTER, J., *Wer Wählt rechts? Die Wähler und Anhänger rechtextremistischer Parteien in vereinigten Deutschland*, Beck, Munich, 1994.

FEHRENBACH, H., *Cinema in Democratizing Germany. Reconstructing National Identity after Hitler*, North Carolina UP, Chapel Hill, 1995.

FERRY, L. y A. RENAUT, *La pensée 68*, Gallimard, París, 1988.

FOSCHEPOTH, J., «German reaction to Defeat and Occupation», en R. G. Moeller (ed.), *West Germany under Construction, Politics, Society and Culture in the Adenauer Era*, Michigan UP, Ann Arbor, 1997.

FRANTZIOCH, M., *Die Vertriebenen: Hemmnisse, Antriebskräfte und Wege ihrer Integration in der Bundesrepublik Deutschland*, Reimer, Berlín, 1987.

FREI, N., *Adenauer's Germany and the Nazi Past. The Politics of Amnesty and Integration*, Columbia UP, Nueva York, 2002.

FRESCO, N., *Fabrication d'un antisémite*, Seuil, París, 1999.

FULBROOK, M., *Germany, 1918-1990. The Divided Nation*, Fontana, Londres, 1991.

FUNK, L., «Economic Reform of Modell Deutschland», en R. Harding y W. E. Paterson (eds.), *The Future of German Economy. An End to the Miracle*?, UP, Manchester, 2000.

GALLEGO, F., *De Munich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001.

—, *Neofascistas. Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*, Plaza y Janés, Barcelona, 2004.

—, «Del *Stammtisch* a la *Volksgemeinschaft* sobre el lugar del Partido Nazi en la República de Weimar», *Historia Social*, 34, 1999, pp. 73-100.

—, «La sombra del fascismo es alargada. Sobre la ambigüedad de la extrema derecha nacional-populista», *Historia Social*, 46, 2003, pp. 67-73.

—, «El nazismo como fascismo “auténtico”», en *Pensar después de Auschwitz*, El Viejo Topo, Barcelona, 2004.

—, «De la nostàlgia al nou radicalisme. L’extrema dreta alemanya des del 1945», *Afers*, 35, 2000.

GÄRTNER, R., «The FPÖ, Foreigners, and Racism in the Haider Era», en R. Wodak y A. Pelinka (eds.), *The Haider Phenomenon in Austria*, Transaction Books, New Brunswick, 2002.

GENTON, B., *Les Alliés et la culture. Berlin, 1945-1949. Essai de comparaison*, PUF, París, 1998.

GESSENHARTER, W., *Kippt die Republik? Die Neue Rechte und ihre Undterstützung in Politik und Medien*, Knaur, Munich, 1994.

GOUGEON, J. P., *La social-démocratie allemande, 1830-1996. De la révolution au réformisme*, Aubier, París, 1996.

GREEN, S., «Towards an Open Society? Citizenship and Immigration», en S. Padgett, W. Paterson y G. Smith, *Development in German Politics*, Palgrava Macmillan, Londres, 2003, cap. 11.

GRIFFIN, R., *The Nature of Fascism*, Pinter, Londres, 1991.

—, «*Interregnum* or Endgme? Radical Right thought in the “Post-Fascist” Era», *Journal of Political Ideologies*, vol. 5, 2, 2000.

GROSSMANN, A., «A Question of Silence. The Rape of German Women by Occupation Soldiers», en R. G. Moeller (ed.), *West Germany under Construction Politics Society and Culture in the Adenauer Era*, Michigan UP, Ann Arbor, 1997.

GUBERN, R., *Historia del cine*, Lumen, Barcelona, 2003.

HALBWACHS, M., *La mémoire collective*, PUF, París, 1976.

HARDING, R. y W. E. PATERSON, *The Future of the German Economy. An End to the Miracle*?, UP, Manchester, 2000.

HERF, J., *Divided Memory. The Nazi Past in the Two Germanys*, Harvard UP, Cambridge, 1997.

HERMAND, J., *Kultur im Wiederaufbau. Dier Bundesrepublik Deutschland, 1945-1965*, Nymphenburger, Munich, 1986.

HÖBELT, L., *Defiant Populist. Jörg Haider and the Politics of Austria*, Purdue UP, West Lafayette, 2003.

HORKHEIMER, M. y T. W. ADORNO, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Trotta, Madrid, 1994.

HUSBANDS, C., «The other face of 1992. The extreme right explosion in Western Europe», en *Parliamentary Affairs*, 45, 1992, pp. 267-284.

IGNAZI, P., *L'estrema destra in Europa*, Il Mulino, Bolonia, 1994.

IHL, O. *et al.*, *La tentation populiste au cœur de l'Europe*, La Découverte, París, 2003.

INGLEHART, R., *The Silent Revolution*, UP, Princeton, 1977.

JANUÉ, M., *La nova Alemanya. Problemes i reptes de la unificació*, Eumo, Vic, 2003.

JARAUSCH, K. H., *The Rush to German Unity*, UP, Oxford, 1994.

JASCHKE, H. G., *Die Republikaner. Profile einer Rechtaussenpartei*, Dietz, Bonn, 1990.

JENKE, M., *Verschwörung von Rechts*?, Coloquium Verlag, Berlín, 1969.

KERSHAW, *The Hitler Myth*, UP, Oxford, 1987.

KITSCHELT, H., *The Radical Right in Western Europe. A Comparative Analysis*, Michigan UP, Ann Arbor, 1995.

KITZINGER, U., *German Electoral Politics. A Study of the 1957 Campaign*, Clarendon, Oxford, 1960.

KOEHN, B., *La Révolution conservatrice et les élites intellectuelles*, Presses Universitaires de Strasbourg, 2003.

KOLINSKY, E., «A future for Right Extremism in Germany?», en P. Hainsworth, *The Extreme Right in Europe and the USA*, Pinter, Londres, 1992.

—, *The Greens in West Germany. Organisation and Policy Making*, Berg, Oxford, 1989.

KOLINSKY, E. y W. Van der WILL (eds.), *Modern German Culture*, UP, Cambridge, 1998.

KOMMERS, D. P., «The Basic Law and Reunification», en P. H. Merkl, *The Federal Republic of Germany at Forty-Fivel. Union without Unity*, Macmillan, Londres, 1945.

KÜHNL, R., (ed.), *Die NPD. Struktur, Ideologie und Funktion einer neofaschistischen Partei*, Suhrkamp, Frankfurt del Main, 1969.

KURTHEN, H.; W. BERGMANN y R. ERB, *Antisemitism and Xenofobia in Germany after Unification*, UP, Oxford, 1997.

LARGE, D. C., *Germans to the Front. West German Rearmament in the Adenauer Era*, North Carolina UP, Chapel Hill, 1996.

LOCH, D., «La droite radicale en Allemagne: un cas particulier?», en P. Perrineau (ed.), *Les croisés de la société fermée. L'Europe*

des Extrêmes Droites, Aube, París, 2001.

MAFFESOLI, M., *El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*, Paidós, Buenos Aires, 2001.

—, *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona, 1988.

MAIER, C., *The Unmasterable Past. History, Holocaust, and German National Identity*, Harvard UP, Cambridge, 1988.

MASON, T., *Social Policy in the Third Reich. The Working Class and the «National Community»*, Berg, Oxford, 1993.

MAYER, A., *Why did the Heavens not Darken? The «Final Solution» in History*, Pantheon, Nueva York, 1988.

MECKLENBURG, J. (dir.), *Braune Gefahr. DVU, NPD, REP. Geschichte und Zukunft*, Elefanten Press, Berlín, 1999.

MERKL, P., *Origins of the West German Republic*, Greenwood Press, Westport, 1963.

—, *The Federal Republic of Germany at Forty-Five. Union without Unity*, Macmillan, Londres, 1995.

—, «Are the Old Nazis Coming Back?», en *The Federal Republic of Germany at Forty-Five, Union without Unity*, Macmillan, Londres, 1995.

MERKL, P. y L. WEINBERG, *Encounters with Contemporary Radical Right*, Westview Press, Boulder, 1993.

—, *The Revival of Right-Wing Extremism in the Nineties*, Frank Cass, Londres, 1997.

MILZA, P., *L'Europe en chemise noire. Les extrêmes droites européennes de 1945 à aujourd'hui*, Fayard, París, 2002.

MINKENBERG, M., «The New Right in Germany. The Transformation of conservatism and the extreme right», en *European Journal of Political Research,* 22, 1992, pp. 55-82.

—, «The New Right in France and Germany: *Nouvelle Droite, Neue Rechte*, and the New Right Radical Parties», en P. H. Merkl y L. Weinberg, *The revival of Right-Wing Extremism in the Nineties*, Frank Cass, Londres, p. 65 y ss.

—, «La nouvelle droite radicale, ses électeurs et ses milieux partisans: vote protestataire, phénomène xénophobe ou *modernization losers*?», en P. Perrineau, *Les croisés de la société fermée. L'Europe des Extrêmes Droites*, Aube, La Tour d'Aigües, 2001.

MOELLER, R. G., *West Germany under Construction, Politics, Society and Culture in the Adenauer Era*, Michigan UP, Ann Arbor, 1997.

MOREAU, P., *Les héritiers du III Reich. L'extrême droite allemande de 1945 à nos jours*, Seuil, París, 1994.

—, «L'Autriche n'est pas une nation de nazis. Réflexion sur l'association au pouvoir du FPÖ», en P. Perrineau (ed.), *Les croisés de la société fermée. L'Europe des Extrêmes Droites*, Aube, París, 2001.

MUDDE, C., *The Ideology of the Extreme Right*, UP, Manchester, 2000.

MÜLLER, J. W., *A Dangereous Mind. Carl Schmitt in Post-War European Thought*, Yale UP, New Haven, 2003.

NAGLE, J. D., *The National Democratic Party. Right Radicalism in the Federal Republic of Germany*, University of California Press, Berkeley, 1970.

ORLOW, D., *A History of Modern Germany*, Prentice Hall, New Jersey, 1995.

OSTERLAND, M., *Gesellschaftsbilder in Filmen. Eine soziologische Untersuchung des Filmangebots der Jahre 1949 bis 1963*, Ferdinand Enke, Stuttgart, 1970.

PADGETT, S., «Political Economy. The German Model under Stress», en S. Padgett, W. Paterson y G. Smith, *Development in German Politics*, Macmillan, Londres, 2003.

PADGETT, S., W. E. PATERSON y G. SMITH, *Development in German Politics*, Macmillan, Londres, 2003.

PARKER, S., *Understanding Contemporary Germany*, Routledge, Londres, 1997.

PERRINEAU, P. (ed.), *Les croisés de la société fermée. L'Europe des Extrêmes Droites*, Aube, París, 2001.

PICÓ, J., *Los límites de la socialdemocracia europea*, Siglo XXI, Madrid, 1992.

POIGER, U. G., «Rock "n" Roll, female Sexuality and the Cold War Battle over German Identities», en R. G. Moeller (ed.), *West Germany under Construction Politics Society and Culture in the Adenauer Era*, Michigan UP, Ann Arbor, 1997.

PULZER, P., *German Politics, 1945-1995*, UP, Oxford, 1995.

REICHEL, P., *L'Allemagne et sa mémoire*, Odile Jacob, París, 1998.

ROBERTS, G. K., «Right-Wing Radicalism in the New Germany», en *Parliamentary Affairs*, 45, 1992, pp. 327-334.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L., *¿Nuevos fascismos? Extrema derecha y neofascismo en Europa y Estados Unidos*, Península, Barcelona, 1998.

SCHENK, I. M., «Scarcity and Success. The East According to the West During the 1950s», en P. Betts y G. Eghigian, *Pain and Prosperity. Reconsidering Twentieth-Century History*, Stanford UP, California, 2003.

SCHILDT, A. y A. SYWOTTEK, «"Reconstruction" and "Modernization": West German Social History during the 1950s», en R. G. Moeller (ed.), *West Germany under Construction Politics Society and Culture in the Adenauer Era*, Michigan UP, Ann Arbor, 1997.

SCHMOLLINGER, H., «Die Deutsche Konservative Partei-Deutscherechtspartei (DKP-DRP)», en R. Stöss, *Parteienhandbuch. Die Parteien der Bundesrepublik Deutschland*, Opladen, vol. I.

SCHULZE, R., «Growing Discontent. Relations between Native and Refugee Populations in a Rural District in Western Germany after the Second World War», en R. G. Moeller (ed.), *West Germany under Construction. Politics Society and Culture in the Adenauer Era*, Michigan UP, Ann Arbor, 1997.

SCHULZE, R., D. von BRELIE-LEWIEN y H. GREBING (eds.), *Flüchtlinge und Vertriebene in der westdeutschen*

Nachkriegsgeschichte. Bilanzierung der Forschung und Perspektiven für die küntftige Forsungsarbeit, Lax, Hildesheim, 1987.

SCHWARZ, H. P., *Konrad Adenauer. German Politician and Statesman in a Period of War, Revolution and Reconstruction*, Bergham, Providence, 1997.

—, *Adenauer, 1876-1952. Del Imperio Alemán a la República Federal*, Aguilar, Santiago de Chile, 2003.

SEBALD, W. G., *On the natural history of destruction*, Random House, Nueva York, 2003.

SEELEIB-KAISER, M., «The Welfare State. Incremental Transformation», en S. Padgett, W. Paterson y G. Smith, *Development in German Politics,* Palgrava Macmillan, Londres, 2003, cap. 7.

SOLCHANY, J., *Comprendre le nazisme dans l'Allemagne des années zéro, 1945-1949*, PUF, París, 1997.

SOWINSKI, O., *Die Deutsche Reichspartei, 1950-1965. Organisation und Ideologie einer rechtsradikalen Partei*, Peter Lang, Frankfurt del Main, 1997.

STÖSS, R., *Politics against Democracy. Right-wing Extremism in West Germany*, Berg, Nueva York, 1991.

—, «The Problem of Right-Wing Extremism in West Germany», en K. von Beyme, *Right-Wing Extremism in Western Europe*, Frank Cass, Londres, 1988.

TAGLE, J. D., *The National Democratic Party. Right Radicalism in the Federal Republic of Germany*, University of California Press, Berkeley, 1970.

TAGUIEFF, P. A., *L'effacement de l'avenir*, Galilée, París, 2000.

—, *Les fins de l'antiracisme*, Michalon, París, 1995.

—, *L'illusion populiste*, Berg, París, 2002.

TAUBER, K., *Beyond Eagle and Swastica. German Nationalism since 1945*, Wesleyan UP, Middleton, 1967.

TURNER Jr., H. A., *Germany from Partition to Reunification*, Yale UP, New Haven, 1992.

VOLKMANN H. E. (ed.), *Ende des Dritten Reiches-Ende des Zweiten Weltkrieges. Eine perspektivische Rückschau*, Piper, Munich, 1995.

WAL, J. T., «Anti-Foreigner Campaigns in the Austrian Freedom Party and Italian Northern League», en R. Wodak y A. Pelinka (eds.), *The Haider Phenomenon in Austria*, Transaction Books, New Brunswick, 2002.

WILDT, M., «Continuities and Discontinuities of Consumer Mentality in West Germany in the 1950s», en R. Bessel y D. Schumann (eds.), *Life after Death. Approaches to a Culture and Social History of Europe during the 1940s and the 1950s*, UP, Cambridge, 2003.

—, «Alice en the Consumer Wonderland. West German Case Studies in Gender and Consumer Culture», en R. G. Moeller(ed), *West*

Germany under Construction Politics Society and Culture in the Adenauer Era, Michigan UP, Ann Arbor, 1997, pp. 347-372.

WILLIAMS, C., *Adenauer. The father of new Germany*, Abacus, Londres, 2003.

WINKLER, H. A. y H. KAEBLE, *Nationalismus-Nationalitäten-Supranationalität*, Klett-Cotta, Stuttgart, 1993.

WINKLER, J. R. y S. SCHUMANN, «Radical Right-Wing Parties in Contemporary Germany», en H. G. Betz y S. Immerfall, *The New Politics of the Right. Neo-Populist Parties and Movements in Established Democracies*, Macmillan, Londres, 1998.

WODAK, R. y A. PELINKA (eds.), *The Haider Phenomenon in Austria*, Transaction Books, New Brunswick, 2002.

WOODS, R., *The Conservative Revolution in the Weimar Republic*, Macmillan, Londres, 1996.

ZIMMERMANN, E. y Th. SAALFELD, «The three Waves of West German RightWing Extremism», en P. H. Merkl y L. Weinberg, *Encounters with the Contemporary Radical Right*, Westview Press, Boulder, 1993.

Notas

PRÓLOGO

1. F. Gallego, *De Munich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001.

2. F. Gallego, *Neofascistas. Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*, Plaza y Janés, Barcelona, 2004.

1. EL PAN DE LOS PRIMEROS AÑOS. OCUPACIÓN Y RECONSTRUCCIÓN, 1945-1953

1. F. Gallego, *Neofascistas. Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*, Plaza y Janés, Barcelona, 2004.

2. M. Maffesoli, *El instante eterno*. *El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*, Paidós, Buenos Aires, Barcelona, 2001, cap. 1.

3. M. Halbwachs, *La mémoire collective*, PUF, París, 1976.

4. P. Reichel, *L'Allemagne et sa mémoire*, Odile Jacob, París, 1998 (edición alemana de 1995), p. 56 y ss.

5. W. G. Sebald, *On the natural history of destruction*, Random House, Nueva York, 2003, p. 3 y ss. [trad. cast., *Historia natural de la destrucción*, Anagrama, Barcelona, 2003].

6. T. Eschenburg, *Jahre der Besatzung, 1945-1949*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1983.

7. R. Schulze, «Growing Discontent. Relations between Native and Refugee Populations in a Rural District in Western Germany after the Second World War», en R. G. Moeller (ed.), *West Germany under Construction*. *Politics, Society, and Culture in the Adenauer Era*, Michigan UP, Ann Arbor, 1997, pp. 53-72. El texto de L. Niethammer y A. von Plato

está citado por Schulze, en p. 56, y extraído del libro *Wir kriegen andere Zeiten* (Berlín/Bonn, 1985).

8. P. Merkl, *Origins of the West German Republic*, Greenwood Press, Westport, 1963, pp. 129-130.

9. R. Stöss, *Politics against Democracy*. *Right-wing Extremism in West Germany*, Berg, Nueva York, 1991, p. 80.

10. H. E. Volkmann (ed.), *Ende des Dritten Reiches-Ende des Zweiten Weltkriegs*. *Eine perspektivische Rückschau*, Piper, Munich, 1995. Sobre el regreso de los soldados a casa, puede verse J. M. Diehl, *The Thanks of the Fatherland*. *German Veterans after the Second World War*, North Caroline UP, Chapell Hill, 1993.

11. J. Solchany, *Comprendre le nazisme dans l'Allemagne des années zéro, 1945-1949*, PUF, París, 1997, pp. 5-24.

12. D. Blackbourn y G. Eley, *The Peculiarities of German History*. *Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*, UP, Oxford, 1984.

13. C. Browning, *Aquellos hombres grises*. *El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Edhasa, Barcelona, 2002. A. Mayer, *Why did the Heavens not Darken? The «Final Solution» in History*, Pantheon, Nueva York, 1988.

14. J. Solchany, *op. cit.*, segunda parte.

15. I. Kershaw, *The Hitler Myth*, UP, Oxford, 1987.

16. He tratado de profundizar en estos aspectos en tres análisis sucesivos: «Del *Stammtisch* a la *Volksgemeinschaft* sobre el lugar del Partido Nazi en la República de Weimar», *Historia Social*, 34, 1999, pp. 73-

100; *De Munich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001; «El nazismo como fascismo "auténtico"», en el libro coordinado por mí, *Pensar después de Auschwitz*, El Viejo Topo, Barcelona, 2004.

17. J. Foschepoth, «German reaction to Defeat and Occupation», en R. G. Moeller, *op. cit*., pp. 73-89.

18. K. Tauber, *Beyond Eagle and Swastica. German Nationalism since 1945*, Wesleyan UP, Middleton, 1967.

19. P. Biddiscombe, *Werwolf. The History of the National Socialist Guerrilla Movement, 1944-1946*, UP Wales, Cardiff, 1998.

20. H. Fehrenbach, *Cinema in Democratizing Germany*. *Reconstructing National Identity after Hitler*, North Carolina University Press, Chapel Hill,1995, cap. 2.

21. El ritmo de la pérdida de este prestigio del régimen puede seguirse en I. Kershaw, *op. cit*., cap. 8.

22. P. Biddiscombe, *op. cit*., cap. 8.

23. A. Grossmann, «A Question of Silence. The Rape of German Women by Occupation Soldiers», en R. G. Moeller, *op. cit*., pp. 33-52.

24. H. P. Schwarz, *Adenauer, 1876-1952*. *Del Imperio Alemán a la República Federal*, Aguilar, Santiago de Chile, 2003, pp. 467-468.

25. Schwarz, *ibid*.

26. P. Biddiscombe, *op. cit*., cap. 2.

27. J. M. Diehl, «Change and Continuity in the Treatment of German *Kriegsopfer*», en R. G. Moeller, *op. cit*., pp. 93-108.

28. J. Solchany, *Comprendre…*, *op. cit.*, cap. II. Véase también la introducción de R. G. Moeller al libro coordinado por él, *West Germany…*, *op. cit.*, pp. 1-30. Sobre las actitudes ante la desnazificación véase el texto de J. Herf, *Divided Memory. The Nazi Past in the Two Germanys*, Harvard UP, Cambridge, 1997, p. 201 y ss. Además, el texto de Norbert Frei que ha sido traducido al inglés, *Adenauer's Germany and the Nazi Past. The Politics of Amnesty and Integration*, Columbia UP, Nueva York, 2002 (edición alemana de 1997).

29. H. Fehrenbach, *op. cit.*, cap. 2.

30. B. Genton, *Les Alliés et la culture. Berlin, 1945-1949. Essai de comparaison*, PUF, París, 1998, p. 38 y ss.

31. C. Williams, *Adenauer. The father of new Germany*, Abacus, Londres, 2003, p. 307 y ss.

32. El mejor análisis sobre el proceso de elaboración constitucional sigue siendo el libro de P. Merkl ya citado, *Origins…*, dedicado a plantear el contexto político en que se redacta y aprueba la Ley Básica.

33. J. P. Gougeon, *La social-démocratie allemande, 1830-1996. De la révolution au réformisme*, Aubier, París, 1996, cap. VII.

34. H. P. Schwarz, *Adenauer…*, *op. cit.*, pp. 1.053-1.079.

35. R. Schulze, D. von Brelie-Lewien y H. Grebing (eds.), *Flüchtlinge und Vertriebene in der westdeutschen Nachkriegsgeschichte. Bilanzierung der Forschung und Perspektiven für die künftige Forsungsarbeit*, Lax, Hildesheim, 1987; W. Benz (ed.), *Die Vertreibung der Deutschen aus dem Osten: Ursache, Ereignisse, Folgen*, Fischer, Frankfurt del Main, 1985; M.

Frantzioch, *Die Vertriebenen: Hemmnisse, Antriebskräfte und Wege ihrer Integration in der Bundesrepublik Deutschland*, Reimer, Berlín, 1987.

36. O. Sowinski, *Die Deutsche Reichspartei, 1950-1965. Organisation und Ideologie einer rechtsradikalen Partei*, Peter Lang, Frankfurt del Main, 1997, p. 23.

37. J. Herf, *op. cit*., pp. 204-205.

38. M. Wildt, «Continuities and Discontinuities of Consumer Mentality in West Germany in the 1950s», en R. Bessel y D. Schumann (eds.), *Life after Death. Approaches to a Culture and Social History of Europe During the 1940s and 1950s*, UP, Cambridge, 2003, p. 213.

39. E. Kolinsky, «A future for Right Extremism in Germany?», en P. Hainsworth, *The Extreme Right in Europe and the USA*, Pinter, Londres, 1992, pp. 61-94. He hecho algunas consideraciones al respecto en mi artículo «De la nostàlgia al nou radicalisme. L'extrema dreta alemanya des del 1945», *Afers*, 35 (2000), pp. 87-106.

40. W. Bergmann y R. Erb, *Anti-Semitism in Germany. The Post-Nazi Epoch since 1945*, Transaction Books, New Brunswick, 1997, p. 2.

41. R. Stöss, *op. cit*., p. 79.

42. N. Frei, *op cit*., p. 251 y ss.

43. En especial, la obra de O. Bartov, cuyo resumen puede verse en su texto «German soldiers and the holocaust. Historiography, research and implications», en O. Bartov, *The Holocaust. Origins, Implementation, Aftermath*, Routledge, Londres, 2000, pp. 162-184. Recientemente, Bartov ha publicado un estado de la cuestión, *Germany's War and the Holocaust. Disputed Histories*, Cornell UP, Ithaca, 2003.

44. D. C. Large, *Germans to the Front*. *West German Rearmament in the Adenauer Era*, North Carolina UP, Chapell Hill, 1996.

45. K. Tauber, *op. cit*., vol. I, p. 254 y ss.

46. P. Ignazi, *L'estrema destra in Europa*, Il Mulino, Bolonia, 1994, p. 143 y ss. Existen dos conjuntos de ensayos relativamente recientes sobre este tema. El compilado por J. Breuilly, *The State of Germany*. *The National Idea in the Making, Unmaking and Remaking of a Modern Nation-State*, Longman, Londres, 1992, y la edición hecha por H. A. Winkler y H. Kaeble, *Nationalismus-Nationalitäten-Supranationalität*, Klett-Cotta, Stuttgart, 1993.

47. R. Stöss, *op. cit*., p. 142 y ss.

48. J. D. Tagle, *The National Democratic Party*. *Right Radicalism in the Federal Republic of Germany*, University of California Press, Berkeley, 1970, p. 15 y ss.

49. M. Jenke, *Verschwörung von Rechts*?, Coloquium Verlag, Berlín, 1969, pp. 91-92. Cit. en Nagle, p. 21.

50. F. Gallego, textos sobre extrema derecha italiana y «Neofascistas».

51. R. Stöss, *op. cit*., p. 106 y ss.; O. Sowinski, *op. cit*., p. 19 y ss. K. Tauber, *op. cit*., p. 81 y ss.; H. Schmollinger «Die Deutsche Konservative Partei-Deutscherechtspartei (DKP-DRP)», en R. Stöss, *Parteienhandbuch*. *Die Parteien der Bundesrepublik Deutschland*, Opladen, vol. I, p. 982 y ss.

52. O. Sowinski, *op. cit*., pp. 25-26.

53. K. Tauber, *op. cit*., cap. XIII.

54. N. Frei, *op. cit*., p. 251 y ss. Los documentos del SRP pudieron ser examinados tras su disolución y publicados en el libro de Otto Busch y

Peter Furth, *Rechtsradikalismus in Nachkriegsdeutschland. Studien über di «Sozialistische Reichspartei»*, Berlín y Frankfurt del Main, 1957.

55. P. Moreau, *Les héritiers du III Reich. L'extrême droite allemande de 1945 à nos jours*, Seuil, París, 1994, cap. 1. Una visión global es la que ofrece el libro clásico de P. Dudek y H. G. Jaschke, *Entstehung und Entwincklung des Rechtsextremismus in der BRD*, Westdeutscher Verlag, Opladen, 1994.

56. O. Sowinski, *op. cit.*, para las condiciones de desorganización interna tras la escisión, pp. 31-32.

2. EL PAN DE LOS PRIMEROS AÑOS. OCUPACIÓN Y RECONSTRUCCIÓN, 1945-1953

1. Las ilustraciones han sido obtenidas de D. Orlow, *A History of Modern Germany*, Prentice Hall, New Jersey, 1995, pp. 263 y 265. Junto a este manual, se han utilizado, fundamentalmente: M. Fulbrook, *Germany, 1918-1990. The Divided Nation*, Fontana, Londres, 1991; P. Pulzer, *German Politics, 1945-1995*, UP, Oxford, 1995; H. A. Turner Jr., *Germany from Partition to Reunification*, Yale UP, New Haven, 1992; S. Parker, *Understanding Contemporary Germany*, Routledge, Londres, 1997; para este período, además, el segundo volumen de la biografía del canciller que encarna una época: H. P. Schwartz, *Konrad Adenauer. German Politician and Statesman in a Period of War, Revolution and Reconstruction*. Vol. 2*, The Statesman, 1952-1967*, Bergham, Providence, 1997 (ed. alemana de 1991). Para aspectos diplomáticos resulta también muy útil la biografía ya citada de Charles Williams: *Adenauer. The father of new Germany*, Abacus, Londres, 2003.

2. C. Williams, *op. cit*., p. 59.

3. U. Kitzinger, *German Electoral Politics. A Study of the 1957 Campaign*, Clarendon, Oxford, 1960. Para los pequeños partidos de la derecha, capítulo 9.

4. N. Frei, *Adenauer's Germany and the Nazi Past. The Politics of Amnesty and Integration*, Columbia UP, Nueva York, 2002.

5. Un excelente estado de la cuestión sobre este debate es el que proporcionan Axel Schildt y Arnold Sywottek en su trabajo «"Reconstruction" and "Modernization": West German Social History during the 1950s», en R. G. Moeller, *West…*, *op. cit*., pp. 413-443.

6. S. Padgett, «Political Economy. The German Model under Stress», en S. Padgett, W. E. Paterson y G. Smith, *Development in German Politics (III)*, Macmillan, Londres, 2003, pp. 121-142. R. Harding y W. E. Paterson (eds.), *The Future of German Economy: An End to Miracle*?, UP, Manchester, 2000.

7. M. Wildt, «Continuities…», *op. cit*., pp. 211-230. «Alice in the Consumer Wonderland. West German Case Studies in Gender and Consumer Culture», en R. G. Moeller (ed.), *West Germany under Construction, Politics, Society and Culture in the Adenauer Era*, Michigan UP, Ann Arbor, 1997, pp. 347-372.

8. H. Fehrenbach, *Cinema in Democratizing Germany. Reconstructing National Identity after Hitler*, North Carolina UP, Chapel Hill, 1995, p. 92 y ss.

9. Cit. por A. Schildt y A. Sywottek en *op. cit*., p. 415.

10. U. G. Poiger, «Rock 'n' Roll, female Sexuality and the Cold War Battle over German Identities», en R. G. Moeller, *West…*, *op. cit*., pp. 373-410.

11. A. Schildt y A. Sywottek, *op. cit*., pp. 425-436.

12. I. M. Schenk, «Scarcity and Success. The East According to the West During the 1950s», en P. Betts y G. Eghigian, *Pain and Prosperity. Reconsidering Twentieth-Century History*, Stanford UP, California, 2003, pp. 160-177.

13. E. Kolinsky y W. Van der Will (eds.), *Modern German Culture*, UP, Cambridge, 1998.

14. S. Behrenbeck, «Between Pain and Silence. Remembering the Victims of Violence in Germany after 1949», en R. Bessel y D. Schumann (eds.), *Life after Death. Approaches to a Cultural and Social History of Europe During the 1940s and the 1950s*, UP, Cambridge, 2003, pp. 37-64.

15. Sobre todas estas cuestiones, véase H. Fehrenbach, *op. cit*., cap. 6 y ss.

16. H. Fehrenbach, *ibid*.; M. Osterland, *Gesellschaftsbilder in Filmen. Eine soziologische Untersuchung des Filmangebots der Jahre 1949 bis 1963*, Ferdinand Enke, Stuttgart, 1970.

17. J. Hermand, *Kultur im Wiederaufbau. Die Bundesrepublik Deutschland, 1945-1965*, Nymphenburger, Munich, 1986.

18. Para todo lo que hace referencia al DRP, véase el texto ya citado de O. Sowinski, *Die Deutsche Reichpartei, 1950-1965. Organisation und Ideologie einer rechtsradikalen Partei*, Peter Lang, Frankfurt del Main, 1997, pp. 211-320.

3. ASEDIO PREVENTIVO, 1963-1972

1. D. Orlow, *A History of Modern Germany*, Prentice Hall, New Jersey, 1995, p. 273.

2. J. Picó, *Los límites de la socialdemocracia europea*, Siglo XXI, Madrid, 1992, cap. 1. El libro de referencia para la evolución del partido en esta época es el de G. Braunthal, *The West German Social Democracy, 1969-1982*, Westview Press, Boulder, 1983. Las características de la marcha hacia la Gran Coalición están muy bien narradas en el texto de Pulzer ya citado, *German politics, 1945-1995*, UP, Oxford, 1995, p. 71 y ss. Sobre la oposición de Adenauer tras su «abdicación», véase el libro de H. P. Schwartz, *Konrad Adenauer. German Politician and Statesman in a Period of War, Revolution and Reconstruction*, Bergham, Providence, 1997, p. 713 y ss.

3. J. D. Nagle, *The National Democratic Party. Right Radicalism in the Federal Republic of Germany*, University of California Press, Berkeley, 1970, p. 41.

4. L. Ferry y A. Renaut, *La pensée 68*, Gallimard, París, 1988.

5. M. Horkheimer y T. W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Trotta, Madrid, 1994.

6. Acerca del NPD, el único partido que ha conseguido unificar a la extrema derecha parlamentaria alemana, véanse los libros ya citados de P. Moreau, *Les héritiers du III Reich. L'extrême droite allemande de 1945 à nos jours*, Seuil, París, 1994, cap. 2, y J. D. Nagle, *op. cit.*, uno de los primeros textos académicos dedicados en el exterior a este movimiento. En Alemania, el especialista en la izquierda nazi R. Kühnl coordinó, en pleno ascenso del partido, una colección de ensayos con el título de *Die NPD. Struktur, Ideologie und Funktion einer neofaschistichen Partei*, Suhrkamp, Frankfurt del Main, 1969. Las referencias al NPD se han extraído, además, de los capítulos dedicados al caso alemán en libros colectivos sobre la extrema derecha, especialmente: P. Milza, *L'Europe en chemise noire. Les extrêmes droites européennes de 1945 à aujourd'hui*, Fayard, París, 2002, pp. 117-125; Richard Stöss, «The Problem of Right-Wing Extremism in West Germany», en K. von Beyme, *Right-Wing Extremism in Western Europe*, Frank Cass, Londres, 1988, pp. 34-46; J. R. Winkler y Siegfried Schumann, «Radical Right-Wing Parties in Contemporary Germany», en H. G. Betz y S. Immerfall, *The New Politics of the Right. Neo-Populist Parties and Movements in Established Democracies*, Macmillan, Londres, 1998, pp. 95-110; E. Zimmermann y Th. Saalfeld, «The three Waves of West German Right-Wing Extremism», en P. H. Merkl y L. Weinberg, *Encounters with the Contemporary Radical Right*, Westview Press, Boulder, 1993, pp. 50-74; P. Ignazi, *L'estrema destra in Europa*, Il Mulino, Bolonia, 1994, p. 150 y ss.; D. Childs, «The far right in Germany since 1945», en L. Cheles, R. Ferguson y M. Vaughan (eds.), *Neo-Fascism in Europe*, Logman, Londres, 1991, pp. 66-85.; E. Kolinski, «A future for Right Extremism in

Germany?», en P. Hainsworth, *The Extreme Right in Europe and the USA*, Pinter, Londres, 1992, pp. 61-94; H. Kitschelt, *The Radical Right in Western Europe*. *A Comparative Analysis*, Michigan UP, Ann Arbor, 1997. Entre los textos que se han publicado en España destacan el pionero de J. L. Rodríguez Jiménez, *¿Nuevos fascismos? Extrema derecha y neofascismo en Europa y Estados Unidos*, Península, Barcelona, 1998, p. 117 y ss., y el de Xavier Casals, *Ultrapatriotas*. *Extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización*, Crítica, Barcelona, 2003, con un excelente análisis en la distinción entre la extrema derecha clásica, neofascista, y el nacional-populismo de carácter postindustrial, que se escapa de las habituales taxonomías sin hipótesis de trabajo comparativo adecuado y dispone de una documentación abrumadora.

4. LAS AMARGAS LÁGRIMAS DE PETRA VON KANT, 1969-1982

1. P. Moreau, *Les héritiers du III Reich. L'extrême droite allemande de 1945 à nos jours*, Seuil, París, 1994, p. 150 y ss.

2. E. Kolinsky, «A future for Right Extremism in Germany?», en P. Hainsworth, *The Extreme Right in Europe and the USA*, Pinter, Londres, 1992; E. Zimmermann y Th. Saalfeld, «The three Waves of West German Right-Wing Extremism», en P. H. Merkl y L. Weinberg, *Encounters…*, *op. cit.*, cap. 2; J. Winkler y S. Schumann, «Radical Right-Wing Parties in Contemporary Germany», en H. G. Betz y S. Immerfall, *The New Politics of the right*. pp. 95-110; R. Stöss, «The Problem of Right-Wing Extremism in West Germany», en K. von Beyme, *Right-Wing Extremism in Western Europe*, Frank Cass, Londres, 1994, pp. 34-46; P. Minkenberg, «The New Right in Germany. The Transformation of conservatism and the extreme right», en *European Journal of Political Research*, 22 (1992), pp. 55-82.

3. Además de lo que pueda desprenderse de la abundante literatura sobre el desarrollo de la ingeniería social en los años posteriores a la Gran Guerra, me permito sugerir al lector la aleccionadora visión del Detroit de los años veinte-treinta y el control racial de la producción que nos ofrece G. Eugenides en su novela *Middlesex*, publicada en España por la editorial Anagrama en 2003. Las referencias al interés por los hábitos higiénicos y

alimentarios, el dominio del idioma, la introducción de los turnos y el aprovechamiento riguroso del tiempo de cada trabajador, así como las formas sutiles de considerar la empresa como una comunidad de productores con objetivos idénticos es tan clara en esta obra de relativa ficción como puede serlo en la abrumadora cantidad de literatura sobre el tema realizada por la sociología, la psicología del trabajo, la historia de la medicina o la historia económica.

4. Esta es la posición, que comparto plenamente, de M. Minkenberg en «The New Right in France and Germany: *Nouvelle Droite, Neue Rechte*, and the New Right Radical Parties», en P. H. Merkl y L. Weinberg, *The Revival of Right-Wing Extremism in the Nineties*, Frank Cass, Londres, 1997.

5. Sobre el Grupo GRECE, véase el libro de A. M. Duranton-Crabol, *Visages de la Nouvelle Droite. Le GRECE et son histoire*, Presses de la Fondation National des Sciences Politiques, París, 1988.

6. W. Gessenharter, *Kippt die Republik? Die Neue Rechte und ihre Unterstützung in Politik und Medien*, Knaur, Munich, 1994.

7. Por ejemplo, en la colección de *Trasgressioni* —revista de gran prestigio intelectual en este ámbito, dirigida por un Marco Tarchi que ha ido alejándose de los planteamientos neofascistas de su juventud para instalarse en un antiliberalismo que difícilmente podría reducirse a una posición «reaccionaria» en su sentido clásico— hallamos, desde su fundación en 1986, artículos de Alain de Benoist dedicados a Oswald Spengler y Jünger o reediciones de textos de estos o de Carl Schmitt.

8. R. Woods, *The Conservative Revolution in the Weimar Republic*, Macmillan, Londres, 1996. Una explicación más detallada del proceso, así como la bibliografía más accesible, puede consultarse en mi libro *De Munich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001, p. 53 y ss. Tras la edición de este volumen, ha continuado saliendo un número apreciable de obras de interés, entre las que desearía citar, por la relación que tienen con lo que se ha dicho aquí: B. Koehn, *La Révolution conservatrice et les élites intellectuelles*, Presses Universitaires, Strasbourg, 2003; L. Dupeux, *Aspects du fondamentalisme national en Allemagne de 1890 à 1945*, Presses Universitaires de Strasbourg, 2001, y J. W. Müller, *A Dangereous Mind. Carl Schmitt in Post-War European Thought*, Yale UP, New Haven, 2003.

9. H. G. Betz, *Postmodern Politics in Germany. The Politics of Resentment*, Macmillan, Londres, 1991, p. 96.

10. P. Pulzer, *German Politics, 1945-1995*, UP, Oxford, 1995, pp. 124-126; sobre el caso Deckert, P. Moreau, *op. cit.*, p. 395.

11. J. Picó, *Los límites de la socialdemocracia europea*, Siglo XXI, Madrid, 1992, cap. 1.

5. LA ANSIEDAD DE VERONIKA VOSS, 1983-1990

1. M. Minkenberg, «La nouvelle droite radicale, ses électeurs et ses milieux partisans: vote protestataire, phénomène xénophobe ou *modernization losers*?», en P. Perrineau, *Les croisés de la société fermée. L'Europe des Extrêmes Droites*, Aube, La Tour d'Aigües, 2001, p. 386.

2. E. Kolinsky, *The Greens in West Germany*. *Organisation and Policy Making*, Berg, Oxford, 1989.

3. M. Seeleib-Kaiser, «The Welfare State. Incremental Transformation», en S. Padgett, W. Paterson y G. Smith, *Development in German Politics*, Palgrava Macmillan, Londres, 2003, cap. 7.

4. K. H. Jarausch, *The Rush to German Unity*, UP, Oxford, 1994, pp. 3-72.

5. S. Parker, *Understanding Contemporary Germany*, Routledge, Londres, 1997, cap. 9.

6. C. Maier, *The Unmasterable Past*. *History, Holocaust, and German National Identity*, Harvard UP, Cambridge, 1988. R. Evans, *In Hitler's Shadow*. *West German Historians and the Attempt to Escape from Nazi Past*, Tauris, Londres, 1989.

7. Para estos modelos, véase mi libro *Neofascistas*. *Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*, Plaza y Janés, Barcelona, 2004. En

especial, el análisis realizado al principio de la segunda parte, «A este lado del paraíso», para observar la forma en que se vincula la posmodernidad con el surgimiento del nuevo nacionalpopulismo antidemocrático.

8. F. Decker, «Les impasses du nouveau populisme de droite en Allemagne», y G. Casaus, «La Nouvelle Droite en Allemagne entre droite classique et extrême droite», ambos en O. Ihl *et al.*, *La tentation populiste au cœur de l'Europe*, La Découverte, París, 2003, pp. 198-227.

9. D. Childs, «The far right in Germany since 1945», en L. Cheles *et al.*, *Neofascism in Europe*, Longman, Londres, 1991, p. 77.

10. H. G. Betz, *Postmodern Politics in Germany. The Politics of Resentment*, Macmillan, Londres, 1991, p. 122.

11. D. Childs, *op. cit.*, p. 76.

12. J. R. Winkler y S. Schumann, «Radical Right-Wings Parties in Contemporary Germany», en H. G. Betz y S. Immerfall, *The New Politics of the Right. Neo-populists Parties and Movements in Established Democracies*, Macmillan, Londres, 1998.

13. E. Kolinsky, «A future for Right Extremism in Germany?», en P. Hainsworth, *The Extreme Right in Europe and the USA*, Pinter, Londres, 1992, pp. 76-77.

14. C. Mudde, *The Ideology of the Extreme Right*, UP, Manchester, 2000, pp. 60-79.

15. Cit. por Moreau, *Les héritiers du III Reich. L'extrême droite allemande de 1945 à nos jours*, Seuil, París, 1994, p. 321; sobre los Republikaner véase, también, C. Mudde, *op. cit.*, cap. 2; B. Estle y O. Niedermayer, «Contemporary Right Wing Extremism in Germany. The

Republicans and their electorale» en *European Journal of Political Research*, 22 (1992), pp. 83-100; G. K. Roberts, «Right-Wing Radicalism in the New Germany», en *Parliamentary Affairs*, 45 (1992), pp. 327-334; H. G. Betz, *Postmodern…*, *op. cit*., p. 110 y ss.

16. E. Kolinsky, «A future…», *op. cit*., pp. 87-88.

17. H. G. Betz, *Postmodern…*, *op. cit*., p. 115 y ss. E. Zimmermann y Th. Saalfeld, «The three Waves of West German Right-Wing Extremism», en P. H. Merkl y L. Weinberg, *Encounters with the Contemporary Radical Right*, Westview Press, Boulder, 1993, p. 64 y ss.

6. EL MATRIMONIO DE MARIA BRAUN, 1990-2004

1. D. P. Kommers, «The Basic Law and Reunification», en P. H. Merkl, *The Federal Republic of Germany at Forty-Five*. *Union without Unity*, Macmillan, Londres, 1945, pp. 187-205.

2. K. H. Jarausch, *The Rush to German Unity*, UP, Oxford, 1994. Algunas críticas a la reforma monetaria en S. Parker, *Understanding Contemporary Germany*, Routledge, Londres, 1997, cap. 4.

3. P. Merkl, «Reinventing German National Identity», en el libro coordinado por él *Origins of the West German Republic*, Greenwood Press, Westport, 1993, pp. 7-9.

4. S. Parker, *Understanding Contemporary Germany*, Routledge, Londres, 1997, cap. 5, «German Society: the end of consensus?», p. 93 y ss.

5. M. Janué, *La nova Alemanya. Problemes i reptes de la unificació*, Eumo, Vic, 2003, p. 221.

6. S. Parker, *op. cit.*, p. 99.

7. S. Padgett, W. Paterson y G. Smith, *Development in German Politics*, Macmillan, Londres, 2003, pp. 129-130.

8. L. Funk, «Economic Reform of Modell Deutschland», en R. Harding y W. E. Paterson (eds.), *The Future of German Economy*. *An End to the Miracle*?, UP, Manchester, 2000, p. 25.

9. S. Parker, *op. cit.*, p. 76 y ss.

10. R. J. Dalton, «Voter choice and electoral politics», en S. Padgett *et al.*, *op. cit.*, cap. 3.

11. S. Green, «Towards an Open Society? Citizenship and Immigration», en S. Padgett, *et al.*, *op. cit.*, cap. 11.

12. Información firmada por Marc Bassets en *La Vanguardia*, 14 de octubre de 2004.

13. A este respecto, véase un estudio realizado en el período de máxima expansión del partido en estos términos: H. G. Jaschke, *Die Republikaner. Profile einer Rechtaussenpartei*, Dietz, Bonn, 1990.

14. Para los problemas de la Alemania unificada, se dispone en el mercado español de un libro de síntesis excepcional, el ya citado de M. Janué, *La nova Alemanya…*; sobre los problemas de la globalización en la nueva economía, véase también S. Padgett, «Political Economy. The German Model under Stress», en S. Padgett, W. Paterson y G. Smith, *op. cit.*, cap. 6. De hecho, todo el libro proporciona una buena visión de la situación en la nueva República Federal.

15. Para el caso austríaco, entre muchos otros textos, puede verse R. Wodak y A. Pelinka (eds.), *The Haider Phenomenon in Austria*, Transaction Books, New Brunswick, 2002. En especial, las colaboraciones de R. Gärtner, «The FPÖ, Foreigners, and Racism in the Haider Era», en R. Wodak y A. Pelinka, «Discourse and Politics: The Rethoric of Exclusion»; J. T. Wal, «Anti-Foreigner Campaigns in the Austrian Freedom Party and Italian Northern League» y R. Bauböck, «Constructing the Boundaries of the Volk. Nation Building and National Populism in Austrian Politics».

También es muy útil el texto de L. Höbelt, *Defiant Populist. Jörg Haider and the Politics of Austria*, Purdue UP, West Lafayette, 2003. Y, naturalmente, el siempre fiable P. Moreau, «L'Autriche n'est pas une nation de nazis. Réflexion sur l'association au pouvoir du FPÖ», en P. Perrineau, *Les croisés de la société fermée. L'Europe des Extrêmes Droites*, Aube, París, 2001.

16. P. Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, Anagrama, Barcelona, 2000.

17. Citemos, a este respecto, lo que puede indicar uno de los más finos analistas del nacional-populismo y, de hecho, inventor del término, P. A. Taguieff, en *L'effacement de l'avenir*, Galilée, París, 2000.

18. D. Loch, «La droite radicale en Allemagne: un cas particulier?», en P. Perrineau, *op. cit*., cap. 14.

19. Según los datos proporcionados por *El País* el 20 de septiembre de 2004.

20. *El Mundo*, 10 de octubre de 2004.

21. H. Kurthen, W. Bergmann y R. Erb, *Antisemitism and Xenofobia in Germany after Unification*, UP, Oxford, 1997.

22. D. Loch, *op. cit*., pp. 303-322.

23. F. Decker, «Les impasses du nouveau populisme de droite en Allemagne», en O. Ihl *et al*., *La tentation populiste au coeur de l'Europe*, La Découverte, París, 2003, cap. 15.

24. H. Kitschelt, *The Radical Right in Western Europe. A Comparative Analysis*, Michigan UP, Ann Arbor, 1997.

25. Además de las reflexiones de Loch en este terreno, véase P. Merkl «Are the Old Nazis Coming Back?», en el libro coordinado por él, *The Federal Republic of Germany at Forty-Five*. *Union without Unity*, Macmillan, Londres, 1995, pp. 427-484.

26. Además del texto de Loch citado, véase J. Mecklenburg (dir.), *Braune Gefahr*. *DVU, NPD, REP*. *Geschichte und Zukunft*, Elefanten Press, Berlín, 1999; sobre los votantes de la extrema derecha, véase J. Falter, *Wer Wählt rechts*? *Die Wähler und Anhänger rechtextremistische Parteien in vereinigten Deutschland*, Beck, Munich, 1994.

27. Para las apreciaciones sobre la escisión del Frente Nacional, véase H. G. Betz, *La droite populiste en Europe*. *Extrême et démocrate*?, CEVIPOF, París, 2004, pp. 51-52.

CONCLUSIÓN

1. T. Mason, *Social Policy in the Third Reich. The Working Class and the «National Community»*, Berg, Oxford, 1993. Introducción a la versión inglesa.

2. Una de las aproximaciones más lúcidas al tema es la que proporciona R. Griffin, «*Interregnum* or Endgme? Radical Right Thought in the "Post-Fascist" Era», en *Journal of Political Ideologies*, vol. 5, 2 (2000). Algunos criterios muy generales los he considerado en mi introducción a un dossier sobre el nuevo populismo, «La sombra del fascismo es alargada. Sobre la ambigüedad de la extrema derecha nacional-populista», *Historia Social*, 46, 2003, pp. 67-73.

Edición en formato digital: marzo de 2011

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN: 978-84-9989-177-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

RANDOM HOUSE MONDADORI

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:
Agustín de Betancourt, 19
28003 MADRID

España
Tel.: +34 91 535 81 90
Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.

